

Eric Williams



El caballo de madera



En este libro se cuenta la historia de la más ingeniosa y extraordinaria evasión de la II Guerra Mundial. Se trata de una evasión «clásica», quizá porque fue concebida según unos moldes clásicos. Los griegos construyeron un caballo de tonelera para introducirse en la ciudad de Troya; en el año 1943, dos oficiales ingleses utilizaron un caballo de madera para escaparse de un campo de concentración alemán. El autor de la obra, Eric Williams, es uno de los protagonistas de esta aventura. Los hechos, hasta en sus más mínimos detalles, son verdaderos. Lo fantástico de la hazaña, la paciencia y energía que revela, los nervios de acero que representa, se reflejan incluso en el estilo del relato. Los caracteres están tan vivamente pintados que tienen que ser reales a la fuerza. Por el libro discurre una finísima vena de humor. Y acompañando esta nota graciosa, un gran sentimiento de la camaradería que adquiere mayor fuerza precisamente en aquellos momentos en que las trágicas circunstancias ponen a prueba la última resistencia humana.

OceanofPDF.com



Eric Williams

El caballo de madera

ePub r1.0

Titivillus 26-10-2021

OceanofPDF.com

Título original: *The Wooden Horse*
Eric Williams, 1951
Traducción: Rafael Vázquez-Zamora

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

OceanofPDF.com

A mi esposa

PREFACIO

A L poco tiempo de mi regreso de Alemania en 1943 escribí un libro que titulé *Goon in the Block*. Era la historia de Peter Howard, aviador que fue derribado sobre Alemania y hecho prisionero y que más tarde se las arregló para escaparse a Suecia.

Por entonces continuaba la guerra, y los prisioneros, naturalmente, seguían en Alemania. Por tanto, me era imposible dar detalles de la fuga, ni información alguna que pudiera ayudar al enemigo. La historia verdadera se convirtió en lo que suele llamarse «hechos levemente disfrazados de ficción» y toda referencia a la fuga era, a propósito, desorientadora.

Ahora me encuentro en absoluta libertad para escribir sobre todo aquello y al hacerlo, he utilizado una pequeña parte del material que constituye el libro *Goon in the Block*. A los que han leído esa otra obra les pido perdón por emplear material ya publicado.

ERIC WILLIAMS

INTRODUCCIÓN

FUÉ en el mes de enero cuando vinieron por primera vez a Stalag-Luft III, y en todo aquel mes estaba el suelo cubierto de nieve. Esta formaba gruesas capas sobre los tejados de los barracones y prestaba un aire alegre a las alambradas que brillaban y emitían destellos al sol. Cada poste se cubría con su gorra de nieve polvorienta y, cuando soplaba el viento, la nieve se agolpaba sobre los retorcidos alambres y suavizaba su aspecto tétrico. Era imposible escapar con el tiempo que hacía y cuando la nieve dejó de caer los prisioneros hicieron una pista de patinaje y fabricaron toboganes con las tablas de sus camas. En el campo de fútbol hicieron una pista de hielo en la que patinaban desde la mañana hasta la noche. El campo estaba puro y limpio mientras la nieve cubría el suelo y el aire se animaba con los gritos de los patinadores. Solo cuando los carros nocturnos venían a vaciar allí la basura se ponía aquello insoportable; el aire se llenaba de malos olores y largas vetas amarillas señalaban en la nieve el sitio por donde los carros habían pasado.

Cuando llegó el deshielo se convirtió el campo de prisioneros en un fangal. El apretado hielo de la pista del tobogán fue el último en fundirse, y la pista de patinaje era ya un lago en miniatura en cuya superficie hacían

flotar unos cuantos entusiastas sus yates de fabricación casera. Luego fue secándose todo aquello y el terreno que se utilizaba para jugar al fútbol quedó acondicionado de nuevo. Volvieron a ser colocados los palos de las porterías y se quitaron los aljibes de tierra que habían servido para contener el agua.

Con la primavera se renovó el interés por la fuga. La primavera es la estación adecuada para escaparse. Peter y John se habían escapado ya una vez del campo anterior en que habían estado, pero esto solo les sirvió para que los trajeran nuevamente, después de dos días de vagar desorientados por aquella región polar. Había sucedido en invierno, cuando esa zona estaba fría y desértica, y se habían agotado los dos; de manera que casi se alegraron de ser capturados otra vez y reconducidos al campo. A medida que el tiempo se hacía más cálido, Peter y John iban haciéndose de nuevo a la idea de la fuga. Llevaban ya varias semanas discutiendo un plan para abrir un túnel. Pero resultaba que todos los sitios donde era posible iniciarlo habían sido usados antes.

El campo se hallaba en un claro de un bosque de pinos; unos cuantos barracones de madera, de una sola planta, se elevaban sobre pilastras a tres pies por encima del suelo, apiñados dentro del espacio limitado por la alambrada; esta constituía el rasgo más sobresaliente del campo; era un alambre muy fuerte y sólidamente entrelazado, que formaba una doble valla, de doce pies^[1] de alto, de espinosos postes. Había lámparas de arcos voltaicos colgadas sobre la alambrada, y a intervalos, a lo largo de cada valla, se encontraban unas garitas para los centinelas situadas sobre soportes más elevados que la alambrada. Estas garitas se hallaban dotadas de ametralladoras y de faros, cuyos haces de luz barrían continuamente el campo durante las horas de oscuridad. Había dos vigilantes en cada garita conectados por teléfono con el cuarto de guardia principal que estaba a las puertas de la prisión. *Posten* con fusiles-ametralladoras, patrullaban a lo largo de la alambrada entre las casetas de los centinelas.

A quince pies de la valla principal corría un solo alambre espinoso a doce pulgadas sobre el suelo. Este obstáculo era más bien una advertencia, y si algún prisionero pasaba por encima de él, disparaban los guardias sobre él. Una estrecha senda creada por los pies de los prisioneros a fuerza de

marchar en la misma dirección, rodeaba el campo exactamente por el borde de la línea «preventiva». Por allí hacían los prisioneros sus ejercicios y se le llamaba «el circuito». Se había convertido en una costumbre del campo marchar por el circuito solo en dirección contraria a la del reloj.

El suelo era una mezcla de arena, restos, polvillo de hojas y suciedad diversa. Todo esto formaba en el verano una gruesa capa de polvo suave, barrido a veces por el viento hasta formar una nube cegadora que permanecía flotando sobre el campo. En el invierno este polvo se transformaba, amasado por los pies de los prisioneros, en un grisáceo charco de fango pegajoso.

Bajo esta capa superficial se hallaba otra de dura arena amarilla. Amarilla cuando estaba húmeda, pero al secarse adquiría una sorprendente blancura. Los alemanes sabían que cada túnel implicaba un estorbo de arena excavada y veían con sospecha cada alteración de esta capa gris de encima. Toda excavación que se hacía para un pozo o para trabajos de jardinería era cuidadosamente vigilada. Solo por medio de un cuidadoso *camuflage* podía ser escondida la delatadora arena amarilla en estos lugares. Su piel de polvo gris era una de las defensas más eficaces de aquel campo de prisioneros.

FASE I

OceanofPDF.com

CAPÍTULO PRIMERO

ERA por la mañana temprano. Dentro de la habitación había un silencio absoluto; la fantasmal y transitoria falta de vida de un cuarto donde todos duermen. En las cuatro literas de dos pisos alineadas a lo largo de las paredes dormían los prisioneros acurrucados en sus mantas. Junto a cada doble litera, como un centinela, había un estrecho armario de madera. En la mesa del centro de la habitación, suavemente iluminados por la luz que se filtraba por las rendijas de los postigos cerrados, yacían en montones desordenados las ropas de los dormidos prisioneros. De la Kommandantur llegaba débilmente el sonido de una lejana trompeta.

En una de las literas superiores se movió una figura, gruñó y se volvió del otro lado. Aquella persona permaneció quieta durante un rato; luego, con una sacudida violenta que hizo temblar toda la estancia, sentóse en el lecho, se frotó los ojos y bostezó. Peter Howard, que se hallaba en la litera de abajo, abrió los ojos. Unas cuantas virutas desprendidas del colchón de arriba fueron cayéndole lentamente sobre el rostro. Se las quitó con la mano, volvióse otra vez en el lecho y se tapó las orejas con la delgada manta gris. Era demasiado temprano para despertarse. Cerró los ojos. Todo esto lo conocía él de sobra. Un par de piernas cubiertas con largo vello de color arenoso aparecerían por encima del borde de la litera superior. Esas piernas moverían sus dedos gordos de un modo muy desagradable mientras su dueño se preparaba para aterrizar junto a Peter como una avalancha. Todo esto lo había visto él antes con excesiva frecuencia. Prestó una tensa atención desde el refugio de sus mantas. ¡Crach! ¡Bang! ¡Pum! Toda la barraca tembló. Una de las figuras de las literas se movió con impaciencia y maldijo entre dientes. Un taburete resbaló ruidosamente por el suelo. El hombre que había maldecido se tapó la cabeza con su manta. Pesados pasos cruzaron la habitación. Un breve silencio y luego —¡clang!— la tapadera de una tetera cayó al suelo. Otro breve silencio y luego el sonido de una

cucharilla movida violentamente dentro de una jarra de barro. La estancia entera volvió a temblar con un portazo.

Peter relajó sus músculos y abrió lentamente los ojos. Sabía con exactitud lo que había ocurrido desde que la primera sacudida de aquel cuerpo le había despertado. Primero, Bennett se había puesto los calcetines; luego, los zuecos de madera que habían pasado la noche reposando junto a su cabeza. A continuación se había lanzado para caer sobre el taburete de madera. Lo había fallado, enviándolo a una buena distancia. Esto le había producido sorpresa y se había precipitado hacia la tetera a ver si tenía agua. Al encontrarse con que la jarra solo contenía un poco de té seco, puso de nuevo una expresión de exagerada sorpresa y llenó un jarro de agua fría de otro mayor que estaba cerca de la estufa. Después de añadirle una cucharada de limonada en polvo, lo había removido violentamente, y después de beberse esta mezcla en tres grandes tragos había salido dando un portazo para dar unas vueltas por el circuito hasta la hora del desayuno.

Todas las mañanas, desde que llegaron a Stalag-Luft III, había tenido Peter el mismo brusco despertar. Al principio abría los ojos al oír el primer crujido. Luego se había acostumbrado a mantenerlos cerrados hasta que Bennett salía de la habitación.

Volvió a producirse un absoluto silencio. Los otros seis ocupantes de las literas seguían inmóviles. O estaban dormidos o se aferraban a los últimos jirones de sueño hasta que la «tormenta» hubiera pasado. Bennett se había marchado. Estaría, en aquellos momentos, dando vueltas al campo justamente por el borde del bajo alambre preventivo, el que servía de señal para conocer la intención de fuga. Mientras, los demás tratarían de recomponer sus retazos de sueño. Muchas veces se había preguntado Peter qué atractivo encontraría Bennett en la vida carcelaria para levantarse tan temprano. La mayoría de ellos se quedaban en la cama el mayor tiempo posible, pues se les hacía muy dura la idea de empezar un nuevo día. Bennett era un tipo extraño: empezaba su jornada media hora antes que todos los demás y, en cambio, se pasaba toda la tarde en su litera. Quizá tuviera razón en esto. A esa hora de la mañana, el campo estaba desierto y Bennett necesitaba mucho espacio a su alrededor. Era demasiado fogoso, demasiado viril para vivir en manada con otros siete. Necesitaba amplitud

para moverse con la mayor libertad posible y tener algo en qué trabajar. Peter se acomodó mejor en su colchón de virutas y trató de conciliar de nuevo el sueño.

Desde el rincón situado a su mano derecha le llegaron frases sueltas del himno de odio que Robbie murmuraba cada mañana... «¡Señor, qué tipo tan alborotador e inaguantable es Bennett!». Robbie decía esto con acritud. Peter estaba convencido de que Bennett y Robbie acabarían peleándose pronto. La cosa empezaría por algún pequeño detalle que sería la chispa productora del incendio. Uno de ellos se trasladaría a otra barraca y la vida seguiría igual allí dentro. Siempre ocurría eso en los campos de prisioneros. Uno aguantaba durante mucho tiempo el aburrimiento, y entonces, de un modo casi imperceptible al principio, los hábitos de cualquiera de sus compañeros empezaban a fastidiarle. Cosas insignificantes como la manera de comer o, sencillamente, su acento... y bastaba eso para que la vida se le hiciera a uno insoportable.

El pobre Robbie llevaba encerrado cerca de tres años y una mala cabaña de madera no era el ambiente ideal para Bennett. Le habría sido imposible no armar ruido incluso en una habitación forrada con una gruesa capa de corcho. Peter suspiró. La idea del suelo de corcho le recordó los cuartos de baño. Desde hacía dos años no se bañaba —a no ser que llamemos baño a una lata de cacao agujereada para duchas— y acudieron a su mente los baños de porcelana con todos los colores del arco-iris. Verde, amarillo, rosa, negro... No; el negro no le gustaba, prefería un baño que diera al agua su color. En este sentido, lo mejor era el color verde. Un baño verde, con mosaicos negros en las paredes y un suelo de corcho... O quizá fuera preferible un baño hundido en el suelo. Sí, un baño hundido y lo bastante grande para que dos personas cupieran a la vez en él. Pensó mucho tiempo en esto.

Peter se esforzó por pensar en otra cosa. ¿Y el túnel? Tenía que haber un sitio donde empezar la excavación de uno; era cuestión de meditar sobre ello. David estuvo a punto de conseguirlo. Sí, el David de los ojos de marinero y el halo rosado de su barba pelirroja. David, el campesino, un hombre en el que podía uno confiar. Organizaba toda una granja en el papel. Sobre su litera había un rústico estante hecho con tablas de camas, aquellas

estrechas planchas de las literas. Todos los libros que tenía allí trataban de agricultura, especialmente de todo lo necesario para explotar una granja. En la época adecuada del año, David sembraría su cosecha y a su debido tiempo la recogería. Llevaba un libro de pérdidas y ganancias. Era divertido ver la seriedad con que lo hacía. Si llovía el día en que había decidido segar, andaba de un lado para otro con una cara de pésimo humor. Si durante una hora de calor se le ocurría a alguno de los otros decir que hacía buen tiempo, David murmuraba en seguida algo sobre la lluvia que necesitaban las cosechas. Aquella ilusión servía de compensación al buen granjero David por su encarcelamiento. Sin embargo, trataba de escaparse. Era el representante de la barraca en el Comité de fuga. Sin embargo, su granja era muy real para él. Peter sonreía al recordar la ocasión en que el valle de David estuvo en peligro durante una inundación y condujo a un rebaño de ovejas desde el prado más bajo a la seguridad de las colinas que dominaban la granja. Los vigilantes se habían alarmado cuando todos los habitantes del barracón ayudaron a David en la conducción de su rebaño a través de todo el campo de prisioneros. Ya habían cogido los fusiles-ametralladoras al ver aquella masa de hombres que silbaban y gritaban empujando algo invisible hacia la alambrada. Pero el nuevo prado estaba situado dentro del cercado y no había ninguna infracción de las ordenanzas en lo que hacían.

El único que sabía más de granjas que David era Bennett. Pero es que Bennett sabía más de todo que cualquier otro. Bennett era la autoridad en persona. No se podía discutir nada con él. Fuera cual fuese el tema de la discusión, soltaba Bennett una sentencia categórica y autoritaria que mataba toda argumentación. Se hacían entonces intentos para resucitar la cuestión, pero abortaban bajo el peso de la autoridad de Bennett. La oposición languidecía hasta caer en un silencio desanimado no exento de cierta irritación.

Siempre estaban discutiendo. Paul daba mucho que hacer. Alto y delgado, tan alto que se preguntaba uno con asombro cómo le habría sido posible meterse en el Hurricane que le habían derribado a principios de la guerra. Había entrado en la RAF en cuanto salió de la escuela. Todo su mundo era volar y la inmensa libertad del cielo. Para él la vida carcelaria era más insoportable que para la mayoría de sus compañeros. Perdía la

paciencia con gran facilidad y en sus momentos de desesperación buscaba el consuelo de Robbie.

Robbie era el pacificador.

Peter se obligó a despertarse del todo. Le tocaba ser cocinero. De todas las servidumbres de la vida de prisión lo que más odiaba Peter era tener que cocinar. A los primeros prisioneros que llevaban allí más tiempo les había sido más duro porque tuvieron que cocinar al aire libre con leña. En cambio, ahora tenían una estufa. Por lo menos, pensaba Peter, le correspondía la ciento doceava parte del calor de una estufa. Había catorce habitaciones en la barraca. Cada habitación alojaba a ocho prisioneros y por cada ocho hombres había un cocinero. Al final de la cabaña había una estufa de hierro con una arandela de cocina y un pequeño horno. En esa cocinilla tenía que guisar cada uno de los catorce cocineros la cena correspondiente a su grupo de ocho. Peter empezó a pensar en la cena. Si pelaba las patatas y las ponía a cocer a eso de las diez... Robbie le varió el curso de los pensamientos.

—¿Qué tal vendría un poco de té, Pete?

—Muy bien, Robbie. Ahora mismo. Nos sobra tiempo. —Se despezó y salió del camastro—. ¡Buenos días, Nig!

—Buenos días, Pete. —Nigel Wilde y John Clinton dormían en el par de literas junto a la estufa. Como todas las ventajas de la vida de prisión, también la de esos dos tenía sus desventajas compensadoras. Aunque en el invierno disfrutaban de más calor, eso significaba que las literas las usaban todos como asiento durante el día. Peter prefería la independencia de la pared más apartada de la estufa a pesar del frío.

Nigel volvió a tumbarse de espaldas en la litera superior, rodeándose, en una forzada posición, la cabeza con el brazo derecho y dándose golpecitos con la mano derecha en el lado izquierdo del bigote. Tenía un aire beatífico.

Peter estuvo observándolo. Nigel hizo un guiño.

—¿Por qué diablos estás haciendo eso?

—Es que me gusta, chico. Te da la misma sensación que si te lo estuviera haciendo otra persona.

—Estás loco.

—Ya lo sé, pero tiene gracia.

En la litera de abajo, John Clinton dormitaba con su morena cabeza descansando sobre unos pantalones arrollados y con una expresión seráfica en el rostro.

—¿Qué tal tiempo hace? —preguntó Nigel.

Peter se dirigió hacia la ventana con los pies descalzos. Estaban a fines de primavera y, a través de los alambres de púas, podían verse los pálidos tonos de un fresno plateado que se elevaba grácilmente contra un fondo oliváceo del bosque de pinos. A Peter le gustaba aquel fresno plateado. Había procurado pintarlo en todos sus aspectos como una silueta frágil y aguda contra el cielo invernal. Y tal como lo veía ahora, como una cascada de verdes delicados, casi amarillo a la luz del sol mañanero. Lo había pintado frecuentemente, pero nunca había sido capaz de captar su aislada belleza, su esbeltez contra la oscuridad verdosa de los pinos. Por encima, el cielo estaba claro y tranquilo con la silenciosa expectación que precede a un día ardiente. Debajo de la ventana, la arena estaba húmeda de rocío. La alambrada relucía también con gotas de rocío. Las filas de largas chozas pintadas de verde daban una impresión de recién lavadas y frescas.

—Hace una mañana estupenda, ¿verdad, Nig?

—*Gut zeigen*. Y ¿qué hay de la taza de té? —Nigel tenía la especialidad de trasladar el argot de la aviación inglesa literalmente al alemán. «*Gut zeigen*» era su manera de decir *good show*^[2]. A veces usaba este extraño idioma alemán con los propios guardias y se quedaba realmente sorprendido al ver que no le entendían.

Peter, que seguía mirando por la ventana, vio a Bennett que seguía recorriendo el circuito furiosamente. Con sus botas pesadas del ejército, una gorra de lana y el uniforme de batalla de la RAF, pasó como una exhalación por delante de la ventana.

—Ven, Pete —llamó Nigel—. ¿Y el té?

Peter se acercó a un estante de madera colocado sobre la estufa y cogió siete jarras. La tetera había quedado al lado de la puerta la noche antes con un puñado, en el fondo, de hojas secas de té sin hacer. Al cocinero de la habitación vecina le tocaba aquel día llevar las dos teteras a la cocina general y hacer que se las llenaran de agua hirviendo. A Peter le tocaría al

día siguiente. Llenó tres jarras, una para Nigel, otra para Robbie y otra para sí mismo. No quería despertar aún a los demás. Había tiempo de sobra.

Yendo otra vez al estante, sacó de una caja de cartón un pesado pan alemán: noventa por ciento de patata y el resto de serrín. Un pan que, si se le dejaba secarse, podía llegar a ser tan duro como una piedra. La caja de cartón había contenido un paquete enviado por la Cruz Roja desde Inglaterra. Había docenas de esas cajas por toda la habitación y en ellas guardaban los prisioneros sus objetos personales. Las cajas se apilaban sobre los armarios, por debajo de las camas y alrededor de la estufa, llenas estas últimas de carbón vegetal, patatas viejas y trozos de papel. Cada semana llegaban a la habitación ocho cajas de estas y nunca parecían tener bastante.

Peter cortó veinticuatro rebanadas delgadas. La ración de cada hombre era la séptima parte de un pan cada día. Por el procedimiento de cortar rebanadas muy finas podía conseguir tres para el desayuno, una para el almuerzo y tres para el té. Las cubrió con una levísima capa de margarina procedente de un paquete enviado por la Cruz Roja, abrió a continuación una lata de mermelada y el desayuno quedó rápidamente preparado.

Todavía estaba Peter en pijama.

—¿Qué te parecería una ducha fría antes de desayunar, Nig?

—*Blond genug*^[3], chico. —Nigel se desprendió de las mantas.

—Vamos a despertar a John.

—¿Cómo? ¿Despertar al niño? ¡Ten compasión, hombre! —Nigel trataba a John con un respeto teñido de ironía. Lo respetaba por su fina inteligencia y por su valentía; y a la vez le tomaba un poco el pelo por su juventud y su despiste. John estaba siempre pensando en sus libros o en planes de fuga. Se hallaba tan alejado de aquel ambiente que Nigel tenía muchas veces que ir a buscarlo para las comidas. Nigel quería a John y disfrazaba su aprecio con una gran variedad de bromas. Lo llamaba «el niño» y lo respetaba más que a ningún otro.

—Bueno, despiértalo. Le sentará bien.

—Tú dirás.

—Sí, anda. —Peter esperó a que Nigel llevara a cabo la broma de todas las mañanas. Nigel echó mano de su último invento, el método más reciente

que había inventado para hacer rabiar a John. Esta vez se trataba de un complicado mecanismo despertador. Una lata de cacao colgada de una cuerda y que venía a caer exactamente sobre la cabeza de John. Por un agujero abierto en la tapa de la lata pasaba otra cuerda en cuyo extremo había amarrado un racimo de clavos retorcidos y mohosos. Tirando rápidamente de la cuerda central, Nigel lograba producir un ruido bastante aceptable. Tiró de la cuerda.

John no se despertó.

—Me parece que lo de las tablas sueltas de la cama era una idea mejor —dijo Peter.

—Sí, pero un poco peligrosa. —Y Nigel hizo una mueca al recordar el mecanismo anterior que había venido empleando para despertar a su compañero. Era un procedimiento sencillo con el que se conseguía quitar la única tabla que sostenía el colchón en la litera de John. Al caer la tabla, tanto el colchón como Clinton iban a parar al suelo.

—Vamos —dijo Peter—, daremos una vuelta al campo y luego nos duchamos.

Dejando a John dormido saltaron por la ventana. Este sistema de salida era más rápido y silencioso que el de la puerta.

Nuevamente quedó en silencio la habitación. Robbie seguía perezosamente en la cama espantando a las moscas que revoloteaban por el espacio interior de la litera. ¡Tenían toda la habitación para volar a sus anchas y no se les ocurría sino concentrarse en aquel recoveco para molestar a Robbie! Este se cansó de su defensa y tapóse la cabeza con la manta. En aquel momento uno de los bultos de las literas superiores empezó a maldecir.

—¿Qué pasa, Pomfret? —Robbie emergió de su manta.

—¡Es que esos dos son unos pesados y unos escandalosos! Tienen demasiada vitalidad. ¿Para qué demonios necesitan darse una ducha a estas horas de la mañana? Además, esa estupidez de la lata. ¡Vaya tontería!

—Hombre, supongo que les divertirá.

—Pues no debía divertirles. Nadie debía ser feliz en un campo de concentración. Es una falta de decencia. Por cierto, ya que hablo de

decencia, me figuro que otra vez van a tomar desnudos baños de sol. El S. B. O^[4] debía prohibirlo. Está muy mal que toleren esas cosas.

—¿Y por qué no van a permitirlo? —dijo Robbie—. No hay mujeres en varias millas a la redonda y aunque las hubiera no podrían ver lo que pasa dentro del campo. Si esos dos se quieren tostar, ¿por qué no han de hacerlo? Vivimos en un mundo libre y a ellos les sientan bien los baños de sol.

—Te repito que es una indecencia —insistió Pomfret.

—¡No seas tan rancio! Yo mismo tomaré baños de sol en cuanto haga un poco más de calor. —Robbie volvió a cubrirse la cabeza con la manta y se puso a pensar en la comedia que estaba dirigiendo. Lo que más le preocupaba era el papel de la protagonista. El joven Matthews lo había interpretado en las cuatro últimas representaciones y el público se iba acostumbrando a él. Podía preguntarle a Black si quería encargarse de hacerlo, pero ya le había enseñado al joven Matthews a andar adecuadamente y a sentarse sin abrir las rodillas. Era el mismísimo diablo... ¡Qué fastidio el primer papel femenino! A casi todos les daba muchísima vergüenza interpretarlo. La cosa podía pasar hasta que se llegaba a las escenas de amor; entonces empezaban a tomarlo a broma para quitarle, por medio de la caricatura, lo que pudiera tener de desagradable. Pensó visitar más tarde al joven Black; procuraría persuadirlo para que aceptara el papel. Latimer haría de protagonista masculino; estaba resultando un actor estupendo.

—¡Anda, saca las piernas! —le dijeron Peter y Nigel, que regresaban de tomar su ducha fría—. Dentro de diez minutos el desayuno estará listo. ¿Quién quiere desayunar en la cama?

Pomfret salió de su litera, se frotó los ojos y emitió algunos gruñidos sordos. Se puso un abrigo del ejército polaco sobre el pijama, cogió la caja de cartón donde guardaba sus cosas de aseo y se dirigió hacia el cuarto de aseo.

—¿Qué le pasa a ese esta mañana? —preguntó Nigel.

—Es que está un poco picado —le respondió Robbie—. Lo has despertado con tu máquina infernal.

—En cambio, el niño sigue como una piedra. ¡Hala, John, despiértate! ¡Que van a dar el desayuno, *mein Herr*!

—Bueno, ya desayunará después del *appel* —dijo Robbie.

En el rincón más lejano, David Bruce seguía meditando. Estaba haciendo el plan del día. Iba a medicinar a su nuevo ternero, que no estaba muy bien por aquellos días. Perder una ternera ahora resultaría un serio inconveniente; equivaldría a abrir un boquete en la pequeña reserva de capital que había ido acumulando.

La puerta se abrió de golpe y un guardia alemán entró en la habitación: «*Raus! Raus! Ausgehen! Alle rausgehen!*».

—*Deutschland kaput!* —gritó Paul, que se hallaba de pie junto a su litera, con los pantalones en la mano, la cabellera revuelta.

El guardia le chilló en alemán con irritación.

—¡Cierra ese hocico! —dijo Paul—. Aquí no entendemos el alemán, a ver si te enteras de una vez.

El guardia volvió a vociferar en alemán. Esta vez era una larga frase que terminaba con la palabra inglesa *cooler* (fresquera).

—Aquí no hay más frescura que la tuya —dijo Robbie.

El guardia volvió a gritar. Ya chillaba histéricamente. «¡Cierra ese hocico!».

Paul repitió su réplica de siempre.

El guardia empezó a levantar su rifle, que llevaba puesta la bayoneta.

—A ver si tiene cuidado —dijo Robbie.

Un *Feldwebel* llegó por el corredor central del barracón. El guardia tomó la actitud de firmes y expuso una larga queja en alemán. El *Feldwebel* se volvió hacia Paul.

—¿De modo que ha vuelto usted a ser impertinente? —le dijo en inglés.

—No me gusta que me griten.

—Venga conmigo. —El *Feldwebel* estaba acostumbrado a esta clase de incidentes.

Paul acabó de ponerse los pantalones. No le molestaba demasiado que lo metieran en la «fresquera». Casi se sentía feliz allí. Le agradaba tener la sensación de que seguía luchando de alguna manera. Recogió sus mantas y siguió al *Feldwebel* por el corredor.

—*Ausgehen, alle rausgehen!* —gritó el guardia, indiferente a la victoria que acababa de obtener.

—*Gut zeigen*, Joe. Ahora mismito vamos —replicó Nigel tranquilamente—. ¡Hala, John! Date prisa, que vas a llegar tarde al *appel*.

John abrió los ojos. Estaba despistado. De pronto se dio cuenta de qué se trataba:

—Por amor de Dios, que alguien me dé una taza de té.

Peter le pasó una taza. John bebió un trago y devolvió la taza. Saltó de la litera y se puso los zuecos. Era la suya una figura esbelta, de rostro moreno y una mata de pelo negro como la de un guerrero abisinio. Los pantalones de su pijama, que habían sido cortados por encima de las rodillas, eran de diferente tela que la chaqueta, la cual, por su parte, carecía de mangas. La chaqueta tenía rayas azules y los pantalones habían sido de color rosa. Tomó otro sorbo de té, se envolvió los hombros con una manta, cogió un libro y salió hacia donde pasaban lista con una rebanada de pan con mermelada en una mano y el libro en la otra. Mientras formaban en el *appel*, John leía su libro y, de cuando en cuando, daba un bocado a su rebanada.

Ya fuera de la barraca todos los prisioneros formaban grupos de cinco. Peter se hallaba junto a David, el cual, de una pipa que le salía de las profundidades de su barba pelirroja, lanzaba nubes de humo en el aire fresco de la mañana.

—¿Por qué tenemos que ponernos siempre en grupos de cinco? —se quejó Peter—. En el campo anterior solían ser grupos de tres.

—Estos son *goons* del ejército de tierra —dijo David—. Los otros eran *goons* de la aviación. Los de tierra solo saben contar de cinco en cinco.

Los guardias recorrían las filas contándolas; iban de uniforme y los prisioneros desafiaban el aire de la mañana en pijamas o *shorts* o bien se envolvían en sus mantas. Lentamente, los guardias pasaban ante ellos contándolos sin pararse. *Ein-und-fünfzig... zwei-und-fünfzig... drei-und-fünfzig... vier-und-fünfzig... fünf-und-fünfzig... sech-un-fünfzig... sieben-und-fünfzig...* Peter pensó: «¡qué lenguaje más idiota!». Esto era típico de toda la nación.

El ayudante inglés los llamó al orden. El Lager Offizier, alto e impecablemente uniformado, cruzaba hacia donde estaba el oficial mayor inglés. Después de saludar al S.B.O., se volvió hacia los prisioneros

reunidos y, arqueando el pecho, saludó y gritó: «*Guten Morgen, meine Herren!*». Los prisioneros contestaron con un incoherente rugido. Mientras los más prudentes decían con claridad «*Guten Morgen, mein Herr*», los más atrevidos e indomables canturreaban su irrisoria réplica. De estas dos respuestas tan dispares se formaba un saludo de entusiasta apariencia que el Lager Offizier acogía con agrado. Con ello se creía popular entre aquellos ingleses de salvaje aspecto.

Después del *appel* regresó Nigel a su litera. Estaba fraguando su carrera de la postguerra. Ya había decidido ser médico, guardián de un parque de caza, buscador de oro, propietario de una zona de recreos, granjero (aunque esta idea la abandonó ante las despectivas observaciones de David Bruce), cazador de fieras y librero. Iba abandonando cada una de estas profesiones en cuanto otra más atractiva entraba en su fantasía. Vivía en un continuo y frenético entusiasmo, pero este necesitaba alimentarse constantemente con nuevos planes. Peter yacía en su litera esperando a que John terminara su desayuno.

—Mañana hay paquetes —dijo.

—Formidable —farfulló John con la boca llena de pan y mantequilla—; esta noche abriremos la última lata de salmón.

—No lo vayas a quemar esta vez —dijo Bennett—, tienes que hacerlo como te he explicado. Ya te he dicho que debes poner encima un papel engrasado.

John no replicó. Era demasiado temprano para empezar a discutir.

—Si conseguimos algunas pasas podemos hacer un pastel —dijo Peter.

—Lo coceremos por la tarde —dijo John—, y luego, *si sale un pudding*, nos lo comeremos en la cena.

—Y si nos sale un *porridge*, nos lo tomamos mañana para desayunar —añadió Robbie.

—No me importaría encargarme de un restaurante después de la guerra —dijo Nig—. Lo llevaría yo mismo durante algún tiempo y luego pondría a un encargado mientras yo me dedicaba a explotar una pequeña granja. Con los productos de la granja surtiría al restaurante. Lo que sobrara de este me bastaría para alimentar a los cerdos y...

—Ya. Lo que tú quieres es resolver el movimiento continuo —le interrumpió John.

—Y luego, cuando tuviera ya en marcha la granja, la dejaría en manos de un administrador y yo empezaría otro negocio.

—Escucha, Nigel: para llevar un restaurante tienes que empezar por saber algo de cocina —dijo Bennett—. Y a juzgar por tu último esfuerzo, no te iba a ser muy fácil.

—Para sacarle provecho a una granja hay que ser un técnico —dijo David, saliendo de su apagamiento—. Si lo haces de cualquier modo, puedes perder mucho dinero. Precisamente ahora tengo una ternera que me preocupa mucho. Es una friesiana. El libro dice que son las más difíciles de criar. Siento no haberme decidido por una Hereford.

—Las friesianas son más bonitas —comentó Peter.

David replicó con un gruñido.

Cuando los demás terminaron el desayuno, Peter recogió los ocho cuchillos y jarros —no tenían platos— y los llevó al lavadero para fregarlos.

Fuera del lavadero, que era a la vez fregadero y cuarto de baño, había una larga cola de prisioneros esperando a que les tocara el turno para su ducha matinal. El campo, que encerraba cerca de mil hombres, contaba con seis grifos de agua fría. Dos de ellos habían sido convertidos por los prisioneros en duchas elementales. Los otros cuatro proporcionaban el agua necesaria para lavar la ropa, fregar y guisar. Los alemanes habían consentido en instalar duchas. Desde hacía cerca de un año las estaban construyendo. La inacabada estructura se hallaba dentro del campo rodeada por una barrera especial de alambre espinoso para impedir que los prisioneros robaran los clavos y pedazos de madera. Ya hacía mucho tiempo que habían abandonado toda esperanza de usar algún día las duchas.

Abriéndose paso por entre los aspirantes a la ducha, Peter entró en el lavadero. Estaba lleno de hombres que lavaban ropa sucia en largos bancos de madera. Primero empapaban las ropas en agua, luego las extendían sobre los bancos, las enjabonaban y las frotaban con cepillos duros. En un rincón, varios individuos trataban de mojarse con el chorrito insignificante de agua que salía de la lata de cacao. En el rincón opuesto, un prisionero estaba

subido en el banco de lavar la ropa y mantenía la cara pegada a la ventana. Por todo el campo había figuras semejantes a esta que vigilaban por los agujeros abiertos en las paredes de las cabañas o que, escondidos en los huecos que dejaban las edificaciones por debajo, entre las pilastras, espiaban a los guardias alemanes. Cualquier actividad subversiva que se produjera en el campo contaba con su red de «avisadores». Cada policía que se introducía en el campo era vigilado por uno de los prisioneros, que seguía todos sus movimientos como si fuera su sombra.

En medio del suelo había un boquete de unos dos pies de lado abierto en las seis pulgadas de cemento sobre las que descansaba el suelo de ladrillo. Junto al agujero había una trampa. Esta, construida de sólidos ladrillos enmarcados en madera, podía ser colocada en la posición conveniente por medio de ganchos que encajaban en las muescas abiertas a los lados del marco. Una vez que la trampa quedaba en la debida posición y las junturas se tapaban con jabón mezclado con polvo de cemento, era imposible notar que el suelo había sido tocado. Asomando la cabeza y los hombros por la trampa, apareció un hombre llamado White.

—Hola, Will —dijo Peter.

—Buenos días, Pete.

—¿Cómo va eso?

—¡De rechupete! —White levantó la mano abierta tocándose con el índice la yema del pulgar e hizo un chasquido con la lengua—. La cosa va estupendamente.

—¿Hasta dónde habéis llegado?

—A unos cuarenta pies.

—¡Se acerca un *chivato*! —Era el «avisador», que daba la alarma desde la ventana.

White se hundió en el boquete como una exhalación y la trampa quedó cerrada en un instante. Muchos de los que se duchaban y de los que lavaban la ropa se apiñaron sobre la trampa zapateando sobre el suelo y camuflando así la trampa. Peter se puso a fregar sus cosas mientras que el vigía lanzaba desde la ventana continuas noticias sobre el avance del guardia hacia el lavadero. Pero el alemán pasó de largo y el trabajo en el túnel pudo continuar tranquilamente.

Cuando Peter regresó a la choza, encontró a Bennett dedicado a la singular tarea de «abollar la lata». Los prisioneros se veían obligados a cocinar en utensilios hechos por ellos mismos. Los alemanes no les daban absolutamente nada para esto. Lo que solían fabricar como objeto más útil era un plato llano de unas doce pulgadas de largo por ocho pulgadas de ancho y dos y media de profundidad. Para fabricarlo bastaba con quitarle los lados a una lata de *klim* y darle la vuelta al cilindro hasta convertirlo en una hoja lisa. Cuando reunían bastantes hojas las juntaban doblando los bordes para encajarlas unas dentro de otras y llenaban las junturas con papel de plata de las cajetillas de cigarrillos.

Bennet, rodeado de pedazos de lata desenrollada, machacaba furiosamente la lata como si estuviera satisfaciendo un deseo personal de venganza, y la barraca temblaba con los golpes y las vasijas se bamboleaban en los estantes.

—Hace un día magnífico —dijo Peter.

Bennett gruñó.

—¿Por qué no haces eso ahí fuera, tomando el sol? Además, chico, el barracón no temblaría tanto si dieras esos golpes sobre la arena.

Bennett volvió a emitir un gruñido.

Peter suspiró. Puso la primitiva vajilla que acababa de fregar sobre los estantes y salió a pasear por el circuito hasta la hora de almorzar.

Fuera se encontró a Robbie vestido con un chaleco de lana viejo y unos *shorts* sacados de unos pantalones de uniforme. Los andrajosos bordes de sus *shorts* flameaban sobre sus piernas morenas y delgadas. Calzaba unas sandalias de fabricación casera.

—Hola Pete. ¿Ha venido ya el correo?

—Todavía no, Robbie. Esta mañana se retrasa.

—¿Sigue machacando ese hijo de tal, ese Bennett?

—Sí.

—¡Caray! ¡Tengo unas ganas de que trasladen a ese tipo a otro grupo! No es como los demás. Si quiere abrir una puerta no se limita a utilizar el picaporte. Se arroja sobre ella con todas sus fuerzas, y si ve que no cede, se resigna entonces a utilizar el picaporte.

—Es verdad —asintió Peter—. ¡Qué mal debió de pasarlo su mujer en la noche de bodas!

Anduvieron juntos en silencio dándole varias vueltas al circuito.

—¿Sabes, Pete? Esta vida es un asco.

—Sí. Es repugnante y te hace comprender las ventajas del hogar. ¡Cuánto daría yo por estar pisando hierba otra vez! —Y al decir esto Peter daba salvajes patadas sobre la arena—. Hay un sitio en Warwickshire donde me gustaría estar ahora, allá por el Avon. Hay allí un sitio donde yo solía bañarme, una orilla con mucha pendiente donde puede uno sumergirse en seguida a mucha profundidad. —Pensó Peter en el sol que estaría dando en aquellos momentos, por entre los árboles, sobre las riberas del río, y el olor a tierra húmeda, la cálida hierba bajo sus pies descalzos...— En cuanto vuelva a Inglaterra, iré allí.

—Yo me reuniré con mi mujer y mis chicos —dijo Robbie.

Peter dio un puntapié a una piedra que encontró en su camino. Sus pies se habían endurecido a fuerza de ir descalzo. La vida de antes de la guerra le parecía lejanísima por completo, distinta. Sí, era una vida más suave y menos real que esta de ahora. Pensando en ello dijo:

—Muchas veces me pregunto si el encarcelamiento es mejor o peor para vosotros, los hombres casados, que para nosotros los solteros. Por lo menos, tenéis alguien que os espere. Tenéis una vida organizada y esto de la guerra no es para vosotros más que un intermedio. A veces siento que la vida se me escapa rápidamente y que cuando quiera volverla a coger estará ya demasiado lejos. Será entonces demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué? —preguntó Robbie, sonriendo.

De nuevo Peter le dio un puntapié a una piedra y contestó:

—Pues demasiado tarde para empezar otra vez a vivir... Sí, Robbie, me refería a esa espantosa sensación de que el tiempo corre mientras estamos quietos. No estoy haciendo nada, ni siquiera luchar... Es una jorobante pérdida de tiempo.

—También yo estoy desperdiciando el tiempo, ¿sabes? —dijo Robbie amablemente—. Mi niña, la más pequeña, cumplirá dos años y medio la semana que viene y todavía no la conozco.

—Eso precisamente es lo que quiero decir: que tienes algo concreto frente a ti. Y también cuentas con algo detrás de ti para volver la vista atrás.

—Bueno, hombre; puedes edificar en el futuro. Hay muchos muchachos que se doctoran en esto o en lo otro, se preparan para muchas cosas...

—Sí, ya sé —dijo Peter, malhumorado—. Pero yo no me puedo meter en esas cosas. Lo único que deseo es fugarme y regresar a Inglaterra.

—¡Bah, fugarse! ¿Cuántos se han escapado de este campo hasta ahora? ¡Ninguno!

—Nada se pierde con probar —arguyó Peter—, así, por lo menos, hace uno algo y no se pasa días y días con la única ocupación de esperar el final de la guerra.

—¿Cuánto tiempo lleva el equipo de Bill White trabajando en el túnel del lavadero?

—Un poco más de dos meses.

—¿Y cuánto han avanzado?

—Unos cuarenta pies.

—¿Ves? Eso es lo que yo digo. Para llegar debajo de la alambrada necesitan tres o cuatro meses más. No tienen la menor probabilidad de trabajar ese tiempo sin ser descubiertos. Créeme, Pete, ni la menor probabilidad. Los *goons* los descubrirán al poco tiempo.

—No sé, no sé, hay gente que se ha fugado antes de los campos de prisioneros.

—Sí, pero... ¿en qué porcentaje? De cada treinta túneles empezados habrá uno que tenga buen éxito. Y lo peor es que, para el que logre salir del campo, las verdaderas dificultades empiezan en ese momento. Es inútil, Pete. Nunca lo terminarán. No es más que una pérdida de tiempo. —Robbie prosiguió la marcha con las manos en los bolsillos y la cabeza inclinada. Daba de vez en cuando puntapiés a la arena del circuito. El viento le alborotaba su fina cabellera gris, el mismo viento que se llevaba el polvo del circuito y le hacía cruzar por encima del alambre «de alarma». Y también este viento era el que traía la música de gramófono procedente de una de las barracas de madera y el olor a carbón vegetal en combustión.

—¿Qué hora es? —preguntó Peter.

Robbie miró su reloj:

—Poco más de las doce.

—¡Diablo! Tengo que ir en seguida a ocuparme del agua para el té.

—Tienes tiempo de dar otra vuelta —dijo Robbie—. Te darán agua caliente hasta las doce y media.

—Es verdad. Y así me ahorraré la cola.

Siguieron paseando bajo el sol.

—Me gustaría salir de aquí —dijo Peter—. Me entusiasmaría escaparme aunque solo fuera para ser libre unos cuantos días. Aquí se siente uno atado de pies y manos. Muchas veces me pregunto si el mundo entero no estará viviendo como nosotros. Tengo unas ganas terribles de ver una función de cine y usar un teléfono. ¡Dios mío, cómo me gustaría poder hablar por teléfono! Y subir y bajar en un ascensor, y andar sobre alfombras, y subir escaleras... Sería ahora para mí un placer grandísimo poder gastar dinero y tener que tomar una decisión por insignificante que sea.

—Ahora mismo puedes tomar una decisión, si quieres —repuso Robbie—. Por ejemplo, puedes decidir lo que vamos a cenar.

Peter se rio:

—Ni siquiera eso. Los paquetes llegan mañana. Solo nos queda una lata de salmón.

—Bueno, pero no me negarás que puedes decidir qué libro vas a sacar de tu pequeña biblioteca o los calcetines que vas a ponerte mañana.

—Me es imposible... Los tengo todos sucios.

—Lo que me llama la atención es cómo no tienes los pies destrozados —dijo Robbie mirándole a Peter sus pies descalzos.

—Pues no he llevado zapatos desde el invierno. —Levantó un pie. Tenía la planta tostada y dura como el cuero—. Tendré que quitarme esta capa de dureza antes del invierno próximo... Creo que ya no podré soportar mucho tiempo unos zapatos.

—¿Ves? —exclamó Robbie—. Esa es una decisión.

—Sí, y aquí tienes otra: voy a buscar ahora mismo el agua para el té.

—¿Quieres mirar de camino si hay alguna carta para mí? —le rogó Robbie—. Esperaré aquí y me lo dices por la ventana.

—Bien.

Peter se encontró con que Bennett había terminado por fin su ruidoso martilleo. No había nadie en la habitación. Sobre la mesa se hallaban varias cartas. Las repasó. Una para John, dos para Nigel, tres para Pomfret, una para él. Se asomó a la ventana y llamó a Robbie. Extendió el brazo con el puño cerrado y el pulgar para abajo. Robbie, entendiendo esta señal, se encogió de hombros y siguió su marcha con las manos en los bolsillos.

Mientras que Peter y Robbie pasean por el circuito, Paul está en la «fresquera». Es una celda estrecha en lo alto del barracón alemán. Tiene una ventanita al nivel del techo. Esta pequeña ventana está cubierta por fuera por una placa de metal separada un pie de la pared exterior. Por los bordes entra una discreta cantidad de aire, pero el prisionero no puede ver el ciclo.

Paul no ha desayunado. Lo han descalzado y, si tuviera un libro, no podría leer con tan débil luz. Ya conoce la celda. Ha estado aquí antes. Sabe que en cuanto sean las dos, si hay sol, entrará en la celda un rayo de luz que se deslizará por el pequeño espacio entre la placa de metal y el marco de la ventana. Contemplará Paul este rayo de luz. En él flotarán partículas de polvo, bellas y fantásticas motitas que danzarán y formarán torbellinos a la luz del sol cuando él se abanique con la mano. Se sentará allí mirándolas hasta que, al desplazarse el sol, desaparezca el rayito de luz.

Ahora oye pasos en el corredor y el ruido de una llave en la cerradura. La puerta se abre y entra un guardia con el almuerzo. También esto lo sabe. Tendrá la misma comida todos los días que pase en la «fresquera». Un tazón de caldo de verduras y un par de patatas cocidas con piel. Paul se sienta en la cama mientras el guardia coloca la comida sobre la mesa. Le gusta tratar al alemán como si este fuera un camarero. Físicamente padece las penalidades del encierro; mentalmente gana una batalla en la guerra incesante contra el enemigo.

Pasa la interminable tarde tumbado en su camastro y pensando en su casa. También piensa en la barraca de la que acaba de salir y donde estaba él con sus compañeros. En cierto modo es buena cosa encontrarse de nuevo en la «fresquera», libre de la insistente compañía de sus camaradas de prisión. Paul es un individualista, un piloto de caza nato. No se ha hecho

para él la interdependencia de la tripulación de un bombardero. Es el lobo solitario, aislado en la cabina de su Hurricane, perdido en la inmensidad del cielo azul, con el sol brillando sobre las alas de su aparato y convirtiendo las deshilachadas nubes bajo él en una alfombra de nieve. A él le está reservado el solitario encuentro sobre las nubes y su presa son los panzudos bombarderos escoltados por los cazas malintencionados y venenosos como avispas. Dos cazas (trescientas millas por hora) que giran vertiginosamente en el cielo. El ra-ta-ta-ta-ta de las ametralladoras y la caída del vencido incendiado entre las nubes que le esperan abajo y que no lo sostendrán.

Paul se ve a sí mismo en la cabina de su Hurricane. Recuerda el olor a glycol y la manera de golpearle a uno por detrás el paracaídas cuando hay que dirigirse a todo correr al avión, los saltos del aparato sobre la pista accidentada, la suavidad en cuanto el avión queda en brazos del aire, los raudos saltos entre las nubes y la emoción de ver al enemigo por debajo de uno, silueteado sobre las nubes. Recuerda los vuelos en picado cuando tienes que apretar los dientes y presionar el botón disparador y el avión es sacudido por los tiros de las ocho *brownings*, el súbito apagón (en ese momento en que todo desaparece de la vista del aviador) y la rápida mirada en torno cuando te empiezas a recobrar. Los momentos en que el avión rueda lentamente por la pista de aterrizaje antes de que pises el suelo, la paz, la calma absoluta que se produce cuando apagas el motor, el olor a grasa cuando saltas del aparato y los pequeños ruidos amistosos que te envía el campo mientras fumas un cigarrillo esperando al camión que te conducirá a donde se hallan tus compañeros.

Paul sigue pensando en esto mientras la oscuridad se hace aún más densa en su celda. Se queda dormido en su litera con la andrajosa manta sobre su pecho y, en su rostro dormido, un aire juvenil, libre y sin preocupaciones.

CAPÍTULO II

POCAS semanas después los *chivatos* redoblaron su actividad y el túnel de Bill White fue descubierto. Estos *chivatos* eran ubicuos en el campo; parecían estar en todas partes a la vez. Vestidos con monos azules y botas altas, se escondían debajo de las chozas, entre las pilastras o se subían a los tejados para escuchar las conversaciones y encontrar pruebas inculpadoras. Entraban y salían en el campo ocultos en los carros de la basura e incluso saltaban la alambrada durante la noche para que el portero de guardia, sentado pacientemente junto a las puertas principales, no pudiera notar su llegada. Algunos de los *chivatos* con sentido del humor daban sus nombres en la puerta al entrar y al salir. Se trataban cortésmente y con respeto mutuo. Era aquel un juego constante de contraespionaje.

A aquella hora de la tarde no había nadie fuera de los barracones. La mayoría de los prisioneros estaba durmiendo. Por el exterior de la alambrada los centinelas paseaban rítmicamente con los rifles cruzados a la espalda. Más allá de los alambres, el bosque remoto e irreal visto desde el interior del campo de prisioneros —donde no había árboles y el terreno era árido y batido continuamente por los pies de los prisioneros— permanecía oscuro y fresco bajo una nube de hojas verde pálido.

Peter y John andaban lentamente con las manos en los bolsillos recorriendo el circuito repetidas veces y miraban distraídamente a los centinelas en sus garitas. Los dos compañeros hablaban en voz baja.

—Ha sido una lástima que el plan de Bill haya fracasado —dijo Peter—. Creí que iba a salirles bien.

—Habían empezado demasiado lejos de la alambrada —replicó John—. Figúrate la cantidad de arena que hay que esconder para cavar un túnel de trescientos pies de longitud. La única manera de salir es abrir un túnel, lo

más corto posible, empezando por aquí, en un sitio cualquiera de estos, cerca del alambre bajo de alarma.

—Eso es imposible; no hay ningún sitio cerca del alambre bajo para cubrir un túnel. Bill y los suyos escogieron el barracón más próximo al alambre bajo.

—Y ¿por qué empezar en uno de los edificios? ¿Por qué no abrir el túnel aquí fuera... y camuflar la entrada? Podíamos venir todos los días al sitio que se escogiera y llevarnos la tierra poco a poco.

—Pero, hombre, ¡eso es totalmente imposible! Es como la tapa de una mesa de billar. Cualquier punto del suelo próximo al alambre de alarma está a la vista por lo menos de tres garitas y de dos centinelas del exterior. No habría manera de sacar de aquí un montón de tierra sin que nos vieran.

—Ya se hizo esto una vez. Hace muchísimo tiempo que algunos prisioneros de otro campo lo hicieron. Una buena cantidad de ellos salió con uno que tocaba el acordeón. Mientras que este tocaba, los demás se sentaban a su alrededor formando un gran círculo y cantaban. Mientras lo hacían cavaban un agujero en el centro, se pasaban la arena de unos a otros e iban llenándose los bolsillos con ella. Llegaron a abrir un boquete de la profundidad de un brazo, lo taparon con unas tablas y lo cubrieron con la arena corriente del suelo en torno. Luego volvieron a sus chozas con los bolsillos llenos de arena.

—¿Y qué más ocurrió?

—Pues que un centinela pasó por allí aquella noche, pisó la trampa y se hundió en el hoyo. Es que se habían precipitado excesivamente.

Siguieron andando en silencio. Para Peter la idea era nueva y pensó que merecía la pena tenerla en cuenta.

—Debe de haber algún procedimiento. Lo que necesitamos es algún medio para ocultar el trabajo mientras se esté llevando a cabo, alguna actividad inocente como la del acordeón. Pero este mismo truco no podremos volverlo a emplear; debe conocerlo ya todo el mundo.

—Pero puede haber algo parecido —dijo John.

—No sé... está todo tan pelado. Si por lo menos hubiera algunos árboles.

—Esos tipos odian a los árboles.

—Lo peor aquí es que siempre hay que tener alguna explicación diáfana para todo lo que se hace. Si empezamos a estropearles el paisaje tenemos que demostrarles que lo hacemos con un propósito muy concreto, algo que sea por completo distinto a lo que nos proponemos.

—A veces me canso de estudiar las reacciones de esos malditos *goons* —dijo John—; me refiero a todo esto de «creemos que ellos creen que nosotros pensamos que ellos...». Lo malo es esta oscuridad en que nos encontramos. No sabemos nada. —Sintió un escalofrío y miró hacia arriba—. Fíjate, mira los árboles. Está empezando uno de esos torbellinos.

Peter se detuvo. Hacia el sur, las copas de los árboles se inclinaban y ondeaban mientras que el aire del campo estaba frío y tranquilo. Luego, unas súbitas ráfagas de viento barrieron el campo abriendo de golpe las ventanas mal cerradas, levantando pequeñas nubes de arena y arrancando la ropa puesta a secar por fuera de las cabañas. La swastika que flameaba sobre la Kommandantur se agitó violentamente y, de pronto, se inmovilizó otra vez.

—Voy a cerrar las ventanas —dijo Peter—. He dejado la comida sobre la mesa. ¿Vienes?

—Me estaré aquí a ver qué pasa —dijo John.

Volvió a sentir escalofríos mientras Peter corría hacia el barracón. Todo el campo se había animado. Los prisioneros salían como disparados de las barracas y recogían la ropa de los tendederos. Muchas ventanas seguían abriéndose y cerrándose con el viento. Los árboles más próximos se doblaban inverosímilmente y John tuvo que refugiarse detrás de una barraca porque la fina arena le azotaba y pinchaba las piernas.

Pensó que la cosa venía en serio y aceleró el paso, llegando junto al barracón en el momento en que la tromba de polvo y de arena abandonaba los árboles y se precipitaba hacia la alambrada. Innumerables hojas y pedazos de papel fueron arrastrados por el torbellino y elevados a gran altura. John se fijó en una gran hoja de papel de periódico que subía en espiral a una gran altura y que constituía, flotando y balanceándose allá arriba, como la corona del huracán que batía el campo. La más próxima garita quedó envuelta en una nube de arena y John tuvo el súbito impulso de saltar la alambrada mientras el centinela estaba cegado por la arena.

En un momento pasó todo. El fino polvillo seguía flotando en el aire, pero la arena no se movía y el silbido feroz del viento era ya solo un murmullo.

Lejos del campo, la hoja de periódico iba aterrizando lentamente y John pudo ver cómo se posaba en la copa de los pinos, balanceándose de un modo absurdo de rama en rama para luego desaparecer.

¡Cómo me gustaría ser ese papel!, pensó John. ¡Qué bien me vendría un milagro así como el del viejo Elijah o como lo que pasa en las tragedias griegas! *Deus ex machina*. Cuando el argumento se enreda demasiado no tienes más que bajar al dios en una caja y él lo arregla todo. Se figuró John a un jovial anciano con una corona de olivo ceñida a las sienes que descendiese al campo y le ofreciera subir a una especie de ascensor: «¿Alguien más para la Vía Láctea? Solo un penique, señores, por viajar a lomos de Pegaso...».

Luego cruzó el campo a todo correr, pues le aguijoneaba una idea. ¡El dios en la caja... el Caballo de Troya! Peter... Tenía que encontrar a Peter.

Halló a Peter tumbado en su litera dedicado a escuchar pacientemente la última queja de Robbie sobre Bennett. Tenía los ojos cerrados.

John procuró conservar la calma. Se dirigió a su amigo:

—Pete, ya no hay viento; ¿qué te parecería si siguiéramos paseando?

—Muy bien. —Peter agradeció esta interrupción—. Solo un minuto mientras enciendo la pipa. —Le quitó a Robbie de las manos el cigarrillo y lo puso sobre la cazuela de su pipa—. Mira, Robbie, lo mejor es que no te preocupes por eso. No tiene remedio.

—Haré que me pasen a otro grupo —dijo Robbie—. Si ese tío no...

—Vamos, Pete —insistió John.

—Ahora mismo. —Peter devolvió el cigarrillo a Robbie—. Ven a dar una vuelta. Te sentará bien.

—El circuito me levanta el estómago —dijo Robbie.

Anduvieron por el arenoso suelo, bien apisonado, del circuito. El breve ciclón había pasado y dejaba el campo limpio. La atmósfera se había

tranquilizado por completo y los prisioneros volvían a colgar su ropa en los tendederos.

John procuraba conservar la calma. Seguía dominándole la excitación que su descubrimiento le había producido, pero logró controlar sus nervios.

—Pete... Estábamos hablando de cómo habría que camuflar la entrada...

—¿Sí?

—Después de que te marchaste, he estado pensando... Dijiste que lo del acordeón era ya un recurso clásico...

—Hombre, sí, en cierto modo...

—Sí, es clásico y, a propósito, ¿qué tal estaría el Caballo de Troya? ¿El Caballo de madera...?

Peter rio de buena gana:

—¿El Caballo de madera, el Caballo de Troya?

—Sí, un potro para saltar, una especie de cajón como el que teníamos en el gimnasio de la escuela. Ya sabes, uno de esos cacharros cuadrados con la tapa almohadillada y lados que se apoyan directamente en el suelo. Podríamos sacarlo todos los días y saltar sobre él. Haríamos una trampa resistente que llegara por lo menos a un pie bajo la superficie. Se podría realizar muy bien.

—¿Y la tierra?

—Tendríamos que llevárnosla cada vez dentro del caballo usando unos sacos o algo por el estilo. Tendremos que guardar al caballo en una de las barracas y hacer que los muchachos lo saquen con uno de nosotros dentro. Cada vez que regresemos, traeremos tierra.

—Tendrá que ser un potro de muchísima resistencia.

—Eso es fácil conseguirlo. En el teatro hay buena madera. Podemos coger alguna con facilidad. —John lo veía ya todo realizado, de un modo completo y diáfano. El potro gimnástico de madera, la excavación vertical oculta por el artefacto y luego, horizontalmente, el largo y estrecho túnel. Podía verse a sí mismo y a sus compañeros trabajando día tras día hasta terminar el túnel. E incluso estaba viendo ya cómo salían todos por el otro extremo.

—Vamos a ver ahora mismo al Comité de Fuga —dijo John.

—No hay prisa. Primero, vamos a estudiar bien el asunto.

—No; iremos ahora —insistió John—. Esta idea podría ocurrírsele a cualquier otro mientras nosotros estamos dándole vueltas.

Una hora después estaban otra vez paseando por el circuito. Habían expuesto su plan ante el Comité. Los miembros de este se mostraron al principio incrédulos, luego burlones y, por último, intrigados. John y Peter habían registrado la propiedad de la idea y les dijeron que si se encargaban de facilitar el potro el plan sería apoyado por el Comité.

—Tendremos que proporcionarnos algunas tablas resistentes para la armazón —dijo Peter—. Para las patas bastará con cuatro piezas de unas tres pulgadas cuadradas y cinco pies de largo. Luego tenemos que conseguir unos listones para unir las patas entre sí. Y lo mismo en la parte de arriba... Luego hay que cubrir los lados. Esto no sé cómo vamos a hacerlo.

—Estaba pensando en ello. ¿Por qué no cubrir los lados con tela de saco?

Peter pensó sobre esto:

—No creo que baste con eso, ya que los costados tienen que ser sólidos. Si no, no tiene sentido el cubrirlos. Resultaría muy sospechoso. Los *goons* se preguntarían en seguida para qué habíamos tapado los costados del caballo. En cambio, si todo está construido con madera, la cosa tiene una perfecta explicación. No, no; es preciso que sea un caballo para saltar, perfectamente normal, sin nada que pueda incitar sospechas.

—¿Por qué no cubrimos los cuatro lados con tablas de cama?

—No. Eso no serviría para nada —dijo Peter con énfasis.

—¿Por qué no? Tenemos muchas tablas en las literas. Todos los compañeros nos cederían una o dos cada uno.

—No es eso. Es que si construyéramos todo el aparato con madera sólida pesaría muchísimo. Ya estaría bien poderlo levantar, pero ¡llevar además alguien dentro! No; tenemos que pensar en cualquier otro medio.

Prosiguieron silenciosos su paseo.

—¡Acaba de ocurrírseme, John! —exclamó Peter de pronto—. Allí está nuestro almacén —añadió señalando hacia la casa de baños en

construcción—. Sacaremos algunas tablas del tejado de las nuevas duchas. Además, allí podremos también coger algunos clavos.

—Tendremos que hacerlo cuando haya oscurecido —dijo John—. Ahora no hay luna; hagámoslo esta noche.

—¿Y los perros?

—Tendremos que afrontar ese riesgo. Los faros me preocupan más que los perros. Cavaré una zanja de las que hacemos para tomar baños de sol, debajo de la ventana, y podemos meternos en ella desde debajo de la barraca. Luego, si dejamos unos cuantos bancos o sillas por fuera de las demás ventanas, podemos arrastrarnos de uno a otro.

—Esos perros son de un salvajismo feroz. Haremos que Tony Winyard se encargue de los perros. Armando un pequeño alboroto conseguirá atraerlos al otro extremo del campo. Lo que me preocupa es dónde vamos a esconder la madera que saquemos.

—Pues podemos esconderla en la arena debajo de la barraca o en cualquier otro sitio. Cuando la tengamos aserrada podemos esconder las tablas en nuestras camas.

—Estupendo; con eso tenemos listo todo lo referente al almacén. Pero ¿qué me dices de los costados? No tiene sentido esforzarnos por conseguir el material necesario para el almacén hasta saber qué vamos a poner en los lados.

—Ya lo conseguiremos cuando llegue el momento —dijo Peter—. No vayamos demasiado de prisa. Por lo pronto, tenemos que organizar lo de esta noche. Mañana pensaremos en los costados.

Al oscurecer, cada tarde, los guardias entraban en el espacio reservado a los prisioneros y conducían a estos en rebaño a sus respectivas barracas. Desde el oscurecer hasta el alba los prisioneros permanecían encerrados en las barracas mientras la oscuridad de afuera era recorrida continuamente por los rayos de los faros. Todo el campo era barrido por esa luz inquisitiva durante la noche entera.

Los faros no seguían sistema alguno en sus movimientos. Peter había pasado horas enteras sentado en la ventana contemplándolos. A veces parecía como si los hombres que manejaban las luces siguieran una rutina estricta y los rayos de luz llevaran un ritmo invariable en su disección del

campo. Si esto hubiera sido igual siempre, habría habido tiempo suficiente para lanzarse con toda rapidez de una barraca a otra en el intervalo entre los ramalazos de luz. Pero, con un cambio inesperado, el rayo rompía el ritmo, los intervalos eran por completo distintos y la luz caía en sitios imprevisibles.

Había una completa oscuridad en el centro del terreno utilizable por los prisioneros. En torno a la alambrada, cubriendo un área de unos sesenta pies de anchura, el terreno estaba brillantemente iluminado por lámparas de arco voltaico suspendidas en postes por encima del alambre espinoso, un círculo de luz blanca que rodeaba un área de oscuridad en la que se hallaban las oscurecidas barracas de madera. En cada barraca, que desde fuera parecía fría y muerta, un centenar de prisioneros, cada uno con su propio problema privado, se apiñaban en familiar intimidad. Cada barraca hervía por dentro con sus células que vivían, amaban, odiaban, se molestaban mutuamente, peleaban...

Eran las ocho y veinticinco de la noche. Cinco minutos antes de la hora fijada. En la habitación de Peter los hombres charlaban nerviosamente alrededor de la mesa. Era como la tripulación de un aeroplano antes de salir para luchar. Un aire de tensa angustia y una impaciencia de que todo empezara lo antes posible para acabar lo más pronto posible.

Durante la tarde, Peter había soltado varios tablones del suelo. Las barracas se hallaban sobre pilastras de madera elevadas unos cuantos pies sobre el nivel de la arena. Con frecuencia había oído Peter durante la noche que los perros husmeaban y se arrastraban por debajo del suelo de la barraca. Ahora, sentado, pensaba en esto. Vestía el uniforme de batalla australiano azul marino y tenía el rostro ennegrecido con tizne en espera de poder deslizarse por la trampa que había abierto.

Les tenía miedo a los perros. Para él había algo de aterrador en aquellos perros que recorrían incansables la oscuridad del campo. Eran animales entrenados por los hombres para cazar a otros hombres. A los hombres no les tenía tanto miedo porque estos saben siempre cuándo hay que pararse. Pero, si te coge un perro, ¿puede saber el animal hasta dónde debe llegar?

Peter había visto cómo los entrenaban por fuera de la alambrada. Había podido observar cómo se lanzaban contra la «víctima», convenientemente

enmascarada y acorazada, cuando el Hundmeister les daba la señal. Lo derribaban en un momento y no le dejaban moverse durante todo el tiempo que deseaba el entrenador. Peter se frotó con la mano derecha el brazo izquierdo y miró impaciente su reloj.

John estaba sentado sosteniendo con una mano un espejito y embadurnándose la cara con tizne:

—¿Qué hora es, Pete?

—Las veinte y veinticinco. Es mejor esperar hasta las veinte treinta para salir de aquí. Espero que no nos estropeen el asunto los del otro lado.

—¿Quién se ha encargado de eso? —preguntó Robbie.

—Tony Winyard.

—¿Qué va a hacer?

John seguía maquillándose.

—Saldrá de la barraca del fondo para atraer a los perros a aquel extremo del campo.

—Prefiero que se encargue él de esa tarea —dijo Pomfret.

—Y yo también —se sumó Peter—. Él lo ha hecho ya varias veces. Lleva una bolsa de pimienta y asegura que la arroja a los perros y los inutiliza. Eso me parece algo por el estilo a poner sal en la cola de un gorrión. Sin embargo, si con su sistema logra tener entretenidos a los perros durante diez minutos, puede sernos de gran utilidad. Él y su cuadrilla lo hacen como en una corrida de toros. Tony es el matador. Los picadores se esconden cada uno en un hoyo y llaman desde allí a los perros para desorientarlos. Debe ser divertido. El pobre animal no sabe a dónde acudir. —Peter miró otra vez el reloj—. Es la hora, John. Vamos.

Pasó Peter por la trampa y salió a la densa oscuridad que se extendía bajo la choza. La arena estaba fría y en el aire dominaba el olor a pinos.

Se arrastró hasta el borde de la barraca y estuvo esperando hasta que John se reunió con él. Entonces le dijo:

—Cuando haya pasado el próximo haz del faro, nos lanzamos a la zanja.

Llegaron a esta y permanecieron allí acurrucados esperando el momento adecuado para emprender el largo y peligroso recorrido hasta el nuevo lavadero en construcción. Hacía un año que Peter no había salido de la

choza después de oscurecer. Se tumbó de espaldas y contempló el cielo. No había nubes y en el cielo temblaban millares de estrellas. Sentía la suavidad del aire nocturno que le acariciaba el rostro y la frescura de la arena en las palmas de sus manos. Necesitaron algún tiempo para vencer el obstáculo de la alambrada que rodeaba a la nueva casa de duchas; pero una vez dentro y con los alambres vueltos a colocar como estaban, se hallaban libres de los perros y de los faros y podían trabajar en paz. Actuaron con toda rapidez. Apoyadas en una de las paredes había algunas vigas que Peter aserró hasta darles la longitud conveniente. John buscó clavos y las herramientas sueltas que podían servirles para algo. Encontró una paleta de albañil y casi una docena de buenos clavos largos.

Cuando Peter recogió la madera suficiente se la pasó a John, que había vuelto a cruzar la alambrada, y entre los dos la llevaron sin incidentes hasta la barraca.

Varias veces, de regreso, tuvieron que aplastarse contra el suelo, mientras que un faro los envolvía en su cegadora luz. «Esto es como si nos encontráramos en Berlín —pensó Peter—. Produce la misma sensación de vulnerabilidad inevitable».

Habían oído ladrar un perro; un ladrido breve y furioso que les hizo gesticular nerviosamente en la oscuridad mientras se deslizaban hacia la barraca.

De esta salían más ruidos que ninguna otra noche. Aquel era un fondo orquestal para disimular los ruidos que pudiera producir el trabajo de Peter y John. Peter sabía que los postigos de la barraca estaban cerrados solo aparentemente y que en cada habitación había hombres esperándoles para meterlos dentro en un caso de apuro.

Pero habían llegado a la barraca sin ser descubiertos y pudieron enterrar la madera y la paleta en la arena.

A la mañana siguiente Peter fue al teatro del campo para coger algunas herramientas, mientras que John buscaba prisioneros que quisieran saltar por encima del potro gimnástico, apoyando las manos en este.

El teatro del campo era una amplia habitación para formar la cual habían quitado dos de las paredes de separación en una de las barracas

centrales. En un extremo habían construido un escenario poco elevado. Detrás del escenario dejaron un pequeño espacio que se utilizaba para vestirse los actores, como almacén para el teatro y carpintería.

Durante las pasadas semanas estuvo Peter ayudando a construir y pintar los decorados para la próxima función. Ese decorado se componía de listones cubiertos con papel oscuro y fino. Si la armazón se cubría en un día húmedo el papel se contraía al cambiar el tiempo y se resquebrajaba. Si esa labor se realizaba en un día seco ocurría lo contrario cuando venía la humedad: el papel daba de sí y formaba bolsones. Lo corriente era pintar uno de los trastos cada tarde y volver a la mañana siguiente para encontrar que se había rajado de arriba a abajo.

Encontró a McIntyre, el carpintero del teatro, que fabricaba sillines elementales de unos cajones en que habían llegado juegos enviados por la Cruz Roja inglesa.

—Buenos días, Mac —dijo Peter.

McIntyre era un típico carpintero teatral: taciturno, pesimista y un genio para improvisar. Contestó con un gruñido. Peter insistió:

—¿Qué tal va eso, Mac?

—Bien.

—He venido a ver si me puedes prestar un martillo.

—Sí.

Peter sentóse en una de las sillas acabadas y miró en torno suyo. Aquel era el refugio de Mac, el baluarte que se había construido Mac contra el aburrimiento de la vida carcelaria. Muebles descabalados, máquinas para «hacer ruido», objetos diversos para ser utilizados en escena. Todo eso era de Mac. Peter se estiró confortablemente en la silla y suspiró.

—Haces unas sillas que da gusto sentarse en ellas.

—Ah —y McIntyre martilleaba en una de las sillas en construcción.

—No nos vendría mal una de estas en nuestro cuarto.

—No digo que no —asintió Mac.

Peter se levantó.

—Mac, ¿podrías cederme unos tablones de estos?

—¿Para qué?

—Es que, ¿sabes?, queremos construir un caballo de madera para saltar.

—¿Un qué?

—Un caballo de madera, hombre. Lo que llaman en los gimnasios un potro. Ya sabes... uno de esos cajones para saltar por encima apoyando en ellos las manos. Quiero cubrir los lados con chapas de madera.

McIntyre se irguió:

—Ya, ya comprendo. Para eso necesitaréis muchas cajas. Voy a recibir una carga de ellas que mandan de la Kommandantur. Pediré unas cuantas más para ti.

—Muchísimas gracias, Mac. ¿Puedes reservarme unos clavos de tres pulgadas? Me dedicaré esta mañana a hacer la armazón y luego le pondré las tablas cuando lleguen tus cajas.

—Ajá —gruñó McIntyre. Luego dijo—: ¿Y por qué este súbito interés por la gimnasia?

Peter bajó la voz hasta hablar en un murmullo:

—Es para camuflar un hoyo.

—Lo siento, Pete. —La actitud de McIntyre se hizo en seguida fría y negativa—. No puedo dejarte estas herramientas para planes de fuga. Lo sabes tan bien como yo. Me las han dado bajo palabra de honor. Y aunque no fuera así, es que las vas a estropear. ¿Por qué no abandonas de una vez esos proyectos?

—Bueno, Mac. —Comprendía el celoso interés de McIntyre por sus herramientas. Él no podía escapar y no quería que los demás lo intentaran—. Está bien, Mac —repitió Peter—. No debí habértelo pedido —y se dirigió hacia la puerta.

—¿Por qué no ves a «Alas» Cameron? —propuso McIntyre—. Tiene algunas herramientas ilícitas y además te echará una mano.

—Ahora mismo iré a verlo —dijo Peter—. De todos modos, muchas gracias, Mac.

Mientras se dirigía a la habitación del jefe de aquel ala, se preguntaba Peter por qué le habría sugerido aquello McIntyre. ¿Para librarse de él o con un verdadero deseo de ayudarlo? ¡Qué poco sé de él!, pensó. ¡Qué poco sé de cualquiera de ellos! El viejo Mac, completamente absorto en su labor de carpintería, siente el profundo orgullo de sacar algo de la nada. Ha transformado su encarcelamiento en una vocación.

«Alas» Cameron vivía en una pequeña habitación al final de la sección número 64. Como jefe de ala, disfrutaba del privilegio de una habitación para él solo. Y le venía muy bien; porque él era un entusiasta y los entusiastas no conviven fácilmente con los demás en los campos de prisioneros. También a él le encantaba fabricar cosas. Bastaba darle un trozo de cuerda, algunos clavos estropeados, unas cuantas latas vacías y dejarlo solo un rato, y acababa presentando una lámpara, un hornillo, un instrumento patentado para abrir túneles... en fin, lo que le pidieran ustedes.

Mientras Peter avanzaba por el corredor de la sección 64 le llegaban los sonidos del martilleo a que se hallaba dedicado Cameron. «¡Vaya —pensó Peter—, está metido en faena!».

Se detuvo ante la puerta del comandante de ala. En el centro habían clavado un chiste ilustrado recortado de una revista norteamericana. Era un penado que abría un hoyo en el suelo de su celda. Para ello usaba un pico. Por fuera de la puerta de barrotes, sobre la que el preso había tendido una manta, se hallaban dos vigilantes en animada charla. «No sé lo que está haciendo —decía uno de ellos—, pero así se entretiene».

Peter hizo una mueca al ver aquello y llamó a la puerta.

—Adelante —dijo una voz amable. Peter entró en el cuartito.

«Alas» Cameron era un hombre pequeño con un bigote muy grande; lo que se llama un bigote de fontanero. Llevaba unas sandalias egipcias, calcetines de color rosa, unos pantalones de franela gris pálido muy usados y una camisa de amarillo chillón con un gran pañuelo rojo de dibujo Paisley, flojamente anudado al cuello. Lo habían derribado con este mismo extraño atuendo. «Me pareció mejor ir vestido así, como un extranjero —explicó más tarde—, para pasar inadvertido si derribaban a mi avión y me cogían vivo. Pero, por lo visto, debo de haberme vestido como un extranjero de los que a ellos no les gustan, porque me detuvieron en seguida».

La habitación medía doce pies por seis. A pesar de la estrechez de este cuarto habían instalado sobre la pared, frente a la puerta, una litera doble. La de abajo estaba preparada para acostarse. La de arriba albergaba un revoltijo de latas viejas, trozos de alambre, tablas de cama, piezas sueltas de

una estufa de hierro y los restos de una bicicleta de madera que «Alas» había empezado a construir y nunca llegó a terminar. En unos estantes de la pared había unas filas de latas de *klim*. Y de estas latas había una increíble abundancia en la mesa, en las sillas, por debajo de la litera... Estaban llenas de clavos, trozos de cuerda, tornillos, pedazos de vidrio y retazos de decoraciones del teatro. En fin, todo lo que «Alas» había adquirido durante años de diligente huroneo.

Sobre una pared, debajo de la ventana, había fijado un tablero de dibujo y un banco para trabajar. En el tablero se veía, clavado con chinchetas, el plano de un yate. En el banco de carpintero había otro revoltijo de las cosas más diversas y una maqueta de un vapor construido por «Alas» con latas de *klim* y una botella alemana.

Al entrar Peter en la habitación, el comandante de ala estaba clavando una plancha de madera en el suelo. Esta tapa formaba un marco alrededor de un gran boquete cuadrado que había abierto en el suelo.

—¿Para qué es eso? —dijo Peter.

—Para no caerme en el agujero —contestó Cameron, sin levantar la vista de su trabajo.

—No me refiero a ese marco, sino al boquete.

—Ah, ¿eso? —dijo Cameron poniéndose en pie—. Forma parte de un sistema de ventilación que estoy instalando.

—¿Y cómo funciona?

—Voy a poner un ventilador debajo del suelo. Ahí tengo parte de él. —Señaló a una rueda con unas hojas como las de una hélice hechas con planchas de madera—. El ventilador será movido por una correa y una rueda de gran tamaño instalada en el subsuelo. La correa irá desde la rueda, cruzando el suelo por ahí, hasta lo alto del banco de trabajo. Este viejo gramófono me servirá también. La rueda donde se ponen los discos la fijaré lateralmente aquí arriba. La manivela la introduciré en el centro. Cuando la habitación se caldee demasiado me bastará darle vueltas a la manivela y la plancha giratoria del gramófono moverá a la correa. El aire frío entrará por el agujero del suelo, mientras que el aire viciado sale por otro boquete que voy a abrir cerca del techo.

—¿Por qué no usas el motor del gramófono para mover el ventilador?
—le preguntó Peter.

—Es que se le ha roto el mecanismo. Utilicé las piezas sueltas para hacer un reloj.

—Ya verás lo que te dicen los *goons* cuando lo vean. Te castigarán por daños a la propiedad del Reich.

—Ya lo han hecho. —El comandante parecía muy satisfecho—. El *Feldwebel* vino esta mañana y empezó a gritarme en alemán. Le dije que era inútil su esfuerzo si no me traía a alguien que supiera hablar en inglés. Luego vino un Gefreiter por debajo de la barraca y quiso tapar el agujero desde abajo. Entonces se lo impedí pisándole los dedos. Al cabo de un rato tuvo que abandonar la lucha y volvió con un Lager Officier. Total, que me han castigado con catorce días en la «fresquera».

—Lo que me extraña es que no se hayan llevado tus herramientas.

Cameron lo miró astutamente.

—Fíjate en esto. —Y le señalaba a Peter una espetera clavada en la pared sobre el banco de trabajo—. Fíjate en esas herramientas.

Peter las examinó de cerca. Todas ellas eran de mentira. «Alas» debía de haber tardado muchas semanas y haber trabajado agotadoramente para fabricar aquellos tremendos cuchillos y sierras con hojalata. También había cortafríos hechos de madera y pintados con tanta habilidad que parecían de acero.

—Me registran esto de cuando en cuando, pero no encuentran más que esas herramientas de uso justificado. Mis verdaderas herramientas están escondidas dentro de la pared. Creen que estoy loco, pero que soy inofensivo.

Peter se rio.

—Espero que también nos crean chalados a los demás. Quiero hacer un caballo de madera, de esos que sirven para hacer gimnasia, y he venido a pedirte consejos y a ver si puedes dejarme unas planchas de madera y algunos clavos.

—Sí, creo que sí.

Para Cameron un potro de gimnasio era un problema fácilmente soluble con los materiales disponibles.

Peter le explicó lo del túnel. No quería que el comandante trabajase a oscuras. Cameron mostró en seguida un gran entusiasmo.

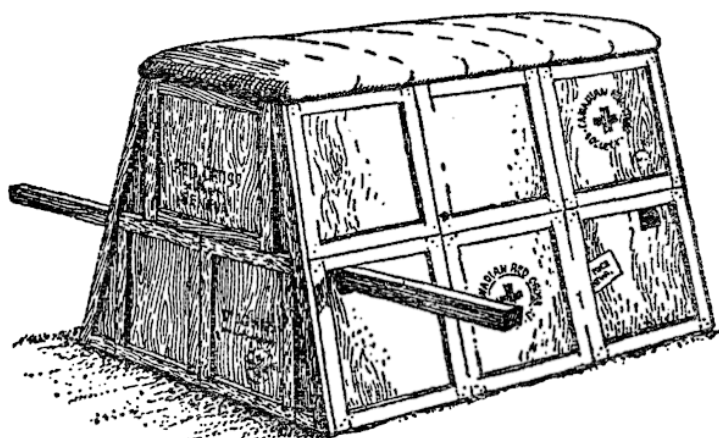
—Tenemos que dibujarlo inmediatamente —dijo, y quitando del tablero el dibujo del yate, lo sustituyó por una hoja de papel blanco—. Tendrá que ser a la vez ligero y fuerte. Sí, fuerte, tanto para saltar como para llevar a una persona dentro. —Cogió una regla y se inclinó sobre el tablero.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO III

CONSTRUYERON el caballo^[5]. Tenía cuatro pies y seis pulgadas de alto y la base cubría un área de cinco pies por tres. Los costados se hallaban cubiertos por planchas de madera de dos pies cuadrados. Procedían de las cajas de la Cruz Roja donde esta enviaba los paquetes y que habían sido robadas del almacén alemán. Los lados iban unidos a la tapa hecha de sólidas tablas acolchadas con ropa de cama y cubierta con tela blanca sacada de los envoltorios en los que habían venido de Inglaterra los cigarrillos. Había cuatro agujeros de cuatro pulgadas de largo por tres de ancho abiertos en los costados. Metiendo unos palos de seis pies de longitud y tres pulgadas por dos de grosor por aquellos agujeros el caballo podía ser conducido por cuatro hombres, a manera de una silla de mano.

Guardaban el caballo en la cantina. Una cantina que solamente lo era de nombre, una prolongación de la cocina del campo formada por la barbería y una habitación grande y vacía donde ensayaba la banda de música. Como todas las demás edificaciones del campo de prisioneros, se asentaba sobre pilastras; pero la cantina tenía unos cimientos de ladrillo y era más sólida que las viviendas. La entrada se realizaba por una puerta de dos hojas a la que se llegaba por unos cuantos escalones anchos de madera.



El caballo de madera con una de las barras para levantarlo colocada en posición.

Durante la construcción del caballo, John había estado reclutando prisioneros para saltar. Puso anuncios, dibujados por él, por todas las barracas anunciando que habría clases de gimnasia todas las tardes. Algunos prisioneros fueron delegados para hablar con los alemanes. Se refirieron a la típica manía por los ejercicios corporales y les contaron, como quien no quiere la cosa, lo del caballo de madera.

Unos días después, los escasos paseantes de aquella hora de la tarde por el circuito quedaron sorprendidos al ver abierta la puerta de la cantina y un grupo de prisioneros, que solo vestían *shorts*, descendía los escalones de madera y formaba en fila a lo largo del alambre de alarma. Inmediatamente después los cuatro prisioneros más vigorosos del equipo salieron llevando una especie de cajón en andas. Este cajón fue conducido hasta un lugar situado a unos treinta pies del alambre de alarma, donde fue cuidadosamente depositado en el suelo. Luego quitaron los palos que servían de asas.

El equipo volvió a alinearse y, bajo la dirección de uno de los prisioneros, empezó a saltar sobre el artefacto. Los guardias, cansados de observar a los prisioneros en sus interminables vueltas al circuito, se interesaron por el insólito espectáculo. Pero no prestaron toda su atención al ejercicio deportivo. Un partido de boxeo o una pelea fingida solía ser un

método corriente de distraer la atención de los guardias mientras que se realizaba un intento en un punto de la alambrada alejado de allí. Así, pues, los centinelas apartaban a cada momento la vista de aquel juego para fijarse en el trozo de alambrada del que eran responsables.

El término medio de saltos era de buena calidad. El capitán del equipo hizo realizar a sus hombres una complicada serie de saltos. Solo uno de los del grupo lo hacía bastante mal. Se notaba en seguida que no servía para aquello. Los guardias se dieron cuenta desde el principio de su torpeza y se reían de él cuando no podía saltar al otro lado del caballo. La nueva distracción había atraído a una multitud de prisioneros, a quienes la cosa divertía extraordinariamente, y todos jaleaban con gritos y burlas los fallos del gimnasta bisoño. Cada vez que tropezaba en la madera y caía hacia atrás levantaba en la concurrencia un tremendo regocijo.

Pronto todos los vigilantes concentraron su atención en este prisionero en espera de su ridícula exhibición. No tenían muchas ocasiones de reírse a cuenta de los prisioneros. Lo corriente era precisamente lo contrario. A medida que los espectadores iban ensañándose más con él, el mal saltador parecía empeñarse más en vencer el obstáculo. Por fin, tomando carrera con gesto heroico, dio un salto desesperado, pero tropezó en el caballo y lo tumbó. El artefacto había caído de tal manera que su interior quedaba por completo a la vista de los guardias.

El caballo estaba vacío. Los saltadores pusieron el cajón en su sitio y siguieron con su ejercicio. Pronto llevaron el caballo a la cantina y lo dejaron allí hasta la tarde siguiente.

Antes de salir de la cantina ataron hilo negro de algodón cruzando la puerta y en torno al caballo. A la mañana siguiente el algodón estaba partido. Los *chivatos* no se fiaban de ningún juego. Durante la noche habían examinado el caballo de madera.

Después de desayunar, una semana más tarde de haber empezado el notable deporte, paseaban Peter y John por el circuito. El tema de su conversación —el único tema que habían tenido durante toda la semana— era el caballo de madera.

—Creo que mañana podríamos empezar a cavar —dijo John—. Los *goons* se han acostumbrado ya a nuestro juego. Han podido ver el interior del cacharro durante bastante tiempo y están seguros de que no escondemos nada dentro. Además, los muchachos que saltan quieren que su esfuerzo produzca algún resultado. No podemos esperar que sigan ayudándonos si no ven que se empieza en seguida a hacer algo positivo.

Peter fumaba su pipa.

—¿Has oído alguna vez la historia de los dos toros?

—No —dijo John—. ¿De qué se trata?

—Había dos toros en el campo. Uno era un toro viejo; el otro, un toro joven. De pronto, el toro joven le dijo al viejo: «¡Mira! El granjero se ha dejado abiertas las puertas del cercado. Ahí cerca hay algunas vacas. Vamos a lanzarnos a toda velocidad y disfrutamos a dos de ellas». «No —dijo el toro viejo—. Vamos a ir *despacito* y podremos disfrutarlas a todas».

John se rio.

—Es muy cierto. Si fuéramos tú y yo los únicos, estaría de completo acuerdo contigo. Pero hemos de tener en cuenta a los saltadores. Si no ven que adelantamos algo, se desanimarán y tendremos que abandonar el proyecto.

—Sí, ya sé; a mí también me preocupan los saltadores. Es muy duro hacer tanto ejercicio con el poco alimento que tomamos. ¿Cuánto tiempo crees que tardaremos en terminar el túnel?

—Veamos —dijo John—. Tenemos cuarenta y cinco pies hasta el alambre de alarma y treinta pies bajo la franja de peligro hasta la alambrada. O sea 75 pies. El cable mismo tiene ocho pies de grueso, de manera que son en total 83 pies. Pero más allá de la alambrada hay que avanzar por lo menos treinta pies para librarnos de los centinelas de fuera. Con eso llegamos a los 113 pies. Es decir, si podemos ir derechamente. Pero es muy posible que tengamos que torcernos a causa de rocas o raíces que encontremos, y así tendremos definitivamente unos 120 pies. Si hacemos cinco pies al día tardaremos veinticuatro días.

—No podremos avanzar cinco pies diarios —dijo Peter.

—Hombre, no sé. Yo estoy seguro de poder cavar cinco pies al día. Bueno, déjalo en tres pies, si quieres... Serán unas seis semanas.

—No se trata de la cantidad que podamos abrir cada día, sino de la cantidad de tierra que podamos transportar en el caballo. ¿Te das cuenta de lo que pesa la arena?

—Tú lo tienes que saber bien, ya que eres aquí el aparejador.

—Si no me falla la memoria, una yarda de tierra pesa unas mil libras, pero no recuerdo si húmeda o seca. La nuestra, desde luego, estará húmeda; pero, en fin, el saber esto no nos ayudará mucho. Lo que necesitamos saber es el tamaño que tiene una libra de tierra, de manera que podamos imaginarnos cuánta cantidad podremos llevarnos de cada vez. ¿Cuánto peso crees que podrán transportar entre los cuatro en el caballo... con uno de nosotros dentro además?

—¿Cuánto pesas tú?

—No lo sé. Pesaba once con tres cuando me abatieron. Creo que ahora pesaré diez con siete o cosa así.

—Entonces yo debo de pesar diez. Vamos a suponer que podemos llevar otras diez de arena...

—Entonces tenemos un total de 140 libras. Vamos a pesar una libra de arena para ver cuánto abulta. Me parece que un pie al día será más razonable que tres pies.

—Y ¿qué vamos a emplear como peso de una libra? Creo que un galón^[6] de agua pesa unas diez libras.

—Emplearemos una lata de *klim* sin abrir, porque pesa exactamente una libra. Nos fabricaremos una balanza, colgaremos una lata de *klim* vacía en uno de los extremos y la llenaremos con arena húmeda hasta que la balanza quede equilibrada. Entonces podremos saber el tamaño que tiene una libra de arena.

—Perfectamente —dijo John—. Ahora no podemos ir. Están dando clase de latín en nuestra habitación.

—Creo que yo debía empezar a dar clases de alemán.

—Hombre, Peter, yo no me preocuparía de eso. Después de todo, no vamos a presentarnos como alemanes. Saber un poco del idioma puede resultar más peligroso que ignorarlo por completo. Si empiezas a aprender alemán ahora y te pones a hablarlo, nos comprometes a los dos. Lo mejor que puedes hacer es estar siempre callado cuando nos escapemos. Es

preferible que nos presentemos los dos como franceses y yo me encargaré de hablar siempre que se presente la ocasión. Con tal de que puedas decir «*Ich bin Ausländer... nicht verstehen*», te bastará.

—Estupendo —dijo Peter—. *Ich bin Ausländer... nicht verstehen*. Suena de un modo impresionante. ¿Qué significa?

—Quiere decir: «Soy extranjero... No comprendo».

—Me parece muy bien. Repetiré esas palabras sin parar hasta que tú llegues.

—Si quieres, puedes fingirte sordomudo.

—Ya sé lo que voy a hacer. Fingiré un tartamudeo muy exagerado, de manera que si me preguntan algo me pongo a tartamudear como un desesperado, y entonces llegas tú, les dices que yo no puedo hablar y les explicas lo que sea.

—Sí, lo haré así con tal de que me hablen en francés. Pero si no, empleas el procedimiento del *nicht verstehen*.

—De acuerdo —dijo Peter—. *Ich bin Ausländer... nicht verstehen*. —Siguió dando vueltas al circuito y pensando en la fuga—. *Ich bin Ausländer... nicht verstehen*. ¡Vaya un vocabulario para cruzar con él toda Alemania! Pero ¿es que me serviría de algo hablar con toda corrección el alemán? Esto de la fuga es cuestión de suerte. Algunos se han escapado y han llegado a Inglaterra sin saber ni una palabra de alemán. Y a muchos que dominan el alemán estupendamente los han pescado. Además, todo esto es anticiparse demasiado. Lo primero es salir del campo. Mañana será otro día. De todos modos, ¡es tan hermoso pensar en el regreso a Inglaterra! Ahora tenemos la sensación de estar haciendo algo en vez de pudrirse aquí en espera del final de la guerra. ¡Volver a la escuadrilla y poder volar de nuevo y pasar miedo y sentir luego el alivio de que el peligro ha pasado, y las reuniones de los compañeros y la sensación de que lo peor le puede ocurrir a cualquiera menos a ti! Y esa otra sensación de que no te ha ocurrido a ti la noche anterior y de que no tendrás que preocuparte hasta la noche siguiente y que esa noche de enmedio la tendrás libre...

Aquella tarde preparó Peter la parte superior. Lo hizo con los cuatro lados de una caja de madera reforzándolos para que pudieran formar una caja

rígida de cuatro lados, sin fondo ni tapa. La caja tenía que resistir una gran presión desde el interior.

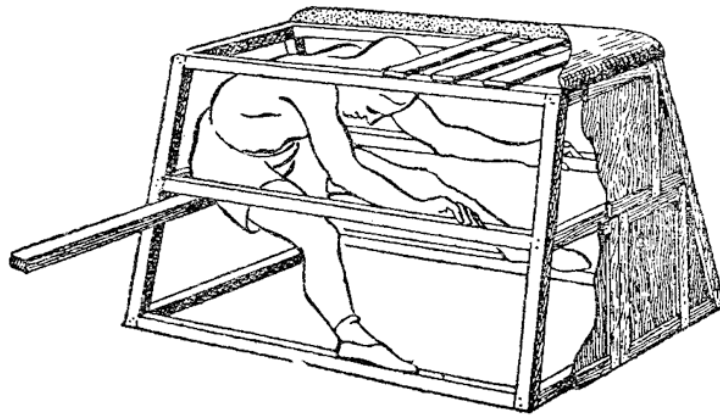
John pasó la tarde confeccionando doce sacos con la parte de abajo de los pantalones. Varios de los prisioneros habían sacrificado las perneras de sus pantalones cortándoselas de manera que les quedaran unos *shorts*. Cuando John cosió las perneras agujereando la parte superior para meter cuerda y cerrar, había logrado unas bolsas de unas doce pulgadas de altura. Se fabricó ganchos con alambre fuerte para suspender las bolsas dentro del caballo. Durante la semana habían hecho dos cavidades en la arena, una en la parte de delante y otra a un lado de donde colocaban al caballo. Esto lo hicieron a la vista de los guardias, de modo ostensible y como medio de suavizar la caída en el salto. Pero su verdadero objeto era que sirvieran de punto de referencia para colocar el caballo siempre en el sitio exacto. A la tarde siguiente sacaron el caballo con John dentro. Llevaba este una caja de cartón de la Cruz Roja para meter en ella la arena de la superficie, las bolsas y los ganchos, y la paleta de albañil que habían robado de la casa de duchas en construcción.

«¡Dios mío! —pensó Peter—, esto es peor que la primera vez que vuela uno cabeza abajo». Llevaba uno de los extremos de la barra delantera y andaba lentamente hacia el sitio donde iba a colocar el caballo. John se acurrucaba en el interior. Apoyaba los pies en los listones de la base, uno a cada lado. En los brazos llevaba el equipo. El caballo crujía y se bamboleaba porque los portadores vacilaban bajo el insólito peso. Por fin, pusieron el caballo en posición y empezaron a saltar.

Dentro del caballo, John trabajaba con rapidez arañando la arena de la superficie gris oscura; la iba echando en la caja de cartón, y así empezó a cavar una profunda zanja. La brillante arena amarilla la iba colocando en las bolsas que habían fabricado con las perneras de los pantalones.

A medida que la trinchera se hacía más profunda experimentaba John una mayor dificultad por alcanzar el fondo con la mano. Lo hizo entonces más ancho y para ello tuvo que amontonar la arena excavada a un lado del

interior del caballo. Hacía allí dentro un calor grandísimo y John empezó a sudar copiosamente.



Donde se ve cómo está construída la armazón del caballo; con un hombre dentro en posición para ser conducido.

Terminó la zanja y puso en posición una hoja de madera. Volvió a colocar la arena por encima de la tapa, apisonándola bien, y después de extender una fina capa de arena sobre toda la superficie cubierta por el caballo cuidó de borrar las huellas de sus pies y manos.

En voz baja le hizo saber a Peter que había terminado.

Los saltadores colocaron en posición las barras que servían de asas y regresaron a la cantina llevando con gran dificultad a John y los sacos de arena.

Una vez dentro de la cantina pasaron la arena de las bolsas a unos sacos alargados, especie de salchichas, que habían confeccionado con las mangas y perneras de camisetas y calzoncillos de lana. Estos nuevos paquetes los llevaron arrollados al cuello o a lo largo de las piernas bajo los pantalones.

Dispersaron la arena por varios lugares del campo; una parte de ella fue a parar a las letrinas, otra parte quedó enterrada bajo las barracas, y otra la transportaron en bolsillos especialmente confeccionados en los pantalones y la enterraron en el tomatal que había cerca de una de las barracas.

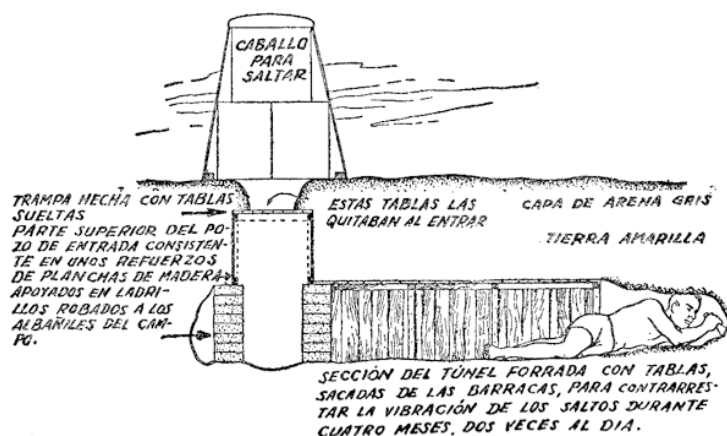
Les costó cuatro días de trabajo hundir los cuatro lados de la caja en tierra. Trabajando alternamente hundieron los cuatro lados en el suelo y quitaron

la tierra de dentro. Cuando llegaron al fondo siguieron profundizando y pusieron ladrillos bajo las cuatro esquinas de la caja para sostenerla. Hicieron una trampa con tablas de cama y volvieron a colocarlas en su sitio y a cubrirlas con la capa arenosa de la superficie cada vez que dejaban el trabajo.

Habían llegado a hacer un hoyo de unos cinco pies de profundidad y dos pies cuadrados con seis pulgadas. La caja de madera empotrada en la entrada del pozo la habían bajado más y estaba ahora a dieciocho pulgadas por debajo de la superficie. Estas dieciocho pulgadas de arena por encima de la tapa de madera de la trampa les daba la seguridad de que los *chivatos* no la descubrirían con sus pinchos y también estaba lo bastante profunda para amortiguar cualquier sonido cuando alguien pisara por encima de aquel sitio. Pero resultaba demasiada cantidad de arena para quitarla cada día antes de empezar el trabajo de excavación. Para facilitar esto llenaron de arena varias bolsas confeccionadas con prendas interiores de lana. Las colocaron encima de la tapa de madera, cubriéndolas luego con solo seis u ocho pulgadas de la arena superficial. Las bolsas eran lo bastante finas para no obstaculizar la penetración del pincho que empleaban los *chivatos* para «calar» los sitios sospechosos y a ellos les permitía cubrir y descubrir la entrada vertical con más rapidez.

La caja de madera se asentaba sobre cuatro pilas de ladrillo de dos pies de altura.

Por tres lados, el espacio situado bajo la caja de madera estaba recubierto con tablas de cama partidas. El cuarto lado era la entrada del túnel.



Era posible permanecer de pie en el pozo, pero no se podía uno arrodillar. Para entrar del pozo al túnel se vieron obligados a abrir un pequeño hueco en la dirección opuesta con objeto de meter allí los pies y poderse arrodillar para penetrar en el túnel.

Los primeros siete pies del túnel fueron recubiertos sólidamente con tablas. Las planchas de madera para ello las preparaba Peter por las tardes en la seguridad de su habitación y las llevaban al túnel por partes para volverlas a montar allí. Aquella obra la hacían con un cuchillo de mesa y un atizador al rojo vivo.

Para montar el recubrimiento, Peter se tumbaba de espaldas en la oscuridad del túnel y rebañaba la suficiente cantidad de tierra para fijar los soportes principales antes de instalar las tablas. Tenía que trabajar lenta y cuidadosamente por el continuo temor de que un súbito desprendimiento lo dejara enterrado. Estaba allí solo y bastaría una pequeña cantidad de tierra para dejarle indefenso empotrado en el túnel.

Cuando el techo del túnel estuvo dispuesto tuvieron que rellenar con arena el espacio entre el techo del túnel y el de madera. De no hacer esto la tierra se desprendería y el techo iría subiendo hasta que una reveladora depresión en la superficie delatará la dirección del túnel.

Después de los primeros siete pies del recubrimiento que construyeron para contrarrestar el impacto de los saltadores sobre la superficie, el túnel proseguía ya sin protección.

El túnel era muy pequeño. En seguida se habían dado cuenta de que el avance de la obra dependería de la velocidad con que pudieran sacar la tierra excavada. Mientras más pequeño hicieran el túnel, menos tierra tendrían que sacar y más rápidamente adelantaría la obra.

Mientras uno de ellos dirigía el deporte, el otro perforaba el túnel. Allí dentro se hallaba solo. Una vez dentro del túnel, tumbado y con las manos por delante de la cabeza, tenía que permanecer así. No podía volver los brazos hacia atrás ni realizar el movimiento que en natación se llama *crawl*. Tenía que arrastrarse como un reptil moviendo solamente los dedos de las manos y de los pies. Una vez llegado al extremo de la perforación, escarbaba alguna tierra con la paleta e iba retrocediendo por el túnel, llevándose la arena consigo a fuerza de irla echando hacia atrás. Cuando llegaba al pozo de entrada tenía la suficiente tierra para llenar un saco, y había doce sacos.

Dentro del túnel la oscuridad era absoluta y se respiraba con dificultad. Trabajaban completamente desnudos y sudaban continuamente. El excavador se desnudaba por completo antes de entrar en el túnel porque así estaba más fresco y porque, si llevaba la menor prenda, desprendía con ella una cierta cantidad de tierra de los lados cuando se arrastraba. Cada bolsa de la tierra caída de los lados del túnel significaba una bolsa menos de la parte delantera. Por eso trabajaba completamente desnudo y con el sudor se le pegaba la arena al cuerpo. Tenía tierra en los ojos, en los oídos, en la nariz... y le parecía tenerla hasta debajo de la piel.

Se hacían desolladuras en los codos y en las rodillas y se partían las uñas. A medida que el túnel se alargaba, el trabajo se dificultaba y el aire se hacía más irrespirable. No abrieron agujeros de ventilación por miedo a los perros.

Y así continuaron hasta perforar un túnel de cuarenta pies de largo. Después de los cuarenta pies, no podían hacer más. Habían llegado al límite de su resistencia. Mientras más lejos llegaban, más difícil se hacía el trabajo. Era materialmente imposible respirar allá abajo y empleaban dos horas en llenar las doce bolsas.

No solo estaban agotados los «tunelistas» por recorrerse veinticuatro veces el túnel como un reptil humano, sino que los saltadores —que llevaban saltando todas las tardes de los dos meses que había costado abrir los cuarenta pies— se hallaban igualmente extenuados. A los excavadores se les daba una ración especial de alimento, pero a los saltadores no, y, en verdad, les hacía tanta falta como a los otros. Apenas les quedaban ya energías.

Peter y John habían ideado ciertas variaciones en aquel deporte. Una docena de hombres no puede pasarse dos horas seguidas saltando sin que la cosa resulte extraña. Durante todo el tiempo que uno de los tunelistas estaba trabajando, el otro permanecía junto al equipo de saltadores, procurando hacer que durante esas dos horas el empleo del caballo de madera pareciera lo más natural posible. Esto no era fácil, sobre todo cuando el *chivato* se quedaba junto al caballo contemplando los saltos.

Para variar el espectáculo llegaron incluso a organizar una carrera en torno al circuito, atreviéndose a dejar el caballo solo con la trampa abierta bajo él.

Trabajar dentro del túnel representaba un tremendo esfuerzo físico. Sin embargo, tanto Peter como John lo preferían a tener que organizar el deporte de arriba.

Llegó el final cuando John estaba en el túnel. Peter se había acercado a la puerta principal para enterarse de cuántos alemanes había en el campo. Quedaban diez minutos para la hora de encerrar el caballo.

Cuando volvía hacia el sitio donde saltaban le salió al encuentro uno de los saltadores, que venía corriendo hacia él y estaba palidísimo.

—¿Qué pasa? —preguntó Peter.

—Ha habido un desprendimiento.

—¿Dónde?

—Cerca del caballo.

—¿Está John bien?

—Le hemos gritado, pero no nos ha respondido.

Peter corrió hacia el caballo. Casi con toda seguridad un desprendimiento significaba el aplastamiento de John. No había ventilación alguna. Si se le cerraba la salida, se asfixiaría.

Los saltadores estaban agrupados alrededor de un hombre tendido en el suelo. Peter lanzó una rápida ojeada a las garitas de los centinelas sobre la alambrada. Los guardias miraban con atención hacia ellos.

—¿Dónde ha sido el desprendimiento? —preguntó Peter.

—Wilde se ha tendido sobre el agujero. En cuanto nos dimos cuenta de que se había abierto, se tendió Wilde para que los guardias no lo vieran. Finge que se ha lastimado la pierna.

—¿Cómo está John?

—Sigue sin contestarnos.

«¡Dios mío! —pensó Peter—, le ha ocurrido lo peor». Su primer impulso fue volcar el caballo y bajar, pero el pensamiento de que el túnel fuera descubierto le contuvo. El buen John se pondría furioso si luego resultaba que él había sentido un pánico injustificado.

—Que vayan dos en busca de una camilla —dijo Peter—. Tenemos que darle a esto un aire lo más natural posible.

Dos de los hombres fueron por una camilla. Peter se puso en cuclillas a los pies de Nigel y con la cabeza pegada al agujero:

—¡John! —llamó—. ¡John!

No hubo respuesta.

—Date un poco la vuelta, Nig.

Nigel corrió ligeramente hacia un lado. Entonces, por una abertura del tamaño de su brazo, pudo ver Peter la oscuridad del pozo.

—¡John! —siguió llamando—. ¡John!

—¡Hola, Pete! —La respuesta era débil.

—¿Qué ha sucedido?

—Un desprendimiento, pero puedo arreglármelas. He sacado de las paredes del fondo algunas tablas. Ahora las estoy empotrando. ¿Puedes tapar el agujero por arriba?

—Sí. Avísame cuando hayas empotrado las tablas en el techo. —Peter fingió atender a la pierna de Nigel.

—Los malditos *goons* parecen interesados por lo que pasa aquí —dijo Nig.

—Los chicos que han ido por la camilla estarán aquí en seguida —lo tranquilizó Peter—. Te llevarán a la barraca. Con eso se quedarán

satisfechos.

En ese momento le llegó desde el fondo del túnel, muy débilmente, la voz de John:

—Estoy acabando de poner las tablas de soporte. Dentro de unos cinco minutos puedes llenar el boquete.

«¡Qué hombre! —pensó Peter—. ¡Qué hombre! Este John es un gran chico». Le dio unos golpecitos afectuosos a Nigel en la pierna, como a un herido de verdad. Los dos muchachos regresaron con la camilla y un botiquín de urgencia. Peter exageró cuanto pudo la operación de vendar a Nigel para dar motivo a que los demás, moviéndose de un lado a otro, echaran con los pies la arena de la superficie hacia el boquete.

—Quedará un poco hundido —dijo Peter—. Más tarde lo cubriremos más. ¿Qué hora es?

—Las tres y media.

—¡Caray, pasan lista a las cuatro! John tiene que estar fuera antes de esa hora. —Peter dio unos golpes a un lado del caballo. No obtuvo respuesta.

Pasaron diez minutos. Seguían sin la menor noticia de John.

«¡Dios mío, ahora sí que nos la hemos ganado! —pensó Peter—. Si no estamos todos allí a la hora de pasar lista, nos va a costar caro».

—Vamos, chicos, sigamos saltando. No podemos quedarnos quietos ahora.

Empezaron otra vez el juego. Entonces oyó Peter la voz de John, con un tono de urgencia desde el interior del caballo:

—Oye, Pete, ¿qué hora es?

—Tienes cinco minutos.

—Es que esto se ha complicado.

Al cabo de los cinco minutos lo llevaron a la cantina. Apenas podía ponerse en pie:

—Se nos ha presentado una buena complicación —explicó—. Hay un pedazo de raíz de algo, y por lo visto, a fuerza de saltar arriba, se ha soltado. La he sujetado por ahora, pero es preciso fijarla bien.

—Mañana bajaré yo con lo necesario —lo tranquilizó Peter.

A la tarde siguiente bajó Peter con unos refuerzos de madera. Se encontró con que la tierra casi llenaba el túnel. Y continuaba cayendo mientras él trabajaba. Peter se afanó en la oscuridad, guiándose por el tacto y con un aire irrespirable que le hacía jadear continuamente. La tierra le caía en los ojos y en la boca. Trabajaba con furia colocando los refuerzos y sacando la tierra hacia el pozo de entrada.

Cuando las tablas de contención quedaron encajadas, se las arregló para sacar parte de la tierra; el resto la extendió por el suelo, apoyándose en ella con el vientre y aplastándola con las manos.

Cuando por último volvió al caballo, apenas tenía ya fuerzas para colocar de nuevo la tabla de la entrada. Pero lo hizo y cubrió la tapa con la arena, dándole a John la señal de que ya estaba listo. Cuando llegó a la cantina salió gateando del caballo y se desmayó.

Lo llevaron al hospital del campo. Había abusado excesivamente de los saltos, la excavación y las preocupaciones. El médico inglés le mandó guardar cama durante una semana. Peter quedaba fuera de combate y tuvo que permanecer en cama, preguntándose constantemente qué estaría haciendo John en aquel momento.

Durante la semana que pasó en el hospital no hubo excavaciones, pero sacaban al caballo todas las tardes y saltaban como siempre para evitar que los guardias sospecharan.

CAPÍTULO IV

A Peter le habían dado un sedante al meterlo en cama. Se despertó durante la noche empapado en sudor. Oía caer la lluvia. Por fuera de la ventana la lluvia corría a raudales por los canalones y se la oía tamborilear sobre un cercano tejado de latón. De cuando en cuando se veía un relámpago y tronaba a lo lejos.

Peter escuchaba la lluvia desde la cama. Sonaba a suavidad y frescura; una lluvia de verano. Se la imaginó cayendo sobre las hojas de un árbol que se hallaba cerca de la ventana, dando sobre las hojas para caer luego en lentas gotas sobre el oscuro suelo. Se la imaginó del color de la tierra, gorgoteando al abrirse paso por entre la grava; sinuosa y, sin embargo, imperativa, arrastrando ramitas y hojas como pequeños botes sin remos que giran y se retuercen en la superficie. Pero por muchas vueltas que den seguirán el fluir de la corriente, pasarán por debajo de la alambrada hasta caer en la zanja abierta más allá de esa defensa; la libertad del mundo exterior.

Estuvo todavía mucho tiempo escuchando la lluvia y, por fin, cayó dormido, refrescado ya y tranquilizado por la caricia de la lluvia.

Cuando se despertó había amanecido ya. Los postigos estaban abiertos y la luz del sol inundaba la habitación. Esta parecía más acogedora que por la noche y también más desordenada. Los demás pacientes, sentados en la cama, se aseaban. Por la puerta abierta pudo oír Peter el clin-clan de los cubos y el chapoteo del agua mientras los ordenanzas fregaban el suelo del corredor.

Permaneció inmóvil durante un rato escuchando la animada y amistosa charla de los demás pacientes. Estaban haciendo rabiar, en broma, al hombre de la cama siguiente a la de Peter. Por los sonidos extraños que salían de su garganta, era evidente que hacía gargarismos.

Cuando terminó esta higiénica operación, pudo ya replicar a las bromas. Hablaba con un marcado acento australiano:

—Fue mala suerte, sencillamente. Si no hubiera sido por aquel condenado centinela, nos hubiéramos escapado.

Peter levantó la cabeza y miró hacia la cama de al lado. Su vecino tenía la cabeza vendada y el brazo en cabestrillo.

—Buenos días, muchacho; ¿te encuentras mejor?

—Tengo la cabeza como un bombo —le respondió Peter—, y a ti, ¿qué te pasa?

—Me han metido una bala por el hombro. Íbamos a embarcar en un bote en Danzig y nos vio un centinela. Me tiró y me dio en el hombro. Cuando caí, me abrí la cabeza.

—Lo que le pasa a este es que le duele la garganta —aclaró uno de los otros—. Todo lo demás que dice es cuento. Desde que está aquí no hace más que contarnos esa historia de su fuga.

—No le hagas caso —replicó el australiano—. Este se rompió un brazo saltando del tren; ya ves, apenas llevaba unas horas en libertad y ya se parte un brazo porque se cae de un tren.

—¿De qué parte del campo eres? —le preguntó Peter.

—Del sector norte. Cuatro de nosotros nos escapamos por debajo de la alambrada. Todo hubiera salido bien si no hubiera sido por aquel maldito centinela.

—¿Hasta dónde llegasteis?

—Estuvimos tres días por ahí. Yo cogí este resfriado por dormir en una zanja.

—¿Qué les pasó a los otros dos?

—Están en la «fresquera». Pusieron las manos en alto en cuanto el centinela empezó a disparar. Ojalá hubiera hecho yo lo mismo.

—¿Cómo llegasteis a Danzig? —preguntó Peter.

—Nos escondimos en un tren de mercancías. Ese es el mejor sistema.

—¿Qué tal está Danzig?

—Aquello es una porquería. En mi vida volveré allí. Es imposible pasarlo bien. Hay demasiados centinelas en los muelles.

—¿Están los muelles protegidos por vallas?

—No, pero están erizados de tropa. Allí no hay plan, muchacho.

Aquella semana se la pasó Peter en la cama ilusionado con la fuga. Escuchaba cuidadosamente las experiencias de los demás comparándolas con las suyas propias y tratando de establecer puntos débiles comunes en los planes de todos ellos. Reflexionó sobre su pasado intento. Una fuga abortada en el Dulag-Luft cuando lo capturaron la primera vez. Esto había sido hacía un año. Y durante todo el año siguiente no había dejado de ocuparse, de una u otra forma, de los proyectos de fuga; pero nunca había llegado ni siquiera a cincuenta pies más allá de la alambrada. Decían que era imposible escaparse y aquí tenía precisamente a dos hombres que habían sido pescados y devueltos al campo cuando lo intentaron.

Les hizo preguntas sobre su fallido proyecto y trató de analizar las causas de aquel fracaso. Repasó mentalmente todas las historias que había oído de prisioneros que habían logrado pasar del lado de allá de la alambrada. Siguió con el pensamiento las fases de cada escapatoria hasta llegar al momento de la captura. En todos los casos, los fugados habían sido detenidos cuando iban a pie y, por lo general, a los pocos días de abandonar el campo. La mayoría de ellos habían salido andando y recorrieron a veces solo unas cuantas millas antes de volver a ser «enchiquerados». De los que habían tomado trenes clandestinamente solo estos dos habían llegado a su destino, y eso para ser inmediatamente apresados en los muelles de Danzig. Habían tomado el tren en los depósitos de mercancías cercanos al campo y realizaron todo el viaje sin obstáculos.

—Esa parece ser la solución —dijo una noche después de haberle estado dando vueltas al asunto sin poder dormirse—. Sencillamente, comprar billetes y viajar como pasajeros corrientes. Tiene que haber centenares de trabajadores extranjeros que viajan por Alemania en ferrocarril.

—Ese sistema no ofrece seguridad —comentó el australiano—. Te cazan a la primera vez que te pidan los papeles. Los documentos que nos fabricamos aquí no pueden resistir a una revisión a fondo de las que hacen en los trenes.

—Pero se puede llegar a alguna parte —insistió Peter—. Si se pasa por la taquilla, se puede llegar rápidamente a donde quiera uno.

—Te repito que tienen unas revisiones muy detalladas en los trenes —dijo el australiano—. Yo tenía un amigo que hizo eso que tú dices. Pasó por la taquilla tranquilamente, pero lo cogieron luego en el tren. Unos de esos hijos de tal, vino picando los billetes y pidiendo a la vez los papeles. Cuando mi amigo enseñó los suyos le echaron mano al instante. Esos tíos tienen una vista de lince para descubrir los documentos falsificados.

—Bueno, es que sería un tren expreso —dijo Peter—. No conviene que sea un tren con pasillo. Lo que hace falta es un tren local, de esos anticuados con departamentos separados y sin pasillo. Una vez que estás dentro, ya no hay quien te saque. No te puede ocurrir nada hasta que llegues al final del trayecto.

—A no ser que te pongas a hablar con alguien.

—Es muy fácil hacer como que se duerme. Además, no podemos ocultar que somos extranjeros y lo más lógico es que los alemanes no te dirijan la palabra.

—¿Estás seguro de que dejan viajar en trenes a los trabajadores extranjeros? Lo más probable es que los transporten en vagones para el ganado.

—Ya nos enteraremos de eso.

—Yo preferiría ir a pie —dijo el australiano—. O bien meterme, sin que me vean, en trenes de mercancías, como hice la última vez. Es un martirio para los nervios encerrarse, como tú dices, en un departamento con unos cuantos *goons* durante varias horas. A lo mejor se queda uno dormido y, en sueños, empieza a hablar en inglés. Además, tienen un olfato muy desarrollado para estas cosas. La próxima vez escogeré el aire libre.

—Por mi parte no estoy tan seguro como tú —dijo Peter—. Me parece que en lo del viaje en tren hay un buen asunto.

Después de la tensión de los últimos días, era un alivio pasarse el día tumbado en un ocio perfecto. Era un extraño lugar esta especie de corazón del cautiverio. Un sitio que se hallaba muy distante del alambre espinoso y de las garitas de los *goons*. Los pacientes de aquí no eran más prisioneros

que los pacientes de cualquier hospital militar. Incluso los guardias eran más amables y, como sus jefes no los controlaban, podían charlar tranquilamente con los pacientes en plan amistoso.

Peter empleó este período de forzada inactividad para completar sus apuntes de la vida en el campo de concentración. Quería dejar constancia de la suciedad de las cajas y viejas latas donde venían sus alimentos, las barbudas figuras envueltas en una andrajosa variedad de *sweaters*, bufandas, capotes, etc., que constituían un triste espectáculo cuando salían de las barracas arrastrando los pies en sus zuecos para acudir a la lista matutina. Y luego, en este *appel*, filas y filas de hombres absurdamente vestidos con toda clase de uniformes, desde el azul marino francés hasta el azul de la RAF y el caqui inglés y polaco... Además, había una grandísima variedad de colores de barba, desde el rojizo hasta el negro intenso, y toda clase de calzado, de los zuecos a las botas de aviación.

Peter quería pintar el hospital con sus desnudas paredes de madera y sus filas de camas descuidadas, las rústicas mesillas de noche, fabricadas en el campo, las sillas hechas con cajones de embalar y, sobre todo, los pálidos y angulosos pacientes.

Lo que más le gustaría a Peter captar sería el espíritu de invencible humor que era tan característico del campo, el humor que había inspirado aquel chiste ilustrado que pendía de la pared de una de las barracas. El dibujo mostraba dos prisioneros envueltos como paquetes en bufandas y *sweaters* que se esforzaban en calentar una lata de alimento en un fuego de tablas procedentes de las cajas de madera en que llegaban los víveres y cuyos restos estaban allí, junto a ellos, en el suelo. En torno a la pareja de prisioneros había un caos indescriptible de latas viejas, trozos de alambre y astillas y, sobre todo ello, flotaba una nube de humo y vapor que se formaba en cuanto los prisioneros se encerraban para dormir.

La primera tarde de domingo que Peter pasó en el hospital el sacerdote trajo un gramófono portátil y tocó una selección de discos clásicos. Puso el *Segundo concierto para piano* de Beethoven; y Peter, mientras escuchaba, dejó vagar sus pensamientos hasta su piso de Broad Street. Entonces no había guerra ni idea de que la fuese a haber. La vida entonces era la música,

los libros y el placer de captar la maravilla de un momento y fijarla sobre un lienzo.

Una vez más sentóse en su estudio, rodeado por los cuadros a medio acabar y por el olor a óleo y trementina. El sol de la tarde, al filtrarse a través de la niebla industrial y llegando oblicuamente por encima de los tejados, había coloreado las blancas paredes y les había prestado brillo y tibieza. En la ventana, Pat, con el cigarrillo en la mano, procuraba trasladar al lienzo la magia y la belleza de los tejados y del sol poniente. Él, Peter, sentado en un cojín en el suelo, fumaba su pipa, ponía discos de Beethoven y contemplaba a Pat, cuya silueta se recortaba contra el dorado fondo de la ventana.

Luego la guerra, las pocas primeras semanas de recluta, la careta antigás en su caja de cartón y su servicio de centinela. Después, la escuadrilla.

¡Qué buenos días aquellos de las escuadrillas! Días repletos de la belleza y de la experiencia más intensas. Cada uno podía ser el último y se disfrutaba mucho más de la belleza de los días: a la luz del sol en el paisaje de Cambridge o en la blancura de las nubes más arriba. También la bebida producía una mayor satisfacción. Los bares atestados y los vestíbulos de los hoteles llenos de humo... Beber con hombres que no le tenían miedo a la bebida, hombres que bebían tantísimo porque les quedaba muy poco tiempo para beber. Hombres que aprovechaban hasta el momento de cerrar para seguir bebiendo, porque para ellos aquel cierre podía ser el último.

Una vez más recorrió el camino de cal blanca que se enroscaba por la colina tras el aeródromo con el olor de las gavillas de heno recién cortado y aquel viento vivificante que le enmarañaba el cabello. La música estaba entonces en los extensos campos de dorado centeno agitados por el viento y las grandes nubes blancas que hacían pasar la suavidad de su sombra, persiguiéndose unas a otras, por la rugosidad del campo. Y aquel lento deslizarse era la música de las secas espigas de centeno mientras Peter descansaba con la cabeza apoyada en el suelo, en el borde del aeródromo, y el sonido de las espigas rozadas por el viento parecía crecer hasta llenar el mundo entero, y solo llegaban entonces a su conciencia la música del viento y el paso silencioso de las nubes por el cielo.

El miedo a la muerte...

Iba conduciendo el Aston Martin a buena velocidad por la gran carretera del Norte, a primera hora de la mañana. Toda la carretera se abría, libre y derecha, ante él; con el parabrisas bajado y el sol de la mañana acariciándole las manos agarradas al volante; la sacudida del volante por un bache de la carretera, el crujido de los neumáticos en una curva rápida...

Ocurrió la noche en que había sido derribado. Desde muchas millas antes del objetivo, la luna y las estrellas, los nerviosos faros en el lejano horizonte. La animada charla de su tripulación. Luego, de pronto, el martilleo de las balas de una ametralladora y los destrozadores impactos de las granadas cuando un caza nocturno se les acercó por detrás. Para evitar el ataque realizaron acrobacias y los destrozos de las granadas enemigas les dejaban en la boca un agrio sabor a miedo. El olor de la cordita, el súbito fuego rojo en la cabina, los nerviosos esfuerzos por abrir el paracaídas y el mareante balanceo del paracaídas al descender sobre Alemania.

Llegar al suelo y comprobar que estaba sano y salvo le produjo una gran sensación de alivio. Durante tres días fue perseguido a través del campo alemán hasta que por fin lo capturaron. Después de un interrogatorio y un encarcelamiento solitario, el campo de prisioneros. Luego, hacerse a la idea de que «del mal, el menos», y los intentos de fuga.

Aquel fue su primer campo, el Oflag XXI B en Polonia. Nevaba cuando la nueva hornada de prisioneros llegó al campo en una noche que había sido clara y que ahora olía a nieve y a pinos. Los habían conducido a la manzana de barracas donde había un centenar de prisioneros encerrados desde el atardecer. Después de la frescura del aire puro de la noche la atmósfera de allí dentro resultaba insoportable. Una habitación larga y de techos bajos, alumbrada por varias docenas de lámparas de fabricación casera (hechas con latas de tabaco llenas de grasa animal rancia). Estas lámparas daban una débil luz rojiza y llenaban la estancia de un humo muy negro de malísimo olor. Arrojaban retorcidas y tétricas sombras sobre las paredes que habían estado, en tiempos, enjalbegadas, pero que ahora estaban grises y manchadas por el humo y el vapor. Había ventanas a cada lado cubiertas por fuera con postigos de madera. El aire se hallaba cargado de humo de tabaco y del vapor de los tendederos de ropa colgados a través de la habitación casi a nivel de la cabeza. El humo de las lámparas mezclado con

el vapor de la ropa puesta a secar y el humo del tabaco formaban una densa niebla que lo envolvía todo.

Recordaba la impresión de horror que le habían causado los barbudos prisioneros, de mirada extraviada, que se apiñaban en torno a las vacilantes lámparas. En aquellos días había presentado la vida sus más tristes colores.

Por entonces no habían empezado a llegar aún los paquetes de la Cruz Roja y los prisioneros se alimentaban con sopa de zanahoria y con patatas podridas. Ahora, con el calor del verano, parecía casi imposible que hubiera hecho tanto frío. Recordó Peter cuando se despertaba en aquella larga habitación, completamente vestido, ya que ni siquiera el capote se atrevía a quitarse. Llevaba una gorra de lana y mitones para las manos. En la manta gris con que se cubría la cabeza se formaba una película de hielo y la armazón de la litera rezumaba agua.

Hizo una mueca al recordar la «diana», cuando las puertas se abrían brutalmente y, como un ladrido, se oía el «*Raus! Raus!*» de los guardas. Y la bronca respuesta de los prisioneros. «¡Cierra el hocico!». Había sido una violenta introducción de la vida carcelaria, pero la verdad es que en el Oflag XXI B había aprendido muchísimo.

Allí fue donde conoció a John, único oficial del ejército de tierra entre tantos aviadores. Al principio parecía indiferente a todo; pero luego, cuando se le conocía mejor, se descubría la inquietud que lo consumía, su impaciente afán de fugarse, de acabar con aquella desgracia de haber sido capturado. Era esta una desgracia que no compartían los aviadores porque implicaba una rendición de armas.

Los pensamientos de Peter se vieron interrumpidos súbitamente por el ruido de unos pasos enérgicos y las voces de mando de un oficial alemán. La puerta se abrió de golpe y un Mayor alemán con su escolta de soldados recorrió la sala. Habían venido para realizar un *blitz appel*. El Mayor se detuvo, miró al gramófono y al que lo manejaba suavemente iluminado por el vacilante resplandor amarillento de una lámpara. El Padre acababa de poner en el gramófono la última parte del *Segundo Concierto para piano*.

—¡Aj, Beethoven! —dijo el Mayor—. Es un buen alemán.

—Sí —dijo la voz del australiano desde el fondo de la oscuridad—. ¡Se ha muerto!

El australiano había «domado» a uno de los guardas. Lo llamaba «Dopey» y lo trataba a la vez con afecto y desprecio. «Dopey» era un hombre sencillo, de pequeñas lealtades. Por una barra de chocolate era capaz de olvidar sus obligaciones para con el Tercer Reich y por un cigarrillo estaba conforme con que los aliados ganarían probablemente la guerra.

Un día, cuando «Dopey» vino para que le dieran su taza de cacao, le habló Peter sobre el estado de los ferrocarriles. Empezó pidiéndole noticias de los últimos *raids* de la aviación aliada.

—*Hamburg kaput* —dijo el guarda—. *Duisburg kaput. Haben Sie Zigaretten für Eier?*

Peter le dio un cigarrillo.

—*Danke.* —Se quitó la gorra—. *Hitler kaput. Deutschland kaput.*

—Muy bien, «Dopey». Así me gusta —dijo el australiano—. ¿Cuánto durará la guerra?

—Un mes o dos.

—¿Qué tal les va a los rusos? —preguntó el australiano. Esta pregunta de todos los días provocaba siempre la misma respuesta.

—¡Rusia, mala! ¡Stalingrado, mal asunto! —Se levantaba los pantalones para enseñar dónde lo habían herido. Lo hirieron en la batalla de Stalingrado y lo dejaron tirado sobre la nieve. Conducido de nuevo a Alemania, llevaba el cuerpo tan helado que solo sirvió ya para servicios auxiliares. Le causaba un verdadero pánico la idea de que pudieran enviarlo de nuevo al frente ruso.

—*Ruskis*, buenos luchadores —dijo el australiano—. *Ruskis* luchar mejor que alemanes.

—*Ruskis* no buenos —repetía «Dopey»—. *Ruskis*, diablos locos. Stalingrado, mala cosa. Fango. Nieve. Hielo. Mujeres *ruski* pelean como demonios. Mala cosa luchar contra mujeres.

—Mala cosa si llevan armas —replicó el australiano—. Porque cuando no las llevan, bien las atacáis vosotros.

—Rusia no buena —repitió el guarda sin entender al australiano.

Pero a Peter lo que le interesaba era el tema de los ferrocarriles. Preguntó por la estación de Hamburgo:

—*Hamburg Bahnhof kaput?*

—*Hamburg kaput.* —El guardia se sabía esto de memoria. Le habían dado un cigarrillo y era su obligación, creía él, decir siempre eso. A lo mejor, con un poco de suerte, le daban otro. Y ampliaba su salmodia—: *Duisburg kaput, Berlin kaput...*

Peter se rio e intentó encauzar nuevamente la conversación. Después de mucho preguntar, pudo enterarse de que los trenes iban atestados de gente, que no podían atender el servicio normal, y lo más importante, que a los trabajadores extranjeros se les permitía viajar en tren. Pero habían de tener para ello pases especiales. Después de una nueva serie de preguntas indirectas llegó a saber Peter que un trabajador extranjero necesitaba el permiso de la firma en la cual estaba empleado y una autorización especial de la policía antes de salir de la ciudad donde se hallaba inscrito.

Desde entonces hasta el momento en que le dieron de alta en el hospital, Peter cultivaba diariamente el trato de «Dopey». Le daba cigarrillos y cacao y lo sobornaba con su pequeña ración de chocolate para que llevara huevos al hospital. Cuando creyó madura la ocasión, le pidió a «Dopey» que le pidiera prestado a alguien uno de esos pases de trabajador extranjero y que se lo llevara al campo, pues tenía curiosidad de ver cómo era.

«Dopey» se negó a ello. Estaba aterrado. Estaba dispuesto a realizar muchas pequeñas ilegalidades e infracciones al reglamento; pero los pases le horrorizaban. No era por patriotismo; es que le espantaban las consecuencias.

Peter jugó su carta decisiva:

—Tengo tres testigos de que has estado traficando con los prisioneros. Si no me traes los pases te denunciaré al comandante del campo. Iremos los dos a la «fresquera». Pero a ti... a ti te fusilarán.

«Dopey» gimió y suplicó desesperadamente, pero de sobra sabía que estaba cogido. A la mañana siguiente llevó los pases. Peter hizo una cuidadosa copia provisional de ellos y se los devolvió a «Dopey» la misma tarde. Los pases tendrían que ser falsificados en cuanto volviera con sus compañeros. Ya sabía cómo eran. Tenía tiempo por delante. Durante las largas horas de ocio había completado sus planes para un viaje a territorio neutral. Esperaba con impaciencia volver a la obra del túnel.

CAPÍTULO V

CUANDO Peter salió del hospital, John y él hablaron sobre el asunto del túnel. Como de costumbre, trataron de esto mientras daban vueltas por el circuito, el único sitio de aquel terreno que estuviera libre de los oídos de los *chivatos*.

—Es evidente —decía Peter— que no podemos seguir como vamos. Hemos hecho cuarenta pies de los ciento diez necesarios. Y ya nos está costando dos horas sacar doce bolsas de tierra. Mientras más avancemos, más tiempo tardaremos en sacar lo excavado. Parece como si hubiéramos llegado a un punto muerto.

—¿Sería imposible sacar el caballo dos veces al día, una por la mañana y otra por la tarde?

—Podríamos hacerlo, pero en ese caso solo podríamos sacar seis o lo más ocho bolsas de cada vez. Y esto sería peor mientras más nos alejemos del pozo. No, no veo la manera de acabar esto con el mismo sistema que llevamos. Tenemos que pensar en algo completamente nuevo. La excavación no es problema; lo que nos está haciendo polvo es traer hacia la entrada la puñalera tierra. Con cuarenta pies ya es un tremendo problema; pero cuando el túnel llegue más allá será completamente imposible arrastrar la tierra por toda su longitud. Date cuenta de que necesitaremos media hora para reptar por el túnel cuando este tenga ya un centenar de pies. No es lo mismo que arrastrarse por la superficie. Me da la impresión de que nos hemos metido en la boca más cantidad de la que podemos masticar.

—Siempre habrá un medio —dijo John—. Estudiemos el problema. Todo se reduce a saber cómo podemos llevar hacia atrás la tierra desde el fondo del túnel hasta el pozo de entrada. ¿Por qué no usamos un tobogán como el que hicieron en Schubín?

—Hombre, aquel era un túnel grande y cabían varios hombres dentro para trabajar en él. Aquí no tenemos aire ni luz. Además, si sacáramos dos

hombres en el caballo no podríamos volver cargados de tierra. Ya sería mucho si los muchachos llevaran, sin despertar sospechas, el peso de dos hombres; pero ¡doce sacos de tierra además!... Y la idea del tobogán no se puede utilizar con una sola persona allí abajo tapando el túnel.

—Entonces, no nos queda otro remedio que hacer bajar a dos a la vez. No hay que darle más vueltas.

Peter farfulló algo y los dos siguieron andando en silencio. Todavía notaba Peter algo extraño en estos paseos por el circuito después de la inmovilidad del hospital. Tenemos que hacerlo, pensó. Es una cosa demasiado importante para abandonarla. Tiene que haber *algún* medio de sacar la tierra que vayamos quitando...

Entonces lo vio claro:

—Tengo una idea —dijo—. Va a ser lento, pero podremos dominar toda la longitud del túnel.

—¿Cómo?

—Bajaremos juntos como tú decías. Tendremos que ir con las cabezas pegadas, cada uno sentado en una de las barras de los extremos del caballo. Los chicos podrán llevarnos a los dos. Tendremos que hacer treinta y seis saquitos en vez de los doce de ahora. Abriremos una pequeña cámara en el extremo del túnel para tener sitio. Tendremos un tobogán entre los dos con una cuerda en cada extremo. Uno trabajará en la cámara y otro en el pozo. Podemos sacar bastante tierra en cada sesión para llenar las treinta y seis bolsas. Ya sabes que lo que nos ocupa más tiempo no es la excavación. Después de llenar los treinta y seis saquitos los dejamos en el fondo del pozo de entrada y volvemos al caballo sin tierra.

—¿Quieres decir que dejaremos las treinta y seis bolsas en el túnel?

—Espera. Eso lo haremos por la tarde, a primera hora. Horas después vuelve uno de nosotros solo en el caballo y se lleva una docena de bolsas. A la tarde siguiente, a primera hora, el otro se lleva otras doce, y las doce últimas unas horas después. Al día siguiente vamos otra vez los dos juntos y excavamos la suficiente tierra para llenar otros treinta y seis sacos.

—No haremos más de seis pulgadas diarias por término medio —dijo John—. Lo que ocurre es que tenemos que cambiar nuestro plan de trabajo porque no hay otro remedio y habrá que dejar a otro la organización del

deporte de arriba. No podemos estar los dos abajo sin tener en la superficie a alguien compenetrado con nosotros.

—Creí que esto iba a ser cosa de nosotros dos solo. Me parecía que la realización propiamente dicha no debía extenderse a otros.

—Sí, pero nos hemos visto obligados a adaptar nuestros planes al curso de los acontecimientos. Es demasiado fresca pedirle a uno de los muchachos que se ocupe de dirigir los saltos y no ofrecerle la oportunidad de escaparse con nosotros.

—Muy bien. ¿A quién propones?

—Vamos a decírselo a Tony Winyard. Nos podría ayudar en la excavación porque ya ha hecho estas cosas.

—Bueno, háblale, y yo me ocuparé de la confección de los demás sacos.

Peter encontró a Winyard en la biblioteca. Buscaba un libro sobre vidrios antiguos.

—Hola, Tony —le dijo—. ¿Quieres dar una vuelta conmigo por el circuito? Quiero preguntarte algo.

—Desde luego. Ya me estoy cansando de los vidrios. —Y salieron al sol.

—¿Cómo va lo del túnel? —preguntó Tony sin mucho interés.

—Para eso quería verte. Necesitamos un tercer hombre y hemos pensado en ti. ¿Te interesa?

Winyard no respondió inmediatamente. Parecía un poco molesto.

—Hombre, te diré, es que también yo estoy preparando algo por el estilo. Lo mío es completamente individual —por debajo de la alambrada en el Worlager—, pero no estará listo hasta el otoño. Tengo que esperar las noches de total oscuridad.

—El nuestro lo acabaremos antes del otoño —dijo Peter—. Vamos a empezar un nuevo sistema. Esperamos que esta vez avancemos rápidamente.

Winyard lo estuvo meditando:

—Me gustaría aceptar —dijo por fin—, pero tendré que rechazar tu oferta. Me han cogido ya tantas veces que me han advertido muy seriamente que la próxima vez que me pesquen me mandarán al Straflager,

y ya sabes que en cuanto llega uno allí puede despedirse de la vida. De manera que mi próximo intento, tarde más o menos, tiene que contar con las mayores probabilidades de buen éxito. No quiero decir con esto que lo vuestro no esté bien —se apresuró a añadir—, pero, francamente, no creo que tengáis grandes probabilidades de escapar.

—Ya —dijo Peter—. Comprendo muy bien tu punto de vista.

—No creas ni por un momento que trato de desanimaros —insistió Winyard—. Es una idea estupenda. Pero va a llevaros mucho tiempo. Temo que los *goons* se han acostumbrado a él y no le conceden la menor atención. ¿Cuánto habéis avanzado?

—Unos cuarenta pies.

—¿Y cuánto tenéis que hacer en total?

—Unos ciento diez.

—¿Cuánto tiempo lleváis trabajando? ¿Unos dos meses?

—Sí.

—Estamos a fines de agosto. O sea que hasta bien entrado noviembre...

—No. Yo calculo que para octubre ya estará. Los últimos diez o quince pies los haremos de un tirón.

—En fin, te deseo buena suerte. Como yo conozco ya el asunto, si quieres algo en que yo te pueda ayudar me encantará poderte decir lo que sé.

—Muchas gracias —dijo Peter—. Me vendrán muy bien tus consejos. Nunca habíamos trabajado antes en uno de estos túneles.

Peter encontró a John en el extremo del campo buscando compañeros que quisieran cederle los bajos de sus pantalones.

—¿Cómo va eso, John?

—He convencido a los compañeros que ya se habían cortado los pantalones por la rodilla para que los conviertan ahora en *shorts*. Mientras se los cortan, los espero aquí.

—Winyard no quiere venir con nosotros —dijo Peter—. Cree que no tenemos ninguna probabilidad de salir.

—Peor para él.

—¿A quién se lo decimos ahora? —dijo Peter—. Me gustaría proponérselo al buen Nig, pero con la pierna como la tiene no creo que pudiera.

—No hemos debido dejarle saltar tanto. Era natural que se le resintiera su herida de la pierna. Apenas si puede andar ahora y, sin embargo, viene todos los días y se mueve a saltitos en torno al caballo para hacer bulto. Debía estar en el hospital.

—¿Qué le ocurre exactamente en la pierna?

—Le dispararon mientras bajaba en el paracaídas, indefenso. Luego un doctor de los *goons*, un hijo de tal, le hizo una cura equivocada.

—¿Cómo sabes que le dispararon precisamente a él? Supongo que estarían disparando alocadamente y le dieron por casualidad.

—¿Por qué estás siempre defendiendo a esos salvajes, Pete? Tú has perdido más que la mayoría de la gente en esta guerra.

—No sé. No ha sido culpa de nadie y parece que no se puede estar culpando a toda la nación por estas cosas. Ya ves, Nig no les echa en cara lo de su pierna.

—En cambio, Phil los increpa a todas horas; para Phil, el odio a los *goons* es una especie de religión. Se levanta todas las mañanas maldiciendo a los *goons* y sigue así el día entero. Ha colgado un cartelito en su cama en que los llama lo peor.

—Creo que muchos cultivan el odio por necesidad física, como una manera de gastar la energía que les sobra.

—Phil nos ha ayudado mucho —dijo John—. Ha sido él quien nos ha buscado los mejores saltadores.

—Pero él, por su parte, no vale gran cosa para saltar.

John se sonrió:

—Me gusta verlo cuando se irrita. Rechina los dientes y salta sobre el caballo apoyando en él las manos con la misma energía que si fueran pistones de una máquina de vapor.

—Pero mientras más se acerca al caballo, más despacio corre.

—Sin embargo, sigue al pie del cañón. Ha mejorado muchísimo desde que empezó.

—Pregúntale si quiere venir con nosotros —dijo Peter—. Nosotros trabajaremos en el túnel y él puede organizar los saltos y la retirada. Prefiero que no entre nadie más que nosotros en la excavación, porque nuestro plan es hacerlo lo más pequeño posible y Phil tendría en seguida grandes ideas y se empeñaría en ampliarlo y hasta querría instalar una bomba de aire. Como es una persona muy metódica, dirigirá bien el juego, llevará las listas para que a cada uno le toque saltar un día determinado y durante cierto tiempo. Porque ahora, que vamos a salir dos veces diarias, el problema de los saltadores se va a complicar bastante.

—De acuerdo —dijo John—; vayamos en busca de él.

Encontraron a Philip Rowe cerca de la puerta que conducía al Worlager. Tenía en la mano una lista de nombres y parecía preocupado.

—¿Qué pasa, Phil? —le preguntó Peter—. Ven con nosotros a pasear por el circuito.

—No puedo ahora. Me han encargado que organice las duchas calientes. Pero nadie quiere, por lo visto, apuntarse en mi lista.

—Entonces, déjalo —dijo Peter—. Te conviene dar una vuelta.

—No puedo. Eso está bien para vosotros, que no tenéis sentido de la responsabilidad. Yo, en cambio, tengo mi tarea. Alguien tiene que ocuparse de que el campo marche bien.

—Vamos, Phil —insistió John. Entre él y Peter lo fueron empujando amablemente, llevándolo en medio de ellos, y así empezaron a recorrer el circuito.

—¡Qué se le va a hacer! —dijo Phil aceptando lo inevitable—. Pero solo una vuelta, ¿eh? No tengo más remedio que encontrar a algunos para las duchas calientes.

—Nosotros te hablaremos de cosas más importantes que las duchas —dijo Peter—. Vamos a sacarte del campo y enviarte a casa para que veas a tu mujer.

—Estás loco —exclamó Philip—. Los dos estáis locos. Id a darle la tabarra a otro y dejadme en paz. Yo tengo que trabajar.

—Te lo decimos en serio, Phil —insistió John—. Queremos que te unas a nosotros en el asunto del túnel.

Philip pareció desconfiar.

—¿Y por qué me habéis escogido a mí?

—Hombre —comenzó Peter—, conociendo tu habilidad para organizar...

—Y la fe casi conmovedora que tienes en nuestra eficacia... —siguió John.

—Creímos que ibas a entusiasmartelo con la propuesta —concluyó Peter.

—¿Qué tendría yo que hacer?

—Ahora vamos a trabajar con un nuevo sistema. John y yo bajaremos con un recipiente y una cuerda y excavaremos la suficiente tierra para llenar treinta y seis saquitos en una sesión, y luego, en las tres sesiones siguientes, los iremos sacando una docena de cada vez. Quisiéramos que organizaras los saltos y la dispersión de la tierra cada noche.

—Lo estoy haciendo ya.

—Por eso queremos que vengas con nosotros. Podemos salir lo mismo dos que tres.

—Muy bien —asintió Philip—. De acuerdo; pero, francamente, no creo que tengamos la menor posibilidad de escaparnos.

—Confía en nosotros —le aseguró John—. Te sacaremos de aquí.

En el grupo de Peter se notaba una tensión creciente. Llevaban en Sagan cinco meses y se les hacía ya intolerable el forzado trato mutuo.

Era la hora de comer. No habían puesto mantequilla en los bizcochos. Nadie había ido a buscar el agua para el té. En torno a la mesa vacía se habían sentado cinco de ellos con aire aburrido. Pomfret habló por fin:

—Es una cuestión de principios. Lo he hecho durante los días que van de la semana, y estamos a viernes. No es que me importe trabajar, pero ya he hecho más de lo que me corresponde. Como cuestión de principios, insisto en que Clinton debe ocuparse hoy de ello. —Sacó la barbilla con gesto obstinado. Vestía el uniforme completo de teniente de aviación. El cuello, planchado con una lata de agua caliente, estaba deshilachado por los bordes.

—Todo eso está muy bien —intervino Bennett— pero es la hora de merendar y tenemos hambre. Tú y Clinton lleváis estos días la cocina y debéis atender a que la comida esté lista. —Aparte de su extraña

combinación de ropas, Bennett parecía un orador de un consejo de administración. Daba su opinión en tono de ultimátum y miraba luego en torno a la mesa en busca de la aprobación general. Cruzaba sobre la mesa sus brazos rojizos y velludos. Después de pronunciar aquellas palabras apretó Bennett los labios con aire definitivo.

—Pues no lo hago —dijo Pomfret. Parecía a punto de llorar—. ¡Es injusto! Porque esté abriendo un túnel, se cree que puede descuidar todos sus deberes en el grupo. Estoy harto de hacer el trabajo de dos personas. No piensan más que en su maldito túnel. Estoy ya hasta la punta del pelo de verlos siempre cuchicheando. Cuando empezaron ya iban mal las cosas en nuestros servicios. Clinton siempre descuidó la cocina. Pero durante los dos meses pasados fuí yo quien hizo todo el trabajo. Repito que no está bien.

—Bueno, eso lo podéis arreglar Clinton y tú —sentenció Bennett—. Pero ¿qué hay de la merienda? Total, solo es cuestión de untar mantequilla en ocho tostadas y de ir en busca de agua caliente para el té.

—¡No es eso! He dicho que es una cuestión de principios.

—¡Ajá, y que todos nosotros suframos por consideración a tus principios! —dijo Robbie, el cual, sentado en la cabecera de la mesa, se contemplaba las uñas con disgusto.

—La culpa no es de mis principios, sino de la pereza de Clinton.

—Yo no le llamo pereza a excavar todos los días y saltar sobre un caballo de madera varias horas diarias —repuso Robbie—. Creo que tú y él podéis llegar a un arreglo para que realicéis la misma cantidad de trabajo, pero sin que esto perjudique en nada a su excavación.

—Con Clinton es imposible llegar a un arreglo —dijo Pomfret—. Todo se le olvida. Es todavía una criatura. No tiene ningún sentido de responsabilidad.

—No es el único de nosotros que es todavía una criatura —le lanzó Robbie.

—De acuerdo —interrumpió Bennett—, pero ¿comemos o no comemos?

—¡Conmigo no contéis! —se obstinó Pomfret.

Los cinco hombres se miraron unos a otros, irritados. La alacena de la comida era sagrada. Solo el cocinero estaba autorizado a abrirla. Era la

costumbre. En una vida en que el hambre estaba siempre presente en mayor o menor grado, el alimento estaba sometido a rígidos tabús.

—Una solución sería dividir nuestro grupo en dos partes —propuso Pomfret—. Que ellos tres hagan rancho aparte de nosotros cinco. Así podrán hacer lo que les dé la gana.

—De todos modos siempre hacen lo que quieren —dijo Bennett entre dientes.

—Bueno, ¿qué decidís? —preguntó Pomfret—. Creo que se lo tienen bien merecido.

—Desde luego, lo pasarían mal —dijo Robbie.

—Creo que sería una medida muy acertada —añadió Pomfret—. Howard y Clinton no saben cocinar.

Vacilaron. Aquello sería una decisión y algunos de ellos no habían tomado una decisión desde hacía varios años. A varios se les hacía muy duro condenar a los tres compañeros a aquel exilio.

—Creo que debemos hacerlo —dijo Pomfret.

—Vamos a ponerlo a votación. —Bennett parecía estarse dirigiendo a un consejo de administración.

—Yo voto que sí —dijo en seguida Pomfret.

Bennett miró a Robbie, que temía las excentricidades de los otros tres. Decidió no arriesgarse. No había que olvidar que el túnel que ellos hacían iba a terminarse pronto.

—Creo que esto es una chiquillada —dijo con ánimo conciliador—, y tener dos grupos en vez de uno en una sola habitación puede traernos serios inconvenientes.

Pero Pomfret seguía implacable:

—Es preferible que tú también te vayas con ellos. Puedes encargarte de su comida.

—No, me quedaré con vosotros. Pero conste que soy contrario a esta idea de formar dos grupos.

Cuando los otros tres llegaron se encontraron con las tostadas ya untadas de mantequilla y el agua del té en su lata. John había estado trabajando en el fondo del túnel y Peter a su entrada. Nigel se había dedicado a esconder

bajo el suelo de la cantina la tierra excavada. John, amarillo de los pies a la cabeza con los pegotes de tierra que se le habían formado por el sudor, se arrojó sobre la litera y cerró los ojos.

—¿No vas a merendar, John? —le preguntó Peter.

—Por ahora, no; gracias, chico.

—¿Te sientes mal?

—Estoy muy bien. Mejor dicho, estaré muy bien dentro de poco. Me lavaré antes de comer. —Volvió a cerrar los ojos. Tenía el cuerpo tostado, pero el rostro pálido. El cabello, enmarañado, se le pegaba a la frente con la tierra y el sudor. A lo largo del pecho y de los brazos le corrían unos arroyuelos de sudor donde este había barrido la tierra. La tierra, que se le había entrado bajo las rotas uñas y que le molestaba en los ojos. Peter, que miraba a su compañero tendido en la litera, pudo ver que también se le había metido la tierra en las narices.

Pomfret se aclaró la garganta con un significativo carraspeo:

—Hoy he preparado el almuerzo.

—Gracias, chico —dijo John—. ¿Me tocaba a mí?

—Sí, te tocaba —replicó Pomfret—. Te ha estado tocando desde hace tres días. Como cuestión de principios, yo, por lo pronto, me negué a hacer hoy la comida.

—De todos modos, gracias por haberlo hecho —dijo John—. Yo me encargaré de la cena.

—No será necesario —dijo Pomfret—. Nosotros cinco hemos decidido hacer mesa aparte.

—Después de las oportunas deliberaciones —dijo Bennett en un tono de voz como si se dirigiera por lo menos a quinientas personas— hemos decidido formar rancho aparte nosotros cinco.

Pomfret lo miró con indignación. Después de todo, la idea había sido suya.

—Estamos cansados de la actitud insoportable de Clinton —prosiguió Bennett— y nos figuramos que vosotros tres preferiréis formar grupo aparte. Hemos separado las raciones y a partir de la cena de esta noche cocinaremos por separado.

—Muy bien —dijo Peter—. Este plan nos conviene. —En cierto modo, se alegraba de la nueva combinación porque pronto tendrían que ahorrar provisiones para la fuga—. ¿Qué te parece, Nig?

—*Blond genug*, chico —replicó Nigel.

Así la «república» quedó dividida en dos partes desiguales y sus componentes empezaron a vivir de un modo distinto. Seguía habiendo roces entre los cinco, sobre todo entre Robbie y Bennet; en cambio, el trío se llevaba perfectamente e incluso, sin necesidad de nombrar turnos de cocinero, comían a sus horas. La mayor parte del tiempo la pasaban saltando y excavando, confeccionando trajes de paisano y dibujando mapas. Cuando les quedaba un rato libre se tumbaban al sol. Habían abierto un pozo cerca de la ventana de su habitación y, a pesar de la oposición de la «liga de pureza» dirigida por Pomfret, tomaban allí baños de sol durante horas enteras. Se bañaban en un tanque de agua contra incendios y se confeccionaban fantásticos sombreros, para evitar la insolación, con las cajas de la Cruz Roja. Pero Pomfret odiaba el sol. Se tumbaba en su litera maldiciendo al calor y espantando a las moscas que zumbaban en torno a su cabeza.

Había por todos lados una enorme cantidad de moscas. A veces Peter, John y Nigel organizaban una batida. Cerraban puertas y ventanas y atacaban a las moscas con ejemplares arrollados del *Völkischer Beobachter*, causando numerosas bajas en el enemigo cuando este tenía la debilidad de posarse en la mesa, en los taburetes o en las literas.

Aquella matanza constituía para ellos una gran diversión; sus carcajadas les aliviaban la tensión de los nervios. Por último, exaltados con su victoria, se lanzaban los tres contra el único insecto superviviente, y en sus locas carreras para acabar con él tiraban los taburetes y la mesa. Después de ordenar un poco la habitación iban a bañarse en el depósito contra incendios y al regresar se encontraban la habitación tan llena de moscas como siempre.

Peter fabricó un refrigerador, que consistía en una especie de cajón de madera abierto por los lados y apoyado sobre dos ladrillos en un barreño lleno de agua. Tapaban este aparato con una manta cuyos picos caían en el agua del barreño. Encima de la caja ponían otro recipiente metálico con

agua y unos «alimentadores» —estrechas tiras de mantas— desde la bandeja superior hasta la manta que cubría la caja. Por el sencillo procedimiento de mantener llenos de agua ambos recipientes, la cubierta absorbía la humedad y la constante evaporación hacía descender la temperatura dentro de la caja de madera. Tan eficaz era el refrigerador que las latas colocadas en su interior se cubrían al poco tiempo con gotitas de humedad.

Llenaron de agua un saco impermeable y lo colgaron del techo. El agua, al evaporarse, enfriaba la atmósfera, que, si no, habría sido intolerable. El sol ardía sobre las cabañas de madera y las convertía en hornos. De cuando en cuando los soldados alemanes llegaban con mangas de riego y esparcían agua por los tejados y debajo de las barracas.

Por las tardes, después de cenar, los prisioneros se sentaban en los escalones de las cabañas o se quedaban en grupos charlando apoyados en las paredes de madera. A Peter le recordaba esto el ambiente de los suburbios de Liverpool donde él había vivido antes de la guerra. Muchas veces había compadecido a la gente que habitaba en aquellos suburbios, a los desgraciados que veía sentados en los umbrales de sus casuchas o en sillas sacadas a las aceras, pues dentro no podían parar por el horrible calor que hacía en todas las casas. Ahora también él sentábase en el umbral, en mangas de camisa y fumando en pipa, con el polvo del circuito acumulado entre los dedos de sus pies y escuchando la charla de sus vecinos. Sentado allí, le invadía una satisfecha calma, una perezosa aceptación de las circunstancias de la vida. Aceptación que él sabía era peligrosa y que procuraba deshacer con redoblados esfuerzos para escaparse.

CAPÍTULO VI

SE habían encerrado ya en la habitación para pasar la noche. Peter y John, sentados en una de las literas, cosían sacos. Hacía un calor insoportable en la pequeña estancia. Mientras las luces estaban encendidas se les prohibía a los prisioneros abrir los postigos de madera y el aire se hacía irrespirable con el humo del tabaco. En el corredor, «el avisador» de turno leía un libro.

En otros departamentos a lo largo del corredor otros prisioneros fabricaban piezas de un aparato de radio clandestino, falsificaban pasaportes, confeccionaban trajes de paisano con trozos sueltos de uniforme... A través de la delgada separación de madera llegaban los chirridos de un gastadísimo disco de *jazz*. También se oían las voces de dos prisioneros que se estaban peleando.

Robbie, Bennett, David y Paul jugaban al *bridge*. Pomfret, con airada expresión, se esforzaba en leer un libro.

Nigel fabricaba una pelota de *golf*. Había estado varios días buscando una piedra adecuada. Por fin la había encontrado: suave, redonda y no demasiado pesada, era ideal para el núcleo de la pelota. Luego había deshecho el punto de la parte superior de unos calcetines de lana y enrolló cuidadosamente la lana en un palito. Era muy buena lana y podría darle a la pelota la suficiente «vida» para que Nigel pudiera lanzarla a cincuenta o sesenta yardas. Después de convertir un par de botas en zapatos utilizó los recortes de cuero blando de la parte superior para hacer la cubierta de la pelota. Cortó un ocho en el cuero. Después de enrollar la lana a la piedra hasta que la pelota alcanzó el tamaño de reglamento, metió el cuero en agua e impermeabilizó unas hebras de hilo. Cosió una parte del cuero metiendo luego dentro la pelota de lana, y ahora estaba extendiendo cuidadosamente el cuero para acabarlo de coser. De pronto, silenciosamente, sin advertencia previa, lanzó un viento.

—¡Qué bien te ha salido! —dijo Peter.

Pomfret apartó su libro con un gesto de exagerada repugnancia:

—La verdad, Wilde, ¿crees que era necesario?

—Mejor está fuera que dentro, chico.

—Pues a mí me parece muy improcedente —dijo Pomfret—. El que seamos prisioneros no es motivo para que nos conduzcamos como unos salvajes. Creo que no hacía ninguna falta y que es algo muy desagradable.

Por la pared de separación se filtraban las estridencias del cascado gramófono de la habitación vecina.

—¡Dios mío! —dijo Pomfret—. Otra vez ese dichoso gramófono.

—Te apuesto lo que quieras a que la próxima canción será *Boynk, boynk* —dijo Nig.

—Te acepto la apuesta —dijo Peter—. Veinte cigarrillos Players a que será *Ah, dulce misterio de la vida*.

—Yo también entro en la apuesta —dijo John—. Será *Intermezzo*.

Esperaron pacientemente a que pusieran otro disco.

—¿Veis? —exclamó Nigel—. Es *Boynk, boynk*.

—No es *Boynk, boynk* —dijo Pomfret—, sino *Oynk, oynk*.

—No, no —insistió Nigel—. Está clarísimo: es *Boynk, boynk*.

—Te digo que es *Oynk, oynk* —repitió Pomfret—. Escucha.

—¡Diablo!, ¿es que vais a discutir otra vez? —preguntó John.

Obsesivamente, la estúpida letra entró en el coro, «*Oynk, oynk; boogie, boogie, woogie*».

—¡Es *Boynk*! —exclamó Nigel.

—¡Es *Oynk*! —dijo Pomfret.

Llamaron a la puerta. Era Stafford, el representante en la barraca del Comité de Fuga, y traía una caja de la Cruz Roja con alimento para inválidos, el que enviaban especialmente desde Inglaterra para el hospital. Una cierta cantidad de este alimento iba a parar a manos del Comité y se racionaba entre los prisioneros que trabajaban en túneles.

Peter le hizo sitio a Stafford entre los sacos que había sobre su litera.

—Traigo raciones extra —dijo Stafford.

—Gracias —repuso Peter—. ¿Hay noticias de la linterna?

—Sí, mañana la tendremos. Solo dispondremos de dos baterías; de modo que tendréis que usarla lo menos posible.

—¿Cómo te hiciste con ella? —le preguntó John.

—Uno de los muchachos se la ha birlado a un *goon*. ¿Por qué estáis haciendo tantos sacos?

Le explicaron el nuevo sistema.

—Desde el principio estábamos convencidos de que acabaríais haciendo eso —dijo Stafford—. Para un hombre es demasiada tarea. ¿Habéis decidido ya el camino que vais a tomar y cómo qué os presentaréis?

—Hemos pensado ir hacia el Báltico y meternos en un barco sueco —respondió Peter.

—Pero ¿cómo qué viajáis? ¿Como polacos?

—No —dijo John—. Preferimos hacernos pasar por trabajadores franceses de primera clase. No como exprisioneros de guerra, sino como obreros especializados traídos de Francia. Hablo bastante bien el francés. Viví en Francia durante algún tiempo antes de la guerra y los dos somos lo bastante morenos para pasar por franceses.

—¿Podéis dejarnos algún dinero? —preguntó Peter.

—Tenemos algo por ahí escondido... ¿Os basta con doscientos marcos para cada uno?

—Hombre, nos gustaría disponer de un poco más, si es posible. Nuestro propósito es viajar en primera clase y alojarnos, si es preciso, en buenos hoteles.

Stafford parecía sorprendido.

—Creo que exageráis, ¿no? ¿No creéis que os vais a lucir demasiado?

—No —dijo John—. Lo hemos pensado todo muy cuidadosamente. La mayoría de los muchachos que han intentado escaparse se presentaron como vagabundos. Nunca lograron llegar muy lejos. En cambio, si viajas en tren normalmente se logra todo o se pierde todo. O te cogen o llegas adonde quieres ir. Hasta ahora no sabemos de ninguno que se haya alojado en un hotel. Por eso queremos probar este sistema.

—Quizá tengáis razón... De todos modos, es cosa vuestra. Os daremos el dinero y arreglaremos los documentos y todo lo que necesitéis. Si lo conseguís seréis los primeros desde hace más de un año.

—Muchísimas gracias, Stafford —dijo Peter—. Y a propósito, ¿qué tal te vendría mañana saltar un poco?

Stafford hizo una cómica mueca:

—Me parece que te aprovechas un poco. De acuerdo; iré a saltar. Estaré en mi habitación. Llámame cuando salgáis.

—Muy bien —dijo Peter.

—Ah, se me olvidaba —añadió Stafford—; están abriendo un túnel los de la sección 64. No le estorbará al vuestro. Es un túnel que ya existía y que lo taparon hace algún tiempo. Odell ha vuelto a poner en marcha el proyecto. Será una tarea relámpago. Trabajarán continuamente, por turnos, y dejarán la arena en el tejado de su barraca.

—¡Qué tontería! —se extrañó Peter—. Los *goons* inspeccionan los tejados una vez a la semana.

—Precisamente por eso. Van a esperar a que pase la próxima inspección y empezarán inmediatamente después. No se entretendrán en esconder la tierra, sino que la tirarán de cualquier modo sobre el tejado y, trabajando por turnos día y noche, esperan haber terminado la próxima vez que inspeccionen el tejado.

—¿Qué longitud tienen que abrir? —preguntó Peter.

—Unos ciento cincuenta pies.

—Es imposible que pongan sobre el tejado toda esa tierra. Se les vendrá abajo con un peso tan formidable.

—No; es que van a dejar en el tejado todo lo que puedan y lo de los últimos días lo meterán en sus literas y en las cajas de la Cruz Roja colocadas debajo de las camas.

—¿Cuántos se van a escapar?

—Pues todos ellos.

—No tienen ni la menor probabilidad de lograrlo. —Peter se había indignado con la intensa y rápida ira del campo de prisioneros, la ira que se desvanece tan pronto como se presenta—. Eso supone un centenar de hombres. Si se fugan cien hombres, los *goons* darán una batida en toda regla y entonces, ¿qué será de todos nosotros? Es imposible que salgan todos con papeles ni adecuadamente vestidos. Además, nos estropearán por completo nuestro proyecto.

—Hombre, no está tan mal como tú lo pintas —dijo Stafford—. Todo estará terminado dentro de quince días y tu plan, en cambio, no habrá terminado hasta dentro de dos meses. El escándalo que se produzca por la fuga de ellos habrá pasado cuando os vayáis vosotros. Mi opinión es que los del 64 no van a tardar más que unos días... en ser detenidos de nuevo. Pero al fin y al cabo, es un intento muy digno y nosotros respaldamos todo lo que se haga en este sentido. —Hizo una mueca maliciosa—. Si no, no os ayudaríamos a vosotros.

—Los descubrirán con los sismógrafos —dijo John.

—Sí, sobre todo si trabajan a esa velocidad —asintió Peter. Ahora se sentía más animado.

—Lo increíble es que no os hayan descubierto a vosotros —dijo Stafford.

Peter se rio:

—Lo nuestro no es tan descabellado como tú te figuras. Hemos atado mejor los cabos. Cualquier vibración que pudieran recoger los sismógrafos quedaría borrada por la vibración que producen los saltadores al caer en tierra.

—Caray —dijo Stafford—, no había pensado en eso.

—Para ser sincero, hemos de reconocer que tampoco nosotros pensamos en esto hasta que el túnel iba ya bastante avanzado —admitió John—. Comprendimos que los sismógrafos lo habrían denunciado ya de no haber sido por los saltos.

—Bueno —bostezó Stafford—. Voy a sustituir al «avisador». —Se levantó y se desperezó—. No os olvidéis de llamarme mañana.

—Descuida —dijo John.

Cuando Stafford se alejó, Peter le dijo a John:

—En el plan de Odell hay un lado ventajoso para nosotros. Creo que los *goons* están un poco escamados y si descubren nuestra tierra le echarán la culpa a Odell. ¿Seguimos con el dibujo? —Peter abrió su cajón y sacó un retrato, a medio acabar, de John.

Pomfret estaba sentado a la cabecera de la mesa absorto en su libro. Pomfret odiaba a las mujeres novelistas. En opinión suya, todo lo escrito por una mujer era malo. Pomfret tenía ideas inmovibles sobre los

deberes femeninos y para él escribir libros no era uno de ellos. Una de sus formas favoritas de automartirizarse consistía en coger un libro escrito por alguna de las novelistas más populares y leerlo lentamente, palabra por palabra, sufriendo, mientras tanto, lo más que podía. Esta noche lo estaba pasando estupendamente. Con la cabeza entre las manos procuraba aislarse todo lo posible del *bridge post mortem* que seguía su curso al otro extremo de la mesa.

—Pete —dijo—, ¿qué es una «sólida barra de angustia»?

—¿Cómo dices, muchacho?

—Una sólida barra de angustia.

Peter estaba muy atareado borrando algo con una goma.

—¿Qué significa eso, chico?

—Eso es lo que me gustaría saber. Dice así: «Una sólida barra de angustia le apretó la garganta». Pero ¿qué puede ser una sólida barra de angustia? Veamos: una sólida barra —hizo un gesto con la mano indicando una imaginaria barra— la agarró por la garganta. —Pomfret se cogió la garganta con ambas manos hasta casi estrangularse—. No puedo comprenderlo, ¿y vosotros?

—No —dijo Peter—. Yo no lo sé. Oye, Nig, ¿qué es una sólida barra de angustia?

Nigel pensó un momento:

—Pues una barra llena de gente en un bar donde se ha acabado la cerveza; me parece a mí.

—Cerveza —dijo Peter—. ¡Cerveza! ¡Cuánto daría yo por tener ahora un poco de cerveza! Cuánto daría por poderme recostar sobre la barra de un bar y decir: «Una caña, por favor».

—Ya casi he olvidado a qué sabe —dijo John.

—Pues yo nunca olvidaré su sabor y su olor —repuso Peter.

—Tú estuviste acuartelado cerca de Cambridge, ¿no, Pete? —preguntó Nigel.

—Sí.

—¿Ibas mucho al Lion?

—El Lion era mi hogar espiritual. Creo que he bebido más cerveza en el Lion que en otros seis bares juntos. Todos nosotros solíamos entrar en el

Lion antes de ir al teatro. Toda mi tripulación acostumbraba a salir junta una vez a la semana; sí, los siete. —Sentóse a horcajadas en uno de los largos bancos olvidando sobre las rodillas su tablero de dibujar—. Todas las semanas reservábamos entradas para el teatro y pasábamos primero a tomar un trago en el Lion. Creo que nunca llegamos a ir al teatro en todo el tiempo que estuvimos allí.

—¿Qué vas a esperar que ocurra si salís siete juntos? —preguntó Nigel—; ¿quién va a dejar de beber y marcharse al teatro después de siete cañas de cerveza?

—Nunca nos parábamos en las siete rondas —le dijo Peter—. Mi hermano estaba en otra escuadrilla cerca de Cambridge y venía también con su tripulación. Llegábamos a reunirnos unos quince.

—¿Dónde está ahora tu hermano? —preguntó Nigel.

—Le derribaron en febrero pasado.

—Lo siento.

—No; ya volverá —dijo Peter—. Está por Francia ahora. Era solo un crío, pero les tiene dado lo suyo a esos... —Y volvió a su dibujo.

Robbie cerró con fuerza el libro que había estado leyendo:

—¿Quiere alguien un buen libro?

—Yo leí una vez un libro, un buen libro... —recordó Nigel.

—¿Cuál es ese que has leído? —le preguntó John a Robbie.

—*Kabloona*.

—¡Estupendo libro! —dijo Bennett—. Está dedicado todo él a la vida sexual de los esquimales.

—No es verdad que *todo él* trate de la vida sexual de los esquimales —repuso Robbie—. Solo tiene un capítulo dedicado a eso.

—Y ¿qué vida sexual llevan los esquimales? —preguntó John. Parecía interesado.

—Rarísima, chico —dijo Robbie—. Solo existe en primavera.

—¡Vaya una juerga! —dijo John—. Y ¿qué hacen durante el resto del año?

—Recuperan fuerzas —explicó Robbie—. Es que no tienes idea.

—Ya asoma el sexo su horrible cabeza —dijo Paul en tono cómico.

—Sí —convino Robbie—, es demasiado pronto para empezar a hablar de lo sexual. Esperad a que apaguen las luces.

—Aquí hablamos demasiado de temas sexuales —dijo Pomfret.

—Es todo lo que podemos hacer —replicó Robbie—. Es una especie de purga hablar de estas cosas de cuando en cuando.

—Sí —dijo Peter—, eso es verdad. Vamos a hablar de cosas sexuales.

—Es demasiado pronto —insistió Robbie—. Además, distraeríamos a Bennett de su juego.

—Bennett no juega —dijo Nig—. Lo hace por instinto.

—¿Vamos a tomar una tacita de algo? —preguntó John.

—Magnífica idea —dijo Bennett—. Tenemos puesta agua a calentar. Hace diez minutos, cuando fuí a echar un vistazo, estaba ya muy caliente.

Aunque la «república» se había dividido en dos, todavía compartían el té, el café y el cacao. Resultaba más económico.

—Yo lo haré —ofreció Robbie—. Ya he terminado el libro. —Cogió las ocho jarritas y las puso en la mesa—. ¿Qué va a ser? ¿Cacao o Nescafé?

—Queda poco Nescafé —intervino Paul, que era ese día el cocinero de su grupo.

—Bueno —dijo Robbie—, entonces cacao. —Puso el cacao en las jarritas y salió por el corredor adelante. Volvió con la jarra de agua caliente—. He visto que tienen en el horno una magnífica tarta. ¿De quién será?

—Es de los del 3 —le dijo Paul—. Celebran el cumpleaños de Smith.

—¡Bueno, ya está! —exclamó Peter, apartando de sí el dibujo—. Temo que no se te parezca mucho, John. Pero no puedo hacer más. —Apoyó el retrato sobre la mesa y se retiró para abarcarlo mejor con la vista. Era un estudio a lápiz y carbonilla, a tamaño natural. Le faltaban algunos detalles finales, pero reflejaba algo del carácter del modelo. Mostraba un joven con una camisa de lana sin cuello y arrugada, sentado con un libro sobre las rodillas y la espalda apoyada contra uno de los soportes de la litera. Tenía la pierna derecha cruzada sobre la rodilla izquierda. Del pie derecho le colgaba una sandalia con suela de madera sujeta por tiras sacadas de un capote de la RAF. Sus facciones estaban en reposo. De piel morena, con grandes ojos castaños y cejas muy marcadas, resultaba a la vez sensible y

maligno. Había algo faunescos en la disposición de sus orejas y de su largo pelo negro. Parecía como si fuera a hablar y daba la impresión de que lo que dijera sería interesante.

—No es bueno —dijo Peter—, pero es lo mejor que he hecho hasta ahora. Siento haberte hecho posar tanto tiempo.

—Está muy bien. ¿Y si jugáramos una partida de ajedrez?

—De acuerdo. —Vacío la ceniza de su pipa en la estufa y la volvió a llenar con tabaco de una lata que tenía sobre la mesa. La encendió con un cigarrillo encendido y un pedazo de papel—. Si veis hacer esto a alguno después de la guerra, podéis asegurar que ha sido un prisionero de guerra.

—No verás hacerlo a nadie porque habrá gran abundancia de fósforos —dijo John.

—«El horizonte que escuchaba»... —leyó Pomfret—. ¿Cómo es posible que un horizonte escuche?

—Eso es una licencia poética —le explicó Bennett—. Significa que el horizonte estaba en calma.

—Entonces, ¿por qué no dice esta mujer: «Estaba en calma»? —preguntó Pomfret en tono quejumbroso—. «Levantó la vista hacia el horizonte que escuchaba»... ¡Qué tontería!

—Pues a ti parece que te divierte ese libro —le dijo Robbie.

—Yo cuando empiezo algo tengo que terminarlo —dijo Pomfret—. Empecé el libro y he de acabarlo. —Suspiró y volvió a sumergirse en su lectura. En el fondo, Pomfret lo estaba pasando muy bien.

John cogió el tablero de ajedrez y las piezas de un estante situado sobre su litera y los puso en un extremo de la mesa. Fue colocando las piezas:

—Si quieres, Pete, te daré un alfil de ventaja.

—Así estaremos más igualados —asintió Peter. Sentóse en el banco fumando su pipa. No era un buen jugador de ajedrez, pero le distraía este juego. Nunca había logrado vencer a John. Los que jugaban al *bridge* habían terminado y los cuatro se disponían a acostarse. Bennett se lavaba los pies en un barreño de agua cerca de la estufa.

—¿Me dejas ese libro, Robbie? —preguntó Nigel.

—Claro, hombre —dijo Robbie—. ¿Tiene alguien un libro que dejarme? Me gustaría un libro bonito que tratara de algo sexual.

—En nuestro campo no hay libros sexuales —dijo Nig—. Los censores alemanes no lo permiten. Creen que es perjudicial para nuestra moral.

—La culpa no es de los censores —aclaró Pomfret—, sino de la Cruz Roja.

—Yo tampoco creo que sea cosa de los alemanes —dijo Robbie—. De todos modos ellos son todos «homo».

—Apuesto lo que queráis a que ellos nos creen también a nosotros homosexuales —intervino Nigel—. Fijaos en el cabello del «niño»; le llega cerca del hombro. —Miró a John, que se inclinaba sobre el tablero de ajedrez—. ¿Por qué diablos no te lo cortas?

—Quiero ver hasta dónde puede crecer —se disculpó John.

—Dice mucho a favor de la manera de ser de los ingleses que podamos estar encerrados aquí tanto tiempo y que nunca ocurra nada de eso. Es más: ni siquiera pensamos en ello —dijo Bennett.

—No creo que haya tanta homosexualidad como suele creer la gente —dijo Robbie—. Yo tengo cuarenta y dos años y todavía no he encontrado a ninguno.

—Es porque tú no eres el tipo que a ellos les interesa —le explicó Nigel—. No eres lo bastante varonil.

—Hombre, a ver... —empezó Robbie.

—¿No habéis oído hablar de ese nuevo que hay en la habitación 10? —preguntó Bennett.

—¿Cuál? —dijo Nig.

—Ese al que le llaman Harry el Caballo.

—¡Ah! ¿Te refieres a Gilbert el Gelding, el tipo al que le han afeitado la cabeza?

—Sí. Es un tipo de un carácter demasiado bueno para que sea sincero. Sus compañeros de la habitación 10 le han tomado el pelo de todas las formas imaginables.

—Sí, ya me han contado —dijo Robbie—. Es un asco.

—¿Qué le han hecho? —preguntó Nigel.

—Estaban todos sentados en su habitación una noche —dijo Bennett— cuando entró un compañero y dijo: «¿Os habéis enterado de la nueva orden del S. B. O.?». «No —dijeron los otros—. ¿Qué orden es?». «Pues,

sencillamente —dijo el recién llegado—, que el S. B. O. dice que todos nosotros tenemos que afeitarnos la cabeza como protesta contra nuestros salvajes enemigos». Entonces discutieron a quién afeitarían antes y uno de ellos dijo: «Como Harry es el más nuevo, empecemos con él». Así, lo sentaron en una silla, cogieron navaja y jabón y le dejaron la cabeza como una bola de billar. Pero lo peor no fue eso, sino que, en cuanto terminaron de afeitarlo, entró otro tipo y dijo: «¿Os habíais enterado de la orden de afeitarnos la cabeza? Pues ha sido anulada».

Cuando dejaron todos de reír, prosiguió Bennett:

—Al día siguiente le dijeron que estaban cavando un túnel que partía de debajo de la misma habitación y le explicaron que para ello necesitaban una gran cantidad de agua para mojar la tierra. Le prepararon varios cubos y Harry estuvo haciendo viajes continuamente desde el lavadero hasta la habitación 10 cargado con cubos llenos de agua. En cuanto dejaba en el suelo un par de cubos le daban otros dos vacíos y tiraban el agua por la ventana. La broma duró unas dos horas.

—Me parece una vergüenza... —dijo Robbie.

—Lo curioso es que a él no le importa; al revés, le gusta. ¿Os acordáis del esqueleto que trajo de Berlín el viejo Mac para sus estudios de medicina? Pues bien, una noche los del 10 vistieron el esqueleto y lo sentaron en una silla. Cuando llegó Harry se llevó el susto mayor de su vida. «¿Qué es eso?», —preguntó. «Es el viejo Joe —le respondieron—. Fue uno de los primeros prisioneros de guerra de este campo; murió hace años y estamos sacando todavía sus raciones».

—Todo eso es verdad —confirmó Nigel—. Pero hay mucho más. La otra noche estaba yo en la habitación 10. Charlábamos tranquilamente mientras Harry leía un libro. De pronto, se abrió la puerta y un individuo vestido de uniforme completo entró en la habitación a cuatro patas. Todos fingieron no verlo, excepto Harry. El tipo aquel recorrió cuatro veces la habitación, sin dejar ni un momento su postura a cuatro patas hasta que, parándose frente a Harry, ladró y le gritó: «¡De pie cuando yo te hable! ¿No sabes que soy tu comandante?». Luego se fue como había venido. Uno de los compañeros fue a cerrar la puerta y tranquilizó a Harry: «No te preocupes; está como una cabra».

Las luces se apagaron y encendieron por dos veces. Entonces dijo Bennett:

—Dentro de cinco minutos hay que apagar todas las luces. A ver si os acostáis todos.

—Está bien —dijo Peter—. De todos modos, no podía haber ganado. Ahora te toca a ti, John.

—Sí, eso creo —dijo John.

Se desnudaron y Peter apagó la luz. Abrió los postigos de la ventana. El aire nocturno, con su frescura y limpieza, resultaba un gran alivio después de la atmósfera tan cargada de la habitación. Todo el terreno estaba inundado con la luz de la luna. La arena parecía plateada y los postes de la alambrada se recortaban rectos y oscuros y bordeados de luz. Los tejadillos de las garitas parecían también plateados. Ni siquiera los amarillentos faros podían estropear los plateados reflejos que la luna ponía en todo.

—El *goon* está en su garita y todo marcha bien en el mundo —dijo Peter.

—¡Ojalá esos hijos de tal se den el gran porrazo! —exclamó Robbie.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO VII

EL barbero del campo le cortaba el cabello a un prisionero recién llegado. Otros clientes, sentados en sillas alineadas en la pared, hojeaban revistas alemanas y esperaban su turno. Cerca de la ventana se hallaba un alto y desgarbado prisionero con la cabeza afeitada y un rostro alargado y sensible. Sostenía un violín bajo la barbilla, tocaba una melodía lenta y triste que elevaba y dejaba caer su tono, repitiendo interminablemente las mismas pocas notas. Su mirada se perdía por el hueco de la ventana y parecía no darse cuenta de la presencia de los demás en la habitación. Aparte de las escasas notas del violín, del zumbido de un moscardón que tropezaba contra el cristal de la ventana y del tijereteo del peluquero, no había más ruidos.

Se acercaba la hora del té. Fuera, en el terreno cercado, terminaba un ruidoso partido de fútbol; más allá, los saltadores se disponían a regresar.

Pronto quedaría desierto el circuito mientras los prisioneros tomaban el té.

El prisionero recién llegado —esta era su primera visita a la barbería— quedó asombrado al ver abrirse la puerta y entrar a gatas un hombre desnudo, de piel muy tostada, con la cabellera enmarañada y el cuerpo cubierto en parte con pegotes de tierra y sudor. Arrastraba con él un saco de color caqui que llevaba atado al cuello con una cuerda.

Sin decir una palabra, y sin que parecieran verlo ni el peluquero ni los clientes, la extraña figura se deslizó, siempre a gatas, hasta la ventana, abrió una trampa en el suelo y desapareció por ella con el saco. Luego, otro hombre —vestido del todo— apareció con otro saco, seguido de otros individuos que formaban una cadena humana, pasándose los sacos de uno a otro hasta el desnudo que esperaba debajo del suelo.

De pronto, el violinista, distraído, dejó de tocar. La trampa quedó cerrada al instante sobre el hombre que seguía allá abajo y la cadena

humana se convirtió en una orquesta que se puso a tocar con toda seriedad varios instrumentos musicales que estaban por allí.

Pocos minutos después, uno de los *chivatos* pasó frente a la ventana. Pero no miró hacia dentro. De todos modos, no habría visto más que un prisionero al que pelaban, unos clientes en espera de su turno y la orquesta del campo que ensayaba al fondo de la habitación. La orquesta siguió tocando. Llamaron con fuerza a la puerta. Los músicos dejaron sus instrumentos y abrieron la trampa. El violinista recommenzó su melancólica tonada. Por el boquete abierto salieron doce sacos vacíos que se amontonaron en el suelo. Inmediatamente después salió el hombre desnudo, que se sacudió cuidadosamente la tierra húmeda que traía pegada al cuerpo. Realizó esta operación al borde de la trampa abierta para que cayera la menor cantidad de tierra posible en el suelo de la habitación. Le entregaron su ropa silenciosamente y se la puso también en silencio. Luego barrieron la poca tierra que había caído en el suelo y volvieron a colocar con todo cuidado la trampa en su sitio. Recogieron los sacos vacíos, mientras uno de los saltadores quitaba del suelo con su pañuelo las últimas partículas de tierra.

Después de algunos meses de trabajo en el túnel, el espacio entre el suelo de la barbería y el del campo había quedado lleno por completo. A partir de entonces se encargaban de los sacos los prisioneros que formaban el coro que ensayaba en la habitación de al lado. Los sacos llenos pasaban a Nigel por una trampa abierta en el techo de esa habitación; Nig esparcía por igual la tierra en el espacio hueco entre el techo y el tejado. No podían poner mucha tierra allí arriba porque su peso amenazaba hundir el techo; por eso, después de un cierto tiempo, tuvieron que abrir otra trampa sobre la cocina. Los sacos iban a parar a Nigel, que los llevaba uno a uno por debajo de las barracas hasta una nueva trampa debajo de la cual los escondía en espera de la última hora de la tarde.

Pared por medio de la cocina estaba el despacho del *goon* de la cocina (el soldado alemán que controlaba las raciones de los prisioneros). Cuando el *goon* salía por la noche, pasaban los sacos a la cocina donde David los esperaba. Una vez todos los sacos en la cocina los llevaban al despacho del

goon, en cuyo suelo habían abierto otra trampa y debajo de la cual escondían la tierra.

Durante el día el *goon* de la cocina trabajaba en su despacho sin tener la menor idea de que bajo sus pies se hallaba el resultado del trabajo realizado durante la noche anterior.

La semana en que empezó el túnel de Odell, los alemanes volvieron a «atacar». Peter y John habían trabajado en su túnel aquella tarde y Peter salió horas después para llevarse una docena de sacos. Después de ayudar a pasarle los sacos a Nigel en el tejado, se había lavado Peter en la cocina y volvía a su habitación cuando vio que se abrían las puertas del terreno cercado y que un camión del ejército alemán se dirigía a toda velocidad hacia la cantina.

Al momento comprendió lo que iba a ocurrir. Nada podía hacer por evitarlo. El camión estaría frente a la cantina antes de que los *chivatos* se dieran cuenta de lo que se avecinaba. El equipo de dispersión de la tierra trabajaba en el tejado y bajo el suelo de la edificación. Todo estaba perdido. Aquellos meses de trabajo resultarían inútiles. La trampa, que con tanto cuidado habían preparado debajo del caballo de madera, el reforzamiento de las paredes, las pilas de ladrillos, todo ello sería descubierto y destrozado. Sintióse mal y anduvo como ciego en torno al circuito con las manos en los bolsillos y tratando de atenuar con la velocidad de su marcha los síntomas angustiosos que lo atenazaban. Un prisionero se cruzó con él en el circuito y le dijo algo así como «mala suerte». Pero Peter no le contestó. Habían estado excavando durante tres meses y ahora el túnel había sido descubierto. Tres meses poniendo una intensa fe en un boquete abierto en el suelo. Tres meses despertándose un poquito más contentos porque estaban haciendo algo para escaparse. Tres meses de tensa inquietud, de temor de que el túnel fuera descubierto: subterfugios e improvisaciones, escenas cómicas y angustioso pánico. Cada pulgada del estrecho agujero escarbado con sus manos y con una paleta de albañil. Y ahora todo resultaba inútil.

Pensó que también se repondría de este golpe. Dentro de media hora tal vez estuvieran tomando la cosa a broma y diciendo: «Después de todo, era

una porquería de túnel. No podía dar un gran resultado»; pero, por lo pronto, Peter estaba a punto de llorar y deseaba hallarse solo.

Pronto se le reunió John y ambos pasearon en silencio. El primero en hablar fue Peter. Lo hizo como si aquello no tuviera gran importancia:

—¿Han cogido a Nig y a los demás?

—No. Recordarás que empezamos hoy una hora antes. Cuando los *goons* llegaron a la puerta de la cocina, saltaba David por la ventana. Era el último que quedaba.

—¿Dónde se metió Nig?

—Saltó a la cantina y se unió a los del coro. Cuando los *goons* entraron estaban todos cantando «Te rodeará Él con Su guardia de ángeles». El *Feldwebel* se quedó debajo de la trampa mientras que enviaban un *chivato* a reconocer la cocina. Pero no encontró a nadie.

—Descubrirán la tierra en el tejado —dijo Peter.

—Temo que sí. Echaron de allí a los cantantes, pero Nig se retrasó todo el tiempo que pudo recogiendo los papeles de música. Cuando salió, los *goons* estaban levantando todo el suelo de la barbería.

—Temo que nos la hayamos cargado definitivamente.

—Todavía hay una probabilidad. Es posible que no relacionen el caballo con aquella tierra. Quizá crean que hemos estado dispersando tierra procedente de otro sitio. Y si piensan en el caballo, quizá lo consideren solo como un truco de nuestros «avisadores».

—¿Quedaron sacos en la cocina?

—Sí; todos los compañeros habían acabado, excepto Nig y David, que estaban escondiendo la tierra bajo el suelo del despacho. Cuando dieron la alarma, todavía les quedaban tres sacos llenos. Entonces metieron esos tres y los vacíos en la trampa, la cerraron, David saltó por la ventana y Nig subió al tejado pasando por la trampa y de allí saltó a la cantina.

—¡Buen trabajo!

John se rio:

—Nig y David se portaron muy bien. Preferían ir a la «fresquera» antes que dejar abierta la trampa. Si los *chivatos* no descubren la trampa del suelo del despacho, todo lo que encontrarán será un montón de tierra sin la menor indicación que pudiera servirles para saber de dónde procede.

—Si encuentran los sacos estamos perdidos —dijo Peter—. Son demasiado grandes para que los *goons* puedan creer que los hemos llevado debajo de la ropa. Si los descubren, comprenderán que el túnel está en la misma cantina, y al no encontrarlo, una de dos: o vigilarán tan estrechamente todo aquel sitio que no podremos seguir trabajando, o relacionarán la tierra con el caballo. Nuestra única salvación estaría en encontrar una falsa pista que los alejara de la cantina.

—Vamos hacia allá —propuso John— y veremos lo que pasa.

Habían puesto un centinela a la entrada de la cantina. Se oía que martilleaban en el interior y que el oficial alemán daba órdenes con voz agria.

—Se están divirtiendo —dijo John, desanimado—. Están haciendo pedazos todo eso.

Peter permaneció callado.

—Esto es el fin del plan de Odell —dijo John—. Los *chivatos* recorrerán todo el campo en busca del túnel y de más tierra esparcida. Además, examinarán todos los tejados, sobre todo cuando encuentren la nuestra en el tejado de la cantina.

—¿Tienes tú los demás sacos? —preguntó Peter precipitadamente.

—En el túnel hay veinticuatro llenos y algunos recién confeccionados o casi terminados en mi litera.

—Vamos a buscarlos —dijo Peter—. Y los meteremos entre la tierra de Odell. Si no los descubren, no perderemos nada. Y si los descubren, esto no puede perjudicarle a Odell, pero los *goons* creerán que nuestra dispersión era parte del túnel de Odell. No creo que se haya usado antes aquí el sistema de los sacos hechos con perneras de pantalón y lo natural es que los *goons* piensen que los hombres de Odell los han llevado por algún medio desde su barraca hasta la cantina. Si podemos convencerlos de que la tierra escondida en la cantina procede del túnel de Odell, solo tenemos que estarnos quietos durante una semana y luego podemos seguir usando la cantina para esconder nuestra tierra. Una vez que crean saber con toda seguridad de dónde procede la tierra, no volverán a buscar allí.

—Me parece muy bien —dijo John—. Lo mejor es que vayas ahora a decírselo a Odell mientras yo voy a buscar los sacos de nuestro cuarto.

Después, me reuniré con vosotros en su habitación.

A la mañana siguiente, cuando los prisioneros acudieron al *appel*, llevaron el suficiente alimento para todo el día. Sabían que el campo sería registrado y durante la tarde anterior habían escondido la mayor parte de sus propiedades *verboden* detrás de las tablas de las paredes y en la arena bajo las barracas. Algunos de ellos, exponiéndose a la posibilidad de un registro personal, llevaban encima las cosas más queridas.

Durante aquel día el túnel de Odell fue descubierto. Lo descubrieron porque el techo del barracón 64 se vino abajo y cubrió a los buscadores con una lluvia de tierra. Pronto encontraron el túnel y en él los sacos que Peter había escondido allí la noche anterior. Convencidos, por lo visto, de que aquel era el único túnel existente en el campo, suspendieron la búsqueda y encerraron en la «fresquera» al oficial inglés de aquella sección.

Por la noche, cuando ya se habían encerrado en las barracas, Stafford fue a animarlos. Les llevaba la ración semanal de leche condensada.

—Han descubierto la trampa del suelo del despacho del *goon* —dijo—. Marcus estaba allí en ese momento porque había ido en busca de agua.

—Entonces han encontrado los sacos —dijo Peter.

—¿Qué vais a hacer?

—Nada —dijo Peter—, nada durante una semana o quizá más. Seguiremos sacando el caballo todos los días y saltaremos como siempre. Pero nada de excavar. No volveremos a hacerlo hasta que estemos seguros de que esos tíos no sospechan del caballo. Luego empezaremos de nuevo. Ya vamos, según calculo yo, por debajo del alambre de alarma y sería una estupidez precipitar las cosas. Descansaremos durante una semana y luego trabajaremos intensamente hasta terminar.

—Tenemos que reparar el caballo —dijo John—. Nos ocuparemos de esto durante la semana próxima y prepararemos la ropa que hayamos de llevar.

—¿Cómo os vestiréis?

—Yo tengo mis zapatos marrones —dijo John y un par de pantalones azul marino australianos que me han cambiado por un par de pantalones

caquis. Jim Strong me ha dejado su gabardina de aviación y yo tengo una gorra que le cambié a un polaco en el campo de prisioneros donde estuve antes. Lo único que necesito es una chaqueta, una camisa de paisano y una corbata.

—Os hemos reservado dos camisas —dijo Stafford—. Yo dispongo de una chaqueta de aviación que te debe sentar bien. Era de mi piloto. Lo malo es que tiene una manga rota y está un poco manchada de sangre; pero si la lavas y le quitas el galón dorado puede pasar por una chaqueta de paisano. Los botones puedes recubrirlos o cambiarlos.

—Tenemos algunos botones —dijo Peter—. Hemos ido guardándolos durante algún tiempo.

—Y tú, ¿cómo estás de ropa? —le preguntó Stafford a Peter.

—El bueno de Tettenborne se ha hecho con una trinchera negra... Estoy en tratos con él para que me la ceda. Llevaré zapatos negros y uno de los muchachos me va a dejar una gorra hecha con paño de manta.

—Bueno, pero ¿y el traje?

Peter hizo una mueca maliciosa:

—El Comité tiene un uniforme de la Marina alemana que parece de verdad.

—Sí, yo lo he visto —dijo Stafford—. Está bastante bien.

—Lo tienen escondido no sé en dónde y no me lo darán hasta el momento mismo en que estemos dispuestos para marchar. Dicen que me vendrá muy bien; de manera que confío en que esto sea verdad.

—Y ¿cómo van vuestros papeles?

—Ya los tenemos preparados. Vamos a dirigirnos a Stettin y desde allí trataremos de escaparnos en un barco sueco. Los dos viajaremos como obreros franceses. Nos están preparando nuestros *Ausweis* y *Arbeitskarte*. También hemos falsificado un permiso de la policía para viajar y una carta de nuestra casa en Breslau autorizándonos a desplazarnos. Diremos que vamos a la fábrica Arado, en Anklan, al norte de Stettin.

—Supongo que estaréis ya enterados de que los alemanes registran los barcos suecos. Emplean bombas de gases lacrimógenos y perros especialmente entrenados para eso.

—Sí, nos lo han contado; pensamos falsificar papeles de marineros suecos para pasar por tales cuando lleguemos a Stettin. Luego podemos vagar por los muelles sin hacernos sospechosos. Cada uno de nosotros llevará un *sweater* azul marino para podernos convertir en marinos suecos en cuanto sea preciso.

—¿Sabéis cómo son los documentos de los marinos suecos?

—No, no lo sabemos, por desgracia; pero aquí en el campo hay uno que estuvo en la marina mercante y va a proporcionarnos un documento inglés que es igual. Lo copiaremos poniéndolo en sueco y espero que no tendremos necesidad de usarlo.

—Sigo creyendo que es equivocada la idea de alojarnos en hoteles —dijo Stafford.

Peter no contestó a esto, pero su rostro reflejaba terquedad. Stafford se dio cuenta de esa obstinación —que era en el fondo la misma firmeza de propósito gracias a la cual había avanzado tanto el túnel— y se volvió hacia John. Pero antes de hablarle, respondió este:

—Estoy de acuerdo con Peter. Nadie ha intentado todavía dar la cara y la verdad es que muy pocos han conseguido llegar a casa. Nuestros papeles estarán muy bien y creo que mientras más audaces seamos, menos sospecharán los alemanes. Además no saldremos de aquí hasta octubre o noviembre y por entonces hará mucho frío para dormir a la intemperie. Si no logramos embarcar en seguida —y no creo que lo consigamos muy pronto—, tendremos que meternos en alguna parte por las noches, y creo que hay menos riesgos en los hoteles que en vagar por las salas de espera y los lavabos públicos. Hemos discutido ya mucho sobre este asunto, pesando los pro y los contra, y eso es lo que hemos decidido hacer.

John dijo esto con tono inmovible.

—Quizá tengáis razón —concedió Stafford—. Sé muy bien lo que significa estar por ahí sin contar con una base de operaciones. Le saltan a uno los nervios al no tener adónde ir, al no contar con un sitio donde descansar un poco y tomar ánimos otra vez. Tengo una dirección en Stettin. Es un burdel, pero no sé si debo daros su dirección.

—¿No crees que seamos lo bastante mayorcitos? —preguntó John.

—No es eso. Hace tiempo que tengo apuntadas estas señas, desde que me escapé, aunque no llegué a Stettin, y es muy posible que este sitio no exista ya. Eran chicas polacas y escondían a prisioneros aliados y a aviadores que intentaban fugarse. Pero estos sitios ofrecen más peligro que ayuda. Probablemente esos salvajes estarán utilizando aquella casa como una trampa.

—¿Es un burdel alemán? —preguntó Peter.

—Es un burdel para obreros extranjeros. A los alemanes no les permiten la entrada; pero, como decía, puede haberse convertido en una trampa. Os daré la dirección un poco antes de que salgáis de aquí. Tendréis que grabárosla en la memoria. No sería prudente llevarla escrita.

—La recordaremos —dijo John—. Yo nunca he estado en un burdel.

—¿Qué está haciendo Rowe para preparar su marcha? —preguntó Stafford.

—Él va por su cuenta —dijo Peter—. Piensa dirigirse a Danzig viajando como comisionista sueco. —Y sonrió, ya que el gesto duro de su obstinación no le era necesario—. Está ensayando su papel. Aprende a fumar en pipa para, si le preguntan algo, dar largas a su interlocutor mientras la enciende.

—Bueno, os deseo buena suerte —dijo Stafford—. Creo que lo conseguiréis. Espero que bebáis un vaso a mi salud en Shepherd, ¿verdad?

—Beberemos un vaso a tu salud en todas las tabernas de la ciudad —prometió Peter.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO VIII

CUANDO volvieron a trabajar en el túnel al cabo de siete días, se encontraron con que la tierra de las paredes y del techo se había secado y se habían producido bastantes desprendimientos. Tuvieron que pasar otra semana retirando la tierra caída y reforzando el túnel con tablas en los sitios peligrosos.

Ya estaban a principios de octubre y terminaba el largo verano de Silesia. Durante todo el verano su trabajo había sido protegido por el buen tiempo. Cuando levantaban la trampa y los excavadores se hallaban en el túnel, les costaba un cuarto de hora volver al pozo, cerrar la trampa y regresar en el caballo. No podían permitirse ser sorprendidos por un aguacero. Si empezaba a llover, los saltadores no podían seguir el juego sin despertar las sospechas de los guardas. Tampoco podían correr a cobijarse en la cantina y abandonar el caballo de madera bajo la lluvia. Lo natural era que se llevasen al caballo, y no podían hacerlo si la trampa estaba abierta y los dos excavadores seguían en el túnel. Por eso tenían que estudiar cuidadosamente el estado atmosférico y, a la menor señal de posible lluvia, tenían que saltar sin hacer nada en el túnel. Casi cada vez que sacaban el caballo discutían antes muchísimo sobre el tiempo. Mientras más se acercaban a la alambrada, más les preocupaba el peligro de ser sorprendidos por la lluvia. También estaban resueltos a terminar hacia fines de octubre, y a medida que el tiempo pasaba se hacían sus discusiones más dogmáticas e irritadas.

A Philip le preocupaba más que a sus dos compañeros un posible y súbito cambio de plan. A veces despedíanse por la noche después de haber convenido en iniciar los saltos inmediatamente después del desayuno a la mañana siguiente. Philip llegaba a la habitación de los otros vestido para excavar y se encontraba con que, debido a un cambio de tiempo, no harían

nada. Diez minutos después, si el tiempo daba señales de mejorar, decidían reanudar la tarea, y en pocos instantes reunían a los saltadores.

Todo esto les producía un gran desasosiego a todos ellos. Estaban físicamente cansados después de tres meses y medio de excavación, y ahora sus nervios se resentían de la continua inquietud y de los súbitos cambios de plan. Peter contó muchas veces más aquella historia del toro joven y del viejo, pero se desesperaba en su interior con las dilaciones causadas por los aguaceros, cada vez más frecuentes.

Con el nuevo sistema el túnel adelantaba poco. Habían ampliado el extremo para formar una bolsa lo bastante amplia para permitir que el hombre que trabajaba en la parte avanzada pudiera descansar los codos en tierra y ponerse en cuclillas. En vez de usar el tobogán de madera para transportar la tierra túnel abajo, emplearon una palangana de metal que tenía dieciocho pulgadas de diámetro por ocho de fondo. La palangana era lo bastante pequeña para encajar en el túnel. Abrieron en este recipiente dos agujeros opuestos en su borde para atar a ellos la cuerda que habían formado uniendo varios cordeles que venían sujetando los paquetes de la Cruz Roja.

Cuando terminaron de abrir la bolsa —les costó cuatro días eliminar la tierra que sobraba— continuaron perforando el túnel. Uno de ellos trabajaba en la extensión del túnel echando la tierra hacia atrás hasta meterla en la bolsa. Una vez allí, el «tunelista» tiraba de la cuerda para atraer la palangana hacia su hueco, se la pasaba entre los pies y, poniéndola entre sus dobladas rodillas y su estómago, la llenaba de la tierra que acababa de retraer. Dos tirones a la cuerda era la señal convenida con el compañero que esperaba en el pozo de entrada para que este tirara hacia sí de la cuerda y llegase a sus manos la palangana llena de tierra. Entonces el del pozo volcaba la palangana y llenaba sus sacos mientras el excavador volvía a arrastrarse hasta el extremo más avanzado del túnel para sacar más tierra.

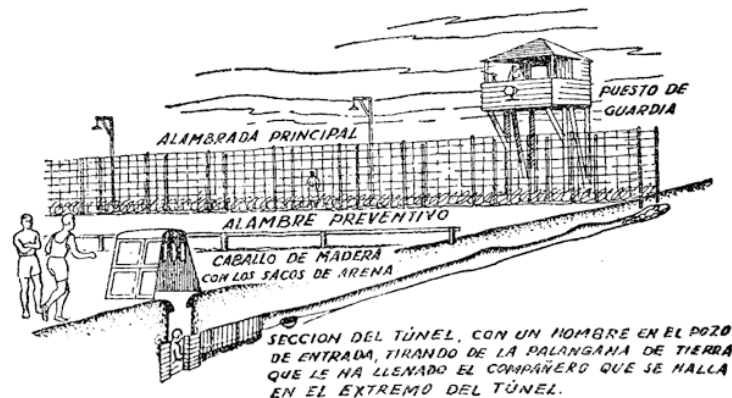
Al principio se limitaban a pasar la cuerda por los agujeros abiertos en el borde de la palangana. Pero como estos habían sido abiertos con un clavo, de un modo muy elemental, y estaban llenos de cortantes aristas, resultó que la cuerda se rompía con frecuencia y la palangana se quedaba parada en seco, por lo general en medio del túnel. En esos casos solía

suscitarse una discusión en murmullos para decidir cuál de ellos dos se encontraba más cerca del recipiente y a cuál le correspondía, por tanto, arrastrarse por el túnel y reparar la cuerda. Pero esto lo solucionaron por fin fabricando unos fuertes ganchos de alambre de los cuales ataban los dos trozos de cuerda.

Por la época en que abrieron el hueco auxiliar estaban muy preocupados por la falta de aire en el túnel. Con el nuevo sistema de la palangana se encontraron con que el movimiento de esta túnel arriba empujaba suficiente cantidad de aire para el excavador. Ahora trabajaban en dirección ascendente, acercándose de un modo gradual a la superficie, y era imposible permanecer en la extensión durante más de unos minutos. Si por alguna razón la palangana no se movía, la escasez de aire se hacía peligrosa.

Después de un cierto tiempo avanzaron tanto más allá del hueco auxiliar que tuvieron que hacer uno nuevo al final del túnel rellenando el antiguo y alargando la cuerda. Antes de terminar del todo se vieron obligados a abrir tres bolsas de aquellas.

A pesar de sus esfuerzos no pudieron persuadir a Philip de que entrara desnudo en el túnel. Insistió en llevar una camisa, *shorts* y zapatos de tenis. A esto se debió el que sus dos compañeros decidieran que se quedara siempre en el pozo de entrada.



Era una verdadera hazaña sacar las treinta y tantas palanganas de tierra desde el extremo hasta el pozo. Además, las bolsas tenían que llenarlas y levantarlas una por una para colocarlas luego dentro del caballo; por eso, Peter y John fingieron estar muy cansados y convencieron a Philip para que

les permitiera a uno de ellos trabajar en el pozo mientras a él le tocaba excavar.

Después de trabajar durante varios meses, se convenció John de que el túnel se desviaba hacia la izquierda. Peter, encargado de la construcción, creía, en cambio, que no había desviación alguna. Se habían guiado por una brújula de fabricación casera y, después de discutirlo mucho, decidieron salir de dudas con una prueba.

Peter reptó hasta el final del túnel con la cuerda de la palangana atada a un tobillo. Llevaba una vara metálica de unos cuatro pies de longitud. John, en el pozo, sostenía el otro extremo de la cuerda. Mientras, en la superficie, Nigel, sentado sobre el caballo, parecía descansar después de unos difíciles saltos.

Philip se paseaba con las manos en los bolsillos en la indiferente actitud típica del prisionero de guerra. Los demás saltadores andaban también de un lado para otro, cerca del alambre bajo. Los guardas se aburrían en sus garitas. Todo el campo tenía su habitual aire de cansancio.

Peter, tendido en el extremo superior del túnel, abrió un estrecho y profundo agujero en la pared frente a su cara. Colocó allí el extremo de la vara metálica y fue introduciendo el otro por el techo del túnel mediante un movimiento de tirabuzón para evitar un derrumbamiento. Era una dura tarea. Le caían en la cara terrones del techo. Pulgada a pulgada fue haciendo subir la vara metálica hasta que el extremo inferior quedó al nivel del techo. Entonces escarbó un poco de tierra en torno a la varilla y la empujó aún más. Por la repentina falta de resistencia comprendió que había salido a la superficie y que ya la rebasaba. Dio dos tirones a la cuerda para advertirle a John que había terminado. John dio unos golpecitos en el interior del caballo, y Nigel, al oírlo, envió un mensajero para avisar a Philip.

Philip, procurando aparentar indiferencia, miraba frenéticamente la superficie que tenía frente a él en busca de la punta de la varilla. No la veía.

Peter se impacientó y empezó a mover la varilla de arriba a abajo. Entonces la vio Philip. Se rascó la cabeza. Nigel dio unos golpes en el costado del caballo. John tiró de la cuerda y Peter quitó la varilla.

El punto más avanzado del túnel se hallaba exactamente debajo de la alambrada, pero a quince pies a la izquierda de donde Peter había creído que estaría.

A la mañana siguiente, Peter, John y Philip pasearon por el circuito para completar sus planes de fuga.

—Tendremos que perforar los últimos diez pies —dijo Peter—. Estamos ya debajo de la alambrada y solo nos quedan doce días para fin de mes. Si tenemos suerte haremos seis pies para entonces. Con eso estaremos a tres pies más allá de la alambrada. Hay una zanja poco profunda a unos doce pies más allá de la alambrada, y si podemos llegar hasta allí nos convendrá mucho para ocultarnos en el momento de salir.

—Pero ahí da también la luz de las lámparas de arco voltaico —objetó John.

—La luz de las lámparas se extiende a unos treinta pies fuera de la alambrada y nos sería imposible llegar tan lejos con el túnel. Además, el único horario de ferrocarriles que nos ha dado Stafford expira a fin de mes y no tenemos más remedio que calcular la salida de manera que tengamos tiempo de correr a la estación y coger un tren. Si salimos y tenemos luego que estarnos esperando un tren correremos gran riesgo de ser detenidos.

—Estoy de acuerdo con Pete —dijo Philip—. Tendremos el tiempo justo de organizar una «diversión estratégica» en las barracas más próximas a la alambrada exactamente cuando pensemos salir a la superficie. Tenemos que organizar...

—Eso no será tan fácil como crees —dijo John—. ¿Cómo vamos a calcular el tiempo que tardaremos en excavar diez pies?

—Calcularemos de más —dijo Peter—. Y luego añadiremos una mitad de ese tiempo por si acaso, y si alcanzamos la zanja antes de la hora que nos hayamos fijado, nos quedaremos quietos hasta que oigamos que empieza el escándalo en las barracas. —Se volvió hacia Philip—. ¿Quieres encargarte tú de organizar la diversión estratégica?

—Muy bien. Yo cuidaré de eso. ¿Y los centinelas del exterior?

—No entran de servicio hasta una hora después de oscurecer. John y yo nos hemos pasado varias noches en claro contemplando sus movimientos. Hay dos por el lado que nos interesa. Cada uno de ellos recorre la mitad de

la alambrada por esa parte, se encuentran a la mitad, se dan la espalda y se dirigen otra vez cada uno a cada extremo. Si llueve, se quedan debajo de un árbol. Andan muy despacio y, cuando empiece el jaleo, ellos y los *goons* de las garitas mirarán hacia el interior, atraídos por el ruido. Podremos salir por detrás de ellos sin que se den cuenta. —Peter hablaba muy confiado, pero la verdad es que pensaba en las balas de los fusiles ametralladoras y en el grito desgarrador en la noche cuando Alan había sido acribillado en la alambrada—. Tendremos que llevar ropa negra —añadió.

—Ya he pensado en eso —dijo Phil—. Podemos disponer de alguna ropa interior de lana, conjuntos de camiseta y calzoncillos largos, en una sola pieza, enviados por la Cruz Roja. Si los teñimos de negro con hojas de té o granos de café podemos cubrir con ellos nuestro traje. Además, así conservaremos limpia la ropa de calle mientras atravesamos el túnel, y será un buen camuflaje para cuando salgamos.

—John y yo hemos pensado bajar desnudos al túnel —dijo Peter.

—Yo no estoy dispuesto a que, si me cogen, me lleven a la «fresquera» como vine al mundo. Eso está muy bien para vosotros los desnudistas. Además, mi piel no es como la vuestra; es demasiado blanca y se vería a una legua. Además, hay otra cosa: quiero recorrer el túnel mañana. No me fío de vosotros. Quiero estar seguro de que es lo suficientemente grande para que yo pueda pasar por él y llevar mi mochila.

—¿Qué es eso de tu mochila? —preguntó John.

—Hombre, ya sabes que voy como viajante de comercio. Por tanto, necesitaré un maletín de muestras y me he proporcionado un sombrero hongo negro que le he birlado a uno de los *goons*. Tendré que llevarlo en una caja para que no se me aplaste. Y luego llevo un capote de la RAF.

—En vista de ello, lo mejor es que baje Phil mañana y se convenza del tamaño del túnel —dijo John.

—De acuerdo —dijo Peter—, pero escucha, Phil, nada de bromas. No vayas a ampliarlo mientras estás allí y vengas luego con el truco de que se desprendió la tierra. Tal como es nos basta.

—Vamos a quedar de acuerdo en una cosa —dijo Philip—. No podéis entrar desnudos; tendréis que llevar zapatos por si tenemos que correr. A mí

no me haría gracia correr por el bosque, perseguido por perros, completamente desnudo.

—Debemos acordarnos de coger alguna pimienta para los perros —dijo Peter.

—Sí, pero ¿qué hacemos con la mochila?

—Me gusta la idea de la camiseta y los calzoncillos —dijo John—. Podríamos llevar calcetines sobre los zapatos y capuchas negras para cubrir la cabeza.

—No podremos llevar toda nuestra ropa encima —insistió Peter—. El túnel no es lo bastante grande para eso.

—Entonces llevaremos puestas las camisas y los pantalones —dijo Philip—. Y el resto lo empaquetaremos en unos envoltorios teñidos de negro. Podemos remolcarlos por el túnel atándolos a los tobillos.

—Todavía no hemos resuelto el problema de mayor importancia —dijo Peter.

—¿Cuál?

—Cómo transportar cuatro personas en el caballo.

—¿Cuatro? —Philip estaba excitado—. Creí que solamente íbamos tres.

—Sí, pero alguien tiene que cerrar la trampa cuando hayamos bajado.

—Pero ¿es posible que no hayáis arreglado eso todavía? —Philip estaba aún más excitado.

—En realidad, nunca creí que íbamos a llegar tan lejos. —Y al decir esto, Peter le hizo un guiño a John—. Cuando decidimos ofrecerte que vinieras con nosotros no nos detuvimos a pensar cómo íbamos a salir cuando el túnel estuviera acabado. Tres podríamos haber cabido en el caballo por los pelos... pero me parece por completo imposible que podamos entrar cuatro.

—Tendremos que echarlo a suerte —propuso John.

Philip estuvo a punto de estallar:

—¿Queréis decir que, después de tener la obra tan avanzada, no habéis pensado cómo íbamos a salir?

—¿Es que tú lo has pensado?

—Creí que vosotros lo habíais dispuesto todo.

—Los paquetes tendremos que dejarlos en el túnel el día antes —dijo John.

—Imposible —repuso Peter—. Si ponemos los tres líos en el túnel a la entrada, no podremos bajar nosotros.

—Entonces lo mejor será abrir un hueco cerca del extremo del túnel, lo bastante grande para que puedan caber allí todos los paquetes.

—Eso supone un trabajo de una semana —dijo Peter—. No creo que podamos avanzar mucho una vez pasada la alambrada. De todos modos, hemos de sobrepasar la vereda por donde pasean los centinelas. Y esto tenemos que terminarlo antes de fin de mes. El horario de trenes de que disponemos expira a fin de mes y después sabe Dios a qué horas saldrán los trenes.

—Dios quiera que no llueva mucho durante los últimos días —dijo Philip.

—En ese caso tendríamos que saltar con lluvia y todo. Los *goons* están ya convencidos de que estamos chiflados. Es cosa de arriesgarnos, y esperemos que no sospechen.

—¿Qué tren vais a coger John y tú?

—Hay un tren rápido para Francfort a las seis y media de la tarde, hora alemana —dijo Peter—. A las cinco y media ya oscurece y los centinelas del exterior suelen llegar poco después. Si salimos a la superficie a las seis, habrá la suficiente oscuridad y tendremos bastante probabilidad de que no hayan llegado todavía los guardas. No queremos salir demasiado pronto, no vaya a ser que descubran el boquete después de marcharnos nosotros y lleguen a la estación antes de que parta el tren y nos pesquen.

—Ese tren me conviene a mí también —dijo Philip.

—Entonces, ¿decididamente no vienes con nosotros? —le preguntó Peter. Y pensó: «Más vale así. Si fuéramos los tres juntos, acabaríamos peleándonos. Es mucho mejor que el buen Philip vaya por su cuenta. Él seguirá sus planes punto por punto y nosotros seríamos incapaces de ello. Sin embargo, nuestro plan es el mejor. Adaptarse a las circunstancias. Tal como lo haremos nosotros, necesitamos contar menos con la suerte. Y podemos hacerlo...».

—Iré por mi cuenta —dijo Philip—. Me dirigiré a Danzig y trataré de embarcarme allí.

—Nosotros nos quedaremos en Francfort —dijo John—. Tomaremos el tren rápido hasta Francfort, pasaremos la noche allí, y ya veremos cómo se presentan las cosas. Lo más probable es que lleguemos a Stettin en dos o tres etapas cortas. Y es muy posible que nos apeemos del tren antes de llegar a la estación de Stettin y nos metamos en la ciudad.

—Yo seguiré directamente hasta Danzig —dijo Philip—. Espero estar en Suecia tres días después de salir del campo.

—Creo que tu plan es perfecto —dijo Peter—. Es decir, perfecto para ti. Hablando alemán como tú hablas y presentándote como un ciudadano neutral, lo que más te conviene es, indudablemente, un viaje directo y rápido. Seguramente ha de salirte muy bien. Nosotros, una vez en Francfort, utilizaremos trenes locales y lentos.

—¡Ya sé lo que vamos a hacer! —exclamó John.

—¿A qué te refieres? —preguntó Peter.

—Yo bajo al túnel por la tarde antes de que pasen lista; por ejemplo, a eso de las dos; y me llevo el equipaje, me dejáis allí encerrado y puedo pasarme la tarde excavando. Durante mi ausencia, preparáis un truco para que no se den cuenta de que no estoy allí cuando pasen lista y luego os reunís los dos conmigo en el túnel en cuanto podáis. Pasan lista a las cuatro menos cuarto, de manera que a las cuatro o poco después podéis estar abajo. Os lleváis a alguien con vosotros, el compañero más pequeño que encontremos, para que él se encargue de cerrar la trampa cuando bajéis, y luego nos quedan dos horas para el esfuerzo final.

—No tendrá ninguna gracia —dijo Peter— estarse allí solo un par de horas.

—No te preocupes, estaré muy bien. Abriré un agujero para la ventilación debajo de la alambrada, pues allí no lo verán, y me dedicaré tan ricamente a excavar. Cuando lleguéis vosotros habré avanzado ya cinco o seis pies.

—No vayas a esforzarte más de la cuenta; que ya te conozco. —Peter conocía, efectivamente, la tremenda energía que desplegaba John cuando se empeñaba en hacer una cosa. Cuando se lanzaba a algo, todo él era un

manejo de nervios enérgicos y de audaces redaños. No se daba cuenta de la parte que gastaba de sí mismo cada vez que emprendía algo—. No olvides que, a lo peor, tenemos que salir corriendo a toda velocidad al salir a la superficie —añadió Peter—. No te agotes cavando y déjanos la mayor parte del trabajo para cuando bajemos este y yo.

—Lo tomaré con calma —mintió John. Peter sabía que le estaba mintiendo, pero la cosa no tenía remedio.

—Bueno, de modo que estamos de acuerdo en todo, ¿no? —preguntó Philip—. Voy a ver al Comité y fijaré la diversión estratégica para las seis. Además, quiero preparar mis muestras de comisionista.

—¿Qué muestras llevarás? —preguntó Peter.

—Muestras de margarina en cajitas de madera. Si me entra mucha hambre, me las comeré.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO IX

DURANTE los doce días siguientes saltaron cada día y quitaron toda la tierra que pudieron. Aumentaron el número de sacos a catorce y finalmente a quince, aunque los portadores vacilaban al llevar el caballo a la cantina.

El 2 de octubre abrieron el hueco final auxiliar al fondo del túnel. Esto era lo más lejos a donde podían llegar. Sabían que podían perforar otros diez pies cuando ya estuvieran definitivamente encerrados sin más salida que la libertad. Aquel hueco lo hicieron para guardar los envoltorios mientras abrían los últimos diez pies y salían a la superficie.

Pasaron la mañana siguiente ocupados en recoger las últimas docenas de sacos de tierra y recogiendo su ropa de paisano de los diversos escondites en que las tenían por el campo. A las doce y media, John tomó su última comida, una sustanciosa comida de ternera, patatas, bizcochos canadienses y queso. A la una se dirigió a la cantina con el coro del campo. Llevaba ropa de paisano debajo de un largo abrigo militar caqui polaco. A primera hora de la mañana habían llevado su equipaje a la cantina, escondiéndolo en unos montones de ropa sucia. Mientras John tomaba el final de su almuerzo, Peter fue a hablar con un «avisador». Había dos *chivatos* en el campo. «¡Demonio —pensó Peter—, también podía habérseles ocurrido venir a otra hora!».

—¿Dónde están? —preguntó.

—Uno en la cocina y el otro merodeando en torno a la cantina.

Peter reflexionó un momento. Luego dijo:

—Bien. Si entran más en el recinto, avisa a Philip. Estará en la cantina.

Después corrió Peter a la puerta del oficial británico.

—Adelante.

Se detuvo en la puerta jadeando un poco:

—Señor, tenemos que llevar a Clinton al túnel y hay un *goon* espiando en la cantina. ¿Podría usted alejarlo de allí con algún pretexto durante algunos minutos?

El S. B. O. sonrió y dejó su libro a un lado.

—Veamos, la estufa de la barraca 64 no tira muy bien. Le preguntaré al *goon* si puede venir un momento a verla. Es posible que le guste fumar un pitillo inglés en mi cuarto.

—Gracias, señor.

De regreso en la cantina, encontró al coro que cantaba una vieja canción popular inglesa. John, Philip, Nigel y los saltadores se hallaban cerca de la puerta.

—No podemos salir de aquí —dijo John—. Hay un *chivato* fuera y no hace más que dar vueltas en torno a la cantina y mirar por la ventana. Creo que no le hace gracia el canto.

—Peor sería si no cantaran —dijo Peter—. Hay otro al lado, en la cocina. El S. B. O. va a llevarse al que está fuera y entonces saldremos zumbando. —Miró por la ventana. En aquel momento el S. B. O. cruzaba la Sportsplatz, con unos bastones de golf en la mano. De pronto pareció haber visto por casualidad al *chivato* y cambió de dirección—. Hoy viene «Groupy» —dijo Peter—. ¡Es un gran tipo!

El capitán del grupo cambió unas palabras con el *chivato* y luego se marcharon juntos por donde había venido el oficial.

—¡Estupendo! —dijo Peter—. Vamos.

John se quitó el abrigo y se puso el disfraz negro sobre su ropa. Se cubrió los zapatos con calcetines negros y se tapó la cabeza con la capucha negra que se había confeccionado con una vieja camiseta teñida de negro.

—Tengo un calor horroroso —dijo.

—Pareces uno del Ku-Klux-Klan —le dijo Peter—. ¿Preparado?

Ambos se metieron dentro del caballo, John con sus siniestros ropajes negros y Peter con una manta, una caja de cartón y doce sacos vacíos. Los tres envoltorios colgaban entre ellos suspendidos del interior de la tapa del caballo. Ambos se acurrucaron dando la espalda a los extremos del caballo apoyando los pies a cada lado del armazón inferior. Luego colocaron en posición los palos que servían de asas y levantaron el caballo. Sujetando

firmemente los envoltorios del equipaje para que no desequilibraran la marcha del caballo con su balanceo, se puso en marcha el cortejo y el cargado artefacto fue conducido con gran trabajo hacia el sitio de siempre.

Con un suspiro de alivio los portadores colocaron el caballo en posición y retiraron los palos.

John seguía encogido en un extremo del caballo mientras Peter apilaba sobre él los paquetes del equipaje. Luego extendió Peter la manta sobre el suelo y empezó a desenterrar la trampa. Guardaron la capa de arena gris en la caja de cartón y dejaron en la manta la tierra húmeda del subsuelo. Después quitaron los saquitos de arena que cubrían la trampa. Escarbó la tierra adherida a la madera húmeda. Al quitar la trampa le llegó el olor a moho y humedad característico del túnel. Quitó los paquetes de la encorvada espalda de John y los fue tirando uno tras otro por el pozo de entrada.

—Baja —le dijo Peter a John, y se encogió para que John se introdujera, los pies primero, en el estrecho pozo—. ¡Dios mío, qué mal huele esa ropa!

—Peor olerá cuando bajéis —dijo John—. Es el tinte. Debe de haberse estropeado.

Mientras John se arrastraba túnel arriba, Peter desató la palangana del extremo de la cuerda y ató en su lugar uno de los paquetes. Uno a uno, John fue tirando de los envoltorios hacia la parte avanzada del túnel y los fue colocando en el hueco abierto con ese objeto. Luego, Peter volvió a atar la palangana y entre los dos llenaron los doce sacos vacíos que habían llevado en aquel viaje.

Mientras Peter ataba los sacos en el interior del caballo, John se asomó al agujero de entrada para respirar la última bocanada de aire fresco. Era la primera vez que había entrado vestido en el túnel y Peter le oía maldecir en voz baja mientras se arrastraba retrocediendo hacia la entrada. Finalmente, aparecieron sus pies y luego su cuerpo, estrafalariamente vestido. Peter se asomó desde el interior del caballo y le vio emerger de la oscuridad. Fuera se oían los gritos de los saltadores y la vibración del caballo cada vez que saltaba alguno. John asomó la cabeza y los hombros por fuera de la trampa. Había dejado la capucha al final del túnel y tenía arrebolada la cara.

—Ahí dentro hace un calor espantoso con tanta ropa.

—Por lo que más quieras, John, no te excedas trabajando. No quiero verme obligado a llevarte a costas cuando salgamos.

—No te preocupes. Enciérrame ahora y hasta luego.

—Pero, por amor de Dios, no hagas el agujero de ventilación más grande de lo imprescindiblemente necesario —dijo Peter.

Contempló cómo desaparecían las piernas de John por el angosto túnel y luego volvió a colocar la trampa. Puso de nuevo en su sitio los saquitos de tierra y apisonó firmemente la arena de la superficie. Es como enterrar vivo a un hombre, pensó. Entonces oyó una voz inquieta.

—¿Cómo va eso, Pete?

—Cinco minutos, Phil —respondió Peter y empezó a colgar en los ganchos del caballo los doce sacos de arena. Recogió la manta en los brazos y esparció el resto de la arena sobre la superficie tapada por el caballo. Después volcó la caja de cartón que contenía la arena gris y seca de la última capa. Por fin, Peter avisó a Philip en voz baja de que ya estaba listo. Metieron los palos por los lados y el caballo se puso lentamente en marcha.

Cuando se acercaban a la cantina oyeron las voces del coro: «Mandaré a Sus ángeles para que te guarden... para evitar que tropieces con una piedra...». Peter, en el oscuro vientre del caballo, se sonrió por la casual alusión que suponían estas palabras.

Con un crujido final subieron los escalones de la cantina. «El pobre caballo se está deshaciendo —pensó Peter—. ¡Ojalá dure toda esta tarde!».

Levantaron un extremo del caballo y Peter le fue pasando a Philip los sacos de arena. Entre ellos llevaron los sacos a la habitación donde ensayaba la banda de música y en la que el coro cantaba ahora a pleno pulmón. «Enviaré Sus ángeles, hay un *chivato* por la ventana», cantó David en un solo magistral.

—Muy bien —dijo Peter—, no dejes de vigilarlo. ¿Está Nig en el tejado?

David afirmó con la cabeza y siguió cantando.

—Bien. Esconderemos estos sacos en el tejado y nada más.

La cara preocupada de Nigel se asomaba por la trampa del techo. Peter levantó el puño con el pulgar extendido hacia arriba e hizo una mueca.

Nigel le respondió con otra mueca y bajó un brazo para coger el primero de los sacos.

Pasaban lista a las cuatro menos cuarto, y Peter y Philip pasaron el tiempo en espera de esa hora tumbados en las literas. Para Peter este era el peor momento. ¡Tener que esperar después de haber hecho su parte, tener que estarse allí tumbado mientras John seguía perforando el túnel y en cualquier momento podía saltar hecho pedazos el plan y perderían los cuatro meses y medio de trabajo! Si fracasaban una vez fuera del campo, sería muy distinto. Él apenas creía que pudieran llegar a Inglaterra. Eso estaba demasiado lejano. Dependía demasiado de la suerte y de la voluntad de Dios. Cuando estuvieran fuera, podía ocurrir lo más imprevisto; dependerían por completo de las circunstancias. Era inútil fraguar planes detallados de lo que iban a hacer cuando estuvieran fuera del campo. A lo sumo podían señalarse unas líneas generales, pero nada más. En cuanto salieran por el otro extremo del túnel tendrían que adaptar su conducta a las circunstancias. Les sería imposible calcular de antemano lo que iban a hacer un día determinado.

Permaneció, pues, tumbado de espaldas en la litera y repasó mentalmente la lista de cosas que debía llevar consigo.

En primer lugar, llevaba la «comida perruna», alimento concentrado en una pasta dura de leche, azúcar, Bemax y cacao. Estaba empaquetado en pequeñas latas cuadradas procedentes de los paquetes de la Cruz Roja, y Peter se proponía llevar un cinturón de esas latitas entre dos camisas.

Luego varias bolsas de tela con una mezcla seca de avena, pasas, azúcar y leche en polvo. Cuando comieran esta pasta, les llenaría el estómago evitando el malestar que produce el alimento concentrado en dosis excesivas. Peter había cosido una de estas bolsas a cada sobaco de su chaqueta en previsión del caso de que tuviera que separarse del maletín que contenía la parte principal de sus víveres.

El maletín estaba ya en el túnel. Peter repasó mentalmente su contenido: los víveres, calcetines limpios, los útiles de afeitar, un *sweater* de cuello enrollado, jabón, un rollo de papel y pluma y tinta por si tenían que introducir algunas modificaciones en sus documentos, cigarrillos y fósforos.

Se levantó de la litera y comprobó el contenido de los bolsillos de su chaqueta. La cartera donde guardaba sus papeles y el dinero alemán, una pequeña brújula de bolsillo, una navaja, pañuelos, su pipa (una pipa alemana que le compró en la ciudad uno de los vigilantes), un rollo de cuerda, un lápiz, una bolsita de tabaco alemán de pipa, su boina y un peine.

Salió al circuito. Le era imposible estarse quieto. Anduvo de un lado para otro y pasó por encima del túnel pensando que John trabajaba allí abajo bañado en sudor y sin saber la hora que era, sin saber siquiera si el túnel había sido descubierto por los alemanes; en fin, fuera de contacto con el mundo entero. John seguiría excavando y tratando de avanzar lo más posible antes de que llegaran los otros.

Luego se dirigió Peter en busca de Philip para fijar la hora de la «diversión estratégica», coincidiendo con la hora en que ellos saldrían a la superficie, y luego dio con Nigel varias vueltas al circuito mientras esperaban el *appel*.

—Os echaré de menos cuando os hayáis marchado —dijo Nig—. Lo hemos pasado muy bien saltando.

—Espero que os quitarán el caballo cuando descubran el túnel —dijo Peter. Quería agradecerle a Nigel la gran ayuda que les había prestado, pero sabía que no le sería posible hacerlo. Darle las gracias equivaldría a considerar aquello como una formalidad y las relaciones entre ellos eran fraternales. De manera que se limitaron a charlar con toda naturalidad en espera de que pasaran lista.

Cuando llegó el momento, el S. B. O., convenientemente disfrazado, tomó el sitio de John en las filas y la ausencia de este pasó inadvertida.

En cuanto terminaron de pasar lista, se reunieron los saltadores en la cantina. Peter tenía flojas las piernas y no se le apetecía meterse en el caballo. Habían sacado a este dos veces ya aquel día y a Peter le daba la impresión de que la tercera vez no tendrían buena suerte. Era la primera vez que habían sacado al caballo después de pasar lista por la tarde y Peter estaba seguro de que los guardias entrarían en sospechas. Mientras se ponía el conjunto negro, escuchaba las instrucciones que daba Nigel a los cuatro hombres que iban a llevar el caballo. Miró a Philip, irreconocible con su capucha negra, y luego al tercer hombre, un neozelandés llamado McKay, a

quien habían elegido por ser el hombre de menos peso entre los prisioneros del campo. Iba desnudo para más facilidad y sostenía la caja de cartón en la que se guardaba la arena seca que había de extenderse sobre la trampa, por última vez después de que los hubieran encerrado.

Nigel le entregó una botella de té frío para John:

—Dale mis más cariñosos recuerdos —le encargó— y dile que me escriba.

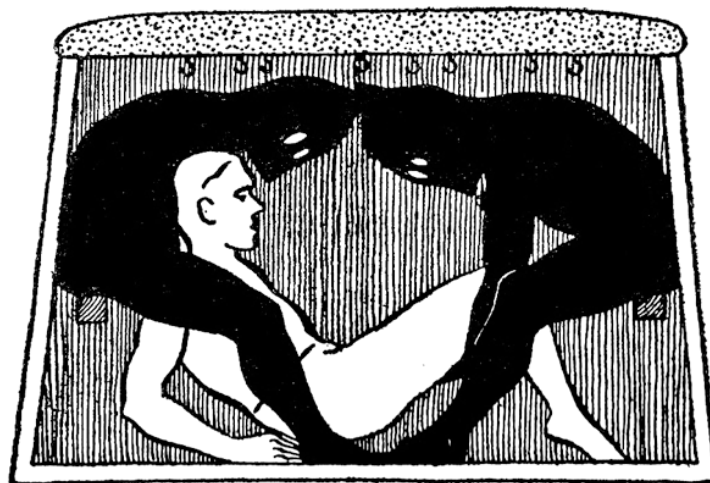
Peter y Philip se arrastraron bajo el caballo, sentáronse cada uno en un extremo, suspendiendo a McKay entre los dos. Colocados los palos en posición, emprendió el caballo, protestando con crujidos, su último viaje. Uno de los portadores resbaló al bajar los escalones y Peter creyó que los dejaría caer. El hombre recobró el equilibrio y la comitiva prosiguió su camino con gran dificultad a través del campo de fútbol.

Cuando el caballo quedó en posición, Philip se sentó en la espalda de McKay, en un extremo del caballo, mientras Peter quitaba la trampa. Al levantar las tablas escuchó para oír algún ruido en el túnel. El silencio era absoluto. Miró a Philip.

—Voy a meterme en el túnel y veré qué hace John —dijo—. Tú llenas doce sacos con la tierra que hay en el fondo del pozo para que Mac se los lleve y luego te quedas en ese extremo. Yo te mandaré en la palangana el resto de la tierra que vayamos sacando y tú la extiendes por el suelo del túnel a medida que avances hacia nosotros.

—Muy bien.

—¡Es imposible que podáis entrar ahí! —exclamó McKay, maravillado por la estrechez del pozo de entrada.



He aquí cómo llevaron a los tres hombres. Dos van cubiertos con ropa y capucha teñidas de negro para hacerlos menos visibles al salir a la superficie por el otro extremo del túnel. El tercer hombre, desnudo, es el encargado de volver a colocar la trampa sobre la entrada del túnel. Los ganchos son para llevar las bolsas con la tierra extraída del túnel.

Peter entró de pie en el pozo. Se fue arrodillando y metió las piernas en el hueco auxiliar abierto en el fondo del pozo. Con la nueva dificultad de la ropa, logró, sin embargo, introducir la cabeza y los hombros en la boca del túnel. Agitó sus piernas como despedida y reptó pulgada a pulgada por el túnel de cien pies de longitud, que tanto tiempo habían tardado en abrir. Ahora que estaba terminado, casi lo sentía. El túnel había ocupado sus pensamientos durante varios meses mucho antes de empezar a realizarlo; constituía una gran ilusión. Ahora que estaba terminado, se arrastraba por él por última vez.

Por primera vez empleaba ahora la linterna de bolsillo y vio los montones de tierra arrancada por el roce de la ropa de John. Los refuerzos de tablas le resultaban extraños a la luz de la linterna. Todo aquello había sido hecho con gran dificultad en la oscuridad más absoluta.

Al acercarse al final del túnel dirigió el haz luminoso frente a él y llamó en voz baja a John. Temía hablar alto porque se hallaba debajo de la alambrada y cerca de donde paseaba el centinela. Dobló la esquina donde

habían alterado la dirección del túnel y llegó al final de este. Donde había esperado encontrar a John solo tropezó con una sólida pared de tierra.

Seguramente John habría excavado con tanta rapidez que la tierra echada hacia atrás había taponado completamente el túnel.

Peter abrió un pequeño agujero en ese muro, que tenía unos tres pies de grueso. Al atravesarlo del todo, una ráfaga de aire caliente y fétido le dio en la cara. Allí estaba John retorciéndose, empapado de sudor y con la cara negra de lo que había desteñido su ropa. Tenía el rostro y el cabello cubiertos de pegotes de arena. Estaba muy pálido y cansado a la luz amarilla de la linterna de Peter.

—¿Dónde demonios os habíais metido? —preguntó John.

—Solo son las cuatro y media —dijo Peter.

—Creí que eran las seis. Me parecía que llevaba aquí muchas horas. Me figuré que al pasar lista se había descubierto mi ausencia y que tendría que salir solo.

—Todo ha ido muy bien —dijo Peter—. Aquí tengo una botella de té para ti. —Se la pasó a John por el boquete—. Voy a mandarle esta tierra a Phil y luego me reuniré contigo.

Peter le envió a Philip la primera carga. Este llenó los sacos vacíos que había bajado y los apiló en el pozo.

Al seguir trabajando se dieron cuenta de que el extremo superior del túnel recibía cierta cantidad de aire por el agujero de ventilación que salía debajo de la alambrada. En cambio, Philip, con la trampa cerrada, respiraba con gran dificultad.

Excavaban febrilmente para avanzar lo más posible hasta la hora señalada para abrir la salida vertical definitiva. John quitaba con la paleta una buena cantidad de tierra y echaba esta hacia Peter por debajo del vientre. Peter tenía la cabeza pegada a los talones de John, recogía la tierra y se la mandaba a Philip, que la iba aplastando en la parte inferior del túnel, cegando así el camino que dejaban detrás. Se encontraban ya en una parte estrecha, de unos veinticinco pies de longitud y dos pies de anchura, ventilada por el agujero, que tenía tres pulgadas de diámetro.

Trabajaban por primera vez vestidos y también por primera vez sin el aire que empujaba la palangana túnel arriba. Además, esta vez se hallaban

tres dentro del túnel y era mucho mayor la necesidad de aire. En la obscuridad, como habían trabajado siempre, no era aquello tan impresionante; pero, a la luz de la linterna, la impresión era angustiosa: el túnel parecía mucho más pequeño y era como si la tierra de encima fuera a derrumbarse a cada momento. Los prisioneros estaban encerrados y si el túnel se derrumbaba nadie iba a ayudarles en toda la noche. Los tres se afanaban enérgicamente en la tarea. Ninguno de ellos quería ser el que rompiera el ritmo de la excavación.

A las cinco y media, Peter, que tenía reloj, dio la señal de alto y murmuró:

—Ahora tenemos que perforar hacia arriba. Hemos de salir dentro de media hora.

John asintió con un gesto y empezó a horadar hacia arriba. Estaban más lejos de la superficie de lo que habían pensado y creyeron que nunca llegarían a la última capa. Por fin, John abrió un pequeño agujero en la superficie —un boquete del tamaño de su puño— y por él vio brillar unas estrellas. Las estrellas en el cielo libre, más allá de la alambrada.

—Seguiré a toda la anchura del túnel —murmuró John—, dejando solo la corteza de arriba. Luego, en el momento preciso, la rompemos rápidamente, y así hay menos probabilidad de que nos vean.

Peter le apretó el brazo como respuesta y se volvió hacia Philip para advertirle que estuviera listo. Luego acercaron los bultos del equipaje.

A las seis en punto salieron al aire libre, echando abajo la superficie de arena seca, que los cegó momentáneamente y les produjo deseos de toser. Al asomarse a la superficie oyeron el ruido de la diversión estratégica procedente de las cabañas más próximas a la alambrada. Unos tocaban trompetas, otros cantaban, algunos golpeaban con fuerza las paredes de madera y la mayoría chillaba escandalosamente.

—Esos idiotas lo están haciendo demasiado bien y se van a ganar un balazo si no tienen cuidado —murmuró John.

—Anda, no te pares —dijo Peter. Tenía miedo. Aún había demasiada luz.

John sacó rápidamente su equipaje del túnel y lo lanzó hacia la zanja. Luego se deslizó fuera.

Peter sacó la cabeza fuera del túnel y miró hacia el campo. Estaba brillantemente iluminado. Nunca había pensado que estuviera iluminado con tanta intensidad. Pero las garitas de los centinelas quedaban en la oscuridad y Peter no se podía dar cuenta de si los guardias miraban en su dirección o no. Tampoco podía ver a los centinelas exteriores. Levantó su petate y lo tiró a la zanja, retorciéndose para salir por el boquete y echándose a rodar por la tierra hasta la zanja. A cada minuto esperaba oír unos disparos y sentir el desgarrón de la bala en su carne. Cuando llegó a la zanja escuchó con gran atención. El jaleo de las barracas iba *in crescendo*.

Cogió su paquete y corrió ciegamente hacia el bosque de pinos situado al otro lado del camino. John le esperaba allí.

OceanofPDF.com

FASE II

OceanofPDF.com

CAPÍTULO PRIMERO

CUANDO llegaron al lindero del bosque no esperaron a Philip, sino que se alejaron lentamente de la alambrada hacia el centro del bosque. Peter sentía que el corazón le subía a la garganta. Deseaba correr, pero se obligó a marchar despacio tanteando con los pies las ramas secas que se cruzaban en su camino por entre las agujas de los pinos. Su ropa estaba empapada de sudor y el viento cortante que hacía le enfriaba. Sentía mucho frío y estaba impaciente por llegar al interior del bosque para vestirse. Mirando hacia atrás vio, por encima del hombro, entre los árboles, el área del campo de prisioneros iluminada brillantemente como un circo gigantesco. No habían sonado tiros y tenía la seguridad de que Philip estaba también sano y salvo, detrás de ellos, en algún lugar del bosque.

Se detuvo y contempló las intensas luces que se divisaban por entre los árboles.

—Ha sido estupendo —murmuró John—. Ven, Pete. Tendremos que apresurarnos si queremos coger ese tren.

Pero Peter continuó unos instantes sumido en la contemplación del campo, que nunca más esperaba ver, el campo que él había odiado, pero donde seguían tantos de sus amigos.

John lo cogió por un brazo y siguieron cruzando el bosque moviéndose cuidadosamente por el inseguro y ruidoso suelo.

John empezó a reírse entre dientes. Primero, una risita apenas perceptible y luego unas ráfagas de risa convulsiva e incontrolable, aunque en tono muy bajo.

—¿Qué pasa? —murmuró Peter—. ¿Qué diablos ocurre? ¿De qué te ríes?

—Es de ti... —dijo John—, que pareces con esa ropa un oso...

Peter llevaba su paquete en los brazos como si fuera una criatura.

—Por amor de Dios —prosiguió John—, vamos a quitarnos estos trapos. Es menester que nos limpiemos un poco y que parezcamos personas.

—Todavía no. Es mejor esconder la ropa por la parte de la carretera.

También él se reía, dando rienda suelta a sus nervios, que habían estado en tensión demasiado tiempo. La sensación de triunfo por haber escapado felizmente le soltaba la risa. Pero esto no le producía un gran alivio. Se reía de un modo extraño y nervioso.

Escogieron cuidadosamente el camino a seguir por el bosque hasta que estuvieron fuera del alcance del campo. Ahora temblaban de frío y del cansancio que les había producido el último esfuerzo de su excavación. Su fina ropa interior no les abrigaba lo bastante. Pero, en otro sentido, no se sentían cansados; la sensación de hallarse libres, de estar ya del lado de allá de la alambrada, borraba todo cansancio.

Frente a ellos, el bosque de pinos se extendía silencioso y compacto por espacio de varias millas. Se extendía sin interrupción casi hasta Yugoslavia. Pero era un bosque en invierno, es decir, un bosque de ramas peladas y altos árboles silenciosos. Un bosque inhóspito y antipático. Ya conocían aquella selva y habían experimentado su inhospitabilidad. A menos de una milla se hallaba la estación del ferrocarril, atestada de gente y llena de peligros, pero con la promesa de un rápido viaje hasta la costa.

Se quitaron las «fundas» negras y los calcetines que les cubrían los zapatos. Se lavaron mutuamente las caras con los pañuelos y sacaron de sus petates las chaquetas de paisano, los sombreros y las gabardinas.

Al fondo de cada petate habían puesto cada uno de ellos un maletín. Peter abrió el suyo y sacó una lata de pimienta. Puso toda la ropa junta en un montón y la salpicó abundantemente con la pimienta mientras se tapaba la nariz.

Se pusieron las gabardinas y las boinas y se dirigieron directamente al puente que conducía a la estación. Era un elevado puente metálico, solo para peatones, que cruzaba por encima de la línea férrea. Pasaron por él y llegaron a la carretera que se extendía por el otro lado.

—Anda por el lado derecho —dijo Peter—. Así no nos encontraremos de cara con los autos que vienen hacia acá.

En la carretera había alguna gente. Era evidente que algún tren local acababa de llegar. «¡Dios quiera que no nos estén esperando en la estación! —pensó Peter—. ¡Ojalá no hayan dado la alarma y no nos encontremos con una masa de guardas esperándonos en la estación!».

—Si nos reconocen, saldremos corriendo —dijo—. No creo que vayan a disparar con tanta gente. Nos separaremos y me reuniré contigo cerca del depósito de agua a la entrada del bosque y luego saldremos andando o nos meteremos en algún tren de mercancías. Si se han enterado ya de que nos hemos fugado, a estas horas estarán vigiladas todas las estaciones en muchas millas a la redonda.

—Todo saldrá muy bien —dijo John—; no nos cogerán. Si hubieran dado la alarma, teníamos que haberla oído. Todo parece perfecto. No habrá inconvenientes.

Fuera de la estación había gran oscuridad, pero en la sala de las taquillas había mucha luz. Peter se acercó al horario colgado en la pared, mientras que John se puso en la cola de la taquilla abierta. Llevaba la tarjeta de identidad de Peter y el permiso de la Policía para viajar.

Peter se volvió para contemplarle mientras esperaban la cola. A él le parecía que la trinchera de la aviación inglesa tenía que resultar evidente para cualquiera. Pero también era verdad que la boina y la cara morena y delgada de John le prestaban un aspecto bastante francés. En efecto, John, con su esbelta y joven figura, con su boina y su trinchera gris azulada, con un maletín en una mano, o, más bien, una bolsa de viaje que él mismo se había fabricado, tenía un aire despreocupado mientras esperaba en la taquilla a que le llegase su turno. Pero su amigo Peter solo tenía que mirarlo un segundo para adivinar los temores y las ideas que bullían en aquella cabeza.

Ya había llegado a la ventanilla y hablaba con la muchacha oculta detrás de la rejilla. Peter miró hacia la puerta. La tapaba el numeroso público. «Esperaré hasta que esté a dos pasos de mí y entonces nos lanzaremos los dos para abrirnos paso rápidamente por entre esa gente». Volvió a mirar a John. Este se le acercaba con los billetes en la mano. Peter le salió al encuentro y, un poco separados, llegaron hasta la barrera, donde tuvieron

que esperar a que los pasajeros salientes abandonaran el andén y permitieran la entrada. Peter observó a los viajeros que salían por el portillo de la barrera. El corazón le latió apresuradamente. Sintió impulsos de echar a correr. Una de las personas que salían era el médico que le había estado asistiendo en el hospital del campo. Habían charlado todos los días durante una semana; aquel hombre no tenía más remedio que reconocerlo. Pero Peter recordó de pronto que se había afeitado la barba la noche anterior. Y cuando el *Hauptmann* pasó cerca de él, solo a un paso de distancia, Peter inclinó la cabeza y simuló estar muy atareado con la cerradura de su maletín. Cuando levantó la cabeza, el médico estaba ya lejos y John le empujaba a él hacia el andén.

Pasearon por el andén, porque tenían que esperar diez minutos la llegada del tren. Desde el extremo del andén observaron, en lo que la oscuridad les permitía, la situación del terreno.

—Si dan la alarma antes de que salga el tren, saltamos a la vía y seguimos por ahí abajo —dijo Peter—. Daremos la vuelta al pueblo y si tenemos que separarnos, nos encontramos cerca del depósito del agua.

—De todos modos, desde aquí oiríamos perfectamente las sirenas del campo —dijo John—. Espera hasta el último momento, porque aun en el caso de la alarma pudiera ocurrir que el tren llegara aquí antes que ellos. —Parecía confiado.

—No —replicó Peter, a quien no le gustaba esta confianza ni deseaba que todo saliera demasiado fácil—. No; nos iremos en cuanto oigamos la sirena. Si descubren nuestra fuga será inútil subir al tren. Telefonarán a Francfort y nos pescarán allí. Lo mejor será salir lo antes posible de la zona del ferrocarril y meternos en el bosque.

—Es que también podríamos coger el tren y tirarnos de él antes de llegar a Francfort.

—No merecería la pena. Si el tren trajera retraso, nos cogerían en el andén. Si oímos las sirenas, nos lanzaremos como flechas hacia el bosque.

—Está bien —dijo John—, no te preocupes.

El tren venía atestado y a oscuras. Peter y John se quedaron en el pasillo. Peter se estuvo cerca de la puerta mirando por la ventanilla y escuchando el

rat-a-tat-tat de las ruedas. «A cada minuto que pasa estamos más lejos. Nos va a salir bien». Miró a John. Se habían separado y John se hallaba entre un rechoncho soldado alemán y un anciano. Se apoyaba en la pared de madera, con los ojos cerrados.

Así fueron hasta Francfort. Eran las diez y media cuando llegaron y se apresuraron hacia la barrera para ver si pedían los documentos. Pero los viajeros solo entregaban los *tickets*; no enseñaban papel alguno. Peter se dirigió hacia allí, pero John le tiró de la manga y se lo llevó hacia otra salida situada más lejos.

Peter nada dijo; se limitó a seguirle. Cruzaron la barrera y se encontraron a salvo en la espaciosa sala de la entrada.

—¿Por qué tirabas de mí? —murmuró Peter.

—Tonto; es que por ahí solo podían entrar los soldados. Ven, salgamos de la estación. —John quería encontrarse ya en las calles y sacar a Peter de la zona de luces brillantes y de aglomeración.

Empezaron a recorrer las calles, aquellas calles extranjeras que nunca habían visto. En ellas todo les era raro, con todos los rótulos en una lengua extraña. No tenían sitio alguno adonde ir a dormir. Resultaba aquello una situación extrañísima después del encierro del campo de prisioneros; poder recorrer las calles de una ciudad, pero hacerlo como fugitivos rodeados de enemigos en potencia e incapaces de hablar más de unas cuantas palabras seguidas del idioma del país en que se hallaban. Peter y John marchaban muy juntos. Se dirigieron hacia el centro de la ciudad.

Detuviéronse ante un gran hotel.

—Entremos a ver si tienen habitación —dijo John.

Peter vaciló.

—Tenemos que hacerlo antes o después —insistió John—. Son cerca de las once y no creo que tengan habitaciones libres. Es preferible hacerlo ahora y no a última hora, cuando el conserje esté cansado. Ya veremos cómo reacciona.

—No merece la pena —dijo Peter—. Podemos dormir al aire libre, en los alrededores.

—Déjate ahora de eso —dijo John—. Hace ya cuatro meses que acordamos no seguir ese plan de ocultación. El ferrocarril ha resultado bien

y también los hoteles nos saldrán estupendamente.

Era un hotel de gran tamaño que en Inglaterra habría pertenecido al período victoriano, pero lo habían modernizado. Las paredes del vestíbulo estaban cubiertas con pintura plástica verde y había en el suelo una alfombra de moderno dibujo. En un diván, a la izquierda de la entrada, se hallaban sentadas varias personas.

John se dirigió al despacho del conserje, que estaba al fondo de la sala. Habló respetuosamente, pero con absoluta confianza, adoptando el papel de un miembro de una nación vencida, pero que era un trabajador libre y no un prisionero de guerra.

—*Haben Sie, bitte, ein Doppel-zimmer frei?*

El portero dijo algo que Peter no comprendió. John le dio las gracias al hombre y volvió junto a Peter. Ambos salieron a la calle.

—¿Qué dijo? —preguntó Peter.

—Dice que todas las habitaciones están tomadas.

—Esto no me hace gracia —dijo Peter—. Ni siquiera sabemos si a los trabajadores extranjeros se les permite alojarse en hoteles. ¿Pareció sorprendido cuando le pediste las habitaciones?

—No creo. No sé por qué no van a poder vivir en hoteles los obreros extranjeros.

—Es que en Alemania pasan cosas muy raras. Tienen burdeles separados para los obreros extranjeros. No sé por qué no van a tener también hoteles aparte.

—La próxima vez trataremos de entrar en un hotel más pequeño —dijo John—. Volvamos hacia la estación. Los hoteles más baratos suelen estar cerca de la estación.

Preguntaron en otros cuatro hoteles y, por último, se encontraron junto a la estación.

—Esto es peor que en Londres —dijo John—. ¿Qué hacemos ahora?

—Vamos a las afueras —sugirió Peter—. Salgamos de la ciudad y durmamos detrás de un seto.

Anduvieron durante dos horas dejando atrás la ciudad industrial y una zona de bonitas casas en los suburbios. Finalmente, salieron al campo por un camino que avanzaba entre varios llanos.

—Yo no ando más —dijo John.

—Aquí no podemos dormir —repuso Peter—. Tenemos que encontrar algo que nos oculte.

—Estoy cansado. Tengo que dormir.

—Vamos a andar un poco más. Seguramente encontraremos un pajar o algo por el estilo.

—No me importa el sitio; lo único que quiero es dormir.

John estaba agotado. El esfuerzo de la excavación, el aire irrespirable y las emociones lo habían agotado. Prosiguieron la marcha, pero John tropezaba a cada momento y no dejaba de murmurar palabras sueltas sobre el sueño. Dormir donde fuera, sobre un banco duro o en el santo suelo, a un lado de la carretera. Le picaban los ojos como si tuviera arena debajo de los párpados y tenía la boca completamente seca.

Llegaron a una casa cerca de la carretera, un hermoso edificio de ladrillos; una típica y angular granja alemana. En uno de los postes de la verja de entrada había un cartel. John se acercó a leerlo. El rótulo estaba rematado con una cruz.

—Es un Kloster —dijo—. Un convento. No sé si nos van a dar cobijo ahí dentro.

—En Alemania, no, desde luego. En Francia o en Holanda, quizá; pero no en Alemania. Figúrate que un prisionero alemán fugado llegara a un convento inglés pidiendo asilo. No, es inútil pedir ayuda en Alemania. Sigamos andando. —Cogió a John por el brazo—. ¿Conoces la historia del aviador que cayó en Francia y se refugió en un convento?

—No —dijo John. Aquello parecía no interesarle.

—Fue en 1941. Uno de nuestros muchachos tuvo un aterrizaje forzoso durante un *raid* sobre Francia, y después de recorrer la región durante unos días escondiéndose aquí y allá, se puso en contacto con un sacerdote que le escondió en un convento situado en las afueras de un pueblo. Las monjas lo metieron en una de las celdas y lo alimentaron bastante bien, pero lo único que tenía para leer era una Biblia en francés y el chico se aburría. Llevaba allí una semana cuando una mañana en que estaba asomado a una ventana vio a una monja bastante atractiva que cogía flores en el jardín del convento. En verdad, no podía ver si era o no atractiva, pues solo la veía

por detrás, pero tenía un tipo fino y parecía joven. Supongo que el chico habría leído a Boccaccio y algunas de las ideas de este se le habían quedado grabadas, pues saltó de la ventana y se acercó a la monja por detrás. Ella se inclinaba en aquel momento sobre un macizo de flores; él, mientras, le decía en su mejor francés: «*Mademoiselle*, llevo aquí una semana y el de usted es el primer trasero atractivo que he visto». Se disponía a seguir desarrollando este tema cuando la «monja» se volvió y le dijo con voz profunda, viril y acento *cockney*: «No seas idiota, criatura... Estoy aquí desde lo de Dunquerque».

Pero John no se rio. Estaba demasiado cansado. Siguieron carretera adelante en busca de un sitio adecuado para pasar la noche. Por último, Peter señaló una alcantarilla de cemento que cruzaba por debajo de la carretera como un túnel.

—Podemos meternos ahí —dijo.

Era un buen sitio para esconderse. Una vez allí dentro abrieron los maletines y se comieron los sándwiches que habían traído del campo de concentración.

—Mañana empezaremos con el alimento perruno —dijo Peter.

Después de comer se tumbaron para dormir. Se durmieron tal como estaban, con las gabardinas y los zapatos puestos y apoyando la cabeza en los maletines, tendidos uno junto al otro en el húmedo y rasposo suelo.

Una hora más tarde se despertó Peter tiritando. Llevaba gruesa ropa interior de lana, dos camisas, un *sweater*, un uniforme naval camuflado y una gabardina; a pesar de todo eso se despertó temblando de frío. Se puso en pie con mucho cuidado de no hacer ruido, por temor a despertar a John, pero este se hallaba despierto desde hacía rato.

—Pondremos mi gabardina en el suelo para acostarnos encima y con la tuya nos podemos tapar —dijo John.

Agitaron los brazos para reanimar la circulación de la sangre y se prepararon aquel lecho elemental que había propuesto Peter. Durmiéronse de nuevo acurrucados juntos para darse calor, pero se despertaron al poco tiempo porque tenían frío en la espalda. En vista de ello se pusieron espalda con espalda y consiguieron por fin dormir seguido hasta un poco antes del amanecer.

CAPÍTULO II

ABANDONARON su escondite antes de amanecer y, después de haberse limpiado la ropa por encima, regresaron por donde habían venido, en dirección a la ciudad. Todavía era de noche en las calles, pero ya marchaban a su trabajo los alemanes.

Al entrar en la ciudad se cruzaron con los primeros tranvías de la mañana y al llegar a la estación casi se veía ya. La sala de entrada estaba llena de gente y Peter siguió a John camino del tablón de anuncios. Sentíase más seguro al formar parte de esta multitud mañanera; se creía menos vulnerable que cuando recorrían las calles.

John estuvo mirando los anuncios durante varios minutos, luego se volvió y se dirigió hacia donde había menos gente.

—Hay un tren para Küstrin dentro de una hora —dijo—. Es un tren local con paradas en las pequeñas estaciones.

—Nos iremos en ese —dijo Peter—. A ver si podemos tomar café. Tengo un frío terrible.

—No sabemos si está racionado; pero, después de todo, somos extranjeros. No pueden esperar que lo sepamos todo.

—No debemos acercarnos a los puestos de la Cruz Roja en el andén —le dijo Peter—. Solo son para los soldados.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo uno de los guardias en el hospital. Empecé a vanagloriarme de nuestra Cruz Roja y entonces él me soltó todo lo que sabía de la suya.

La sala de espera estaba caliente y con mucha gente y olía intensamente a tabaco alemán. Encontraron sitio en una de las mesas y sentáronse allí en silencio. Era difícil estarse sentados sin hablar y conservar, sin embargo, la naturalidad.

Peter miró en torno suyo a la gente sentada en las mesas. La mayoría llevaba uniforme y parecía no hacer ni el menor caso de los dos jóvenes «franceses» sentados silenciosamente en medio de la habitación. Peter sacó un paquete azul de cigarrillos franceses y le ofreció a John. John tomó uno y le dio las gracias en un francés muy suelto. Peter hizo un gesto de «no hay de qué» y se encogió de hombros de un modo que él suponía muy francés.

Llevaban sentados allí bastante tiempo cuando Peter se dio cuenta de que no había camareros. Era un mostrador de «sírvese usted mismo». John estaba de espaldas al mostrador y no lo había visto. Como Peter no podía hablar tocó el pie de John con el suyo, pero su compañero no lo entendía y le sonreía tranquilizándolo. Entonces Peter cogió un periódico que habían dejado en la silla próxima a la suya y se puso a hojearlo. Sacó un lápiz del bolsillo y escribió en el margen: «No hay camareros. Sírvese usted mismo», y le pasó el periódico a John, que rasgó el margen de la hoja, dobló el pedazo y se lo metió en el bolsillo. Bostezó de un modo muy visible y miró su reloj de pulsera. Luego dijo algo en francés y se dirigió al mostrador.

El café era *ersatz* y no estaba muy caliente. Era malta, la misma marca que daban en Dulag-Luft. Allí no daban mal de comer, pensó Peter. Viniendo directamente de Inglaterra, las raciones podían parecer míseras, pero en comparación con lo que ellos estaban acostumbrados a comer no eran tan malas. Miró en torno suyo a los trabajadores y obreros sentados a las mesas. Ninguno de ellos comía. Ninguno parecía bien arreglado. Miró a John. Le pareció demasiado bien arreglado. Ambos tenían un excelente aspecto, aunque la verdad era que si ellos en Inglaterra, pensó Peter, estuvieran buscando a un prisionero fugado, esperarían encontrarlo entre los individuos que tuvieran peor aspecto. Tendría que afeitarse pronto. Peter se pasó la mano por la barbilla. Para hoy está bien, pensó. También me gustaría lavarme los dientes. Pero no me atrevo a ir a un sitio público. ¿Qué estará pensando John ahora? Parece un poco fatigado. Me gustaría poder ayudarle un poco más. Cuando no conoce uno el idioma del país se tiene una sensación grandísima de inutilidad. Debe de ser un terrible esfuerzo tener que hablarlo todo. Es curioso, John parece más francés que los mismos franceses. ¿Pareceré yo también francés? Más bien italiano, creo yo. Como uno de esos puñemeros *wops*. Prefiero los *goons* a los *wops*. Miró

a los alemanes que estaban en la estancia. Desde luego, no eran arrogantes. Estaban deslucidos y parecían tontos. Delgados y con aire caído. Pero no parecían orgullosos; al contrario, daban la impresión de estar pidiendo que se les dieran unas patadas. Y la verdad es que les daban bastantes. Todo el que llevaba uniforme *goon* le pegaba al de graduación inmediatamente inferior. ¿O sería el idioma? ¿No parecen estar mordiendo solo por la manera de hablar? Y en realidad era muy posible que no fuera así. Para conocer a la gente hay que entender lo que dicen. Pero, de todos modos, son feos. ¿Quién no va a ser feo comiendo solo patatas y Sauerkraut, *Kartoffel*? *Immer jorobantes Kartoffel*. Siempre patatas. Se puso a pensar en el campo de prisioneros —¿qué estarían haciendo ahora?—, hasta que John le hizo señal de partir y fueron a comprar los billetes para el tren.

De nuevo esperaba Peter a cierta distancia de la cola a que John comprara los billetes. Peter se reunió con él en cuanto salió de la cola. Subieron al puente y lo cruzaron sin hablar, llegando a una barrera, al final del andén. John entregó los billetes al revisor.

El revisor devolvió los billetes y dijo algo que Peter no entendió. John contestó en alemán. El revisor gritó y señaló primero a los billetes y luego a un rótulo colgado más allá en el que se leía: «Küstrin». John se puso colorado y miró los billetes. Volvió junto a Peter y los dos se apartaron a un sitio menos transitado del andén.

—¿Qué pasa? —murmuró Peter.

—Nos han dado billetes para Berlín en vez de para Küstrin. En alemán suena muy parecido. Iré a cambiarlos.

—No; tendrías que dar muchas explicaciones. Guárdalos y saca otros dos. Nos sobra dinero.

John parecía aliviado:

—Muy bien. Estaba preocupado pensando cómo iba a explicarme.

Volviéron a las taquillas y compraron otros dos billetes, esta vez para Küstrin. Pasaron sin incidentes por la revisión de billetes; el hombre estaba gritándole ahora a otra persona y entraron en el andén.

—Vamos a meternos en un departamento que esté lleno —dijo Peter. Y saltó a un departamento de tercera clase que más parecía un transporte de

ganado que un coche de viajeros. Entró por una puerta que había al fondo del coche. Era un departamento de no fumadores separado del resto del coche por una puerta corrediza. A través del cristal de esta puerta pudo ver Peter que el coche iba atestado.

—Nos quedaremos aquí —dijo—. Quizá no entre nadie más.

Se sentaron hasta que un soldado alemán abrió la puerta corrediza. Gritó y empezó a empujarlos para echarlos de allí. «Si estos hijos de tal no chillaran tanto podría enterarme de lo que dicen», pensó John. Peter y él se encontraron de nuevo en el andén. El hombre seguía gritándoles desde el coche mientras ellos se alejaban por el andén.

—¿Qué diablos pasa ahora? —dijo Peter en voz baja.

—Ese coche está reservado para prisioneros de guerra rusos —dijo John—. Vi la advertencia cuando salíamos.

—Desde luego, ¡no es un sitio adecuado para nosotros!

Subieron a otro vagón de tercera clase. Este se hallaba lleno de paisanos. Peter y John se quedaron de pie en un extremo del coche, procurando parecer indiferentes.

El tren se detenía en todas las estaciones. Salía y entraba gente. A Peter le parecía que el viaje no iba a acabar nunca. A cada parada esperaba que subiera la Gestapo y pasaba un intenso miedo hasta que el tren arrancaba de nuevo. No hablaban. Después de un rato lograron sentarse y permanecieron con los ojos cerrados hasta llegar a Küstrin.

Llegaron a Küstrin a las diez de la mañana. No pidieron la documentación en la barrera y se encontraron otra vez en unas calles, pero esta vez en una ciudad muy pequeña, muchísimo más pequeña que Francfort, y a Peter no le gustaba su aspecto.

—Es demasiado pequeña —dijo—; por aquí no se puede andar sin llamar la atención. Vamos a salir del pueblo para comer algo. Hasta la tarde no habrá más trenes de obreros y no podemos vagar por las calles hasta entonces.

Salieron de la plaza de la estación y penetraron en el pueblo. Había una absoluta calma y esto les hacía pensar que llamarían la atención. Después de cerca de dos años de prisión, la ciudad, cualquier ciudad, se le hacía

extraña y aterradora a Peter. No había estado en Alemania antes de la guerra y no sabía qué esperar de sus gentes y ciudades.

Anduvieron por la calle principal. Pasaron ante las pequeñas colas de las panaderías y llegaron a un puente sobre un canal. Habían oído decir que los puentes debían ser cruzados a mano derecha y que todos los puentes estaban vigilados. No lo sabían seguro. Sus únicas noticias procedían de los rumores entre los prisioneros.

—No merece la pena —dijo Peter—. Realmente no vale la pena arriesgarse. Imagínate qué estupidez sería que nos cogieran por cruzar un puente. Volvámonos y tomemos otro camino.

Regresaron de nuevo al centro del pueblo y tomaron por otra calle que los condujo a un parque público.

—Comeremos aquí —dijo John.

Se racionaron a base de una pulgada cúbica de alimento perruno por cabeza y comieron dos de los bizcochos americanos que tenía John en su maletín. Cuando terminaron, sacó John un cepillo y se cepillaron sus gabardinas y zapatos y también el cabello.

—Pronto me tendré que afeitar —dijo Peter.

—Estás bien así. En Alemania escasean las hojas de afeitar. Además, sin afeitar pareces más francés.

—Tengo sed. Debimos haber traído agua.

—Tomaremos por ahí un vaso de cerveza.

—No, no es necesario —dijo Peter apresuradamente—. Puedo resistir muy bien. No es preciso que vayamos por ahí.

—Hasta ahora todo ha salido muy bien —dijo John—. Llevamos ya fuera diecisiete horas.

—No saben por dónde hemos ido. Eso nos favorece mucho.

—Desde luego informarán a todas las estaciones del ferrocarril.

—¿Crees que debemos marcharnos de aquí?

—Eso estaba pensando.

Siguieron sentados, en silencio, un rato más.

—Mira —dijo John—. Estamos perdiendo los ánimos. Dijimos que lo mejor era dar la cara y resulta que vamos por los sitios más escondidos, y

ahora hablamos de marcharnos a pie en vez de ir en tren. Por lo pronto, vayamos a la ciudad y bebamos cerveza.

—Aquí viene un policía —dijo Peter. John miró. Un policía se dirigía lentamente hacia ellos por el sendero.

—Ahora, con mayor motivo, tenemos que irnos a beber cerveza.

Sin prisa aparente se levantaron y anduvieron en dirección al policía.

—Di algo en francés cuando pasemos a su lado —dijo Peter—. Di algo que tenga sentido por si acaso sabe francés.

Cuando estuvieron a pocos pasos del guardia, John empezó a hablar animadamente en francés. Peter puso cara de entenderlo. Ya se habían cruzado. John siguió hablando y Peter prestaba atención por si el guardia los seguía. Esperaba oír de un momento a otro el «¡alto!» y el ruido de pasos acelerados detrás de ellos. Pero el alemán no se volvió y ellos siguieron lo mismo durante un centenar de yardas.

—¿Qué me has dicho? —preguntó Peter.

—No se me ocurría nada mejor y te conté que había recibido una carta de mi tía Annette, que ha tenido bronquitis, y me dice que mi hermana María va a tener otro niño.

—Estupendo. De todos modos ha dado buen resultado. ¿Qué haremos ahora?

—Ir al centro y tomar cerveza. En algunos de esos sitios sirven comida sin cupones.

—Sí, ya sé. Es lo que llaman un *Stammgericht*.

—Pues vamos a ver si nos dan uno a cada uno. Tengo el estómago completamente vacío.

Vieron un café, entraron en él y se sentaron. Era un amplio local con mesas y sillas pesadas, de madera oscura. Cuatro hombres se hallaban en torno a una mesa junto a una ventana. Parecían comerciantes de la localidad.

Peter y John se instalaron en una mesa al otro lado del salón. La cubría un mantel a cuadros rojos y blancos y había sobre ella un cartón donde podía leerse el menú, sujeto en un soporte de madera. Una camarera apareció por el fondo de la estancia y se acercó a ellos.

—*Zwei Glas dunkle Bier, bitte* —dijo John.

—*Zwei Glas dunkle* —repitió la muchacha, y se alejó. Volvió al poco tiempo con dos vasos de cerveza. Era cerveza negra en bock y en cada uno lucía abundante espuma.

—*Danke schön*. —John le entregó una moneda. Ella le devolvió varias moneditas, pero John volvió a dárselas.

—*Danke sehr* —dijo la joven sonriendo.

John levantó el vaso y le hizo un guiño a Peter:

—No ha salido mal —dijo cuando la camarera estuvo lejos.

—No está mal, no. —Peter contemplaba al grupo de hombres cerca de la ventana. Habían dejado de hablar y todos ellos los miraban.

¿Qué habremos hecho mal?, pensó. Es posible que a los extranjeros no se les permita aquí la entrada. Me gustaría estar más enterado de estas cosas. Ni siquiera sabemos si existen de verdad los obreros franceses libres. Desde luego, sería desagradable saber con toda seguridad lo que nos espera, pero trabajar así en las tinieblas puede perjudicarnos mucho. Por ejemplo, no sé si podemos fumar aquí dentro. Volvió a mirar a los hombres de la ventana. Uno de ellos fumaba en pipa. Peter sacó entonces sus cigarrillos y le ofreció a John, el cual le dio las gracias en francés.

Llegó la camarera con una bandeja en la que había cuatro tazones blancos. Despedían humo. Puso uno delante de cada hombre del grupo. Peter observaba aquello con atención. Entregaron dinero y no cupones. O sea, aquella era la comida para la que no se necesitaban cupones. Cuando la muchacha volvió de la mesa, la miró Peter y señaló hacia la mesa. Ella sonrió y se fue rápidamente a la cocina.

El *Stammgericht* era un potaje de patatas, zanahorias y otras legumbres, pero sin carne. Resultaba muy reconfortante y calentaba el estómago. Tomaron otros dos bocks de cerveza y se sintieron ahitos por primera vez desde que se habían escapado. El estómago lleno les dio nueva confianza.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó John—. Es mejor que no sigamos aquí. Daremos qué pensar si permanecemos demasiado tiempo en este café. Demos unas vueltas por el pueblo.

Pero en la calle era peor. Todos tienen algo que hacer, excepto nosotros, pensó Peter. Ya es malo tener que pasar una tarde en una pequeña ciudad inglesa, pero esto de ahora me descompone los nervios. Lo peor de todo va

a ser este esfuerzo por dar una impresión de naturalidad cuando no tenemos nada que hacer. Procuraron pasar el tiempo mirando los escaparates, pero cada vez se les hacía más intensa la sensación de que los contemplaban.

—Detesto este pueblo —dijo John—. Vámonos de aquí.

—No, no tenemos que tomar el tren hasta que sea de noche. No nos queda más remedio que esperar hasta que oscurezca.

—Pero tenemos que hacer algo. Estos pueblos de una sola calle me ponen malo. ¿Y si volviéramos al parque?

—No nos conviene eso; si nos sentamos allí daremos lugar a que alguien nos hable. Además, por la tarde estarán en el parque todas las mujeres. Más vale seguir aquí.

—Yo no puedo continuar dando vueltas —dijo John—. Me trastorna los nervios. Nos hacemos notar mucho con estas idas y venidas.

—Vamos a considerar esto con objetividad —dijo Peter—. ¿Qué haríamos en Inglaterra si tuviéramos que perder a la fuerza unas cuantas horas?

—Pues... ir a la biblioteca pública o a un museo.

—O al cine. ¿Por qué no vamos al cine?

John hizo una mueca:

—Nos escapamos de un campo de prisioneros y la primera tarde libre nos vamos al cine.

—Estaremos más seguros allí que en las calles —dijo Peter.

—Te apuesto lo que quieras a que somos los primeros prisioneros fugados que van al cine.

—Por eso saldremos adelante. Nuestro lema debe ser hacer siempre lo que sea más natural. ¿Qué puede ser más natural que irnos al cine?

Se dirigieron al cine, sintiéndose más tranquilos porque estaban haciendo algo concreto. Así les parecía no llamar la atención. Había una cola y se pusieron en ella. La formaban principalmente niños y mujeres. También había un anciano y algunos soldados. Ellos dos eran los únicos jóvenes en traje de paisano. Eran los últimos de la cola y esperaban que nadie les dirigiera la palabra.

No era un cine cómodo; la mayoría de los asientos estaban partidos. Peter se encontró junto a un joven soldado que se había dormido con la

cabeza apoyada en el pecho. Recordó el cine de Cambridge. Solía ir allí por las tardes cuando había volado la noche anterior, y apenas había nadie. Recordaba el rumor de las charlas de los niños, la suave iluminación y la música de órgano. Él solía quedarse dormido en cuanto apagaban las luces y empezaba la película. El ruido de un tiro o el súbito chillido de la protagonista amenazada le despertaba asustado, pero volvía a dormirse inmediatamente, y al final se despertaba con la boca seca y salía titubeando a la fuerte luz del sol de la tarde para comer algo antes de empezar a beber en el Lion. Pensando en esto quedóse dormido hasta que John lo despertó cuando llegó la hora de ir a tomar el tren para Stettin.

Casi había oscurecido ya del todo cuando salieron del cine. Se dirigieron rápidamente a la estación, que estaba situada al extremo del pueblo.

—¿De qué trataba la película? —preguntó Peter.

—Pues era un film de esos que llaman «escapistas», una comedia sobre una familia de Berlín que pasa las vacaciones en los Alpes. No había absolutamente nada de guerra. Cuando noté que te habías dormido me entró miedo de que te despertaras de pronto y dijeras algo en inglés.

—Estaba demasiado cansado para eso. Dormí como un leño. Ahora me encuentro mucho mejor.

—A mí no me vendría mal ahora nuestra vieja litera —dijo John—. Anoche no dormí mucho. Además, estoy deseando quitarme la ropa. Me siento pegajoso. No sé lo que daría por un baño y una noche de sueño tranquilo.

Era una estación pequeña y John se sintió en evidencia al pedir los billetes. Stettin era un puerto del Báltico o sea un punto de destino muy peligroso para un extranjero que dijera dirigirse allí. El empleado le pidió los documentos. John sacó su *Ausweis* y esperó nervioso.

—¿Su permiso para viajar?

John entregó el *Polizeiliche Erlaubnis* y el *Bescheinigung* de la casa en donde figuraba trabajar. Procuró pensar que estaba sacando un billete en Inglaterra.

El empleado cogió los documentos y les lanzó una mirada indiferente:

—*Gut!*

Devolvió los papeles y le entregó los billetes.

John se alejó de la taquilla. Apenas podía creerlo. ¿Cómo era posible que hubiera sido tan fácil? Se reunió con Peter y subieron los escalones que conducían al andén.

El tren estaba lleno y otra vez hubieron de quedarse en el pasillo. Allí no había luces y estaba tan atestado que ningún revisor podría haberlo recorrido.

Era un martirio estar allí, rodeado de alemanes, sin hacer nada y asustados todo el tiempo con el temor de ser descubiertos. En los trenes, como no podían moverse ni hablar, pensaban febrilmente.

Una hora más tarde se detuvieron en una gran estación. La mayoría de los viajeros dejaron allí el tren y muchos de ellos fueron al restaurante, donde Peter los vio tomando sopa. Ellos dos tenían hambre y sed, pero se quedaron en la oscuridad del vagón; no se atrevían a exponerse bajo las luces del restaurante.

Cuando el tren partió de nuevo, llevaba menos gente. Pudieron sentarse sobre sus maletines en el pasillo; y no pasó mucho tiempo sin que se durmieran. Los despertó un griterío: los típicos gritos jactanciosos del alemán a quien han dado autoridad. Era el revisor y le acompañaban dos *Bahn-hofs Polizei*, la policía de ferrocarriles. John preparó los billetes y contempló a los tres hombres que recorrían el pasillo. En la mayoría de los casos el revisor se limitaba a decir «*Weiter!*» al entregar los billetes a los viajeros; pero de cuando en cuando pedía también la documentación para que la examinase la Policía.

«Ahora nos toca a nosotros», pensó Peter. Miró a John, sentado junto a él, pálido y silencioso. Al otro lado de Peter estaba sentada una vieja. Al acercarse los tres hombres, la mujer dio evidentes señales de pánico. Cuando el revisor se dirigió a ella, la pobre anciana casi lloraba de miedo.

—*Ausweis, bitte!* —gritó el revisor.

La anciana rebuscó en su bolso. El revisor esperaba. Por fin la mujer sacó un papel arrugado y sucio. El revisor se lo devolvió irritado y gritó de nuevo. Ella no decía nada, pero se obstinaba en presentar el papelucho.

—*Polizeiliche!* —chilló el revisor—. *Polizeiliche!*

La vieja no contestó. Uno de los policías la sacudió brutalmente por el brazo. El revisor estaba rojo de ira y gritaba desaforadamente:

—*Polizeiliche!*

La vieja no despegaba los labios y seguía sentada sobre su maleta. El revisor dijo algo a uno de los policías, el cual cogió a la mujer por un brazo, la levantó y la llevó a empujones por el pasillo adelante. Peter la oyó murmurar unas protestas entre sollozos mientras la llevaban a golpes al vagón de la guardia al final del tren.

El revisor se volvió hacia John, que le entregó los billetes y esperó con aprensión a que le pidieran los papeles. El revisor miró los billetes y se los devolvió sin decir nada.

Cuando se marcharon, Peter, sentado en el pasillo sobre su maletín, rompió a sudar con un sudor frío. Las rodillas le temblaban y se sentía mal. Habían pasado con suerte la primera inspección en tren. Aquella vieja los había salvado. Para el hombre de la ventanilla los documentos falsificados pudieron servir, pero hasta ahora no los había examinado la Policía. Peter rezó para que esta suerte continuara.

Poco antes de las ocho empezó el tren a disminuir la marcha. Peter, que dormitaba, fue despertado por el cambio de ritmo de las ruedas. Miró su reloj y despertó a John, que dormía en un rincón del pasillo.

—Estamos llegando, John. Si el tren se para antes de llegar a la estación, debemos apearnos. No hay bastantes pasajeros para formar una multitud y pasar inadvertidos. Creo que sería más seguro tirarnos del tren fuera de la estación y meternos en la ciudad.

—No te preocupes. No pasará nada.

—Es posible que nos pidan un pase especial para llegar tan al Norte.

—Se necesita un pase especial para ir a todas partes —le dijo John—. No pasará nada.

—Si el tren sigue disminuyendo la marcha, creo que debemos tirarnos.

—A Peter no le gustaba la confianza que sentía John. En el campo de prisioneros estaba muy bien hablar de dar la cara y de viajar al descubierto, pero ahora le asustaba.

John se puso en pie y se sacudió el polvo de los pantalones:

—Está bien, como quieras. Me ha sentado bien este sueño. ¿Y si buscáramos un sitio para comer?

—Iremos al lavabo y nos haremos un *porridge*.

En el lavabo, situado al final del pasillo, Peter abrió su maletín y sacó una bolsa de tela con avena seca y una pequeña lata. Mezcló la avena con agua del grifo y entregó la lata a John:

—Espero que el agua estará bien —dijo—; debíamos habernos traído. Saldremos adelante. Ya hemos hecho la mitad del viaje.

—Bueno, eso será contando en millas, no por las dificultades.

John se sentía feliz y rebosaba confianza:

—Vamos para allá.

—Si el tren se para, nos apearemos antes de llegar a la estación.

Pero el tren no se detuvo y no tardó mucho en penetrar en la estación de Stettin.

Había en el tren más gente de lo que había creído Peter y la multitud los empujaba hacia la barrera. John se adelantó para ver si pedían los documentos. Volvió la cabeza e hizo un gesto negativo que Peter comprendió.

Los viajeros entregaban los billetes y salían del andén sin enseñar los documentos. Al llegar a la barrera, ambos sintieron una violenta sensación en los músculos del estómago bajo la intensa luz de la lámpara —un momento de pánico— y en seguida se vieron libres para recorrer la ciudad.

CAPÍTULO III

CUANDO salieron de la estación estaba lloviendo. Un viento frío, procedente del Báltico, traía una lluvia fina y pertinaz que les azotaba el rostro mientras permanecían en la plaza de la estación, en la que se veían señales de bombardeo.

—Tenemos que meternos en alguna parte —dijo John, abrochándose el cuello de la gabardina—. Probemos los hoteles. Tenemos que encontrar refugio antes de la media noche. Es muy posible que haya un toque de queda para los extranjeros en esta ciudad.

—Hoy es sábado. —Peter dudaba todavía de la conveniencia de alojarse en un hotel—. Estará todo lleno.

—Tenemos que intentarlo —insistió John—. A no ser que nos quedemos en la sala de espera hasta mañana por la mañana.

—¡Qué disparate! Las salas de espera son los sitios más peligrosos. La Policía las inspecciona cada dos o tres horas. ¿Por qué no salimos al campo?

—Está todo demasiado mojado —respondió John—. Además, hemos de encontrar un sitio donde afeitarnos. Vamos.

Emprendieron la marcha bajo la lluvia.

Peter sentía escalofríos.

—Hace un frío jorobante.

—Anda ligero —dijo John—. Pronto entraremos en calor.

Anduvieron rápidamente calle abajo, pasaron ante los edificios bombardeados, que tenían en la oscuridad un aspecto siniestro. En las calles había montones de escombros y las aceras presentaban hoyos y desigualdades por los sitios bombardeados.

—¡Vaya panorama! —dijo Peter—. Quizá no quede ni un hotel en pie. Podríamos dormir en una de estas casas bombardeadas.

—Sería demasiado peligroso. Podrían creer que buscamos objetos de valor en los escombros. En Alemania fusilan por eso.

Las calles estaban en completa oscuridad y con una extraña quietud.

—Espero que no habrá toque de queda —dijo Peter.

—Lo sabremos en cuanto entremos en el primer hotel. Si hay toque de queda podemos explicar que acabamos de llegar en tren... aunque no sé qué explicación vamos a dar para quedarnos en Stettin en vez de seguir hasta Anklam.

—Puedes decir que, como mañana es domingo, hemos pensado que la fábrica estaría cerrada. Y que creemos que lo mejor será esperar aquí hasta el lunes y llegar a Anklam el lunes por la mañana.

—Dudo mucho de poder expresar todo eso en alemán.

Seguían avanzando contra el viento y la lluvia, mirando a todos los portales por donde pasaban.

—Lo malo es esta infernal oscuridad como precaución antiaérea —dijo John—. Es peor que en Londres.

—¿Qué estará haciendo Phil? —dijo Peter.

—Si no lo han pescado todavía, estará ahora en Danzig; habrá llegado anoche. Ahora estará en un barco o en una celda de la policía.

—No iba preparado para dormir por ahí.

—Es que su plan era «o todo o nada». O se ha embarcado ya o lo han detenido. —Peter se rio entre dientes—. Apuesto a que está sentado en la bodega de algún barco comiéndose sus muestras de margarina y acordándose de nosotros. No creo que tuviera mucha confianza en nuestro plan.

—Por eso no vino con nosotros.

—Y yo me alegro —dijo Peter—. Tres, habríamos sido demasiados. Phil plantea muchas dificultades. Se habría irritado con esta lluvia. Acuérdate de cómo refunfuñaba cuando no podíamos trabajar en el túnel porque llovía.

—La verdad es que hemos debido resultar un poco molestos —dijo John.

Se detuvieron frente a un imponente edificio de piedra con un pórtico clásico y puerta giratoria de caoba.

—Parece un club —dudó Peter—. No dice que sea un hotel.

—Quizá no acostumbren a hacerlo en Alemania. De todos modos, podemos probar.

John entró por la puerta giratoria. Peter le siguió, sintiéndose de pronto indigno y avergonzándose de su aspecto. Las alfombras eran demasiado blandas y había allí un aire excesivo de respetabilidad alemana. Cogió a John por el brazo.

—Vámonos de aquí —murmuró inquieto.

Se dirigió rápidamente hacia la puerta giratoria. John, contagiado por el súbito pánico que vibraba en la voz de Peter, se fue tras él. Pasaron a toda prisa por la puerta giratoria y salieron a la oscuridad de la calle.

—¿Qué diablos ocurre? —preguntó John.

—No sé. No me gusta eso. Probemos en otro sitio.

—¡Por amor de Dios! —dijo John—. ¿Qué tenía de malo ese hotel?

—No sé, no me gustaba. No parecía un sitio apropiado para obreros extranjeros. Vayamos a otra parte.

—¡Por amor de Dios! —repitió John—. No podemos pasarnos la noche en busca de hoteles.

—Bueno, preguntaremos solo en otro. Es que este me ha dado mala espina.

—A ti siempre te está dando mala espina.

Siguieron calle abajo hasta llegar a un edificio más pequeño que el otro con un letrero débilmente iluminado que decía «Hotel».

—Este parece mejor —dijo Peter.

John entró seguido de Peter. El vestíbulo tenía cubierto el suelo de linóleo y olía a desinfectante. En un rincón se hallaba la cabina del conserje de noche. Pero estaba vacía. En la esquina opuesta, unas escaleras también cubiertas de linóleo subían, retorcidamente, al primer piso.

Ambos esperaron en medio del vestíbulo. Había allí un absoluto silencio.

—Subiré —dijo John.

Peter le siguió, pues no quería quedarse solo en el vestíbulo. No le hacía gracia la perspectiva de que alguien le hablase en alemán sin estar con John. En el piso de arriba había un descansillo. A este daban varias puertas. Una

estaba abierta. Había camas en aquel cuarto, varias camas en dos filas colocadas simétricamente como en un cuartel.

—Esto no me gusta —dijo Peter.

Condujo a John rápidamente escaleras abajo y le hizo salir a la calle. Otra vez estaban en la calle y seguía lloviendo. John se irritaba.

—¿Por qué demonios...? —empezó a decir, pero Peter siguió andando.

—Era demasiado barato —dijo—. Parecía una fonda de mala clase.

—Bueno, ¿y qué? Allí hay camas y no nos mojamos.

—En un sitio así es natural que nos interroguen. Es demasiado poca cosa. Probablemente tendrán inspecciones de la policía y sabe Dios cuántas cosas. Es el lugar más indicado para que busquen allí a los desertores. Hemos de encontrar un sitio más caro —y al decir esto temblaba de frío.

—Dijiste que el último sitio era demasiado caro. No podemos permitirnos ser demasiado «escogidos».

—No tenemos más remedio que escoger con mucho tiento. Eso es precisamente lo que debemos hacer. Si un sitio es demasiado barato, será peligroso, porque puede haber inspecciones de la policía, y si es demasiado lujoso, resultará un peligro porque nos pondrá en evidencia. Hay que encontrar un hotel tranquilo, respetable, familiar.

—Entonces lo mejor será que se lo preguntemos a un policía —dijo John, irritado.

—Cosas peores podríamos hacer.

—No seas idiota.

Los dos estaban muy enfadados. Irritados y cansados, asustados y calados hasta los huesos. Se indignaba cada uno consigo mismo por no haber imaginado que la realidad tendría esa cara. Estaban enfadados porque de pronto se encontraban sin plan que seguir y fuera de la rutina que durante tanto tiempo les había servido de norma.

Habían llegado al pie de la cuesta que formaba la calle principal hacia el centro de la ciudad. Habían probado varios hoteles más. Pero todos ellos estaban llenos.

—Es inútil —dijo por fin John—; es la noche del sábado. Salgamos de la ciudad y busquemos algún sitio para dormir.

—Muy bien —dijo Peter con una sensación de alivio—. Encontraremos mañana un hotel —añadió—. Esta noche podemos dormir por ahí en algún sitio seco. Una arcada de ferrocarril o algo por el estilo.

—¿Qué dirección tomaremos?

—Hacia el sur. Si vamos hacia el norte, allí está el mar; y al este y al oeste iríamos también cerca de la costa.

Se sacó del bolsillo su pequeña brújula y la examinó a la luz de su linterna.

—Iremos a la plaza —dijo—. Tomaremos por la carretera que va hacia el sur.

Emprendieron la marcha por una carretera de asfalto que se extendía en línea recta; pasaron por un cementerio que se hallaba a un lado de la carretera y grandes edificios de ladrillo al otro.

—Si las cosas se ponen muy mal, podemos dormir en el cementerio —dijo John.

—Estará cerrado. Siempre cierran los cementerios por la noche.

—Podemos saltar la tapia.

—No merece la pena. Podrían vernos saltar. No vale la pena arriesgarse. De todos modos, no creo que estuviéramos muy cómodos ahí dentro.

—No; pero estaríamos tranquilos.

Dejaron atrás el cementerio y los grandes edificios, hasta llegar a una zona de pequeñas casas suburbanas.

—Esto parece que va a seguir así durante muchas millas —dijo John.

—Me gustaría saber si hay toque de queda.

—Si lo hay, no creo que sea antes de medianoche. ¿Qué hora es?

Peter miró su reloj:

—Las once y media.

—Bien; entonces tenemos media hora antes de medianoche. Seguiremos y veremos lo que pasa.

Y durante todo este tiempo recorrían la recta carretera de asfalto empapados de lluvia, que se les metía por los cuellos y les pegaba a las piernas los pantalones por abajo; una lluvia tamborileante e implacable.

Después de andar un buen rato vio Peter que se les acercaba un policía. Un tipo alto de botas altas y con un sable. Estaba al otro lado de la carretera, pero cuando los vio empezó a cruzar.

—Hablaré francés —dijo John—. Tú me escuchas como si comprendieras, pero obsérvalo por el rabillo del ojo cuando hayamos pasado.

—Echemos a correr.

—No. Míralo. Puede salir todo bien. —Empezó a hablar rápidamente en francés.

Siguieron caminando como antes. El policía cruzó la carretera para cortarles el paso. «Va a pararnos —pensó Peter—; ¿qué le vamos a decir? ¿Qué disculpa le vamos a dar por andar en las afueras a estas horas de la noche?».

—Dile que vamos a visitar a unos amigos —le dijo a John en voz muy baja. Pero este siguió hablando en francés.

Estaban a la altura del policía y Peter lo miró. El alemán se detuvo como si fuera a interpelarlos. Y John aumentó su torrente de animado francés. Movía mucho las manos y se encogía de hombros. «¡Qué bien lo hace! —pensó Peter—. ¡Vaya un hombre! Este John es el diablo». Habían dejado atrás al policía y este no los había detenido. Pero él sí se detuvo. Peter no oía ya sus pasos y comprendió que estaba allí observándolos y preguntándose si debía seguirlos.

—Entra por aquí —le dijo a John.

Era un callejón lateral. Al doblar su esquina quedaron fuera de la vista del policía. Peter aligeró el paso.

—Creo que nos sigue —dijo—. Me parece que sospecha de nosotros.

Llegaron al final de la calle. Era un callejón sin salida.

—Ahora sí que la hemos hecho —dijo John.

—¡Por el jardín, rápido!

Peter miró por encima del hombro. El policía los estaba mirando desde la carretera.

—Haremos como si entráramos en la casa. —Peter entró en uno de los jardines desde donde quedaba oculto al policía.

—Viene por la carretera —dijo John.

Peter intentó abrir la puerta de la verja que cerraba el jardín. Estaba cerrada.

—¡Ayúdame!

John se inclinó y entrelazó fuertemente las manos. Peter puso un pie en aquel estribo y se agarró a lo alto de la verja. Una vez arriba tendió una mano a John. Por fin se hallaban los dos, temblando, al otro lado de la verja.

—No podemos volver —dijo John.

—Tenemos que saltar esa valla para caer en la calle de al lado.

—Muy bien, pero ten cuidado con los perros.

Era una valla situada al final del jardín. Consiguieron saltarla y se encontraron hundidos hasta el tobillo en un montón de tierra recién removida, donde había unas huertas improvisadas.

—Por aquí debe haber un sendero que nos permita bordear las casas por detrás.

Hallaron, efectivamente, un sendero y lo siguieron a lo largo de la valla.

Había gran oscuridad; no se oía nada y el terreno estaba resbaladizo. Parecía no haber salida por allí.

—Debíamos dormir aquí —dijo Peter.

—¡Cómo!, ¿entre las lechugas de esa huerta?

—No; en uno de esos refugios antiaéreos. —Peter se había detenido detrás de uno de los jardines y señalaba una franja cubierta cerca de la valla—. Podemos meternos ahí y dormir.

—Por lo menos estará seco —dijo John—. Yo estoy hecho una sopa.

Saltaron de nuevo la valla y entraron a gatas en el refugio antiaéreo.

Era como una profunda trinchera en forma de W y de unos cuatro pies de profundidad. Estaba construida de tal manera que era imposible ponerse de pie y muy difícil acostarse. La lluvia se había introducido por la cubierta y formaba una extensa capa de fango en el fondo de la zanja.

—El resultado típico de los esfuerzos de los *goons* —dijo John.

—Muy incómodo, pero espero que aquí estaremos seguros.

—No quiero solo seguridad. Quiero dormir. A ver si encontramos otro más confortable.

Recorrieron varios refugios y por fin encontraron uno de madera con tierra amontonada a los lados y la techumbre cubierta con musgo. Dentro

había un montón de paja. Como refugio antiaéreo, resultaba completamente inútil. Pero como sitio oculto para pasar la noche era exactamente lo que andaban buscando. Se quitaron las gabardinas, las botas y los calcetines.

—¡Dios mío! ¡Cómo se me apetece beber algo! —dijo Peter.

—Pon fuera esa lata vacía y recoge agua de lluvia.

—Así lo haré. La dejaré ahora y así, por la mañana, podremos beber.

—Sacó la lata—. ¿Qué tal nos vendría ahora un poco de *porridge*?

—Nos llevaría demasiado tiempo recoger ahora el agua para hacerlo. Tengo un poco de «alimento perruno». Lo que más necesito es dormir.

Peter sacó el alimento concentrado y cortó dos pedazos de unas dos pulgadas cuadradas. Los cortó a la luz de la linterna que sostenía John. Hacía buena temperatura en el refugio.

—Aquí podríamos vivir varios días —dijo Peter.

—Necesitamos una base de operaciones en la ciudad —replicó John—. Este sitio está demasiado lejos. Tenemos que encontrar donde poder lavarnos y afeitarnos; si no, empezaremos a parecer vagabundos. Es muy importante mantener la respetabilidad. Mi chaqueta está empapada. ¿No te vas a quitar la tuya?

—Me la dejaré puesta; así se secará antes. Nos echaremos la paja encima y nos secaremos pronto.

—Espero que nos despertemos antes de amanecer. No olvides que hemos de salir de aquí.

—Para entonces ya se habrá retirado el policía —dijo Peter—. Nos despertaremos a tiempo. Dentro de tres horas es seguro que nos despertaremos temblando.

—¡Yo no! —dijo John—. Me estoy durmiendo.

Se enterró en la paja y Peter le echó aún más encima. En seguida se durmieron los dos.

CAPÍTULO IV

CUANDO Peter se despertó no había amanecido aún. En el momento mismo de despertar creyó que estaba en su litera del campo de prisioneros y sacó una mano para arreglar la camisa arrollada que solía servirle de almohada. Cuando sintió la paja se despertó del todo y recordó dónde se hallaba. Buscó la linterna en el bolsillo de la chaqueta y, ocultando la luz bajo la chaqueta, miró la hora. Eran las cinco y cuarenta y cinco. Iluminó el rostro de John con el rayo de luz. Dormía como un niño, con una mano bajo la cabeza y el cabello caído sobre la cara.

Peter se levantó silenciosamente y abrió la puerta del refugio antiaéreo. Había dejado de llover y hacía mucho viento. Miró al cielo. Clareaba ligeramente hacia oriente y por el horizonte se perseguían jirones de nubes. Unas cuantas estrellas brillaban en el cielo y el aire tenía un olor saludable.

«Bien, este es nuestro segundo amanecer en libertad», pensó. Miró cautamente en torno suyo. Por detrás de las casas y luego a las puertas de allí alrededor. No había luces encendidas en ninguna parte. A lo lejos se podía oír, muy débilmente, el resoplar de una locomotora; y de pronto, sonó allí cerca el quiquiriquí de un gallo. Era la mañana del domingo. «Quizá la gente se levantará más tarde —pensó Peter—. De todos modos, sería mejor marcharse de aquí. Tenemos que encontrar algún sitio donde afeitarnos. Y también algún sitio donde nos den de comer».

Se inclinó para recoger la lata que había dejado fuera. Estaba medio llena de agua. Volvió al refugio y mezcló un poco de avena seca con el agua de la lata. Sacudió suavemente a John por el brazo.

—*On appel, mein Herr* —dijo—. *On appel, bitte, mein Herr!*

John gruñó y se volvió del otro lado.

—Hala, John, ¡despiértate!

John abrió los ojos.

—Anda, John, que es hora de salir zumbando. He preparado un poco de *porridge*.

John volvió a rezongar. Se pasó los dedos por el cabello y farfulló:

—Diablos, tengo una boca que parece un estercolero.

—Hace una mañana estupenda. Comeremos un poco de *porridge* y saldremos de aquí antes de que nos vean.

—Dios mío, ¡estoy más tieso que un palo! —dijo John—. Apenas me puedo mover. Creo que he cogido reuma.

—Déjate de tonterías. Lo que pasa es que has dormido como un plomo. Aquí tienes el desayuno. Déjame la mitad.

John empezó a comer despacio.

—Tengo bastante hambre, pero esto cuesta trabajo tragarlo.

—Te encontrarás muy bien en cuanto te lo metas en el estómago —le aseguró Peter.

John se comió la mitad del *porridge* y le entregó la lata a Peter.

—¿No tenemos más que esto?

—También tengo unas galletas, pero he creído mejor ahorrarlas hasta que hayamos bebido algo.

John se puso el cuello y la corbata y luego los calcetines y los zapatos. Se puso en pie y dio unos pasos, tambaleándose, hacia la puerta. Peter reunió sus cosas y salió tras él al jardín.

—¿Volveremos por el mismo camino? —le preguntó John.

—Eso estaba pensando. Debe de haber otra salida que no sea la del jardín. No conviene que nos vean saltar la verja. Creo que debemos seguir por detrás de las casas.

Emprendieron la marcha por la vereda que bordeaba la valla por detrás de los jardines hasta que llegaron a un pasadizo entre dos de las casas. Entraron por allí y salieron a la carretera.

—Si no encontramos alojamiento volveremos aquí esta noche —dijo Peter.

—No necesitaremos ningún alojamiento —replicó John—. Estaremos ya embarcados. Este va a ser nuestro día más afortunado.

El sol había salido ya cuando entraron en la ciudad. Las calles estaban limpias y relucientes en el aire fresco de la mañana. Algunos obreros que

entraban al trabajo a primera hora se apresuraban en diversas direcciones y los primeros tranvías subían ruidosamente las empinadas cuestas de la ciudad.

—¿A dónde iremos desde aquí? —preguntó John.

—Vayamos a los muelles y veamos qué barcos hay.

Bajaron por la empinada y empedrada calle hasta que llegaron a los muelles. Soplabla la brisa marina y el aire estaba impregnado de mar. Había algunos barcos en el puerto. Parte de ellos llevaban su capa de pintura gris característica de las épocas de guerra; otros estaban pintados de negro, rojo y blanco, dando una impresión de audacia y de alegría a la luz del sol. Al acercarse Peter y John pudieron ver que en la mayoría de ellos arbolaba la bandera alemana.

Recorrieron rápidamente los muelles, no deteniéndose en ninguna parte para evitar sospechas, pero no vieron ningún barco neutral. Casi todos los vapores de gran tonelaje se hallaban anclados lejos de los diques. Los barcos más pequeños estaban atracados en los diques, pero se trataba evidentemente de barcos de pesca que a ellos no les servían.

—No es esto lo que yo esperaba —dijo Peter—. Mi idea era que los encontraríamos atracados en los muelles. —Se daba cuenta de que no se había imaginado el desarrollo de la fuga más allá del ferrocarril. Para él, el muelle había sido el objetivo de su huida. Llegar a los muelles equivalía para Peter a llegar a casa. Ahora que estaban allí empezaban precisamente las dificultades. A partir de ese momento tendrían que hacer planes continuamente y a medida que se presentaran las nuevas circunstancias.

—Pero, hombre, esos barcos tendrán que cargar y descargar alguna vez —le dijo John.

—Quizá lo mejor sería quedarse por aquí a ver lo que pasa.

—Lo mejor es no permanecer mucho tiempo en el puerto. Precisamente aquí es donde nos buscarían. Vamos a dar una vuelta por la ciudad y a tomarle el pulso. Preguntaremos en algunos hoteles más y a lo mejor logramos una habitación para pasar un par de noches. Lo que necesitamos es una base de operaciones. Luego podemos preparar nuestros planes con tranquilidad.

Regresaron a la ciudad y esta vez pasaron por el centro comercial, pero las tiendas estaban cerradas porque era domingo. En las calles había mucha gente. Les producía a ambos una extraña sensación poder andar libremente por calles muy transitadas. Mirar los escaparates y ver pasar los coches, los autobuses con sus gasógenos atados al portaequipajes o remolcados en dos ruedecitas... Era extraño hallarse entre gente que tenía una finalidad en su vida, que tenían algún sitio concreto a donde dirigirse, gentes que no se limitaban a dejar transcurrir el tiempo hasta que pasaran lista otra vez o llegara la hora de la sopa.

Tres horas más tarde fueron a parar otra vez a los muelles. Durante todo aquel tiempo habían estado buscando un sitio donde alojarse. Por todas partes les habían dicho que el hotel estaba lleno.

—Hemos llegado a un punto muerto —dijo John—. Casi me parecería lo mejor meternos en uno de esos barcos de pesca y confiarnos a la suerte.

—No debemos tener demasiada prisa —repuso Peter—. Nos ha costado cuatro meses y medio llegar hasta aquí. No vamos a tirarlo todo por la borda en unos cuantos minutos y hacernos detener y devolver al campo después de unas vacaciones de dos días. Todo esto es nuevo para nosotros y merece la pena reflexionar un poco. Tenemos que trazarnos un plan de campaña. Estamos en Stettin y queremos llegar a Suecia. Contamos con un poco de dinero alemán, buenos documentos —ya los hemos probado— y unos trajes de paisano bastante presentables. Hablamos un poco de alemán y tenemos algo que comer.

—Sí —dijo John—. Y no tenemos dónde dormir esta noche y lo más probable es que exista un toque de queda para los obreros extranjeros. Es preciso que nos embarquemos donde sea en cuanto oscurezca. Parece que casi todos los barcos atracados son alemanes. Y, aunque fueran suecos, no sé cómo nos meteríamos en ellos.

—El único procedimiento es conocer en tierra a algunos marineros —dijo Peter—. Es necesario que nos pongamos en contacto con alguna tripulación sueca en tierra y concertemos con ellos nuestro embarque.

Al decirlo, le parecía sencillo. Simplemente cuestión de cruzar unas cuantas palabras y quizá dar un poco de dinero.

Pero John estaba reacio. No quería extender la cosa más de lo imprescindible. Hablar con desconocidos era ampliar excesivamente el riesgo.

—Francamente, no me hace mucha gracia ese plan —opinó por fin.

—Tú mismo dijiste que no podemos seguir vagando por aquí. Hasta ahora nos ha salido todo tal como lo habíamos planeado.

—Bueno, ya veremos lo que podemos hacer. Pero si no hemos tenido suerte antes de oscurecer, debemos preparar un sitio en donde pasar la noche antes de que sea tarde. Es preciso que no nos cojan en plena calle después del toque de queda.

—No te preocupes, hombre. Todo saldrá bien.

Peter había estado vacilando y echándose atrás porque no tenía ningún plan, pero ahora lo veía con toda claridad: entrar en relación con algunos marineros y llegar a un acuerdo con ellos para que les permitieran embarcar y les facilitaran los medios para hacerlo sin peligro. No había que precipitarse imprudentemente, sino dirigirse con pasos lentos y seguros hacia el objetivo calculado.

Anduvieron por los muelles, pero fijándose en los hombres y no, como antes, en los barcos. Había trabajadores polacos con la gran P amarilla en un brazalete, ucranianos y lituanos con OST pintado sobre la ropa y muchos franceses que vestían una absurda mezcla de prendas militares. Además de estos —todos los cuales eran prisioneros que trabajaban bajo guardia armada— había los marineros de todas las naciones ocupadas, algunos de ellos con trajes de paisano y otros con los uniformes de sus respectivas compañías navieras. Recorriendo uno de los muelles llegaron donde se hallaba un grupo de hombres de aire cansado y derrotado, con los pies envueltos en andrajos y los destrozados restos de un uniforme verde colgándoles de las espaldas. Por su andrajosa apariencia y sus extraños cascos conoció Peter que eran rusos. Estos hombres apenas si parecían vivos y estaban demasiado débiles incluso para levantar las palas con que figuraban estar trabajando. Se movían lentamente, sin sonreír, condenados a la esclavitud hasta que la guerra hubiera terminado.

Mientras se movían de un modo natural y no daban demasiado la impresión de no tener nada que hacer, sentíanse seguros. Se encontraban

entre una multitud políglota y andaban lentamente entre aquellos hombres, procurando aprender lo más posible de la vida del puerto.

—Si nos vuelven a pescar —dijo John—, procuraremos pasar por franceses. Si nos hacen trabajar como a estos franceses, estaremos mejor que en un campo de prisioneros ingleses. Piensa un poco, Peter, en las posibilidades que tienen estos muchachos para escaparse.

—Vamos a entablar conversación con alguno de ellos.

—Ya te he dicho antes que no me gusta la idea de hablarles. Conocerán en seguida por el acento que no soy uno de ellos y eso es peligroso.

—No iremos a ninguna parte, John, si no arriesgamos algo. Elige a uno de los que no están vigilados y pregúntale.

—¿Qué le he de preguntar?

—Sencillamente, le hablas en francés y le preguntas si puede indicarte un sitio donde pasar la noche.

—Imagínate que empiece a gritar.

—No gritará. Entraremos por una de esas calles oscuras que dan al puerto, pararemos allí a alguno y le hablaremos.

—Muy bien —dijo John—. Pero repito que no soy partidario de eso.

—A mí tampoco me hace mucha gracia, pero no tenemos más remedio que arriesgarnos alguna vez.

—Perfectamente, lo intentaré. Tú te quedas detrás de mí mientras hablo y, si grita, le das un buen golpe detrás de la oreja.

—De acuerdo; le asestaré un buen golpe. Le daré con la lata del alimento concentrado.

Entraron por una de las tranquilas callejuelas que conducían al puerto y se dirigieron a algunos de los más evidentes franceses que pasaban. En cada caso el individuo los miraba nervioso y aligeraba el paso sin responderles.

—¿Qué diablos les ocurre? —preguntó Peter.

—Saben que no soy francés. Me figuro que me creen alemán, una especie de agente provocador. Esto me da mala espina. Y ni siquiera sé exactamente qué son esos tipos. Desde luego, son franceses, pero no parecen prisioneros de guerra.

—Probemos con este. —Peter indicó un hombre bajo, de tez morena, que aparentaba unos treinta años de edad y que se dirigía lentamente hacia

ellos. Llevaba una boina como Peter y John, una chaqueta de cuero y un pañuelo de brillantes colores al cuello.

—Este va a ser el último —anunció John—. Tengo miedo de que alguno de los otros vuelva acompañado de la Gestapo.

Habló con el francés. Peter se detuvo a unos pasos dispuesto a acudir en su ayuda si era necesario. Entre John y el francés hubo un rápido intercambio de frases. El francés señalaba al fondo de la calle. Parecía estar dando detalladas indicaciones de un modo muy enfático y con muchos gestos extravagantes. Por último, estrechó calurosamente la mano de John. Este le dijo algo y entonces el francés miró a Peter, sonrió y dijo en voz alta:

—*Salut!*

Peter devolvió el saludo con un gesto forzado, preguntándose de qué se trataría. El francés volvió a estrechar la mano de John con gran cordialidad; le dio unas palmadas en la espalda, saludó otra vez a Peter con la mano y prosiguió después su camino hacia los muelles.

—¿Qué decía? —preguntó Peter.

—Creo que ha adivinado lo que somos. No se lo dije, pero creo que se lo figura. Me dio una dirección: el Hotel Schobel. Me advirtió que no debemos permanecer allí más de dos días porque, pasado ese tiempo, los del hotel tienen que mandar los documentos de los huéspedes a la policía.

—¿Dónde está?

—Por la parte de allá del puerto. No es un sitio muy bueno, pero dice ese hombre que suelen tener habitaciones libres.

—Bueno —dijo Peter—, vamos allá.

Encontraron el Hotel Schobel en una calle que conducía a uno de los muelles. Era un edificio grande, viejo y destartado. El vestíbulo de entrada tenía un suelo de mosaicos y un chillón despliegue de madera labrada y de bronce sucio.

Los recibió el dueño, un rechoncho alemán con una cabeza pelada al rape en forma de bala. Llevaba medios lentes, fumaba una gran pipa curvada; era un alemán de la última generación. John empezó a decir en su alemán cuidadosamente ensayado:

—*Haben Sie ein Doppel-Zimmer...?*

Sí; por lo visto, el dueño disponía de una habitación doble. Sacó unos cuantos impresos azules de un cajón de su mesa-despacho y se los entregó a John.

Peter se acercó para ver lo que John escribía. Se sorprendió que los impresos estuvieran en alemán, francés e inglés. Llenaron dos hojas, cuidando de que las letras tuvieran el estilo continental que habían practicado en el campo y no el inglés. «*Marcel Levasseur* —escribió Peter—, *nacido en Lille, 17 julio 1914. Empleado en Metalhuttenwerk Dr. Offman & Co, Breslau. Normalmente reside en Lille*».

John escribió: «*Marcel Condé, nacido París, 2 octubre 1921, empleado en Metalhuttenwerk, Breslau. Normalmente reside en París*». Todo ello, claro está, en francés.

Enseñaron su *Ausweis* para probar esto y les pidieron el permiso de la Policía para permanecer en la ciudad. John enseñó el permiso para viajar hasta Anklam y explicó que deseaban quedarse en Stettin durante dos noches para llegar a Anklam el martes por la mañana. El propietario les pidió el dinero por adelantado. Una vez cumplidos estos requisitos pudieron subir a la habitación.

Era una amplia estancia con las paredes cubiertas de papel pintado de flores. En la pared, frente a la puerta, había un armario y un grotesco tocador llenaba el espacio de la única ventana. Había una doble cama y una estufa de mosaicos. En un rincón, de un modo incongruente, aparecía un lavabo blanco con grifos cromados para agua caliente y fría.

—Bueno, ya estamos aquí —dijo John—. Lo primero que voy a hacer es lavarme.

Se quitó la ropa y se situó junto al lavabo. Desde las muñecas hasta los tobillos tenía el cuerpo negro por lo que le habían desteñido las ropas que usó en el túnel. Abrió el grifo de agua caliente.

—Esto es un engaño —dijo.

—¿A qué te refieres? —Peter estaba abriendo el maletín.

—Este lavabo. No hay agua caliente.

—No olvides que estamos en guerra. No creo que tengan carbón.

—¡Qué se le va a hacer! Nos arreglaremos con el agua fría.

Sacó de su maletín un jabón de la Cruz Roja y empezó a lavarse. Peter, tendido en la cama, lo contemplaba.

—¿Qué te parece? Tienen los impresos en francés e inglés —dijo Peter.

—Es que los tendrían de antes de la guerra, supongo, y todavía les dura.

—No me extraña que los alemanes tengan un complejo de inferioridad. No se concibe que en los hoteles ingleses imprimieran las hojas de registro en alemán.

—Es que no hace falta. El inglés es un idioma internacional.

—Nosotros tenemos los menús en francés.

—Bueno, pero es para darnos tono y no para ayudar a los extranjeros. Lo hacemos para darle más realce a la comida.

—¡Qué bien me vendría ahora un buen trozo de *chateaubriand*! —dijo Peter. Yacía de espaldas en la cama, como solía hacerlo en el campo de prisioneros y se imaginaba una comida ideal: un *chateaubriand steak garni*, con espinacas y mostaza francesa, seguido de unos higos en almíbar.

—¡Cállate, por Dios! —dijo John—. Vamos a hacer un poco de *porridge*.

—O, por ejemplo, un lenguado de Dover nadando en mantequilla...

—¡Cállate! —John, de pie, se frotaba furiosamente las piernas con la toalla. Parecía más joven, esbelto y juvenil contra el fondo de papel pintado. De pronto, Peter se convenció de que John había llegado al límite de resistencia. Sus intentos de entablar conversación con los franceses le habían agotado sus últimas reservas nerviosas. Peter se llamó a sí mismo egoísta y estúpido. Había estado impulsando a John para que hiciera más de lo que podía—. Ya no se me apetece el *porridge* —le dijo—. Después de lavarnos iremos a tomar un par de cañas de cerveza y un *Stammgericht*.

—Estupendo... pero no hables más de comida. Tengo la sensación de no haber comido desde hace varios años.

—Apenas has comido en cuarenta y ocho horas. Yo comí momentos antes de entrar en el túnel. Aquí tengo un poco de chocolate. ¿Lo quieres?

—Sí, por favor —dijo John, y se lo comió allí mismo, de pie sobre su toalla, junto al lavabo.

Mientras John acababa de lavarse abrió Peter el forro de su gabardina y sacó del sobaco una bolsita impermeable. La abrió y sacó de ella un mapa

que extendió sobre la cama. Además del mapa, contenía la bolsita una tarjeta de identidad de marinero sueco y algún dinero alemán.

—Lo que necesitamos es el Freihaven —dijo estudiando el mapa—. Si cruzamos el segundo puente a partir de la estación llegaremos allí directamente. Es el puerto libre y allí estarán los barcos suecos... si es que los hay. El muelle donde estuvimos esta mañana no nos sirve. Si no logramos nada en el Freihaven, iremos a Reiherwerder, el puerto donde cargan el carbón y veremos si allí hay alguna posibilidad de huir en una barcaza carbonera.

—¿Está el burdel señalado en el mapa?

—Sí; es el número 17 de la Kleine Oder Strasse. Pero no iremos allí a no ser como último recurso. Recuerda lo que dijo Stafford. Es demasiado peligroso. Me molestaría muchísimo que me cogieran con los pantalones bajados.

El puerto libre estaba protegido por una densa alambrada con tres filas de alambre espinoso. Había focos de arco voltaico sobre la alambrada y guardias armados en las entradas. Aquello tenía el aspecto de un campo de prisioneros.

Anduvieron despacio por fuera de los muelles. Dentro de la alambrada había construcciones de madera, pero entre ellas Peter y John podían divisar los cascos y las chimeneas de los barcos. De pronto, John cogió a Peter por el brazo.

—Mira, un barco sueco. —Peter podía ver el casco negro de un barco que llevaba pintadas la Cruz Amarilla y la palabra *Sverige* en el costado.

—Subiremos a bordo esta noche —dijo John—. Volveremos cuando haya oscurecido y nos introduciremos en el barco.

—Tiene que haber un vigilante a bordo —dijo Peter.

—Será uno de la tripulación. Los alemanes no pondrían un guardia suyo, porque ya el puerto libre tiene guardadas las entradas.

—No me convence ese plan —dijo Peter—. Preferiría que entrásemos en contacto en tierra con algún marinero. Entrar en un sitio como este equivale a jugarnos la cabeza.

—No estaríamos aquí si no nos la hubiéramos jugado ya. Además, no sabemos ni una palabra de sueco, y si vamos a hablar con alguno de la tripulación será mucho más seguro hacerlo en el barco que en los alrededores del puerto, rodeados por los *goons*. Además, ese barco podría zarpar mañana mismo antes de que nos hubiera salido bien alguna gestión.

Peter se dejó convencer. No le hacía mucha gracia, a pesar de todo, la idea de forzar la entrada en el recinto portuario; pero, como dijo John, tenían que arriesgarse algo. Evitando todos los riesgos innecesarios, podían seguir en libertad, pero no irían a ninguna parte.

Inspeccionaron cuidadosamente la alambrada y escogieron un lugar donde los raíles de un pequeño tren de carga pasaban junto a la alambrada. Era a media distancia entre las dos lámparas de arco voltaico y, subiéndose al camión parado junto a aquel sitio, podían escalar el obstáculo.

—Tenemos que encontrar una salida por si necesitamos volver —dijo Peter.

Eligieron un cobertizo cerca de la alambrada. Caía directamente bajo la luz de los arcos voltaicos, pero era el único modo de salir de los muelles.

Pasaron la tarde en el cine. La película era una historia de la antigua Alemania. Se titulaba *Paracelsus*, y a Peter, cuyo desconocimiento del alemán le imposibilitaba para comprenderla, no le divertía. Se pasó aquellas horas lleno de temores. Temía el peligro de introducirse clandestinamente en los vigilados muelles, pero no dejaba de reconocer que John tenía razón y que, a menos de que se arriesgaran algo, nunca se escaparían de Alemania.

Salieron del cine y marcharon directamente hacia el puerto. Había un centinela montando la guardia junto a los raíles del ferrocarril a lo largo de la alambrada. Peter y John se detuvieron donde la vía formaba un recodo y aparentaron estar conversando tranquilamente. Mientras, no perdían de vista al centinela. Este, con el rifle colgado en el hombro izquierdo, recorría aquel trozo con paso firme.

—La próxima vez que nos vuelva la espalda nos deslizaremos detrás del camión —dijo John— y esperaremos a que dé otra vuelta para caer del lado de allá.

—Primero debemos echar un vistazo al sitio donde vamos a saltar —dijo Peter—. Si hay allí otro centinela tendremos que variar de idea porque es posible que tengamos que salir corriendo.

Continuaron a lo largo de la alambrada hasta el cobertizo, pero no había por allí más soldados alemanes.

—Muy bien —dijo John—. Este vigila los raíles, pero no el recinto.

Peter comprendió que ya estaba todo decidido, pero nada dijo.

Saltaron cuidadosamente el obstáculo uno tras otro, quitando los pies despacio del alambre para que no vibrara. La alambrada era poco sólida y, cuando subió uno de ellos, se balanceó tanto que el que estaba en el suelo tuvo que sujetarla para que el otro no cayera. El ruido de la escalada corrió a lo largo de los alambres y ambos temieron que el centinela lo hubiera oído.

Peter había estado temiendo este momento toda la tarde. Pero, una vez que se vio del otro lado de la valla y dirigiéndose en la oscuridad hacia el dique en donde habían visto el barco sueco, tuvo una sensación que casi nunca había experimentado: una sensación de soledad, una consciencia de sí mismo como criatura vulnerable, un sentimiento de que estaba siendo cazado. No se trataba solo del peligro. Esta impresión de ahora no la había tenido cuando, como miembro de la tripulación de un bombardero, fue perseguido por cazas nocturnos. Ahora era más bien una sensación puramente animal. La causaba seguramente la proximidad de la tierra. Y, al arrastrarse en la oscuridad hacia la gran silueta de los barcos en los muelles, sintió un escalofrío de placer por el terrible juego en que estaba tomando parte y una percepción más viva del aire puro procedente del mar.

Cuando llegaron al borde del muelle vieron que el barco sueco había zarpado ya. Al principio creyeron que se habían equivocado de muelle y miraron en varias direcciones tratando de encontrarlo. Pero, fijándose en un gran buque alemán que habían visto anclado cerca del barco sueco, comprendieron que se hallaban en el muelle exacto. La cosa era segura: el barco había zarpado.

Había una densa oscuridad y tuvieron que emplear su linterna para leer los nombres de los barcos atracados en los muelles. Ya habían explorado dos de estos y estaban a punto de empezar a recorrer otro cuando vieron que un foco de luz parecía buscarlos a través del espacio abierto al final del muelle.

Peter fue el primero en verlo.

—¡Mira, nos han descubierto! —Y corrió hacia el extremo del muelle que se internaba en el mar.

Se oyeron gritos y un silbato. Frente a ellos surgieron otros haces de luz procedentes del extremo adonde ellos se dirigían. Peter cogió del brazo a John y torció rápidamente a la derecha entre dos cobertizos, consiguiendo salir por el otro lado y esconderse entre unos toneles. Peter, jadeante, deseaba no haber entrado nunca en el recinto vigilado. John, que también jadeaba, se tumbó a su lado. Entonces oyeron ladridos de perros.

—¡Dios mío! ¡Ahora sí que nos cogen!

John le apretó un brazo y señaló con la cabeza hacia la izquierda. Un soldado alemán con una potente linterna pasaba cerca de ellos en dirección al extremo del muelle.

—Esa es la luz que vimos al principio.

—Vamos a cortar por la izquierda... por donde hemos venido.

Salieron de entre los toneles y se acurrucaron al lado del cobertizo situado en la zona central del puerto libre. De pronto, oyeron una voz gutural que gritaba «*Halt!*» detrás de ellos. Se lanzaron en velocísima carrera, esperando todo el tiempo escuchar unos disparos y sentir el impacto de las balas en sus espaldas. Hubo todavía más gritos y los perros volvieron a ladrar.

Peter y John seguían corriendo muy juntos en dirección al espacio abierto para hallarse fuera de los muelles propiamente dichos, donde tenían menos facilidad de movimientos. Llegaron a una esquina del cobertizo que habían elegido y cruzaron algunos raíles.

El jadeo de Peter se acentuaba. Sentía un agudo dolor en el costado y, al respirar, le parecía estar tragando agua fría.

John corría delante de él. Torció rápidamente a la izquierda por el oscuro camino que formaban dos de los almacenes. Llegaron a un andén de

cemento levantado para los trenes de carga a unas dieciocho pulgadas sobre el nivel del suelo. John se metió por debajo y Peter lo siguió. Los dos quedaron tendidos en la tierra seca bajo el cemento y jadeando de tal manera que les parecía que les iba a estallar el pecho. Allí siguieron, destrozados, respirando el aire frío y punzante que les hería los pulmones.

Durante algún tiempo escucharon el sonido de los soldados alemanes que registraban aquella zona. Varias veces oyeron violentas voces al final del camino donde se hallaba el andén. Pero sus perseguidores no llegaron hasta allí y el sonido de las voces se fue haciendo más débil hasta desaparecer por fin.

Permanecieron durante hora y media sin moverse de aquel sitio. Finalmente se decidieron a salir de su escondite y escucharon con gran atención. Tenían un frío intensísimo. El sudor se les había secado y estaban anquilosados de haber permanecido tanto tiempo pegados a la frialdad del suelo.

—Tenemos que llegar a la alambrada —dijo Peter—. Seguiremos los raíles. Tiene que haber una puerta por donde entra el tren.

Siguieron, en efecto, esa dirección. Andaban despacio. Había una lámpara de arco voltaico sobre una bifurcación de la vía, pero no vieron al centinela hasta que estuvieron muy cerca de él. Entonces se pararon en seco. El soldado se hallaba a un lado de la vía y los miraba.

—Sigue andando —murmuró John, y continuaron en dirección al centinela como si este no les preocupara.

—*Halt!*

Se detuvieron y el centinela se les acercó.

—*Ausweis, bitte.*

Sacaron las carteras y las entregaron, con los documentos, al centinela. Este los examinó con exagerada atención, como persona que no sabe leer bien. Era un hombre ya mayor y parecía estúpido. Cerca de él, Peter reconoció el inconfundible olor a soldado alemán. El olor a jabón *ersatz* y tabaco alemán. El olor a salchicha alemana y *sauerkraut*. El hombre devolvió las carteras después de haber metido los documentos en ellas, desarrugándolos con sus gruesos dedos a medida que los iba guardando. «Dios quiera que no nos pida los permisos para entrar en el puerto», pensó

Peter. Pero el centinela, que por lo visto había quedado satisfecho, no pidió más documentos. Dijo algo en alemán y John le contestó.

—*Ach so* —dijo el centinela, y se rio.

Ya estaban otra vez caminando a lo largo de la línea férrea.

—¿Qué dijo? —preguntó Peter.

—Estaba muy escamado. Me preguntó que por qué gritaban tanto antes y le dije que uno se había caído al mar y que trataban de sacarlo. Parece que al hombre le hizo gracia aquello, quizá fuera por mi acento. Creo que lo mejor es irse de aquí lo antes posible, aunque sea al mismísimo infierno.

—Me parece que en este sitio es mucho más fácil entrar que salir —dijo Peter—. Te apuesto lo que quieras a que ahora han montado más guardia por ahí fuera.

—No lo creo. Lo de antes no quiere decir que ellos supongan que se trataba de prisioneros escapados. Lo más probable es que hayan pensado que éramos unos franceses que veníamos a robar algo. Estarán satisfechos con habernos asustado.

—Ojalá sea verdad lo que dices.

Siguieron por las vías hasta llegar a la alambrada. Todo estaba en completa calma. Pero Peter y John no estaban dispuestos a exponerse inútilmente. Escucharon en silencio durante diez minutos. Luego dijo Peter:

—Pégate a los alambres y cuando yo diga «¡Ya!», los escalaremos juntos. Si nos ven, echa a correr como una flecha en cuanto estés del lado de allá y nos veremos en el hotel.

Se inmovilizaron junto a la alambrada.

—¿Preparado?

—Sí.

—¡Ya!

Recorrieron de unas zancadas la breve distancia hasta la alambrada y empezaron a subir por ella lo más rápida y silenciosamente que pudieron. A cada instante esperaban oír tiros de los guardias del interior del recinto. Pero no hubo tiros, pusieron pie al otro lado sanos y salvos y corrieron durante dos manzanas antes de considerar que ya podían andar tranquilamente.

—¡No me vuelvas a hablar de los muelles! —dijo Peter.

—Es que no tuvimos suerte.

—¿Que no hemos tenido suerte? ¿Y la suerte de que no nos hayan matado? Creo que hemos tenido una suerte inmensa por haber salido de allí sin que nos cogieran.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO V

CUANDO Peter se despertó vio que John, de pie junto al lavabo, estaba vestido del todo. Llevaba la gabardina de Peter y una boina encasquetada hasta los ojos.

—¿Adónde diablos vas ahora? —preguntó Peter.

—No voy... Vengo.

—¿Adónde fuiste?

—Al puerto.

—¿Qué diantre tenías que hacer allí?

—Pues simplemente dar una vuelta y ver qué había.

—Entonces eres un insensato. Supón que te hubieran cogido. Yo no me hubiera enterado de dónde estabas.

—Mira, te he dejado una nota —dijo John en tono de disculpa.

—¿Por qué no me despertaste y me dijiste que te ibas?

—Es que me desperté muy pronto y no pude volverme a dormir. Estabas tan profundamente dormido que no quise despertarte. Me quedé un rato acostado pensando en mil cosas y llegué a la conclusión de que la mejor hora para entrar en contacto con los franceses era por la mañana temprano, antes de amanecer, cuando se dirigen al trabajo.

—¿Por qué no me despertaste? Habría ido contigo.

—Bueno, si he de ser sincero —farfulló John un poco turbado—, creí que quizá saldrían mejor las cosas si iba yo solo. Dándole vueltas a este asunto antes en la cama, me preguntaba por qué parecían tan asustados cuando me acercaba a hablarles y me convencí de que a) la gabardina de aviación que llevaba yo se parecía demasiado al *Feld grau* alemán, y b), el hecho de que tú estuvieras por allí cerca les hacía entrar en sospechas. Por eso pensé que lo mejor sería ponerme tu gabardina y probar yo solo.

—De todos modos, insisto en que debías habérmelo dicho. Si me hubiera despertado antes, me habría preocupado horrorosamente al ver que

no estabas aquí. ¿Tuviste, por lo menos, suerte?

—Voy a acostarme otra vez y te lo contaré.

John volvió a desvestirse y se acostó junto a Peter.

—Fuera hace un frío terrible. No volveré a levantarme hasta las diez.

—¿Qué pasó?

—Pues justo lo que yo pensaba. Llegué al campo francés en el recinto portuario donde estuvimos primero en el momento en que todos ellos salían a trabajar. Me acerqué a un tipo que iba solo y anduve a su lado. No le dije que era inglés, le di los buenos días en francés y seguí a su lado de un modo natural. Luego le pregunté dónde estaban anclados los barcos suecos y me confirmó que solo se acercan al puerto libre. Le pregunté que en dónde se reúnen los marineros suecos cuando bajan a tierra y me dijo que o en el burdel de Kleine Oder Strasse o en los cafés de la Grosse Lastadie Strasse. No creía que hubiera en este momento ningún barco neutral en el puerto libre. Para entrar allí se necesita un pase especial. Me enseñó el suyo; es una tarjeta de color rosa.

—¿Trabaja ese hombre en los muelles?

—Todos los de ese campo son trabajadores del muelle. Los dedican a la descarga.

—¿Te dijo algo del toque de queda?

—No lo hay para los extranjeros en esta ciudad. Pero todos los trabajadores que trabajan en ese campo tienen que estar recogidos a las diez.

—¿Te dio consejos útiles?

—No; no puedo decir que me ayudara. Me contestaba cuando yo le hacía preguntas, pero nada más. Si yo no le preguntaba nada, se producía un silencio muy molesto. Estos tipos no hablan el mismo francés que yo. Tuve que repetir cada pregunta unas seis veces e incluso entonces era yo el que no entendía la respuesta. Pero en su campo hay uno que habla inglés. Me dijo que si vamos allá esta noche me lo presentará.

—Vamos, hombre, ¡ya conseguimos algo positivo! ¿A qué hora hemos de ir?

—Dijo que fuéramos a cualquier hora después de las ocho. Me enseñó dónde está el barracón. Tenemos que saltar por la valla trasera.

—¿Quieres decir que vamos a entrar clandestinamente en el campo?

—Sí.

—¡Dios mío! Estuvimos a punto de que nos mataran anoche por meternos ilegalmente en los muelles y ahora quieres que burlemos la vigilancia de un campo de prisioneros.

—Es el sitio más seguro para hablar tranquilamente —dijo John—. Mucho mejor que hablar en un café.

—También te parecían muy seguros los muelles.

Ambos guardaron silencio durante un rato disfrutando de la buena temperatura del cuarto y de la comodidad de la amplia cama. Sentíanse a salvo detrás de la ventana cerrada mientras escuchaban el ruido del tráfico en la calle.

—¿Hay mucha guardia en el campo?

John se sonrió:

—No hay guardia en absoluto. Tienen allí un viejo portero civil que se limita a abrir y cerrar la puerta y a tomar el nombre de los que entran y salen; pero, aparte de eso, pueden salir y entrar cuando quieran.

—Bien. Esta noche iremos por allí —dijo Peter—. Más vale que nos levantemos ahora para inspeccionar el cargadero de carbón en Reiherwerder. Pudiera ocurrir que no estuviera protegido por alambradas.

La estación carbonera de Reiherwerder se hallaba a unos cuatro kilómetros fuera de la zona de los muelles y, según el mapa, podía llegarse allí en tranvía. Siguieron los raíles del tranvía. A lo largo del camino había depósitos de carbón a los que se llegaba por estrechos senderos que partían de la carretera principal. A la entrada de cada uno de estos senderos había una puerta oscilante y la cabina de un vigilante.

Hacía una mañana gris y Peter y John anduvieron rápidamente para entrar en calor. Había poco tráfico, pero se cruzaron con varios trabajadores extranjeros que llevaban la letra amarilla P en un parche cosido a sus chaquetas. También había muchachas, robustas campesinas, con zuecos y batas azules en las que aparecía impresa la palabra OST también con letras amarillas. Marchaban en grupos hacia los depósitos de carbón y se reían mucho.

—No me gusta esto —dijo Peter—. No creo que vayamos a divertirnos mucho aquí.

—De todos modos —le animó John— veremos qué aspecto tiene Reiherwerder.

Media milla más lejos tuvieron que detenerse en un paso a nivel. Un largo tren compuesto de vagones carboneros vacíos entraba lentamente en aquella zona del puerto.

—Ese es un buen medio para entrar nosotros —dijo John—. Solo tendríamos que venir después de oscurecer y escondernos en uno de esos trenes.

Peter no respondió mientras esperaban que pasara el tren. Le asustaba la impetuosidad de John. Ahora, saltar a un tren carbonero y renunciar al seguro disfraz de obrero francés, convirtiéndose de nuevo en un prisionero fugitivo. Comprometerse, entrar en donde no se podía salir, dar el paso final que podía estropear todo el juego. Esto significaba el plan de John. Y Peter pensaba que ahora, mezclados entre la gente, estaban seguros; en cambio, si se escondían en un tren, separábanse de la masa y eran ya, para cualquiera, dos perseguidos.

El tren siguió su lenta y ruidosa marcha.

Sería demasiado sencillo. Total, nada: un pequeño salto y ya estaba usted dentro de un vagón. Pero una vez realizado este acto, todo se encadenaría de un modo diferente. Alguien podía verle a usted. Había realizado usted el movimiento que le comprometía para toda la vida. No merecía la pena.

—Escucha, John, no precipitemos las cosas. Mientras lo tomemos todo con calma sabemos que no va a pasarnos nada. Podríamos vivir aquí varias semanas... mientras dure el dinero.

—Todo eso está muy bien, pero así no iremos a ninguna parte. No tiene ningún objeto seguir viviendo aquí. Nuestro objetivo es llegar a Suecia.

—Estoy completamente de acuerdo contigo. Por eso creo que nuestro mejor plan es hablar con algunos franceses más y enterarnos bien de todo lo que nos interesa sobre el puerto antes de empezar a saltar vallas.

—Sí. ¡Y decirle a medio Stettin lo que estamos haciendo! Me harás el favor de reconocer que eso representa un gran peligro. Creo que es

arriesgadísimo hablarle a uno de esos desconocidos.

—Es mucho más arriesgado burlar la vigilancia de estos sitios. Supón que fuéramos efectivamente obreros franceses como pretendemos serlo. Aun entonces estaríamos infringiendo la ley al meternos en una estación carbonera donde nada tenemos que hacer. Si no quebrantamos ninguna ley podemos seguir aquí todo el tiempo que deseemos.

—Sí, pero ¿de qué va a servirnos continuar aquí?

—Por el momento, de nada; lo reconozco. Pero la verdad es que solo llevamos en Stettin un día y me parece que precipitamos demasiado las cosas. Ten en cuenta que nos sobra dinero y tiempo.

—Entonces, ¿para qué demontres hemos venido a Reiherwerder?

—Otra vez te estás volviendo insensato.

—Sé lo que digo. Decidimos no volver a utilizar el puerto libre y por eso hemos venido hasta aquí. Acabamos de descubrir un estupendo medio para introducirnos en la zona carbonera del puerto y tú te escandalizas como si fuera una estupidez.

—Yo no me escandalizo. Lo único que deseo es saber el terreno que piso.

—Y, ¿cómo vas a estar seguro de nada en nuestras circunstancias?

—Después de hablar con los franceses, estaremos mejor enterados y sabremos a qué atenernos. En realidad, han estado aquí más tiempo que nosotros. No olvides, John, que si no hubiera sido por un francés no habríamos encontrado un hotel.

—Es verdad. Esa vez tuvimos suerte. Claro que lo mismo que nos lo dijo pudo no habernos hecho caso o habernos entregado a la policía.

—Eso también es verdad.

—Entonces, ¿por qué estamos discutiendo?

—No sé. Veamos qué hay en Reiherwerder. —Peter se dio cuenta de pronto de que habían estado discutiendo acaloradamente en inglés y que sus voces se habían ido elevando a medida que se caldeaban sus ánimos. Sus últimas palabras las habían pronunciado cuando ya no las cubría el estruendo del tren, que ya estaba lejos, y las violentas frases inglesas resonaban en torno a ellos.

—Bueno, John —dijo a su compañero en voz muy baja—, siento haber perdido los estribos.

Antes de llegar a Reiherwerder tenían que cruzar un puente. Al otro extremo había una barrera guardada por un soldado alemán. Peter y John se detuvieron algún tiempo contemplando la gente que pasaba por el puente.

—Es una tontería eso de que hay que cruzar los puentes por la derecha. Mira, pasan indiferentemente por los dos lados.

—Sí; y, además, veo que hay otra facilidad. Si vamos en tranvía podemos pasar sin enseñar los papeles.

—Habrá que enseñárselos al revisor al sacar el billete —dijo Peter—. No merece la pena. Volvamos a la ciudad y probemos en los cafés. Y esta noche podemos ver si hay algo interesante en ese campo francés. Mira; por allí va un francés; acércate a él y háblale.

—Siempre me estás pidiendo que asalte a los franceses. ¿Qué quieres que le pregunte?

—Habría yo mismo con ellos si pudiera, pero ya sabes que no sé ni una palabra de francés. —Peter se desesperaba íntimamente por no poder ayudar en esto—. Pregúntale si sabe dónde podemos encontrar algunos marineros suecos.

Cruzaron la carretera y John le habló al francés. Peter escuchaba sin comprender. Luego llegó un tranvía y el francés lo tomó. Peter quiso seguir al hombre, pero John lo retuvo.

—¿Qué dijo?

—Hablaban una especie de argot que no pude comprender. Quizá no hable yo el francés tan bien como creo. O no me ha entendido o estaba asustado y no quería soltar prenda. Ni quise subir al mismo tranvía por si ese tipo pretendía continuar la conversación junto a los alemanes.

—No te preocupes. Volveremos a la ciudad en el próximo tranvía y recorreremos unos cuantos cafés. Cuando oscurezca iremos al campo de trabajadores franceses.

Pasaron aquella tarde explorando los cafés cerca del muelle. Como temían permanecer demasiado tiempo en un solo sitio, pasaban de un café a otro,

quedándose en cada uno solo el tiempo de tomar un vaso y de marcharse a otro. Por todas partes se sentían los dos en evidencia y les parecía todo el tiempo que la gente se fijaba en ellos, que no iban vestidos adecuadamente o que hacían algo que los distinguía de los demás clientes.

A medida que oscurecía aumentaban las dificultades. No podían ver el interior de los cafés desde fuera. Después de haber entrado en uno que estaba lleno de soldados alemanes decidieron que ya era hora de ir al campo francés.

Les fue muy fácil entrar en el campo. En seguida localizaron la barraca y se encontraron minutos después en una habitación llena de franceses. Volvían a percibir el olor del cautiverio.

Se produjo un silencio cuando entraron en la habitación. Un silencio súbito y luego renació la conversación en voz más baja. Los hombres se apiñaron en torno a la mesa y de las literas pegadas a la pared salieron algunas carcajadas y ruidosos comentarios.

Allí estaba el hombre con el que John había hablado por la mañana. Cuando los vio se levantó, farfulló unas cuantas palabras y salió por una puerta que había en el fondo del cuarto.

—¿A dónde ha ido? —preguntó Peter.

—Sabe Dios... seguramente a buscar a ese que habla inglés.

Peter contempló aquellas escenas que le eran tan familiares. El cuarto se parecía mucho al que tenía su grupo en el campo de prisioneros. Quizá aquí fuera el olor más fuerte que el recordado por él, aquel inconfundible e inolvidable olor mezclado a vida carcelaria. La estancia estaba más sucia y mostraba menos ingenio y dotes de improvisación en sus ocupantes; pero, indudablemente, era la misma habitación, con las mismas literas e idénticos zuecos de madera.

Pero los hombres no eran los mismos. Peter sintió que le rodeaba un ambiente de resentimiento. No tenía la sensación de hallarse entre amigos. Los franceses comían y, mientras tanto, observaban a los recién llegados. Una docena de pares de ojos los contemplaban mientras esperaban de pie, junto a la estufa, a que llegara el hombre con el que habían entrado en contacto.

—Me gustaría que ese tipo se diera prisa —dijo Peter.

—No me da muy buena espina esta gente.

Y allí siguieron, simulando indiferencia, hasta que el francés que sabía hablar inglés se presentó y los condujo a su cuarto.

En esta otra habitación eran más corteses. Se pusieron de pie cuando John y Peter entraron y les ofrecieron café y pan moreno alemán. Peter, para corresponder, sacó un paquete de cigarrillos franceses.

El francés que sabía hablar inglés había interrumpido su comida y se disculpó en mal inglés explicando que era el barbero del campo y tenía que hacer varios cortes de pelo cuando los demás volvieran del trabajo. Era un hombre delgado, de facciones afiladas y aparentaba unos treinta y cinco años. Tenía aspecto más limpio que los demás y llevaba cuello y corbata. El barbero no hablaba tan bien el inglés como el intermediario les había hecho creer. Cuando Peter le preguntó en inglés sobre los barcos y los marineros suecos, no le entendió y John tuvo que volver a hacerle en francés la mayoría de las preguntas. Mientras hablaba en inglés, los otros franceses permanecían callados; pero cuando John habló en francés, todos intervinieron a la vez a una velocidad vertiginosa.

Los franceses parecían encantados de que los prisioneros ingleses se hubieran fugado. Y por esta fuga les prodigaban sus felicitaciones y sus expresiones admirativas. Pero en cuanto a ayudarlos... eso era ya otro cantar. Les hubiera gustado muchísimo prestarles ayuda, pero... los alemanes los fusilarían si los pescaran encubriendo a los dos ingleses. Lo sentían mucho.

Cuando John le preguntó al barbero qué sabía de los barcos suecos y si podría ponerlos en contacto con marineros suecos, contestó que él no trabajaba en el puerto, pero que tenía amigos en los muelles y que procuraría enterarse por ellos. Parecía lleno de confianza, pero sus palabras sonaban a cosa demasiado fácil. Todo el tiempo que estuvieron hablando sentían los dos amigos en torno suyo una atmósfera de temor. Le parecía a Peter que los franceses estaban deseando librarse de ellos porque su presencia era un fastidio y un peligro para aquella gente. Finalmente, dieron aquello por perdido. Mientras más hablaban, menos claro lo veían. Cambiaron cigarrillos por pan moreno alemán y le rogaron al barbero que

les dijera a los otros obreros franceses que había en Stettin dos prisioneros ingleses escapados y que él podía servir de intermediario si a alguien le interesaba entrar en contacto con ellos. Ofrecieron una recompensa a quien los ayudara.

Salieron del campo con toda tranquilidad y regresaron a la ciudad.

—Basta ya de franceses —dijo Peter—. No nos servirán de nada.

—Hombre, hay que darles una oportunidad —dijo John—. Por lo menos, ya tenemos un sitio en donde lograr pan a cambio de cigarrillos. Y si se lo cuentan a los otros, quizá acabemos encontrando a alguno que tenga los suficientes riñones para ayudarnos.

—Desde luego, no parecían muy interesados en hacer algo por nosotros. Figúrate, ni siquiera están vigilados.

—No creas. Si se escaparan no podrían ir a ninguna parte. Para ellos no tiene objeto volver a Francia. Además, llevan varios años sometidos a la propaganda alemana.

—Es verdad; tienen cerveza, cigarrillos y hasta burdeles propios. Están esperando tan tranquilos a que termine la guerra.

—Pero entre ellos tiene que haber algunos con carácter —dijo John—. Espero que los que valen estén en el movimiento clandestino. Se pondrán en contacto con nosotros cuando se enteren de nuestra presencia aquí.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO VI

JOHN yacía en la cama contemplando a Peter, que se afeitaba ante el espejo colocado sobre el lavabo. Acabó de afeitarse y se lavó todo el cuerpo con una toalla que se había improvisado cortándola de los faldones de la camisa.

—¿Cuál es el programa para hoy? —dijo Peter.

—Lo mejor que podemos hacer es dar otra vuelta por el puerto.

—No estoy dispuesto a saltar más alambradas. Prefiero visitar varios cafés esta tarde. En una oscuridad tan absoluta no es posible ver nada.

—Pero ¿es que vamos a empezar otra vez la peregrinación de los cafés?

—Es lo único que podemos hacer, John. No nos basta con los contactos que establecimos anoche. Tenemos que lograr el apoyo de todos los franceses que haya en la ciudad.

—No me gusta ese plan —dijo John.

—Te equivocas; es bastante seguro. No les diremos en dónde vivimos. Nos limitaremos a dar citas como hiciste tú con ese fulano. Antes o después encontraremos petróleo.

—Pues entonces que sea antes. El dinero no nos va a durar siempre. Hoy mismo tenemos que salir de este hotel. Sabe Dios qué tiempo podremos permitirnos vivir de esta manera.

—¿Volveremos al refugio?

—Encontraremos otro hotel fácilmente. Tenemos bastante dinero para tres o cuatro días más. ¿Qué tenemos para desayunar?

—Me queda bastante *porridge* para una vez. Además, tenemos el pan que cambiamos a los franceses.

—Debemos bajar y desayunar en el hotel.

—Demasiado peligroso. Es disparatado buscarnos complicaciones inútiles.

—Hombre, Pete... nos vendría bien algo caliente.

—Sería arriesgarse demasiado. ¡Qué demonios, no merece la pena jugarse el pellejo por una taza de café!

—Verás, Pete: nos llevamos abajo unos pedazos de pan y nos los comemos con el café. Así empezaremos el día con algo caliente en el estómago. Las cosas se ven de un modo muy diferente después de una taza de café.

—Bueno, iremos a echar un vistazo. Si hay mucha gente en el comedor, no entramos y en paz.

Cuando John estuvo listo bajaron al comedor, que estaba en el piso bajo. Había una mesa vacía con una banqueta en el rincón. Sentáronse con la espalda contra la pared. Una camarera se les acercó y John pidió café para los dos. La muchacha trajo dos tazas y una cafetera. John sirvió el café y en seguida conocieron por el olor que era malta.

John sacó los pedazos de pan del bolsillo derecho de su chaqueta. Los llevaba envueltos en un ejemplar del *Völkischer Beobachter*. Peter miró rápidamente en torno suyo para ver si alguien se fijaba en ellos. Había una anciana en la mesa vecina y, al otro lado de la estancia, una pareja de cierta edad repasaba un periódico de la mañana. Hacia el centro del comedor, un hombre de edad madura, que parecía un viajante de comercio, escribía en un cuaderno. A no ser por el pesado olor de los cigarrillos alemanes y algún *Heil Hitler!* procedente del vestíbulo, hubieran creído encontrarse en algún hotel provinciano de Inglaterra.

Empezaron a comer el pan y a beber el café *ersatz*. Peter se relajó y se echó hacia atrás. Estaban tomándole el pelo a los alemanes todo el tiempo. Miró de un modo natural, casualmente, hacia la puerta, y quedó como de piedra al ver en el vestíbulo a unos individuos con uniformes militares alemanes.

No había otra salida en el comedor. Lo que siempre había temido iba a ocurrir en una habitación con una sola puerta. Peter se había figurado esto en el campo. Una habitación con una sola puerta y los alemanes en ella.

Los dos oficiales alemanes saludaron con un indiferente *Heil Hitler!* al entrar en el comedor. Fueron directamente hacia la mesa donde se hallaban Peter y John. Al acercarse los militares, Peter sintió que se le contraía el estómago y el bocado de pan que estaba comiendo se le pegó a la garganta.

Siempre le ocurría lo mismo: una súbita contracción del estómago y un deseo de echar a correr. Luego se le aflojaban todos los nervios y músculos. Primero, el pánico ciego e irracional, el impulso a la huida. Después venía el temblor de las rodillas.

Pero los dos oficiales no los miraban. Eran un Oberst y un Mayor y ambos llevaban carteras negras de mano. El Mayor calzaba botas altas con espuelas y tenía una cicatriz que le cogía desde el ojo izquierdo hasta la comisura de la boca. De su pecho colgaba, de unas cadenas, una ornamental daga, y en el cuello llevaba el distintivo de la artillería. El Oberst vestía más modestamente, aunque lucía la insignia de la Cruz de Hierro con el grado de caballero.

«¿Qué hacemos ahora? —pensó Peter—. ¿Nos levantamos cuando lleguen aquí? ¿Hemos de hablarles? ¿Saludaremos con el *Heil Hitler*!? ¿Pueden comer los obreros extranjeros en la misma mesa que unos oficiales alemanes?». Y siguió comiendo su pan. Nada podían hacer. No podían salir y dejarse allí el café y el pan. No les quedaba otro remedio que sentarse y tomar las cosas como vinieran, confiando en que seguiría acompañándoles la buena suerte.

Los alemanes se sentaron a la mesa de ellos. Ambos eran de piel pálida y el cabello cortado al rape. Peter sintió la repugnancia que siempre le producía la proximidad de un oficial alemán. Había algo obsceno en aquellas manos tan bien arregladas por la manicura y que emergían de los tiesos puños de la camisa. El Oberst llevaba gafas con cristales azul pálido y su boca era pequeña y tensa. Pidió café y empezó a hablar con el Mayor.

Peter miró a John por el rabillo del ojo. Y pensó: «Está lleno de vitalidad; no nos pasará nada. Seguiremos sentados unos momentos y luego nos iremos de un modo natural».

El Mayor abrió su cartera y sacó un manojo de papeles. Se puso unas gafas sin borde y empezó a explicarle al Oberst el contenido de los documentos. «Por amor de Dios, presta mucha atención, John —pensó Peter—; escucha bien, porque esto puede ser importante». En su interior se burló de sí mismo. «No seas idiota. Los coroneles no discuten de secretos militares en los cafés ni en los comedores de los hoteles frente a unos trabajadores extranjeros».

Acabaron de tomar el café y John miró a Peter enarcando las cejas. Se levantaron sin hablar y salieron del hotel.

—¿De qué hablaban? —preguntó Peter—. ¿Era algo de importancia? ¿Pudiste enterarte de algo?

—No pude seguir muy bien su conversación. Era sobre algún plan educativo, me parece. Hablaban de las juventudes hitlerianas.

—Supongo que estarán preparándose para la próxima guerra —comentó Peter.

Aquella mañana pasaron por varios cafés, incluyendo uno que, según les había dicho el barbero francés, su dueño era comunista. Era una habitación cuadrada de techo bajo con una puerta que daba directamente a la calle. Estaba lleno de marineros y trabajadores portuarios sentados en torno a unos veladores de metal. Bebían cerveza en grandes jarras. En este café no había retratos del Führer, ni los parroquianos saludaban a estilo nazi al entrar o salir.

Escogieron una mesa en un rincón donde no podían ser oídos. En los cafés donde había más gente no podían hablar en inglés. Tenían que sentarse en silencio y si querían decirse algo debían ir un momento al lavabo, pero lo corriente era que hubiese siempre alguien en el lavabo. En cambio, en este café podían hablar cómodamente y se sentaron en aquel rincón a beber tranquilamente su cerveza mientras observaban a los ocupantes de las demás mesas.

Peter se fijó en dos franceses que se hallaban en una mesa en el rincón opuesto al de ellos. Eran jóvenes y su piel morena y cabello negro daban una impresión de vitalidad ardiente en comparación con la palidez de los alemanes que les rodeaban. Los dos muchachos discutían con las cabezas muy juntas y en voz muy baja. «Se parecen a nosotros —pensó Peter—. También nosotros debemos dar esa impresión cuando murmuramos para que no nos oigan. ¿De qué estarán hablando?». Mientras más los observaba, más sospechosos le parecían los dos jóvenes. Cada uno de ellos llevaba un petate envuelto en un trapo de colores, y el que estaba de cara a ellos lanzaba continuamente nerviosas miradas a todas partes.

—John, mira esos dos tipos que están detrás de ti —dijo Peter—. Date un poco la vuelta con la silla para que puedas verlos sin volver demasiado la cabeza.

John cambió la posición de su silla.

—En efecto, parecen un poco furtivos. Creo que voy a hablar con ellos unas palabras.

Peter le vio cruzar la habitación. «Es tan joven como ellos —pensó— y tiene un aire tan francés como esos chicos».

John había llegado junto a la mesa y miraba a los dos muchachos. Estos habían interrumpido la conversación y parecían asustados. John se sentó junto a ellos a la misma mesa y Peter vio que se les pasaba el susto. John sacó su placa de identidad como prisionero de guerra y la enseñó por debajo de la mesa. «Yo no me reuniré con ellos —pensó Peter— sino que seguiré aquí observándolos, y si me parece que despiertan demasiado las sospechas iré a advertirles».

Pero John no le daba a aquello un aire de conspiración. Sacó un paquete de cigarrillos y se echó atrás en la silla. Llamó a un camarero, pidió más cerveza y cuando terminó se despidió de los franceses y volvió junto a Peter.

—Les di el mayor susto de su vida —dijo—. Estaban planeando precisamente fugarse en un barco sueco y en ese momento llegué yo para pedirles que me pusieran en contacto con unos marineros suecos. Creyeron que yo era un miembro de la Gestapo que se complacía jugando con ellos antes de echarles el guante. Tenían un pánico horrible.

—Ya me di cuenta desde aquí.

—Imagínate; viven en un campo a unas diez millas de Stettin y vienen aquí lo más frecuentemente que pueden, trayendo en ese petate sus cosas, dispuestos a escapar en algún barco. Al acercarme yo creyeron que ya no tenían salvación.

—¿Te sirvieron de algo?

—Pues no. No saben más que nosotros sobre este asunto. Incluso creo que nosotros estamos más enterados. Hace seis meses que intentan fugarse. Para ellos, la mayor dificultad es la falta de dinero. Dicen que un compañero suyo ahorró cuarenta marcos, que era el precio que pedía un

marinero sueco, y el canalla, después de quedarse con el dinero, lo entregó a los alemanes.

—¡Qué hijo de...!

—Se acuerdan muy bien de él y dicen que la próxima vez que vuelva a Stettin le meterán un cuchillo por la espalda... es decir, si se atreve a volver.

—¿Por dónde quieren escaparse?

—Por Reiherwerder. Tienen pases. Conocen a un individuo que trabaja allí. Por lo visto, trabajan en turnos alternos, de día y de noche, y cuando ese hombre está por las noches les deja durante el día su pase. Estos muchachos confían en poderse escapar en un barco carbonero.

—¿Sería posible que nos dejaran alguno de los pases?

—Ya he arreglado eso. Me van a traer un par de ellos mañana. No podemos retenerlos mucho tiempo, pero he pensado que quizá te fuera fácil falsificar un par de ellos en unas horas. No parecen muy difíciles.

—Creo que podré. —Peter sentía verdadera impaciencia por tomar sobre sí una parte del trabajo y descargar a John—. Traje tinta china y uno de aquellos sellos de goma. Con eso podré hacerlo muy bien.

—Estupendo. Iré a la estación carbonera mañana por la tarde con uno de los pases, mientras tú con el otro haces en el hotel dos copias.

—Si es que tenemos hotel mañana...

—Hombre, ya encontraremos uno. Mira, ahora mismo vamos a ocuparnos del alojamiento. Y luego iremos a establecer algunos contactos más.

Antes de tomar una habitación fueron a otros varios cafés. Se alimentaban solo con dos tazas de malta para desayunar, potaje de legumbres a medio día y un pedacito de alimento concentrado antes de irse a la cama. Algunos días se las arreglaban para tomar fuera otro plato de potaje o de ensalada de patatas por la tarde.

Era el quinto día de su libertad y se estaban quedando sin dinero ni provisiones. Se habían comido la última avena y ahoraban dos latas de alimento perruno para cuando estuvieran en el barco. Aunque llevaban ropas de mucho abrigo, siempre tenían frío; y es que el frío les venía de dentro, era esa frialdad que solo puede vencer el alimento. La tensión

constante que era para ellos vivir en el corazón de una ciudad enemiga empezaba a afectar a sus nervios, aquellos nervios que habían estado casi a punto de estallar durante las largas y angustiosas semanas de la construcción del túnel. Ahora discutían los dos sobre cualquier cosa que tuvieran que decidir, incluso las más evidentes. Tuvieron una larga discusión antes de decidir si debían gastarse sus escasos marcos en el cine. Pero en el cine hacía una buena temperatura y no comían lo bastante para quitarse el frío. Además, había oscuridad y podían sentirse seguros. En el cine se relajaron y abandonaron por unos momentos aquella constante actitud de autocontrol sobre sus actos y sus lenguas. Cuando salieron sintieron descansados y dispuestos a empezar una vez más el circuito de los cafés.

—Ya tenemos dos tentáculos —dijo Peter—. El barbero y los dos chicos. Entre ellos cubren dos de los campos. Lo que necesitamos esta noche es encontrar a alguien de otra zona. Si seguimos suficiente tiempo aquí, tendremos intermediarios en toda la ciudad.

—Eso es demasiado lento. El dinero se nos agota y si no tomo pronto una buena comida creo que me desmayaré en plena calle. ¿Dónde diablos vamos a dormir mañana por la noche? Hasta ahora no hemos tenido mucha suerte con los hoteles, aparte de este.

—Pues yo creo, por el contrario, que no podemos quejarnos. Estamos secos, limpios y afeitados, y, aunque poco, todavía nos queda algún dinero.

—No nos durará mucho. Si no encontramos petróleo pronto, lo mejor que podemos hacer es marcharnos de aquí en algún tren de mercancías que vaya a Danzig.

Anduvieron en silencio algún tiempo.

—Debemos echar una ojeada a aquel burdel que nos dijeron —sugirió John.

—No estará abierto a estas horas.

—No sé. ¿A qué hora suelen abrir los burdeles?

—¡Qué sé yo!

Se produjo un breve silencio.

—¿Dónde dijiste que estaba? —preguntó John.

—En el número 17 de la Kleine Oder Strasse.

—Vamos a ver qué aspecto tiene la casa.

Bajaron por una empinada calle empedrada y salieron al Bollwerk. Sobre el río se levantaba una luna neblinosa y las calles brillaban de humedad en los escasos sitios donde las iluminaban algo los faroles muy amortiguados a causa de la guerra. Siguieron por la orilla del río por espacio de un centenar de yardas y luego torcieron a la izquierda. La calle que les habían indicado estaba a mano derecha. Era una estrecha callejuela. Siguieron hasta el número 17, un alto edificio sin luces en las ventanas. A la derecha de la puerta había un cartel en el que pudieron leer: «*Nur Für Ausländer*».

—Esto no parece muy alegre —dijo Peter.

—En su mayoría son chicas polacas. Nos servirían para entrar en relación con los marineros suecos.

—Lo más probable es que tuviéramos que enseñar los documentos. ¿No dice ahí «solo para extranjeros»?

—Sí.

—Es demasiado peligroso. Nos advirtieron que no viniéramos a esta casa sino en último extremo. Y no podemos decir que estemos en las últimas.

—Depende de para qué deseemos entrar —dijo John.

—¿Tú quieres entrar?

—No sé. ¿Y tú?

—Es demasiado peligroso. Hace ya un año que Stafford tuvo aquella información sobre esta casa y es muy posible que la Gestapo haya tomado cartas en el asunto. Probablemente les servirá de gancho alguna de las muchachas.

John volvió a mirar la sombría casa con aquel letrero inequívoco.

—Podíamos entrar y echar una ojeada —sugirió.

—No merece la pena. Es casi seguro que tendríamos que enseñar los documentos para entrar.

Otra vez empezaron la ronda de los cafés. En los tres primeros no sacaron nada en limpio. Los franceses estaban demasiado cerca de los alemanes.

Habría sido imposible hablarles sin que algún alemán los hubiera escuchado.

Volvieron al café donde habían encontrado a los dos muchachos franceses. Seguía con poca gente. Peter y John tomaron asiento en el mismo sitio que la otra vez y observaron a los marineros, obreros del puerto y alemanes identificables que parecían pasarse el día entero por las esquinas con gorras de marinero y fumando en pipa.

—Esto no parece muy prometedor —dijo John.

—Aquel fulano parece abordable. —Peter señalaba un francés delgado y de ojos muy vivos que arengaba a los hombres sentados a su mesa. Tenía unos ojos alocados de puro entusiasmo y parecía instar a los demás a hacer algo que no les gustaba.

—Espera a que vaya al lavabo —dijo John—. Le hablaré y tú te pones detrás de él por si grita. Este es el último con el que voy a probar. Si no da resultado no le hablo a ningún otro esta noche.

—Bueno. Yo me encargaré de él si chilla.

Pero el hombre no fue al lavabo. Miró el reloj, se disculpó y se dirigió a la puerta.

—¡Sigámoslo! —dijo Peter, y dejaron la cerveza sobre la mesa para seguir al francés por la calle.

Lo alcanzaron antes de que doblara la esquina y Peter le oyó a John decir:

—*Pardon, Mísieur; nous sommes prisonniers de guerre anglais...*

Pero el francés lo cogió por el brazo y lo llevó apresuradamente hacia el café de donde acababan de salir. John se quedó cortado en seco y no pronunció ni una palabra más. Los que habían estado antes con el francés volvieron la cabeza al verlos entrar y los miraron con asombro. Le habló a John en un rápido murmullo.

¿Por qué tiene que adoptar ese aire furtivo?, pensó Peter. ¿Por qué le dará a todo esto el aspecto de una conspiración?

—Quiere ver tu placa de prisionero de guerra —dijo John.

Peter se sacó del bolsillo el disco de identidad de *Kriegsgefangener* y se lo entregó al francés por debajo de la mesa. Él lo cogió y se empezó a frotar las manos con el disco entre las palmas.

—*Mon Dieu, il fait froid! On gèle ce soir!* —dijo, y se puso a temblar teatralmente, formando una copa con las manos y soplando en ellas. Mientras, miraba subrepticamente la placa.

«Dios mío —pensó Peter—, si sigue haciendo teatro acabaremos todos detenidos». El francés devolvió por debajo de la mesa la placa de identidad, mirando cuidadosamente a todas partes antes de hacerlo. La mayoría de los clientes los contemplaban con curiosidad y Peter comenzó a sentirse inquieto. El francés le hablaba a John en voz baja escondiendo la boca detrás de su mano.

—Quiere llevarnos a otro café —dijo John—. Dice que allí puede ponernos en relación con algunos marineros suecos.

—Donde nos pondrá será en la cárcel si sigue haciendo tonterías. ¿Para qué demontre tiene que teatralizarlo todo de esa manera?

—Dice que pertenece al movimiento clandestino. Pero no puedo entenderle la mitad de lo que dice. Asegura que el café a donde quiere llevarnos es «simpatizante».

—Muy bien —dijo Peter—. Vámonos de aquí.

«Desde luego —pensó—, todos ellos son comprensivos y simpáticos. Pero ¿por qué tienen que hablar como conspiradores? Ya aquellos dos muchachos tomaban actitudes furtivas de melodrama, pero este tipo parece enteramente un traidor de algún dramón. Es posible que todos ellos se conduzcan así. Quizá yo mismo tomo esas actitudes. También puede ser que me esté poniendo nervioso. O quizá es ilusión mía y ninguno de ellos parece furtivo, y también es posible que los alemanes estén acostumbrados a ese aire misterioso y no se den cuenta. De todos modos, no me hace ninguna gracia y me da miedo».

Cuando llegaron al café, el francés pasó delante y Peter y John lo siguieron. Estaba más iluminado que los demás cafés y había en él mujeres. El francés escogió una mesa en un rincón y pidió cerveza. John trató de pagar, pero el hombre retiró con la mano el dinero:

—*Gardez les sous.*

En seguida empezó a hablar con la rapidez y el misterio acostumbrados.

El poco francés que Peter podía entender no le permitía seguir la vertiginosa charla de aquel individuo y se dedicó a observar lo que pasaba

en el local. Era un sitio alegre; había música. Un joven con un *smoking* sucio tocaba el piano. Estaban allí algunos soldados alemanes; cada uno con una chica. La mayor luminosidad hacía que la gente se sintiera más feliz que en los otros establecimientos. Olía a comida, a buena carne, y las mesas estaban cubiertas con manteles.

Se abrió la puerta y entraron cuatro soldados alemanes. Parecían enormes al encuadrarlos sucesivamente la puerta y Peter pensó lo difícil que sería salir de aquel lugar. Solo había una puerta y un solo soldado en ella sería bastante para impedir la salida. Buscó con la vista el lavabo. Convenía tener otra salida. Había una puerta en un rincón y en ella la palabra «*Herren*». Peter fue hasta allí y entró. Era lo de siempre, con una ventanita que daba a un descampado en la parte de atrás del café. Se aseguró de que la ventana se podía abrir y volvió a la mesa.

—El lavabo tiene una ventana —le dijo a John—. Si ocurre algo podemos salir por allí.

—Estupendo. —John se volvió otra vez hacia el francés.

Peter se recostó en la silla. Una mujer sentada en la mesa de al lado le sonrió. Era pelirroja y su sonrisa equivalía a una invitación. Peter se alarmó. «¡Ojalá no se ponga a hablarme!».

Se inclinó hacia los otros, aparentando un gran interés en su conversación. El francés estaba a punto de marcharse. Mientras se estrechaban las manos, una camarera pasó junto a ellos. El francés la pagó.

—Mis amigos son suecos —dijo en voz alta en alemán—. No conocen a nadie en esta ciudad. Si vienen esta tarde algunos marineros suecos tráigalos a esta mesa, por favor. —Y se marchó del café.

¡Qué estúpido! John se volvió hacia Peter, pero era demasiado tarde. La pelirroja estaba ya sentada a la mesa de ellos y le hablaba a Peter con toda seriedad en una lengua que no era ni francés ni alemán. Peter, aterrado, se preguntaba qué debía hacer. Se jugó el todo por el todo. Levantóse y dijo con dignidad:

—*Ich bin Ausländer, nicht verstehen* —y se dirigió resueltamente hacia el lavabo.

La mujer le habló a John en el mismo idioma.

—No hablo sueco —dijo John en alemán.

—¡Pero si su amigo dijo que eran ustedes suecos!

—Mi amigo, con el que estuvo usted hablando, sí es sueco. Yo soy francés.

—Pues no parecía sueco —dijo la mujer.

—Es que está muy borracho.

La mujer empezó a disculparse prolijamente por haberles hablado sin ser presentada. Estaba muy maquillada y parecía ir a llorar de un momento a otro.

—Mi amigo está indispuesto —dijo John—. Por favor, discúlpeme.

Cuando llegó al lavabo no pudo abrir la puerta. Peter se había encerrado. Llamó con los nudillos haciendo el signo V y Peter abrió en seguida.

—¿Qué tal me salió el alemán?

—Horroroso —dijo John.

—¿De qué hablaba esa mujer?

—Está buscando un marinero sueco que, según ella, le ha jugado una mala partida. Le oyó decir a ese fantasmón que estaba con nosotros que éramos suecos y me preguntó si conocía yo a su amiguito.

—Es alemana, ¿no?

—Sí, pero habla sueco; no sé si bien o mal, pero lo habla. Empezó una retahíla en sueco, pero la interrumpí diciéndole que yo era francés. Le aseguré que tú eras efectivamente sueco, pero que estabas muy borracho y habías tenido que venir al lavabo.

—He abierto la ventana —dijo Peter—. Cierra otra vez la puerta; tenemos que salir de aquí. —Se subió a la madera de la taza y asomó la cabeza y los hombros por la ventana. John le oyó gruñir y luego se retiró de allí con la cara arrebolada del esfuerzo—. Tenemos que pasar primero los pies —dijo—. Hay que dejarse caer de espaldas.

Se agarró a la tubería y metió los pies por la ventana. Cayó con un ruido sordo en el solar.

John le siguió, después de las mismas operaciones.

—¿Qué hará esa gente cuando encuentre la puerta cerrada con cerrojo?

—Supongo que romperla. Aquí no podemos volver más.

—Ya puedes estar seguro de eso —dijo John.

CAPÍTULO VII

A la mañana siguiente se levantaron temprano y acudieron a la cita con los dos muchachos franceses. Estos les llevaron los dos pases portuarios. Pasaron el resto de la mañana recorriendo inútilmente los cafés próximos al puerto. Después del episodio de la alemana que hablaba sueco, eran más cautos en sus intentos de entrar en relación con los desconocidos. La falta de alimento y la continua tensión ejercían ya efecto en ellos. Fluctuaban entre extremos de cautela y audacia, ya que sus estados de ánimo no siempre coincidían; se pasaban la mayor parte del tiempo tratando de convencerse con opuestos propósitos.

Después de tomar el *stammrgericht* del mediodía consiguieron alquilar una habitación para una sola noche en el Hotel Sack. Esta vez explicaron que volvían a Breslau desde Anklam, y los aceptaron sin ponerles ningún inconveniente.

Era un hotel moderno con calefacción central. Cuando estuvieron ya en la habitación, se guardó John uno de los pases que les habían prestado los chicos franceses y salió para la estación carbonera. Peter se quedó en el dormitorio para sacar las copias del otro pase.

Cerró la puerta y sacó del maletín una lata aplastada. Dentro había unos botellines de tinta china y tinta roja y negra, un pincel de pelo de camello, una hoja de afeitar, dos plumines de cartografía, una pequeña regla de metal y un sello cortado de un tapón de goma.

Estudió cuidadosamente el pase. Era una tarjeta de color rosa pálido del tamaño de un naipe. En el ángulo izquierdo superior estaba la fotografía del titular; venía a tener el mismo tamaño de las fotografías de sus pases suecos. A la derecha de la fotografía figuraba el nombre del departamento. Debajo de estas palabras, en letra gótica alemana, aparecía la lista habitual: nombre, edad, sexo, altura, ojos, cabello; y seguía la firma del jefe de policía. En el ángulo izquierdo inferior se hallaba el sello impreso, tan

conocido, del águila con la *swástica*. Peter observó con satisfacción que todas las casillas habían sido rellenas con pluma y tinta; no se creía capaz de reproducir fielmente la letra de máquina, y no por la forma de las letras, sino por la intensidad de la tinta, que le resultaba muy difícil reproducir. La única manera de hacerlo era dibujarlas a través de papel carbón y se había olvidado de llevarlo.

Cogió una hoja de papel grueso casi tan tieso como la cartulina en la que estaba impreso el pase y cortó unos pedazos del tamaño exacto. Lo hizo con gran cuidado con la hoja de afeitar y la regla metálica, sobre el espejo del tocador. Se hallaba tan absorto en lo que estaba haciendo que llegó a olvidar la finalidad de su trabajo. Hubiera seguido sumergido en su labor toda la tarde sin darse cuenta de nada y habría terminado con mucho dolor en los ojos y en la espalda; pero la misma intensidad de su trabajo, por extraño que parezca, le evitaba el cansancio. Lo mismo podía ocurrirle en el campo de prisioneros cuando pintaba decorados para el teatrillo o acuarelas. De pronto se dio cuenta de que había transcurrido toda la tarde sin que él lo advirtiera.

Lavó los dos pedazos de papel con agua clara y dejó que se empapara. Mezcló una ligera solución de tinta roja y agua en uno de los vasos de dientes y tiñó con ella los papeles hasta que le pareció que se aproximaban bastante al color del pase. Los dejó secarse poniéndolos sobre el vaso encima del radiador.

Mientras que los trozos de papel se secaban tomó Peter un papel de calcar y dibujó cuidadosamente la separación de las letras del pase. No dibujó las letras mismas porque eran demasiado pequeñas para eso. Tenía la suficiente experiencia para reproducir letra impresa alemana y de un modo bastante exacto para que pasaran por verdaderas si no se las estudiaba de cerca.

Cuando los dos pedazos de papel estuvieron completamente secos, señaló a través del papel de calcar las distancias y medidas de lo impreso. Escribió lentamente. Tomaba cada vez en la pluma solo la cantidad imprescindible de tinta para un trazo y escribía poniendo el papel sobre el cristal del espejo de manera que no se produjeran indentaciones con el plumín. Fue un trabajo muy escrupuloso y solo lo interrumpió para

encender la luz eléctrica o volver a llenar la pipa. Cuando, por fin, se echó hacia atrás, bostezó y miró el reloj. Eran cerca de las diez.

El resultado no era extraordinario. No estaban a la altura de los demás documentos que él había falsificado. Pero servirían. Quitó las dos fotografías de los pases de marinero sueco y las pegó en los nuevos con pasta hecha con el alimento concentrado.

Luego se tumbó en la cama y quedóse dormido.

Cuando John salió del hotel caía una fina lluvia. Se abrochó la gabardina hasta el cuello. La boina que llevaba no le protegía la cara y, mientras guiñaba los ojos a causa de la lluvia, maldecía a la nación que había adoptado un cubrecabezas tan idiota. Hacía frío y habría preferido quedarse con Peter en la cálida habitación del hotel. Pero tenía que ir a Reiherwerder y realizar su inspección antes de que oscureciera del todo. De manera que, haciendo de tripas corazón, se metió las manos en los bolsillos de la gabardina, inclinó la cabeza contra la lluvia y emprendió la marcha.

Mientras se dirigía hacia la parada del tranvía se dio cuenta de por qué tantos prisioneros que habían intentado escaparse sentían un alivio tan grande cuando los detenían y volvían a llevarlos al campo. Ninguno de ellos parecía sufrir demasiado por la decepción de haber sido cazados de nuevo. Y ahora, debatiéndose en su leve gabardina contra el frío y las ráfagas de lluvia, pensaba en el ambiente cálido y amistoso de la habitación de su grupo en el campo.

Ahora estaba solo, incluso separado de Peter. También había estado solo en la «fresquera» del campo de prisioneros, pero esto era diferente. Sentíase vulnerable y con cierto mareo mientras recorría la calle barrida por la lluvia. Había en aquello una cierta sensación de irrealidad, de algo demasiado bueno para ser verdad. Le parecía ser un pájaro exótico escapado de una jaula dorada, expuesto a los ataques de pájaros indígenas y, por tanto, más atrevidos. «Mi corazón es como un pájaro cantor», pensó. Se rehizo y sonrió amargamente. Una tórtola con un cuello de *sweater*.

Cuando se apeó del tranvía había vuelto a nevar. La lluvia se había convertido en nieve y en aquel intervalo del crepúsculo, es decir, entre la oscuridad natural y el apagón oficial como precaución contra los

bombardeos, brillaba una luz en la cabina del conserje a la entrada de la estación carbonera. John enseñó su pase y el centinela le dejó entrar. Dejó atrás el ambiente caldeado y luminoso de la casita del conserje y penetró en la desolación de los muelles. Allí, enormes montones de carbón se elevaban a ambos lados. Al llegar al muelle vio John los barcos carboneros que recortaban su silueta contra el pálido cielo.

No había barcos atracados al dique, pero a poca distancia, a su derecha, vio a un grupo de prisioneros que llevaban las largas túnicas y característicos cascos de paño de los rusos. Cerca de ellos se hallaba el centinela alemán. Apenas se veía su silueta a través de la nevada. Allí había poco que hacer. John torció a la izquierda. Ahora iba de espaldas al viento y podía mirar con más facilidad. Frente a él vio una gran construcción de madera a uno de cuyos costados se encontraba un vapor de negra chimenea.

Siguió a lo largo del muelle y, al llegar al pequeño cobertizo, vio que era una cocina. De su puerta partía una cola de hombres que llevaban cada uno una escudilla. Eran rusos y, a la luz evanescente del crepúsculo, parecían sus rostros muy demacrados y tétricos, aspecto que se acentuaba con las grotescas orejeras de sus cascos. Muy pocos de ellos llevaban abrigo y algunos iban incluso sin calzado. Tenían los pies envueltos en unas andrajosas vendas que parecían derretirse en el fango. Al pasar junto a ellos vio que uno de los rusos le echaba a su compañero la mitad de su ración de sopa. Siguió hacia donde estaba atracado el vapor. John se sentía más animado por contraste, después de haber contemplado el miserable aspecto de los prisioneros rusos.

Cuando llegó junto al barco observó que este era alemán. Decidió que si hubiera sido sueco, habría saltado a bordo. Siguió allí algún tiempo más, con el deseo de descubrir si vigilaba aquel trozo algún centinela. Los prisioneros habían terminado su trabajo y los guardias los ponían en filas para hacerlos regresar a los barracones. Era una imprudencia permanecer allí más tiempo y John, saliendo del recinto, tomó un tranvía para volver a la ciudad.

Se dirigió hacia el café donde había quedado en ver al francés que los había dejado tan súbitamente a merced de la alemana que hablaba sueco. «Me va a oír —pensó John—. No podré ser sarcástico, porque mi francés

no da para tanto. Me limitaré a explicarle lo peligroso que fue aquello y el lío en que nos metió. También le diré que renuncie a esos aires melodramáticos de conspirador».

El francés estaba sentado en una mesa cerca de la puerta. Cuando vio a John lo condujo a una mesa más alejada.

«Ya empezamos —pensó John—. Comienzan los juegos de escondite». Sentóse y pidió cerveza.

El francés tenía un vaso de cerveza frente a él y fumaba un cigarrillo. Hasta eso lo hacía furtivamente, lanzando miradas misteriosas a uno y otro lado del café entre cada dos chupadas. No miraba a John, sino que tenía los ojos fijos en la puerta. John encendió un cigarrillo y esperó pacientemente a que el francés se dirigiera a él. Se estaba enfadando. ¿Qué clase de juego se traía aquel tipo?

Cuando el francés se levantó y salió, le siguió John a la calle. El hombre bajó por el Bollwerk hasta la primera esquina de la izquierda, por donde torció. Pasaron ante la casa de Kleine Oder Strasse. Volvieron a la izquierda, subiendo por una empinada cuesta, y el francés entró en un portal al final de la calle. «No sé si querrá que entre tras él —pensó John—. Pudiera ser una trampa». Luego se rio de sí mismo. Sería absurdo que le tendieran una trampa. Le habrían detenido inmediatamente si se tratara de eso. De manera que entró.

Era una *Virtshaus* muy parecida a cualquier taberna inglesa. Había los mismos paneles de madera y un largo mostrador con un espejo detrás. El francés se había sentado con otros tres hombres en un rincón del fondo. Hablaba en voz baja con otros individuos, que ya ocupaban la mesa y lanzaba, como siempre, oblicuas miradas en torno suyo. «No permaneceré aquí mucho tiempo —pensó John—; mis nervios no lo resistirían». Se reunió con el francés. Cuando este le hubo presentado a los otros, habló con John y se disculpó. Explicó que eran miembros de un grupo comunista y que estaban metidos en un asunto muy peligroso. Dio a entender que se trataba de sabotaje y dijo que los alemanes habían puesto precio a su cabeza y a las de sus compañeros.

—No podía hablar con usted en aquel café. Nos espiaban. Aquí, en cambio, estamos seguros. El tabernero es miembro del Partido.

—Entonces veo que usted no puede ayudarnos —le dijo John.

El francés se encogió de hombros:

—Cada uno de nosotros tiene que realizar su tarea. La de ustedes es fugarse y volver a Inglaterra. La mía... —se volvió a encoger de hombros—. Pero disponemos de algún dinero; ¿les hace a ustedes falta?

—Se nos está agotando el dinero que trajimos —confesó John—. Pero tampoco tenemos provisiones y el alimento nos importa más que el dinero. Si pudiera usted darnos algunos cupones de racionamiento se lo agradeceríamos mucho.

—No podemos darles cupones. Vivimos a base del mercado negro. Pero sí podemos darles comida.

Llamó al mozo y le encargó sándwiches. Cuando los trajo, John se guardó uno en el bolsillo.

—¿Para el desayuno? —preguntó el francés.

—Para mi amigo.

—Entonces pediremos más. —Mientras John comía, los franceses discutieron los planes de los dos ingleses. Cuando se enteraron de cómo vivían Peter y John, dijeron que lo que más les convenía era instalarse en un campo francés. Aseguraron que nada tendrían que temer en uno de estos campos, pero no le ofrecieron llevarlos al suyo. Le aconsejaron que desconfiaran de un hotel cuyo dueño hablaba muy bien el francés y le revelaron que un establecimiento llamado el Café d'Accordion era el mejor sitio para entrar en contacto con marineros suecos.

Los dejó en cuanto pudo y marchó al Café d'Accordion. Al entrar por la baja puerta giratoria estuvo a punto de caerse al descender los tres escalones que daban acceso al local y se encontró en una amplia estancia llena de humo de tabaco y del ruido de las conversaciones. También cantaban. Era la primera vez que John había oído cantar en un café alemán, y en un rincón un pianista acompañaba a un jorobado vestido de gitano que tocaba el acordeón. Daba la impresión de que casi todos los clientes hablaban en francés, aunque de vez en cuando podía percibir John los cantarines tonos escandinavos. Junto al piano, una muchacha, con un *sweater* apretado y una falda negra, estaba sentada en las rodillas de un hombre con jersey de

marinero. La chica le pasaba su brazo desnudo alrededor del cuello y bebía un vaso de vino.

Al entrar en el establecimiento se dio cuenta John de que el jorobado tocaba *J'attendrai*. «Esto no parece real —pensó—; esto es Hollywood. Es una escena en Montmartre. Puede ser el decorado de *La rata*».

Pidió un vaso de vino, se recostó contra la barra y miró a la gente.

J'attendrai... Se acordó de su habitación de Oxford y de la casa flotante en el Támesis. El gramófono portátil y un disco de Jean Sablon. Aquella canción tenía tantos recuerdos para él... Pensó en aquel largo verano pasado en el Támesis. Recordó a Janet y cuando habían desembarcado en Shepperton. Bebían cerveza en *The Anchor* cuando ambos estaban aprendiendo a beber y no les gustaba mucho. Su hermano había regresado de Sandhurst; y habían bebido, a pesar de todo, mucha cerveza. Janet y John habían reposado a la verde sombra de los sauces. La madre de John hacía el té en el *primus*. Y siempre, como música de fondo, el gramófono tocaba *J'attendrai*.

Entonces vio al barbero que sabía inglés. Estaba sentado al fondo del local tras una mesa llena de vasos de cerveza. Vio a John y le hizo señas. John trasladó su vaso a aquella mesa y se sentó con ellos.

—Por fin lo he encontrado a usted —dijo el barbero—. Este es Pierre. Hemos estado buscándole a usted por toda la ciudad.

—¿Ha sabido usted de algún barco? —dijo John.

—Este es Pierre —repitió el barbero—. Creo que podrá ayudarle.

John estrechó la mano a Pierre y pensó que los franceses solo usaban el nombre propio. A él no le pidieron ni siquiera su nombre ni prueba alguna de identidad.

Dijo Pierre:

—Tengo un amigo que marcha a Suecia en un barco danés. Sale mañana. No sé cómo va ni por qué. Cuando le oí decir aquí a nuestro amigo que había en Stettin dos prisioneros ingleses que intentaban escaparse de Alemania, le pregunté a mi amigo si podía prestarles a ustedes alguna ayuda. Si vienen ustedes ahora conmigo puedo presentárselo y quizá les sirva de algo.

—¿Dónde está? —preguntó John.

—Yo le llevaré a usted a donde se encuentra mi amigo.

—¿Es lejos de aquí?

El francés se encogió de hombros:

—No muy lejos. Yo le acompañaré hasta allí.

—Me gustaría decirle a mi compañero adónde voy.

—Temo que no sea posible.

—Muy bien. Iré con usted.

—Bueno —dijo Pierre—. Será mejor por este lado. No vaya junto a mí. Es mejor que me siga a pocos pasos. Iremos adonde está mi amigo.

Era un típico barracón de campo de prisioneros y en él había un fuerte olor a tabaco francés. Cubrían casi totalmente las paredes fotografías recortadas de las revistas y en un hueco podían leerse las palabras «*Vive De Gaulle*».

—Siéntese aquí —dijo Pierre. Y salió por una puerta al fondo de la barraca.

John se sentó en uno de los taburetes de madera y se preguntó qué ocurriría luego. El hombre lo había conducido dando muchos rodeos, pero John adivinaba que había ido a parar al mismo campo que había visitado dos noches antes.

Poco tiempo después regresó Pierre acompañado por otros dos hombres. Eran muy corpulentos y uno de ellos iba armado con un grueso bastón. El hombre del bastón se quedó junto a la puerta.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó el otro en francés.

—John Clinton. Soy oficial británico.

—Me escama —dijo el hombre del bastón—. Tiene acento alemán.

—También puede ser acento inglés. André vendrá en seguida. Él lo sabrá seguro —dijo el otro.

Hubo un breve silencio.

—Tiene aire francés —dijo el del bastón.

—No te fíes de las apariencias, Raoul. Todos los hombres parecen iguales en esta época.

—Estoy seguro de que no es francés —repuso Pierre, que hasta entonces no había hablado.

—Claro que no soy francés —dijo John—. Ya le he dicho que soy inglés.

—Eso tendrá que probarlo —le advirtió Raoul—. ¿Sabe usted lo que le ocurrirá si descubrimos que no es inglés?

—Le repito a usted que soy inglés.

El hombre cerró un ojo y se pasó el dedo índice por la garganta:

—Si nos ha engañado, le encontrarán a usted flotando en el puerto. Nadie sabrá cómo fue usted a parar al agua. Antes tuvimos un caso igual, ¿verdad, Pierre?

—Ya. André nos dirá si es o no es —dijo Pierre.

Se produjo un prolongado silencio mientras John deseaba con toda su alma salir de aquella atmósfera de conspiradores. Todo aquello era melodramático; pero lo peor es que también era muy peligroso. Por fin se oyeron pasos en el sendero.

—Ya viene André —dijo Raoul.

André era pálido y andaba inclinado hacia adelante. Al entrar en la cabaña, le llevó Pierre a un lado y le habló al oído.

Miró a John y, cruzando la habitación, se puso a su lado:

—¿Habla usted francés? —le dijo en mal inglés.

—Un poco.

—Bien. Tengo que hablar muy ligero. Salgo para Suecia mañana. Existe una organización. Pero primero he de tener la prueba de quién es usted.

—Tengo aquí mi placa de identidad. —John empezó a desabrocharse la gabardina.

—Lo siento, pero no es suficiente. ¿Cómo se llama usted?

—John Clinton.

—¿Edad?

—Veintitrés.

—¿Es usted militar?

—Sí.

—¿Qué grado?

—Capitán.

—¿En qué campo estuvo usted?

—Stalag-Luft, número 3.

—¿En qué regimiento?

—No puedo decírselo.

—No se fía usted de mí. Es natural. Pero he de tener la prueba de su identidad. ¿Cuándo se escapó usted del campo?

—El viernes pasado.

—¿Cuándo lo capturaron?

—El 17 de diciembre de 1942.

—¿Dónde?

—África.

—¿Iba usted en un tanque?

—No. En una motocicleta.

—¿De qué marca?

—B. S. A.

—¿Le hirieron?

—En el brazo.

—Enséñemelo.

John empezó a quitarse la ropa.

—No, no me lo enseñe. Parece usted cansado. Dos años es mucho para ser prisionero de guerra.

—Solo estuve allí un año.

—Claro.

Un silencio. Estaban el uno frente al otro observándose. «¿Cómo podré ayudarle? —pensó John—. ¿Cómo podré probarle que soy lo que digo que soy? Comprendo que debe ser difícilísimo para ellos, pero ¿cómo voy a fiarme por completo?».

—¿Cuál era el nombre propio de su madre? —preguntó André.

—Mary Elizabeth.

—¿Cómo la llamaba su padre de usted?

—Betty.

—¿Tiene usted jardín?

—Sí.

—¿Qué flores hay en él?

—Rosas, pensamientos, geranios.

—¿Tiene usted auto?

—Sí.

—¿De qué marca?

—Morris.

—¿Caballos?

—Diez.

—¿Conoce usted Londres?

—Bastante bien.

—¿Cómo se llama la estatua de Piccadilly Circus?

—Eros.

—¿Qué le da fama?

—Sus floristas.

—Está bien. Otra cosa. —Y, sin más, le dio a John un bofetón en la mejilla.

—*What the devil...!* —empezó John.

Todos los franceses se rieron.

—Lo siento —dijo el hombre llamado André—. Ha salido usted bien de la prueba. —Se volvió al hombre más bajo—. Desde luego, es inglés. Yo, André, puedo garantizarlo.

—Muy bien —dijo Pierre—. Ahora nos ocuparemos del asunto; pero antes tiene usted que comer.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO VIII

PETER soñaba que un desprendimiento de tierra lo había inmovilizado en el túnel y que se agitaba para librarse. Se hallaba en una absoluta oscuridad y con un horrible calor y la tierra le entraba por la boca, los oídos y los ojos. Tragaba tierra cada vez que respiraba. Y mientras más se debatía, más tierra se desprendía del techo. Alguien excavaba desde arriba para salvarlo. Era John. Sabía que era John y le gritaba para decirle dónde estaba. Oía el ruido de la pala mientras John cavaba furiosamente para salvarlo antes de que se asfixiara. Si pudiera evitar que le entrase tierra por la boca... Con las manos procuraba contener la tierra que se desmoronaba; empujaba con todas sus fuerzas...

Y se encontró en el dormitorio de un hotel de Stettin. La tierra se había convertido en una almohada que lo ahogaba y el peso de la tierra se había transformado en el peso de un viejo edredón alemán con el que se había abrigado más las piernas. El sonido de los paletazos de John era ya una suave llamada en la puerta. Mientras cruzaba la habitación para abrir la puerta, se miró el reloj. Eran las diez y media.

—¿Por qué demontre te has encerrado con llave? —le preguntó John—. ¿Por miedo a los *goons*?

—La cerré mientras hacía los pases. Debo de haberme quedado dormido.

—¿Qué tal te salieron?

—No sé. No los he mirado desde que los acabé. —Fue a coger uno de los pases—. No está mal. Aunque sea yo quien lo diga, está muy bien. ¿Qué te parecen?

Le entregó los dos a John.

—Por lo menos, tienen el color exacto. Es una lástima que no tengamos que usarlos.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido? Ven, estás cansado, siéntate y cuéntamelo. —Acercó una silla para John y él se sentó en la cama—. Cuéntamelo.

—Espera un momento. Antes, tengo que darte algo. —John sacó los sándwiches, que ya estaban sucios—. Siento que no pude envolverlos en ningún papel.

—¿En dónde los conseguiste? —le preguntó Peter con la boca llena de pan y salchicha.

—Me los dio aquel tipo melodramático. Además, me dejó algún dinero. Por lo visto, es un saboteador o algo por el estilo y eso te explicará su aire de conspirador.

—De todos modos, los sándwiches son estupendos. Ten, cómete uno.

—No te preocupes, ya he comido los míos. Además, me hicieron comer en el campo francés. —Y le contó a Peter todo lo que había ocurrido desde que salió del hotel.

—Ese Café d'Accordion parece estar bien —dijo Peter.

—Sí, no está mal. Y además la cerveza es buena. Creo que podríamos ir allí mañana por la noche.

—Y ese Pierre ¿no nos estará buscando?

—No podemos confiar en ellos —dijo John—. Hablan demasiado. Yo creo que todo se les va por la boca. Sería un error esperar tranquilamente a que ellos hagan algo por nosotros.

—¿En dónde dormiremos mañana?

—Los franceses me dijeron que debíamos seguir aquí. Pero yo no lo creo así. La verdad es que no me fío de ellos. Además, solo alquilamos esta habitación por una noche y les haríamos sospechar a los del hotel si nos quedamos más tiempo. Y también hemos de tener en cuenta el dinero. ¿Qué tal te parecería pasar otra noche en un refugio antiaéreo?

—Da lo mismo —dijo Peter—. Tal como están las cosas, esto no puede durar mucho. Encontraremos petróleo más pronto o más tarde.

A la mañana siguiente se quedaron en la cama todo el tiempo que se atrevieron. Ahora que ya sabían que los franceses estaban dispuestos a ayudarles, se les hacía cada vez más difícil ocupar el tiempo libre. Cada

momento que pasaban en la calle era peligroso; sin embargo, no podían permanecer demasiado tiempo en el hotel para no despertar las sospechas del dueño.

Siguieron en cama hasta la hora de almorzar. Llovía otra vez y no querían llegar a la noche empapados porque a lo peor tenían que dormir vestidos. Por fin se levantaron, se lavotearon bien en el lavabo y marcharon al Café d'Accordion. Estaba cerrado.

—¿Crees que les habrán cerrado el establecimiento? —preguntó John—. Era un sitio escandaloso.

—Supongo que solo abren por las noches. Vamos a tomar un *stamm* y volveremos más tarde.

El café estaba atestado, pero se las arreglaron para encontrar una mesa para dos. Habían estado comiendo todos los días en sitios como aquel desde que llegaron a Stettin y Peter no se intranquilizaba como antes. Ahora John seguía haciendo el gasto de la conversación y cuando este había pedido la cerveza y el *stammgericht*, iba al lavabo y dejaba a Peter guardando la mesa.

Llevaba sentado allí algún tiempo, abstraído en sus pensamientos. John había ido al lavabo. Al principio, no se dio cuenta Peter de que un individuo se dirigía a él. Luego levantó la vista y vio un irritado rostro alemán inclinado hacia él. «*Ich bin Ausländer, nich verstehen*». Iba a decirlo cuando comprendió que el alemán le preguntaba si la otra silla estaba ocupada. La cosa era evidente. El hombre se apoyaba en el respaldo de la silla desocupada y levantaba las cejas interrogativamente.

«Demonio —pensó Peter—, ¿dónde estará John? ¿Qué diantre voy a decir? Si no digo algo, este tío se va a sentar a mi lado». Sonrió exageradamente:

—*Das ist besetzt* —dijo esto señalando la silla de John—. *Das ist frei* —añadió abarcando con los brazos gesticulantes la totalidad del café.

Entonces volvió John. El hombre se había alejado.

—Un puñemero *goon* quería tu silla —dijo Peter.

—¿Cómo te lo quitaste de encima?

—Muy sencillo. Le expliqué que la silla estaba ocupada y le di a entender que se podía sentar en cualquier sitio. Parecía un buen hombre. En

realidad, he sostenido con él toda una conversación.

Después de almorzar volvieron al puerto, aquel puerto que conocían ya tan bien. Llegaron más allá del Bollwerk, donde el río Oder parecía más oscuro y las gaviotas giraban y planeaban por el cielo, chillando y mirándolos con sus ojos amarillos en la perfecta libertad de su vuelo. Pasaron junto a las motoras que esperaban para dirigirse hacia los destructores anclados en Swindmünde. Luego volvieron a pasar delante del Café d'Accordion, que seguía cerrado, cruzaron el puente y llegaron a la entrada del puerto libre. Desde fuera de la alambrada vieron que no había ningún barco neutral y, aunque dieron varias vueltas, no consiguieron ver ninguna bandera sueca.

Cuando empezó a oscurecer regresaron al café donde habían encontrado a los muchachos franceses. Sentáronse y bebieron tranquilamente la cerveza mientras contemplaban a la gente.

Peter pensaba en los franceses. ¿Servirían de algo? ¿Valdría la pena seguir haciendo tiempo, con el riesgo que esto implicaba, o sería mejor dirigirse directamente a Danzig? Phil había ido a Danzig y probablemente estaría ya en Suecia. Se estaban relacionando demasiado con los franceses.

Quizá estuviera John en lo cierto. Es posible que debieran haberse valido de sus propios medios.

De pronto su mirada tropezó con la del hombre sentado en la mesa próxima. Recordaba haber visto antes aquella cara. Pensó que la había visto varias veces y se le había grabado en lo subconsciente. Creía ahora que aquel hombre había estado siempre en los mismos cafés que ellos. «Es natural —pensó Peter— que ocurra esto. Hasta ahora todo ha sido demasiado bueno, demasiado fácil». Y al encontrarse cara a cara con aquel individuo sentíase casi aliviado. Lo que le traía nervioso era más la incertidumbre que el peligro. Se inclinó hacia John.

—¿Ves a ese que ha entrado hace poco?

—¿Cuál?

—Ese. El que está sentado junto al radiador.

—¿Qué le pasa?

—Nos está siguiendo.

—No digas tonterías.

—Te aseguro que es verdad. Ha estado en casi todos los cafés donde nosotros estuvimos.

—¿Y para qué demontre iba a seguirnos? Si quisieran pescarnos, lo harían sin necesidad de seguirnos.

—No sé por qué lo hace —dijo Peter—. Pero nos está siguiendo.

—Vamos a salir de dudas. Bébetelo y vamos a otro café.

Acabaron la cerveza y, sin mirar al hombre, se levantaron y salieron. Anduvieron rápidamente y entraron en otro café de la misma calle. Pidieron más cerveza y sentáronse junto a la puerta. El hombre no entró.

—Pura imaginación —dijo John—. Volvamos al sitio de antes.

—No. Bebámonos antes la cerveza.

—En seguida volveremos. Conviene salir de dudas de una vez.

Cuando se encontraron en la calle había una oscuridad absoluta. Subieron la calle en dirección al otro café.

—Viene detrás de nosotros —dijo Peter—. Debe de habernos esperado fuera.

John miró atrás rápidamente:

—Sí, parece el mismo tipo. ¿Qué vamos a hacer?

—Mientras esté él, no podemos hablar con nadie. Si nos sigue sin habernos detenido todavía, es que quiere emplearnos de cebo para pescar a los franceses que nos están ayudando. Tenemos que despistarlo como sea.

—Vamos a aquel café del que nos escapamos por la ventana.

—Imposible. Se lanzarían contra nosotros en cuanto nos vieran. Supongo que todavía no habrán reparado el cerrojo. Tendremos que perder a ese tipo en otro sitio. Es mejor que nos separemos.

—Bien —dijo John—. ¿Dónde nos encontraremos?

—Es preferible que no sea en el Café d'Accordion por si acaso nos sigue todavía a alguno de los dos. Te veré frente al hotel a —se miró el reloj— las nueve y media.

—De acuerdo. No iremos en dirección a él. Cuando lleguemos al próximo cruce de calles, yo marcharé por la derecha y tú por la izquierda. Entonces él vacilará y nos será más fácil despistarlo. Si no lo conseguimos en ese momento, será cuestión de que el perseguido, tú o yo, se las ingenie para desprenderse de él.

Anduvieron al mismo paso hasta llegar a la primera esquina. Entonces se separaron y empezaron a andar de prisa. Peter torció a la izquierda y luego a la derecha hasta salir del Bollwerk. Había bastante gente por allí y Peter tenía que abrirse paso entre los transeúntes. No volvió la cabeza, pues no quería que el hombre creyera que él se había dado cuenta. «Si supone que yo estoy al tanto de sus movimientos —pensó Peter—, nos detendrá en seguida». Aminoró la marcha y empezó a llenar su pipa. Hizo esto cuidadosamente y se dio unos golpecitos en los bolsillos como para saber si llevaba cerillas. Fingiéndolo no llevarlas, se volvió de un modo natural y recorrió en dirección contraria el camino que había traído. Al dar la vuelta vio que un hombre se escondía en un portal.

Pasó ante el umbral sin mirar. Llegó a un café donde sabía que tenían a disposición de los clientes una llamita permanente en el mostrador para encender los cigarrillos. Peter encendió allí su pipa y volvió a salir del café. Andaba rápidamente. Tomó la dirección de la primera vez con la esperanza de encontrarse de frente al hombre que lo seguía.

Esta vez no lo vio y llegó al Bollwerk. Cruzó el puente que había sobre la estación del ferrocarril y salió a la carretera de Reiherwerder. Había un tranvía en la parada final de trayecto. Estaba a punto de salir. Peter corrió las últimas cien yardas y tomó el tranvía cuando empezaba a adquirir velocidad. El revisor lo sujetó por el brazo y le gritó en alemán. Peter volvió la cabeza, pero no pudo ver ya al hombre que le seguía.

Siguió en la plataforma del tranvía durante dos paradas. A cada parada se detenía también detrás del tranvía un auto y Peter pensó que podía ser un auto que hubiera cogido su perseguidor. A la tercera parada ya había desaparecido el auto, de manera que pudo apearse del tranvía y cruzar la calle. Al otro lado esperó el próximo tranvía que iba al centro. Pero no se apeó en el Bollwerk. Siguió y se quedó frente al Hotel Sack en espera de John. «Es mejor que no me mueva de aquí —pensó—. Estoy más seguro quieto».

A las nueve y media en punto vio que John venía calle abajo.

—Te siguió —dijo John—. Me paré para encender un pitillo y le vi seguirte. ¿Conseguiste darle el esquinazo?

—Sí. Tomé un tranvía en marcha y lo dejé plantado. ¿Qué hacemos ahora?

—Vamos a irnos de aquí como sea. Cuanto antes mejor. Podemos meternos en un tren que vaya a Danzig.

—Es una lástima perder todos los contactos que hemos conseguido. Creí que por fin íbamos a lograr algo positivo. Si vamos a Danzig, tendremos que empezar todo de nuevo.

—Muy bien; entonces volveremos primero al Café d'Accordion —dijo John—. No me hace gracia dormir a la intemperie esta noche y es posible que encontremos algún sitio por medio de aquella gente. Si no tenemos suerte, nos vamos directamente a los depósitos de mercancías y nos metemos en el primer tren que podamos.

El Café d'Accordion estaba tan lleno como siempre. Pidieron sus bebidas y permanecieron acodados a la barra, abarcando desde allí a la gente. Al lado de Peter había un hombre de su misma edad, un marinero mercante. Estaba completamente borracho y farfullaba una mezcla de alemán, inglés y francés. Trataba de vender un traje.

—¿Cuánto? —preguntó John en inglés, y repitió—: *Wieviel?*

El hombre lo miró solemnemente.

—*How much?* —dijo—. *I spik English, I spik German, I spik Dutch, I spik French, I spik all languages.* —El hombre dio un traspiés y recobró el equilibrio—. Le diré a usted cuánto. —Tiró de John hacia adelante para apartarlo de la barra y le dijo al oído—: Es de contrabando. —Le pasó un brazo a John por los hombros, cariñosamente—. Lo traigo en una lancha de mi barco. Y ahora lo vendo. Hablo inglés, hablo...

—¿De qué barco es usted? —lo interrumpió John, también en inglés, pero en voz muy baja.

El marinero no se avenía a hablar bajo:

—*I spik English, I spik German...*

De pronto se desplomó y fue a dar con la cara contra el suelo entre los pies de los que estaban cerca. Al caer, arrastró el vaso de cerveza que tenía John en la mano y que le cayó en la espalda, empapándosela de cerveza. También se le mojó el cabello.

Peter se llevó a John a un lado.

—No te mezcles en esto —dijo.

Alguien había levantado al marinero y se lo llevaba a un rincón. Peter le oía gritar en inglés:

—Hablo sueco, hablo ruso, hablo alemán...

—¿De qué nacionalidad es? —murmuró Peter.

—Creo que sueco —dijo John.

—Está demasiado borracho. Apártate de él.

—Claro.

Se acercó una camarera con una bandeja llena de vasos de cerveza. Al pasar, un joven francés la retuvo por la cintura y empezó a hablarle en un alemán burlesco.

—*Ach, mein Liebe* —dijo—. *Ach, mein Liebling, mein Liebschen.*

Ella se libró del abrazo indignada y él le hizo entonces un gesto obsceno.

—¡Ese es nuestro hombre! —dijo Peter.

John miró al muchacho. Parecía tener unos veinticinco años, era alto y fuerte, moreno y de ojos vivos. Tenía una boca grande de labios carnosos, una nariz recta y el pelo enmarañado. Llevaba al cuello un pañuelo y la chaqueta le quedaba demasiado corta por las mangas. Estaba sentado echado hacia atrás, un cigarrillo le colgaba de la comisura de la boca y estaba lo bastante borracho para hacer y decir lo que se le antojaba. Aunque su aspecto hacía pensar que siempre se salía con la suya. Un hombre capaz de ayudarle a uno si se lo proponía. No un hombre que se asustara de ayudar a uno que estuviera en peligro.

—Esperaré a que vaya al lavabo —dijo.

Cuando el francés fue al lavabo lo siguió John. Cuando regresaron ambos, Peter pudo ver que ya habían trabado relación. John le hizo señas a Peter desde la mesa del francés y se lo presentó con el nombre de René. No hablaba inglés. Peter tuvo la impresión, solo por el tono de su voz, de que aquel muchacho los ayudaría. Era una voz inconfundible, animada y amistosa.

René pidió una ronda de vasos y John le contó la historia de su estancia en Stettin. Le habló del hombre que los había estado siguiendo porque no

querían que su nuevo amigo corriese riesgos de los que no le hubieran advertido.

—Deben ustedes venir conmigo a mi campo —dijo René—. El refugio antiaéreo no es seguro. Y también es peligroso vagar por las calles. Deben ustedes esconderse hasta que les encontremos un barco. Conozco al barbero... el francés que habla inglés, como ustedes le llaman. Es un buen hombre. Les encontrará a ustedes un barco. Entre tanto, mis amigos y yo buscaremos por otra parte. Deben ustedes venir con nosotros. Les daremos de comer y nos cuidaremos de ustedes hasta que puedan escapar.

John se volvió hacia Peter y le tradujo lo que René había dicho. «Gracias a Dios —pensó Peter—, gracias a Dios. Por fin, después de todo este tiempo, hemos encontrado al hombre que buscábamos». Le sonrió a René y este devolvió la sonrisa levantando el pulgar.

Luego Peter miró a la puerta con la furtiva mirada circular que le había parecido tan ridícula en el francés, pero que él había adquirido inconscientemente. Y con esa mirada vio al hombre que los había estado siguiendo.

Estaba apoyado de espaldas en el mostrador contemplándolos y bebiendo un bock de cerveza.

Peter sintió una súbita ira, rebelándose contra el destino que los había atraído engañosamente con promesas de buen éxito solo para abandonarlos en el último instante. Le pasó por la cabeza, como un relámpago, la idea de matar a aquel hombre y de arrojar su cuerpo al mar. Luego el sentido común se impuso y Peter se entregó a un fatalismo que había ido creciendo en él desde que cayó prisionero. Hasta aquel momento todo les había salido bien. Lo único que podían hacer ahora era someterse y que los condujeran al campo. Era inútil luchar. Había ocasiones para luchar y ocasiones para someterse. Ahora, con un poco de suerte, podrían volver al campo de prisioneros... para intentar una nueva fuga. Era siempre cuestión de suerte y los dados tendían a caer, naturalmente, en contra de los prisioneros que pretendían fugarse. Una vez fuera del campo, todo dependía de la suerte, y hasta entonces la suerte había estado de su parte. Ahora se les había vuelto en contra. A pesar de estos razonamientos, Peter sentíase indispuerto. Era como si hubiese enfermado de pronto con un repentino deseo de retroceder

en el tiempo, de retrasar el reloj y no cometer de nuevo los errores que los hacían perseguir ahora por la Gestapo. Se volvió hacia John y le tocó en las rodillas.

—Ese hombre que nos seguía está en el bar.

John hablaba con René, y René le sonreía. Al oír a Peter, John dijo rápidamente unas palabras en francés, pero René no dejó de sonreír. Miró al individuo que estaba de espaldas al mostrador y entonces sonrió con más ganas.

René se levantó y fue hacia el hombre del bar. Le dijo unas cuantas palabras y el otro abandonó inmediatamente el café.

—¿Qué le dijo usted? —le preguntó John a René cuando este volvió a la mesa.

René se rio:

—Es el hermano del barbero. Venía siguiéndolos a ustedes para que no les pasara nada. Ahora tenemos que volver a mi campo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO IX

TUVIERON que andar varias millas para llegar al campo de René, pero las recorrieron muy contentos. Esto no era ya andar por andar. No era moverse de un lado a otro por miedo a quedarse algún tiempo en un mismo sitio, por la sensación de que los estaban cazando y de que si se movían con más rapidez era más difícil atraparlos. Ya no era vagar por el puerto o por la ciudad en busca de franceses cualesquiera y asustados todo el tiempo de que les pidieran los papeles. No era andar a causa del hambre y del frío y porque al hacerlo les pareciera tener menos frío y menos hambre. Esto de ahora era ya ir a un sitio determinado, andar sin ocultarse y con decisión. Por eso estaban contentos.

Mientras caminaban, René les explicó por qué habían sido seguidos. Aquel hombre era miembro de una organización antialemana, parte de una organización a la que pertenecía el francés que iba a marcharse a Suecia. Aparentemente, André no había quedado completamente satisfecho con el resultado del interrogatorio y por eso los habían seguido; al principio, por las sospechas de André, y después para protegerlos.

John le preguntó sobre la organización y René les dijo que su principal objeto era mantener la moral de los prisioneros franceses. No tenían como objetivo directo la acción. Realizaban un sabotaje negativo aunque en pequeña escala; pero el principal propósito de la organización era unir a los prisioneros en su odio contra los *boches* y mantener vivo en ellos el espíritu de Francia.

—Por ahora, nada podemos hacer —dijo René—, pero cuando los ingleses realicen la invasión y nos arrojen armas, nos levantaremos.

Cuando llegaron al campo, entraron por la puerta de la empalizada, esta vez sin ocultarse. Este campo era mayor que el otro y tenía aire de campo de trabajo y no de prisión. Aunque tenía también alambre espinoso, se notaba que esto era más un símbolo que una defensa. Las barracas eran

limpias y secas; sin embargo, tenían el mismo olor mezclado que las prisiones. Había diez camas en la habitación de René, diez armarios, una mesa y algunas herramientas.

Después de haber sido presentados a sus nuevos compañeros, Peter y John comieron pan moreno alemán con margarina que parecía tocino.

No hablaron mucho. Estaban cansados. Poco después de haber comido los franceses les aconsejaron que se acostaran. Los dos ocuparon la cama de René y este compartió la de otro francés. Resultaba casi agradable para ellos hallarse otra vez en el duro lecho carcelario; otra vez en la viva oscuridad de la atestada habitación con el familiar sonido de los hombres que dormían y el repentino brillo de los cigarrillos encendidos.

Los despertaron muy temprano, antes de amanecer, cuando los franceses se vestían para ir al trabajo. Tomaron, lo mismo que los otros, el desayuno de pan con margarina y café *ersatz* y encendieron sus cigarrillos, cuando oyeron pasos fuera. René quiso esconderlos debajo de las literas, pero antes de que Peter y John se movieran abrióse violentamente la puerta y entró un hombre jadeando.

Era el barbero y cuando pudo hablar lo hizo en francés. Se sentó en el taburete que tenía más cerca y durante unos momentos estuvo secándose la frente con un pañuelo.

John se dirigió a Peter:

—Ha hablado con los de un barco para que nos lleven a Copenhague.

—¿Copenhague? Eso es Dinamarca.

—Sí.

—Dinamarca está ocupada por los alemanes.

—Ya lo sé.

—¿Y para qué va a servirnos eso?

—Hombre, así saldremos de aquí, por lo menos:

—No tenemos documentos daneses. Ni dinero.

—Tampoco nos queda dinero alemán, de manera que esa no es una razón. Y los daneses pueden ayudarnos. Además, es más fácil llegar a Suecia desde Dinamarca que desde aquí.

Peter reflexionó sobre ello. Como de costumbre, John se dejaba llevar por su impulso. Con tal de salir de Alemania, era capaz de ir al mismísimo infierno. Pero Peter era cauto. Quería estar seguro de que no arriesgaban el terreno que ya habían ganado. Mientras más tiempo pasaba desde que escaparon del campo, más cauto se volvía, más interés ponía en conservar lo que habían ganado, incluso a veces exponiéndose a no avanzar ni un paso.

Estaba indeciso y los franceses los miraban en silencio, sorprendidos de sus dudas.

—Ahora podemos vivir aquí —dijo Peter—. ¿Por qué no seguimos aquí hasta que encontremos un barco que nos lleve directamente a Suecia?

—No podemos vivir de estos chicos eternamente. —John se impacientaba, pues no podía comprender los motivos de la vacilación de Peter. A él no le preocupaba lo que iban a hacer en Dinamarca; solo le interesaba la seguridad de poder llegar allí, de hacer algo que fuera decisivo y que les permitiera de una vez terminar con su estancia en Alemania.

—Podemos entrar en contacto con la Resistencia en Dinamarca —dijo.

—Y hasta entonces, ¿qué haremos? —le preguntó Peter—. ¿Dormir en el campo?

—Pues yo estoy decidido a ir. —John, obstinado, se estaba enfadando de veras.

—Pídele más detalles. Pregúntale si la tripulación se queda en Dinamarca y si podremos vivir con ellos cuando desembarquen.

John se dirigió al barbero y le habló en francés. El barbero, al responder, se encogía de hombros.

—No lo sabe —tradujo John—. Dice que la organización se ha ocupado de todo. Eso es cuanto puede decirnos. Ha venido en busca de nosotros para llevarnos a donde está uno de los tripulantes.

—Deberíamos asegurarnos primero. Bien sabe Dios lo que nos ha costado llegar a este punto y ahora que estamos en relación con las personas necesarias quieres salir de estampía para Dinamarca. Caer prisionero en Dinamarca no es más agradable que ser cazado en Alemania. Es inútil lanzarse detrás del primer arenque rojo que vemos pasar.

—¿Por qué supones que se trata de un arenque rojo? Por el contrario, creo que es más fácil pasar de Dinamarca a Suecia. Nos será mucho más fácil apoderarnos de un pequeño bote allí que aquí. De todos modos, es mejor plan que irnos a Danzig.

—Bueno. Vamos a ver qué dice ese hombre.

John habló con el francés y después con Peter.

—Tenemos que verlo dentro de una hora frente al Café d'Accordion.

Una hora más tarde estaban esperando la llegada del marinero danés. No esperaron a la puerta del café, sino más abajo, en un sitio desde donde podían observar, sin ser vistos, el lugar de la cita.

Esperaron diez minutos más, pero el marinero no llegaba. Empezaron a alarmarse y estaban a punto de regresar al campo cuando se les acercó un joven que llevaba un buen abrigo azul. Parecía un estudiante.

—Buenos días —dijo en un inglés bastante correcto.

—Buenos días —contestó Peter.

—He venido a llevarlos a ustedes a bordo de mi barco. Me sobra un pase. Puedo llevar conmigo a uno de ustedes y volver luego por el otro.

—¿Qué ocurrirá cuando estemos en Dinamarca? —preguntó Peter, sintiéndose, al decir esto, culpable de ingratitud.

—Cuando lleguen ustedes a Dinamarca estarán muy bien.

—¿Dónde viviremos? ¿Cuánto tardaremos en llegar a Suecia?

—Una vez en Dinamarca podrán ustedes pasar fácilmente a Suecia desde allí. Mucha gente cruza todos los días de Dinamarca a Suecia. Desde Alemania no es tan fácil.

—Tiene razón, Pete. —John quería convencerlo. Deseaba que su compañero se diera cuenta de las ventajas de aquello lo mismo que él, de un modo claro y sin vacilaciones.

—¿Dónde nos esconderán ustedes en el barco? —preguntó Peter. John sentíase molesto con la actitud de su amigo. Era una sensación parecida a la que experimentó un día en Exeter cuando salió de compras con su tía, y la buena señora, que había pasado muchos años en la India, regateaba con los tenderos. Quería tozudamente que la rebajaran los precios, que eran tan fijos e intocables como la ciudad misma en su vieja tradición.

—Nos esconderán bien; no te preocupes —dijo—. Ya sabrán ellos dónde meternos.

—Zarpamos esta tarde —dijo el danés.

—Es mejor que vayamos con él, Pete.

—¿Quién va a ir primero? —preguntó Peter aceptando las circunstancias a regañadientes—. Ve tú primero, si quieres.

—¡Qué disparate! —dijo John—. Vas tú primero. —Se dirigió al danés—: Le esperaré a usted aquí mismo. —Y a Peter—: Si te dejo aquí, se te acercaría alguien y tendrías que hablar.

No tuvieron dificultad para entrar en el recinto portuario. El danés hizo pasar a Peter delante de él y luego se le acercó y le dijo:

—Sígueme, pero no venga demasiado cerca. Sígueme hasta la pasarela y no mire a nadie. No venga demasiado cerca de mí. Si me paro a hablar con alguien, usted se adelanta y luego anda más despacio hasta que yo le alcance.

Peter le siguió hasta el muelle abiertamente y a la luz del día por los mismos sitios por donde John y él habían andado subrepticamente de noche. Llegaron hasta el lugar en donde el barco danés se hallaba atracado. Se llamaba el *S. I. Jacobsen*. Había una pasarela echada y al otro lado del muelle los soldados rusos descargaban un barco bajo la supervisión de un alemán.

El danés subió por la pasarela, cruzó la cubierta y desapareció por una escotilla. Peter lo siguió y se lo encontró en el castillo de proa. El danés le indicó sin hablar una silla y salió otra vez a cubierta.

Peter, sentado en la oscura cabina, esperaba a que el danés volviera con John. Observó la camareta triangular bordeada de literas dobles. El vértice del triángulo era la proa del barco. En la base de ese triángulo había una estufa de hierro y en el centro una larga mesa entre las literas.

Peter deseaba ya que el barco estuviera navegando; anhelaba sentir el balanceo y saber que el barco los llevaba lejos de Alemania. Levantóse y, asomándose a uno de los portillos, miró al muelle. El centinela alemán tenía la espalda vuelta al barco y vigilaba a los rusos. John y el danés venían

hacia el dique con aire despreocupado. «Esto va a resultar bien —pensó Peter—; saldremos de aquí».

Poco después John y el danés estaban reunidos con Peter, calentándose las manos en la estufa.

—Pronto estaremos en casa —dijo el danés—. Ustedes estarán en sus casas quizá para Navidad.

Peter miró a John. En casa hacia Navidad... Lo que había sido un sueño se convertía en una realidad. Lo que había parecido un fantástico alarde era ya una posibilidad. Y mientras más se acercaban a la meta, más nervioso se ponía él. Ahora estaban en manos de otras personas. No podían tomar decisiones hasta que desembarcaran de nuevo. Solo les quedaba seguir las instrucciones que recibieran. Otras personas tenían que pensar por ellos. Pero ¿eran competentes esas otras personas? Ellos se jugaban la cabeza en aquella aventura. Es decir, todos los tripulantes se jugaban sus cabezas menos John y Peter, y, sin embargo, este no se fiaba del todo. Mientras John y él dirigieron sus propios asuntos en la fuga, no se preocupaba tanto. Si perdían, para eso se arriesgaban y no podían echárselo en cara a nadie. Al principio, John había sido el que deseaba que fueran solos y no establecieran contacto con los franceses; el que había rehuido el riesgo que suponía hablar con estos en las calles. Había deseado la aventura de ellos dos solos, apoderándose de una lancha o por algún medio parecido, pero viajando solos y sin depender de los franceses.

Pero ahora ya nada tenía remedio. Habían hecho lo que habían podido. Fueron hasta donde podían ir. Habían dependido de los franceses y ahora dependían de los daneses. Ya no podían cambiar nada. Solo tenían que dejarse llevar y que los otros decidieran por ellos. Y esto era lo que le ponía nervioso a Peter. Entonces entró Petersen. Petersen era el patrón del barco y había estado en tierra. Era un hombre muy corpulento. De alta estatura, grueso, moreno, con barba negra. Tenía los ojos azules e inyectados de sangre y olía a *schnapps*. Estaba borracho, con borrachera «cariñosa».

—Ahora, muchachos, estaréis perfectamente. Yo soy Petersen. —Habla un inglés de acento norteamericano—. Llamadme Pete. Soy el patrón de esto. Mandé a Sigmund en busca de vosotros. Me he preocupado de todo. Podéis estar tranquilos.

Se dirigió a John:

—¿Tú, aviador?

—No —dijo John—. Estoy en el ejército de tierra.

—En infantería, ¿eh? —Sacó una botella de *schnapps* del bolsillo de su chaqueta—. Chicos, ¿queréis un trago? —Destaponó la botella y limpió el gollete con la palma de la mano antes de ofrecérsela a John—. Antes de la guerra, ¿qué hacíais?

John bebió un trago antes de contestar:

—Estaba en la Universidad.

—Profesor, ¿eh? —Se volvió a Peter—. Demasiado joven para ser profesor.

—Era estudiante —explicó Peter.

—No; él era profesor —insistió Petersen.

—Bueno, sí —concedió Peter—. Era profesor.

Los demás tripulantes fueron llegando uno a uno hasta reunirse todos en la cabina. No parecía sorprenderles que hubiera desconocidos allí. Se reunieron cinco. Eran cinco jóvenes, casi unos muchachitos, y vestían limpiamente, aunque con prendas baratas. A medida que iban entrando tomaban un trago de la botella de *schnapps*, cambiaban sus trajes de paisano por *sweaters* y gabardinas de marineros, y en seguida se convirtieron en hombres más hechos y más de fiar. Sigmund, el que los había traído al barco, fue el que más cambió al variar de ropa. Se había puesto un grueso jersey marinero típicamente escandinavo y que le daba más autoridad.

Después de mudarse, los tripulantes ocuparon sus sitios en torno a la mesa de la camareta y bebieron *schnapps*. Mientras, el chico que hacía de camarero freía huevos con tocino sobre la estufa. Peter tomó asiento apoyando la espalda contra una de las literas. Bebía *schnapps* y olía el tocino que freían. Uno de los marineros le ofreció un cigarrillo, pero no pudo fumar.

Se le estaba revolviendo el estómago con el olor a tocino frito y el mareante ruido del aceite hirviendo.

Trató de hablar con Petersen para distraerse hasta que el chico colocó frente a él en la mesa un plato con huevos y tocino. Se lo pasó a John, y

Petersen les cortó gruesas rebanadas de pan blanco de una hogaza que había sobre la mesa. Entonces le llegó a Peter su plato. Petersen sentóse junto a ellos mirándolos mientras comían con gran apetito y rebañando los platos con pan después de terminar.

—Estabais hambrientos, ¿eh?

—Un hambre horrorosa —le respondió Peter.

Petersen fue hasta una alacena que había al fondo de la camareta y volvió con un gran trozo de pastel en un plato.

—Está hecho con huevos —dijo—. El último cargamento nuestro: huevos. Huevos para Alemania. —Y remató sus palabras con un breve y explosivo sonido de sus labios.

Durmieron en las literas mientras la tripulación se preparaba para zarpar. Hacia las dos los despertó Petersen con té y sándwiches y les dijo que los alemanes irían a inspeccionar el barco antes de zarpar. Sentóse frente a ellos a la mesita de la camareta mientras comían. Sus callosas manos color caoba reposaban en el borde de la mesa. Le faltaba uno de los dedos de la mano derecha.

—Muchachos, comed bien, debéis comer —les dijo—. Ahora tenéis que pasar al pañol. Tendremos la inspección ahora. Otra inspección, en Swindmünde y será la última de Alemania. Después, derechos a Copenhague.

—¿Hay muchos alemanes en Copenhague? —preguntó Peter.

—Naturalmente, centenares. Preguntad a Sigmund sobre los alemanes. Él dirá. Es un tragafuegos. Quiere tragarse a todos los alemanes que hay. Quiere tirarlos a todos al mar. Peligroso muchacho.

—¿Pertenece a la tripulación?

—Es un enlace para una organización clandestina. Navega con nosotros como marinero. Navega ya demasiado tiempo. Pronto lo pescarán. Se está jugando la cabeza.

Petersen apartó un panel en el vértice del triángulo que formaba la cabina. Detrás había un reducido espacio formado por la proa, el llamado pique de proa. Solo cabían los dos hombres justos y olía a pintura y a agua salada. Las paredes eran las cubiertas de acero internas del buque. Allí dentro hacía mucho frío y el agua se filtraba por los costados.

Peter y John se encajaron en el pique y Petersen les pasó una caja de madera para sentarse, una linterna eléctrica, una botella con agua y otra vacía.

—Quizá tengáis que seguir ahí varias horas —dijo el patrón—. No encendáis la linterna si oís voces y no habléis a no ser que yo abra la puerta. Los alemanes bajarán hasta la camareta, pero no emplearán gas lacrimógeno. Es que los traeré yo para darles un trago. ¿Comprenden? Los convidaré en la camareta; de modo que tenéis que estaros muy quietos. Si hacéis cualquier ruido... —se pasó la mano por el cuello en ademán de cortarlo—. Y no fuméis, por si os hace toser. Yo me encargo de ellos. ¿Comprendido? Yo los sé manejar. Si el perro se acerca aquí, también yo sé cómo alejarlo. Con un poco de pimienta, ya está.

Volvió a colocar el panel y los dejó en absoluta oscuridad. John encendió la linterna y se dispusieron a esperar el tiempo que fuera preciso. Hacía frío y, a pesar de sus gabardinas y gruesa ropa interior de lana, temblaban de frío.

Permanecieron allí varias horas sin poder hablar y sobresaltados cada vez que oían pasos en cubierta. Por fin oyeron el ruido característico de las botas militares, el aullido de un perro y voces alemanas gritando en el muelle. Luego hubo un silencio. Empezaban a sentirse rígidos y estuvieron tentados de llamar con los nudillos en el panel de entrada. Habían llenado la botella vacía y el frío se hacía insoportable. El húmedo casco de acero emanaba una intensa frialdad que les anquilosaba los miembros y les paralizaba la mente. La fuga es, sobre todo, frío, pensó Peter. Frío y espera. También es calor algunas veces, al excavar y al correr. Pero principalmente es frío y hambre y perder el tiempo esperando. Y bien sabe Dios que se aprende a ser paciente.

Oyeron que los alemanes bajaban a la camareta. Llegó hasta ellos la voz de Petersen, exageradamente elevada. Hablaba en alemán y se oían risas y el chocar de un vaso contra una botella. Notaban que los soldados se instalaban en el asiento que se hallaba debajo de las literas.

Peter escuchaba con angustiada atención. Había olvidado el frío. Escuchaba las voces alemanas y temía oír el husmear de los perros. Creyó oírlo una vez, pero no estaba seguro de ello. Habían apagado la linterna y

en la oscuridad sintió Peter la tensión de John acurrucado a su lado y escuchando también las voces de la cabina.

Luego oyó que se marchaban y la voz triunfadora de Petersen cuando los vio marcharse. Oyó sus pasos sobre cubierta y a Petersen que volvía a la camareta y apartaba el asiento para abrir el panel.

—Ya me los quité de encima. Ahora tenemos que comer algo, luego os esconderé abajo. Mirad allí. El centinela alemán. ¿Lo veis? —Se habían asomado los tres al portillo. Un soldado alemán estaba al pie de la pasarela—. Cuando zarpemos, vendrá ese con nosotros hasta Swinemünde. Luego lo dejamos en Swinemünde y entonces podréis subir. Por lo pronto, comed algo antes de bajar.

Les dio más sándwiches de pan y tocino. Luego los hizo bajar por una trampa en el suelo de la camareta a la segunda cubierta, y desde allí, por otra escala, a la tercera cubierta. Avanzaron un poco y el patrón abrió una tercera trampa. Bajaron por ella y pasaron a la caja de cadenas.

—Tened cuidado con la cadena del ancla —dijo—. Apartaos de ella cuando baje el ancla. La echaremos en Swinemünde. Cuando sintáis bajar el ancla es que ya os queda poco que esperar. —Les dejó un farol y varios sándwiches de tocino y volvió a subir. Peter y John oyeron el ruido de las trampas al cerrarse conforme el patrón subía a cubierta.

Encontraron unos sacos en un rincón y se prepararon con ellos un lecho. Hacía frío en la caja de cadenas. Más frío que en el pañol de antes, pero por lo menos podían moverse y mover los pies y golpearse las espaldas para quitarse el frío. Peter se comió su parte de sándwiches y se durmió.

Algún tiempo después se despertó con la disminución de marcha de las máquinas. Por esto conocieron que habían llegado a Swinemünde. Se acurrucaron en un rincón, lo más lejos del ancla que les fue posible. Las máquinas se pararon por completo y el ancla empezó a bajar. La cadena saltaba y se retorció como un animal salvaje en aquella estrechez. Por fin se quedó inmóvil y los dos amigos oyeron el suave lap-lap de las olas contra el casco. Era un mortal silencio después del ruido de las máquinas y del estruendo de la cadena del ancla.

«Ahora vendrá la última inspección —pensó Peter—. Si salimos bien de esta llegaremos a Dinamarca».

Tendidos en el duro lecho de lona escuchaban el chapoteo del agua y se imaginaban al piloto y al guardia saliendo del barco y que el capitán se hacía cargo de él. Pero solo podían oír el ruido del agua contra el casco y algún otro ruido que podía ser el bote del piloto al abandonar el buque.

El ancla empezó a levantarse y las máquinas volvieron a ponerse en marcha. El barco se movía. Peter y John sabían que podrían llegar a Dinamarca.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO X

PETER se despertó de pronto y del todo. Había una absoluta oscuridad. Sacó la linterna del bolsillo de su gabardina y la enfocó sobre su reloj de pulsera. Se había parado. Paseó el haz luminoso por el pañol. John dormía con la cabeza apoyada en el brazo. En su rostro sin afeitarse había una leve sonrisa y sus largas pestañas le sombreaban las mejillas.

Se había mareado durante la noche. Peter se revolvía en la incómoda lona. Le sabía mal la boca y tenía los labios secos y agrietados. Habían devuelto hasta que, agotados, se quedaron dormidos. El farol se había consumido y los dejó a oscuras. Peter se había mareado otras veces, no solo en el mar, sino incluso en el aire. Pero nunca se había sentido tan mal como ahora. El mar estaba muy revuelto y el agua de la sentina no había cesado de agitarse y emanaba de ella un olor insoportable.

Mientras les duró el farol, no lo habían pasado tan mal. Pero cuando se les acabó el petróleo y no pudieron verse mutuamente sino solo oírse sus quejidos y vómitos, se les convirtió su encierro en un infierno húmedo, negro y apestoso.

Oyeron pasos en la cubierta bajo la cual se hallaban y Petersen bajó por la escala, trayéndoles un jarro de café y algunos sándwiches. No venía borracho y les dijo que podían subir, pues había pasado todo peligro.

—Tuve que dejaros en el pañol a causa de la patrulla costera. ¿Te mareaste, profesor?

John miró a Peter:

—Quiere saber si nos hemos mareado.

Una hora después bajó Sigmund con un farol y los condujo a la camareta.

—Aquí estaréis más confortables —dijo—. Podéis dormir en las literas durante las dos noches que faltan y luego tendréis que bajar otra vez. Supongo que allí no habréis estado muy cómodos.

—No se pasa demasiado mal —dijo John—. Es que todavía no estamos acostumbrados al movimiento.

—Esto se pondrá todavía peor —dijo Sigmund—. Por esta época solemos tener muy mala travesía. La mar mejorará cuando estemos entre las islas.

—¿Adónde iremos cuando lleguemos a Copenhague? —preguntó Peter.

—Los esconderemos a ustedes en la ciudad o vendrán conmigo a la Resistencia. Dependerá de los marineros. A veces, nuestros botes tienen que esconderse a causa de las patrullas alemanas. Tenemos que esperar hasta que lleguemos a Copenhague para saber lo que hemos de hacer. Pero de un modo o de otro, todo se arreglará. Ahora estarán ustedes con nosotros. Mister Olsen es el que tiene que decidir.

—¿Quién es Mr. Olsen?

—En realidad nadie se llama Mr. Olsen. Es el nombre que damos al jefe del Movimiento de Resistencia. No sé el verdadero nombre del que tenemos ahora. No quiero hablar de la Resistencia.

Pasaron el resto del día en la camareta jugando a las cartas, durmiendo o comiendo los huevos y el tocino que Petersen preparaba en la pequeña estufa. Como lo había previsto Sigmund, el tiempo empeoró y por la noche el barco cabeceaba de tal manera que los dos pasajeros se alegraron de poder acostarse en las literas.

Al día siguiente seguía la mar tan alborotada. No pudieron desayunar; prefirieron quedarse inmóviles en las literas y esperar que pasara el tiempo. Ahora tenían tiempo de sobra para pensar en el futuro. A Peter, que se encontraba muy mareado, le parecía que en Dinamarca iban a estar muy poco mejor de lo que habían estado en Alemania. En Dinamarca se encontrarían en manos de la Resistencia. Actuarían sin saber los motivos ni el sentido de sus actos. Se limitarían a hacer lo que les dijeran sin comprender por qué ni para qué lo hacían. Decidió que reducirían su estancia en Dinamarca lo más posible.

Durante los dos días siguientes les habló Sigmund de la ocupación alemana de Dinamarca. Contó lo «correctos» que habían sido los nazis al principio, movidos por la esperanza de lograr la conquista pacífica del país, cogiéndoles el alimento que necesitaban para el ejército alemán y

empleando solo una pequeña parte de ese ejército como fuerzas de ocupación. Pero los daneses se habían negado a cooperar. Por las noches se habían producido tiroteos en las calles. Habían muerto algunos soldados alemanes. Los invasores retuvieron a algunas personas como rehenes y establecieron el toque de queda. Ahora no se permitía a ningún danés salir de casa después de las ocho de la tarde. Muchos de los jóvenes se habían retirado al campo desde donde organizaban guerrillas contra los alemanes.

—La mayoría somos estudiantes —les dijo Sigmund—. Únicamente viven en el campo los que no pueden ya mezclarse con la población por haber sido descubiertos. La vida de un enlace no dura mucho. Después de unas cuantas idas y venidas, acaba siendo fichado por los alemanes. Entonces es cuestión de suerte el que pueda librarse del campo de concentración o del fusilamiento. Si se enteran a tiempo de que han sido descubiertos y no los mandan en ninguna nueva misión, pueden ocultarse en el campo. Yo he tenido suerte hasta ahora. Este será mi último viaje. Cuando llegue a Copenhague me quedaré con las guerrillas.

En la mañana del tercer día, Sigmund, que había estado en el puente, bajó a la camareta.

—Hemos recibido un radio de Mr. Olsen en clave —anunció—. Los nazis quieren detenerme cuando llegue a Copenhague.

«¡Diablo! —pensó Peter—; ahora sí que estamos arreglados».

—Mr. Olsen nos envía un pequeño bote para recogerme antes de que el barco llegue al puerto —continuó Sigmund—. Modificaremos el rol para que mi nombre no aparezca. Ustedes dos tendrán que venir conmigo.

—¿Adónde iremos? —preguntó Peter.

—Al campo. Parece que ha habido mucho jaleo en Copenhague. Han detenido a muchos. Tendremos bastante trabajo.

—¿Cómo van a llevarnos a los tres en un bote pequeño? —preguntó Peter.

—Desde luego, será difícil. Han avisado al capitán. El barco entrará en el puerto mañana por la mañana. Por la noche nos saldrá al encuentro el bote y embarcaremos en él. Si lo fallamos, estamos perdidos. En último

término, me tiraría al mar antes de amanecer y procuraría llegar a la costa. Siempre será mejor que un campo de concentración.

—Podríamos irnos en un bote salvavidas —sugirió John.

—Imposible. Notarían que faltaba un bote y fusilarían al capitán. No figuraremos en los libros y a él no le ocurrirá nada. Pero si tomamos un bote de este barco podría serle fatal.

Pasaron el resto del día y la noche esperando angustiosamente al bote. Se levantó el viento y Peter y John volvieron a marearse.

Antes del amanecer disminuyeron la marcha las máquinas y los tres subieron a cubierta. El mar estaba muy agitado y llovía. El viento, barriendo las crestas de las olas, esparcía el agua salada en la cubierta. El cielo parecía hallarse solo a unos cuantos pies por encima de la mar, sólido y negro, y el viento rugía mientras el barco cabeceaba.

—Con esta mar —gritó Peter—, nunca lograremos saltar a un bote.

Agarrados a la amura, esforzaban los ojos, mientras el agua les azotaba la cara, para distinguir el bote.

—Esto me da mala espina —dijo John—. Sería imposible nadar en estas condiciones.

El barco se balanceaba en el mar como una cáscara de nuez. A la débil luz del alba podían ver las crestas blancas de las olas que se quebraban y deshacían con el viento. En un momento determinado, el barco quedaba a cuarenta pies sobre el nivel normal y al momento siguiente se hundía como si no fuera a subir más. Pero subía, sacudiéndose el agua, y apenas si sus máquinas conseguían hacerlo avanzar un poco.

—¡Allí está! —gritó Sigmund.

Peter tuvo apenas tiempo de ver un cohete rojo que caía en el mar:

—¡Van a alarmar a la patrulla costera! —dijo.

Mientras decía esto, salía tras él un cohete que el barco enviaba en respuesta. El bote lanzó otro y entonces distinguieron Peter y John la pequeña embarcación a la que las olas zarandeaban como si fuera un tapón.

—Tendremos que saltar —dijo Sigmund—. No se acercarán mucho con la mar como está. —Se alejó y volvió con tres salvavidas—. Pónganselos ustedes. Nos tiraremos uno tras otro. Pero es preciso que cada uno espere a

que el anterior haya sido recogido por los del bote. Usted primero —le dijo a John.

El bote se acercó por sotavento. Llevaban un pequeño foco con el que iluminaban el espacio donde habían de caer los fugitivos.

—¡Tírese usted! —ordenó Sigmund.

John se tapó la nariz y saltó. Cayó en el agua entre el costado del barco y el bote y fue izado a bordo. El bote se inclinó de popa.

—¡Ahora usted! —dijo Sigmund.

Peter se subió a la amura y miró al negro mar. Escogiendo un momento en que el barco descendía, saltó para caer a bastante distancia del barco y cerca del bote.

Al principio no sintió la frialdad del agua. Pero luego empezó a helarse. Hacía esfuerzos desesperados por acercarse más al bote y tragaba agua salada. Estaba aterrorizado. Les costó algún trabajo subirlo. Luego lo tendieron en el fondo del bote y uno de los ocupantes de este le introdujo coñac abriéndole la boca con dificultad.

Sigmund llegó poco después. Pusieron el motor a toda marcha y avanzaron hacia la costa. El oleaje hacía dar brincos a la pequeña embarcación. Tocaron tierra cuando ya amanecía. El viento se había abatido algo, pero el mar seguía revuelto y el cielo estaba amenazador y con nubes muy bajas. Era una costa tétrica y desolada. Grandes acantilados negros se elevaban del mar gris y mostraban una franja blanca en su base.

Los dos hombres que llevaban el bote no habían hablado. Los tres pasajeros, mojados, temblaban bajo un montón de mantas, echados en el fondo de la pequeña embarcación.

Al llegar a la costa, Sigmund habló en danés con el timonel.

Este replicó también en danés. Era un individuo tranquilo, curtido por el mar.

—Han detenido a Mr. Olsen —dijo Sigmund—. Los nazis han detenido a Mr. Olsen. —Lo decía como si esto significara el fin de la Resistencia.

—¿Cómo? —preguntó Peter. No le preocupaba mucho Mr. Olsen en aquel momento. Tenía frío, sentíase mal y deseaba, por encima de todo, desembarcar.

—Esos *jerries* asaltaron la finca donde él estaba. Lo han encarcelado.

Entraron en una pequeña bahía y luego en un estrecho fiordo donde había una franja de blanca playa de la que salía un empinado sendero hasta lo alto del acantilado. Podían oler las algas, que despedían un fuerte y mareante olor en la fresca matutina, y las gaviotas giraban y planeaban por encima de ellos chillando y volviendo la cabeza para mirar el bote.

El timonel volvió a hablar con Sigmund.

—Hemos de darnos mucha prisa —tradujo Sigmund—. Tenemos bicicletas en lo alto del acantilado. Estos hombres esconderán el bote. Ellos han visto patrullas alemanas que rondan por aquí. No podemos perder tiempo.

Subieron por la cuesta hasta la cumbre del acantilado. La ropa, empapada, se les pegaba al cuerpo. Pero cuando llegaron arriba, ya habían reaccionado y sus ropas despedían vapor mientras ellos miraban el pacífico y ordenado paisaje que se extendía ante sus ojos.

Era un paisaje de juguete. Un paisaje de limpias casitas, campos que parecían recortados y buenos caminos. No había vallas, sino pequeños setos de separación hechos de madera o de tierra.

Al final del sendero encontraron tres bicicletas encadenadas y con un candado que abrió Sigmund con la llave que le había dado uno de los tripulantes del bote.

—Tenemos que correr mucho. Se está haciendo tarde.

Salió el primero y los condujo por aquellos caminos tan llanos y agradables. Eran unas bicicletas pesadas y de forma rara, con neumáticos muy gruesos y con el manillar vuelto hacia arriba; pero siempre era mejor ir en ellas que andando y el viento los azotaba secándoles la ropa. Entonces salió el sol y les calentó la sangre. Por primera vez desde hacía mucho tiempo se sintieron libres.

Sigmund los conducía a buena velocidad. Siguieron pedaleando durante varias horas; pasaron por aldeas y pueblos sin detenerse en ellos. Saludaban a los aldeanos a gritos, pero seguían su camino con una gran impaciencia por llegar al cuartel general de la Resistencia y saber qué le había ocurrido a Mr. Olsen.

Peter, en cambio, no tenía prisa. El sol relucía y él no sentía la menor impaciencia por complicarse en la Resistencia. Lo que a él le interesaba era

salir del país. La Resistencia era un asunto marginal, un incidente en el plan general de la fuga y Peter se proponía hacer que ese incidente fuera lo más breve posible. Tenían ya la ropa seca y él disfrutaba de aquel paseo en bicicleta por aquella región desconocida y encantadora.

Había pasado la tormenta dejando un cielo azul claro por el que flotaban algunas nubecillas que parecían humo plateado. Los caminos eran rectos y bordeados de árboles, y en los pueblos las casas estaban pintadas de rosa, blanco y azul pálido, y en las tranquilas calles se veían enormes hayas de ramas peladas.

Se detuvieron a la salida de uno de estos pueblos en una pequeña granja a cierta distancia de la carretera.

—Aquí está el cuartel general —les dijo Sigmund—. Esperen a que yo informe.

Le dejó su bicicleta a John y llamó a la puerta. «*Dit dit dit dah*», el signo W.

Una mujer abrió la puerta. Era una anciana vestida con traje típico de las campesinas de aquella región. Un pañuelo de colores le enmarcaba su moreno y arrugado rostro.

Sigmund se reunió con sus amigos.

—Se han marchado. Tenemos que recorrer unos cuantos kilómetros más.

Volvieron a subir en sus bicicletas y continuaron pedaleando. A Peter no le interesaba ya el paisaje. Tenía todo el cuerpo entumecido y quería llegar a donde fuera lo más pronto posible. Sentía mucha hambre y sed y la ropa le molestaba mucho por la sal que se había secado en ella.

El nuevo Cuartel general era una granja grande de ladrillo y techo de paja y anticuadas chimeneas de enorme tamaño.

Un muchacho montaba la guardia ante la verja. Vestía pantalones de campaña ingleses, *sweater* y botas de marinero. Cubría su cabeza con una gorra negra de visera reluciente e iba armado con una subametralladora Thompson y un revólver en una vaina de cuero sujeta a la pierna a estilo *cowboy*.

Sigmund le habló en danés. El centinela saludó y se apartó para dejarlos pasar.

Entraron en la granja y se encontraron en una habitación de techo bajo con suelo de piedra. En un extremo había una estufa de mosaico y en el centro una larga mesa a la que estaban sentados varios hombres. La habitación parecía una armería. Alineados en la pared había varios rifles de reglamento y debajo de ellos unas cajas con municiones; y otras abiertas, con granadas de mano. A la izquierda de los rifles, una mesita que sostenía un aparato de radio inglés transmisor y receptor. Sobre la mesa larga había cuatro ametralladoras Browning.

Los hombres miraron a los tres recién llegados. Todos ellos llevaban armas.

Sigmund habló con ellos en danés rápidamente. Peter le oyó pronunciar varias veces las letras R. A. F.

Los hombres se levantaron. Se les alegró el rostro a todos ellos al oír algo que les decía Sigmund.

—R. A. F. —dijo el hombre que parecía presidir a los de la mesa. Hablaba un inglés dificultoso—. Sean ustedes bienvenidos a nuestro país. Es bueno ver la R. A. F.

—Este es Carl —dijo Sigmund—. Es el lugarteniente de Mr. Olsen.

Carl era un individuo alto, de cerca de cincuenta años. A pesar de su edad y de sus cabellos grises, daba una impresión juvenil y firme.

—Bienvenidos —repitió.

—Gracias —dijo Peter. Miró a los otros dos. Ambos eran jóvenes. Parecían estudiantes. La mirada de Peter se detuvo sobre lo que había en la mesa y exclamó:

—¡Ametralladoras Browning! —Cogió una de estas armas que le eran tan conocidas.

—No disparan —dijo Carl.

Peter examinó el arma:

—Sistema número 1 —dijo—. Creo que podremos arreglarlas.

Los hombres observaron a Peter mientras este desarmaba la ametralladora. Les encantaba ver cómo se iba desarticulando en piezas sueltas en las manos de Peter y cómo iban siendo colocadas esas piezas en

filas bien ordenadas sobre la mesa de madera. Siguió desarmando la ametralladora hasta dejar al descubierto la recámara.

—Mala suerte. Tiene roto el percutor.

—¿No puede usted arreglarlo? —preguntó Carl.

—Haría falta una recámara de repuesto —le dijo Peter.

Carl se dirigió hacia un rincón del cuarto donde había un montón de sacos. Sacó de entre ellos otra ametralladora Browning, que tenía el cañón doblado y estaba toda ella retorcida por el fuego.

—¿Dónde la encontraron ustedes? —preguntó John.

—En un bombardero de la R. A. F. que fue derribado aquí cerca —dijo Carl—. Llegamos antes que los alemanes. Todos los tripulantes estaban muertos. Les hicimos un funeral militar. Están enterrados en el cementerio local. Quitamos el armamento y las municiones.

Peter desarmaba la ametralladora inutilizada.

—Estupendo —dijo—. Tiene muy bien la recámara. Podremos arreglar la otra.

—Muy bien —dijo Carl—. Hemos preparado unos soportes para ellas. Las emplearemos contra los alemanes.

Habían comido todos juntos en aquella mesa ganso asado y legumbres de la finca con cerveza danesa floja y buen pan blanco amasado por la mujer del granjero. Carl se llevó a Sigmund a la otra habitación, mientras los cuatro jóvenes seguían sentados. Los daneses hablaban un inglés bastante correcto y se entretuvieron charlando de sus armas. Empleaban una pintoresca variedad de armas danesas, alemanas y finlandesas, pero estas eran las primeras ametralladoras Browning de que disponían. Nunca las habían visto y tenían grandes deseos de saber cómo se manejaban.

—Las hay que se alimentan por la mano derecha y otras que lo hacen por la mano izquierda —explicó Peter—. Las fabrican así para que se adapten a las torretas de tiro.

—¿Cómo las cargan ustedes? —preguntó uno de los daneses. Era un muchacho alto, de cabello rubio, con gafas. Le llamaban Hans.

—Primero preparan ustedes la correa —y Peter les mostró cómo se ponían los cartuchos juntos para formar la cinta—. La que encontraron

ustedes en el avión incendiado se componía de varias series en el siguiente orden: perforadoras, incendiarias, explosivas, sólidas y trazadoras. —Mientras decía esto se veía de nuevo en el barracón de un aeródromo de Inglaterra. Fuera, el incesante zumbido de los motores y dentro una clase para aburridos aviadores que solo escuchaban a medias al instructor que, como un loco, recitaba las lecciones del manual de armamento.

—Usarán ustedes las balas adecuadas al fin que se propongan en cada momento —continuó—. La trazadora no les será de mucha utilidad, pero las incendiarias resultan muy útiles para los sabotajes. —Les enseñó cómo podían distinguir el tipo de bala guiándose por el color de los redondeles que llevaban en su base los cartuchos.

—¿Y para enfriarla? —preguntó el segundo estudiante. Era un muchacho bajito con una cabellera negra y rizada. Parecía judío.

—Hay que dispararla en ráfagas cortas. Están dispuestas de tal modo que se enfrían por sí solas; fueron concebidas para disparar en el aire de las alturas. Marcharán bien si disparan ustedes ráfagas cortas como con un fusil-ametralladora. Si no, se encasquillarán.

—Las usaremos en el asalto a la cárcel. Si hubiéramos sabido manejarlas antes no habrían detenido a Mr. Olsen. Lo libertaremos esta noche.

—¿Cómo lo cogieron? —preguntó John.

—Después de un *raid* que hicimos —respondió el judío—. Una buena operación: atacamos un transformador de Copenhague. Nos escapamos en un camión y fuimos arrojando clavos por la carretera. Resultó muy bien y todos escapamos.

—Después de ese *raid* fue cuando detuvieron a míster Olsen —dijo Hans—. Lo descubrió un miembro del Schalburg Corps y lo denunció a los *jerries*.

—¿Qué es el Schalburg Corps? —preguntó John.

—Una sección del partido nazi danés. Se organizaron para contraatacar las actividades del Movimiento de Resistencia. Precisamente por ser daneses son más peligrosos para nosotros que los militares alemanes. Son unos traidores y entre nosotros hay una guerra a muerte. La lucha entre nosotros y el Schalburg Corps es mucho peor que la que sostenemos contra

los alemanes. No podemos ya ni acordarnos de la vida que llevábamos antes de que nos invadieran los alemanes. Llevo luchando más de un año. Mi madre y mi hermana están en Copenhague, pero yo no he ido a casa desde hace un año porque si fuera a visitar a mi madre la detendrían los alemanes. A mi hermano lo han enviado a un campo de concentración en Alemania.

—A mi padre lo mataron —dijo el judío—. Lo fusilaron porque era judío. Mi madre se escapó y está en Suecia.

—Conseguimos pasar quinientos judíos a Suecia el mes pasado —dijo Hans.

—¿Cómo se las arreglaron ustedes? —dijo Peter. Esto era lo que más le interesaba. Lo que había estado esperando durante toda la conversación.

—En botes pequeños. Los pasábamos por la noche, cruzando el estrecho.

—¿Y las patrullas alemanas?

—Las burlamos. Conocernos bien estas aguas y los vientos. A mí incluso me divertía esa tarea. Nos trataron muy bien en Suecia.

—¿Pueden ustedes hacernos llegar así a Suecia?

—Veremos lo que opina Carl —dijo Hans—. Durante la ausencia de Mr. Olsen él es el jefe. Pero lo primero es rescatar a Mr. Olsen.

Aquella tarde los llevó Sigmund en tren a Copenhague.

—Les llevo a ustedes a casa de mi hermana —les dijo—. Hagan ustedes exactamente lo que ella les indique y procuren producir el menos ruido posible. Si no vuelvo a buscarles deben esperar allí pacientemente hasta que alguno de nosotros se ponga en relación con ustedes. De ninguna manera deben salir del piso.

Les condujo, dando un rodeo, por un dédalo de callejuelas que parecían todas iguales y se detuvo ante una moderna colmena de pisos. Pulsó uno de los timbres que había en el portal, entró por la puerta oscilante y subió por las escaleras de cemento armado. Peter y John lo siguieron hasta uno de los departamentos cuyas puertas daban al descansillo del tercer piso.

Una muchacha alta y hermosa abrió la puerta. Parecía asustada. Sigmund le habló en danés y ella cerró los ojos. Se puso muy pálida, pero sonrió y les hizo pasar.

CAPÍTULO XI

ERA una habitación pequeña amueblada con un sentido moderno, de paredes color crema y plantas verdes en tiestos en la ventana y varios estantes pequeños en la pared. Se respiraba allí un aire de calma y de orden femenino. Peter se sentía extraño y basto en este pisito, que era la primera vivienda privada en la que había entrado desde hacía un año. Le parecía que llenaba de suciedad y peligro el piso de esta joven y esto no le hacía gracia.

Sigmund no los había presentado a su hermana. Le había hablado en danés y a ellos les recomendó otra vez que no salieran del piso. Los dejó allí en una situación embarazosa, frente a la aterrada muchacha que los miraba desde el otro lado de la mesa.

El miedo de la joven era evidente. Estaba muy pálida. Sus grandes ojos revelaban el miedo que la atenazaba. Para Peter era esta una nueva clase de miedo y el darse cuenta de ello le hacía sentirse molesto.

John fue el primero que habló:

—Es usted muy amable al admitirnos aquí. —Era lo que se dice siempre y a John, apenas pronunciadas estas palabras, le pareció una estupidez haberlas dicho.

La muchacha dijo algo en danés.

—No habla inglés —aclaró Peter.

John trató de hacerse entender en francés, pero la joven volvió a contestar en danés y movió la cabeza negativamente. Probó en alemán, pero tampoco lo entendía. De manera que tuvieron que permanecer los tres en silencio y sin saber qué hacer. Seguían de pie porque la muchacha no se había sentado.

Peter le acercó una silla, ella sonrió y se sentaron los tres a ambos lados de la mesa.

A la joven no se le quitaba el miedo. Peter se preguntó si lo que la asustaba eran ellos mismos o el peligro que ellos representaban. Era una

situación muy difícil. ¿Qué podían hacer para darle naturalidad a la escena? Había un aparato de radio en un rincón del cuarto. Peter lo señaló y dijo:

—¿Inglaterra?

La muchacha asintió con la cabeza. Sacó un gramófono de un armario y puso en él un disco de baile. Luego encendió la radio y sintonizó la B. B. C. muy bajito. Parecía estar acostumbrada a ello. En Alemania, entre los franceses, hubiera parecido una exageración. Aquí, rodeados por el miedo de la joven, les parecía una precaución razonable.

Peter y John se acurrucaron junto al aparato, pegando el oído a él, mientras la muchacha seguía poniendo música de baile en el gramófono. En la B. B. C. la voz tranquila y fría de un locutor leía las noticias del día. A ambos les pareció que Inglaterra estaba ya muy cerca. Muy próxima y muy real.

Cuando terminaron las noticias, la joven se puso el sombrero y el abrigo. Movi6 un dedo sobre la esfera de su reloj de pulsera para indicarles que estaría fuera una hora.

Mientras ella estuvo ausente, se lavaron los dos y se afeitaron. Después se durmieron en sus sillas, sentados cada uno a cada lado de la estufa eléctrica.

A última hora de la tarde los despertó la joven, que les traía unas tazas de té.

—Aunque no hable inglés, sabe cuál es la hora del té inglés —dijo John.

Había traído de la calle un diccionario danés-inglés. Les dijo que se quitaran los zapatos para que sus pasos no se oyeran en el piso de abajo. Puso la radio para que no se les oyera hablar. En realidad, tenía la radio siempre funcionando y ellos llegaron a acostumbrarse de tal manera que se ponían nerviosos si la quitaba, por temor a que pudieran oírlos.

La muchacha no se tranquilizaba. En cuanto se abría una puerta de otro piso o escuchaba pasos lejanos, se levantaba descompuesta, y solo se calmaba cuando el silencio era absoluto.

Este miedo era nuevo para Peter. En el campo de prisioneros no temían así a los alemanes. Lo más que podía ocurrir era que, al intentar fugarse, lo mataran a uno por la espalda; pero este era un riesgo natural de la guerra.

Durante los días pasados en Alemania, después de fugarse del campo, no había sentido Peter un miedo como aquel. Era más bien el miedo de la excitación, el frío miedo a la Gestapo, a los delatores; el miedo fatalista de los civiles sometidos al poder militar. El terror que sentía esta muchacha era a las torturas, a los látigos y demás horrores de los campos de concentración alemanes, a ser arrastrada a un destino desconocido, pero vagamente imaginado.

Y para ellos ese miedo era contagioso. Por primera vez desde que salieron del campo empezó Peter a añorar la seguridad de aquel encierro, a admitir sin reservas el grandísimo peligro que suponía hallarse fuera de las alambradas. Quería huir de esta joven, huir del miedo en que ella vivía.

La ayudó a fregar las tazas de té en la pequeña cocina y volvió al saloncito donde John trataba de sintonizar la B. B. C.

—Esa chica tiene un miedo infernal —dijo.

—Y yo también —confesó John—. Preferiría jugarme la cabeza en la calle a estar encerrado aquí.

—No me gusta la idea de que podamos complicar a esta gente en nuestro asunto —dijo Peter—. Si nos cogen a nosotros solos, pues... hemos perdido y en paz. Ya sabemos todo lo más que pueden hacernos. Pero si nos pescan revueltos con esta gente no sabemos a dónde iremos a parar todos.

—No tenemos más remedio que correr ese riesgo. A mí tampoco me hace maldita la gracia, pero hemos de confiar en ellos.

—No es que yo desconfíe de ellos, sino sencillamente que me molesta ignorar lo que ocurre entre esa gente mientras estamos aquí. Lo que me fastidia y me asusta es depender de personas que no conocemos. Supón que el asalto a la cárcel les sale mal y los detienen o los matan a todos. ¿Qué sería entonces de nosotros?

—Les saldrá muy bien —dijo John—. Sigmund volverá en busca nuestra. Estaremos en Suecia antes de lo que pensamos.

—¡Ojalá sea verdad! ¡Dios quiera que vuelva pronto! Creo que no podré soportar mucho más tiempo esta inactividad.

Durmieron aquella noche en el piso y a la mañana siguiente regresó Sigmund. Traía vendada una de sus manos.

—¿Cómo resultó eso? —preguntó John.

—Estupendo —dijo Sigmund—. Salvamos a míster Olsen. Hemos matado a varios *jerries*.

—¿Qué le ha pasado en la mano?

—Una herida de bala. Fue un buen *raid*. Ahora tenemos que irnos. Procuraremos pasarles a ustedes esta misma noche. Hemos de buscar a Petersen.

—¿Cómo vamos a ir? —preguntó Peter.

—En el mismo barco que nos trajo a Dinamarca. Atracó anoche. Tendremos que embarcar de nuevo. En su regreso a Alemania tiene que pasar Petersen por la costa sueca y nos las arreglaremos para que ustedes desembarquen.

—¿Cómo van a hacerlo? —preguntó Peter.

—Todo saldrá bien, no se preocupen —les tranquilizó Sigmund—. Cuando entren en aguas neutrales subirá a bordo un piloto sueco y hay que dejarlo de nuevo al salir de las aguas neutrales. Nuestro plan consiste en que ustedes desembarquen con el piloto.

—¿Cómo entraremos aquí en el muelle? —preguntó Peter.

—También eso lo hemos previsto. Emplearán ustedes dos pases de tripulante. Lo mismo hicimos con un prisionero inglés llamado Rowe. Lo sacamos de Danzig en un barco sueco.

Peter se dirigió a John:

—¡Vaya con Phil! Nos ha vencido.

—¿Era ese el que me dijeron ustedes...? —dijo Sigmund—. ¿Es el que se fugó con ustedes?

—Lo dejamos atrás —dijo Peter—. Nunca creímos que consiguiera escapar de Alemania antes que nosotros.

—Seguramente se figura que nos han vuelto a detener y que a estas horas estamos en Sagen —comentó John—. Te apuesto lo que quieras a que ya nos ha escrito al campo.

—Pronto estaremos con él. —Peter sonrió—. Se va a quedar asombrado.

—Tenemos que irnos —les advirtió Sigmund.

Todos se pusieron en pie.

—¿Quiere usted darle las gracias de nuestra parte a su hermana? —rogó Peter—. Dígale que nos parece una mujer muy valiente.

Sigmund habló con su hermana.

—Ella les agradece el cumplido —tradujo Sigmund— y quiere que les diga que nada tiene de valiente. Se alegra de ayudar a los que luchan para liberar a nuestro país. Pero está siempre amedrentada.

—Dígle que no es la única —dijo Peter—. Que nosotros tenemos un miedo infernal.

Sigmund tradujo esto y la muchacha sonrió, dando a entender que no lo creía. Les tendió la mano y los vio bajar las escaleras desde el descansillo. Cuando Peter veía a Sigmund con su ropa de ciudad, perdía fe en él. El Sigmund de a bordo y el Sigmund en tierra eran dos personas diferentes. En el barco, con su grueso jersey de lana y sus pantalones de marinero resultaba un hombre fuerte. Un hombre rudo y simpático en el que se podía confiar porque no se mareaba. Pero en tierra, con su cuello blanco y su corbata azul tan barata, incómodo en sus estrechos zapatos, le infundía miedo. Peter no confiaba en el Sigmund en tierra. Y lo mismo le pasaba con Petersen.

Almorzaron en un gran café del centro de Copenhague. Estaba atestado de gente. Les pasaron unas grandes cartulinas con el menú y escogieron ostras, pollo y helado. Mientras comían, una orquesta tocaba bailables ingleses y el animador cantaba en inglés.

Pero estaban muy nerviosos. Había soldados alemanes cerca de ellos y no podían hablar. Querían que aquella pequeña fiesta fuera la celebración del buen éxito obtenido por Phil en su fuga, pero no resultó así. Era demasiado pronto para celebrar nada.

Luego fueron en busca de Petersen. Sigmund los condujo a la zona portuaria, más allá de los barcos de pesca. Bordearon los altos muros de los depósitos. De pronto oyeron una sorda explosión al norte de la ciudad.

—¿Oyeron ustedes? —les preguntó Sigmund.

—Sí. ¿Qué era?

—Un sabotaje.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Era la fábrica de electricidad. Habíamos dispuesto que fuera volada hoy.

Peter y John continuaron andando en silencio. Si aquello era verdad, era tremendo. Les parecía difícil creerlo.

Entonces vieron a Petersen. Incluso desde aquella distancia pudieron darse cuenta de que estaba borracho: hacía eses sobre el pavimento y le acompañaba una mujer que lo sostenía.

En cuanto los vio empezó a gritar:

—¡Eh, profesor! ¡Eh, Peter!

Fue hacia ellos sin dejar de gritar en inglés y agitando los brazos.

—¡Dios mío! —dijo Peter—. Sigmund, ¿no puede usted hacer que se calle?

—Iré a hablar con él —dijo Sigmund.

Se detuvieron y Sigmund se acercó rápidamente a Petersen. Peter y John vieron cómo hablaban los dos daneses. Sigmund, con el abrigo abierto y un sombrero marrón que le daba un aire respetable, argumentaba con el carnosos y confiado Petersen, que vestía un sucio atuendo de marinero con una bufanda anudada al cuello. La mujer lo sujetaba por el brazo. Vieron que Petersen pasaba su brazo libre por los hombros de Sigmund y los tres se dirigieron hacia ellos, oscilando al compás de Petersen y esforzándose por tranquilizarlo.

—¡Eh, Peter! —insistió el borracho—. ¡Ven aquí, profesor! —y al decir esto se reía a carcajadas y le daba golpecitos a Sigmund en la espalda.

—Vámonos antes de que sea tarde —dijo John.

—Es mejor que le hablemos —dijo Peter.

Petersen los seguía llamando:

—¡Eh, profesor, esta es mi esposa! Vamos a tomar unas copas y luego os llevaré a bordo. No temáis. Yo me encargo de esos hijos de tal.

John estaba aterrado. Peter se adelantó unos pasos y le habló a Petersen:

—Por amor de Dios, cállese usted o le hago callar a la fuerza.

—¿Por qué voy a callarme?

—¿No se da cuenta de que está hablando en inglés a gritos? ¡Está usted loco!

Petersen se abrazó a Peter:

—¿Verdad que no serías capaz de pegarle al viejo Petersen? —Seguía hablando en inglés—. ¿Verdad que no maltratarías al buen Petersen que os sacó de Alemania? —Ahora tenía la fase llorona de la borrachera—. Esa no es manera de tratar a un compañero, profesor. —Se volvió a John—: ¿Verdad, profesor, que esa no es manera de tratar a un buen amigo?

—Si no se calla usted se va a ganar un buen golpe —insistió Peter.

—Tomemos un copazo —dijo Petersen—. Vayamos todos a echar un trago. Esta es mi mujer. —Y al decir esto acariciaba a la mujer por debajo de la barbilla con su manaza sucia y le guiñaba un ojo a John—: Estupenda, ¿eh? Tengo dinero de sobra. Vamos todos a beber algo.

Empezó a andar sostenido por su mujer y Sigmund.

—¡Esto es horroroso! —dijo John.

—Es mejor que los sigamos —le animó Peter—. Supongo que pronto embarcaremos.

—Mientras antes embarquemos, mejor. Me parecería idiota que nos detuvieran por la borrachera de ese tipo.

—Tenemos que tranquilizarlo como sea. Estaremos seguros mientras logremos mantenernos alejados de los *goons*. Por eso, lo mejor es seguir con él y tranquilizarlo. Me asusta terriblemente verlo en ese estado.

Siguieron a los otros tres por la calle abajo y cuando Petersen entró en un café, ellos también entraron. Se instalaron en un reservado que había al fondo del establecimiento. Era un diván de peluche rojo con los muelles rotos y en frente una larga mesa de madera muy oscura que tenía en el centro un mantelillo de colores muy brillantes. El reservado quedaba separado del café por una cortina y Peter se sentó de espaldas a la pared para no perder de vista la cortina y, a través de ella, la sala del café.

«Si entran algunos soldados y Petersen empieza a hablar en inglés, lo dejo sin sentido de un puñetazo», pensó. Midió la distancia a la mandíbula de Petersen y calculó el sitio exacto donde tenía que golpearle.

Pero Petersen estaba haciéndole el amor a su mujer en alemán. Prescindiendo por completo de los otros, como si estuviera solo con ella, la besaba y acariciaba en un rincón. Llevaba una blusa blanca que revelaba el duro relieve de sus pechos. La mujer no se había quitado su gabardina y

calzaba descuidadamente botas de hombre sobre unos calcetines. Parecía muy enamorada de Petersen.

Una camarera trajo una bandeja con vasos de cerveza. En cuanto Petersen vio la cerveza soltó a su mujer. Bebió y empezó a hablar otra vez en inglés.

—Llevaré a mi esposa a Inglaterra. Solo haré un servicio más y luego me la llevaré a Inglaterra.

—¿Un servicio? —preguntó John.

—*Ja*, otra foto. Esta última vez he hecho una muy buena. Les he conseguido la foto de uno de esos grandes cacharros de guerra. Buena, sí señor. Muy buena foto.

—¿A qué diablos se refiere? —preguntó John.

—A un acorazado —aclaró Petersen—. Supongo que ha fotografiado alguno.

—Pero en Stettin no hay acorazados.

—Se refiere a un destructor —explicó Sigmund—. Tomó una fotografía de un *destroyer* en construcción. Las vende a los ingleses y a los norteamericanos.

—Buen agente —dijo Peter.

—No es tan bueno —replicó Sigmund—, porque por sus imprudencias lo cogerán y lo fusilarán.

—A usted también pueden fusilarlo por ayudarnos —dijo John.

—Es diferente. Yo no lo hago por una recompensa. Esto de las fotografías lo hace Petersen por muy poco. La mayoría de ellas resultan inútiles cuando las revela. Pagan poquísimos por ellas. No merece la pena correr el riesgo de que lo fusilen a uno. Creo que Petersen lo hace porque le divierte pasar esa emoción.

—Yo hago buenas fotografías, profesor —intervino Petersen—. Tengo una máquina estupenda. Me dieron una Leica. Os la enseñaré cuando volvamos al barco. Con ella se sacan fotos estupendas. Gano mucho dinero con mi máquina.

—¿Cuándo vamos a subir a bordo? —preguntó Peter.

—Cuando oscurezca —le dijo Sigmund—. A eso de las seis.

—Y, ¿qué hará Petersen hasta entonces? —Petersen había vuelto a aislarse con su mujer.

—Ahora no hay que preocuparse de él.

—¡Es que lo hace todo tan escandalosamente! —dijo Peter—. Me desconciertan ustedes. Hablan en inglés por las calles. Oímos una explosión y me dice usted con toda tranquilidad que acaban de volar la fábrica de electricidad. Y hasta la orquesta del café interpreta canciones inglesas cantando la letra en nuestro idioma.

—Los daneses nunca fueron vencidos —dijo Sigmund muy serio—. Nos han ocupado, pero no nos han vencido. Estamos todos unidos contra los alemanes. No pueden detenernos a todos.

—No se fíe. Son capaces de intentarlo —dijo Peter.

—No. No pueden detenernos a todos. Nos necesitan para que les proporcionemos alimento. Han establecido el toque de queda a las ocho porque por las noches mataban demasiados alemanes por las calles. Dinamarca no ha sido asolada como el resto de Europa porque los alemanes necesitan nuestro alimento. Pero Dinamarca no deja de luchar. Naturalmente, tenemos nuestros traidores, pero no más que otros países. Todavía siguen muriendo alemanes por las calles de noche.

—En Inglaterra pasaría lo mismo —dijo John.

—Sí —asintió Sigmund—. Creo que allí ocurriría igual.

Petersen se había calmado. Estaba muy ocupado con su mujer en el rincón del diván. Se dedicaba al amor con el mismo entusiasmo con que bebía. Los otros, encantados de que no hablase, no le hacían caso.

Durante la tarde, Sigmund fue al puerto para arreglar lo del embarque. Volvió al cabo de un rato con malas noticias.

—Los *jerries* vigilan los muelles —dijo—. Han tomado más precauciones a consecuencia del rescate de Mr. Olsen. Me han encargado que los saque a ustedes de Copenhague. Tomaremos un bote en un lugar de la costa a pocas millas de aquí.

—¿Qué haremos con Petersen? —preguntó Peter. Petersen y su mujer se habían dormido.

—Es mejor dejarlo aquí. Nos daría mucho quehacer. Vamos.

Salieron del café y tomaron el ferrocarril eléctrico para el que Sigmund había sacado billetes. Contemplaron el paisaje danés que desfilaba ante ellos a la luz crepuscular.

—El sitio a donde vamos está en una isla —les explicó Sigmund—. Se entra en la isla por un puente. Quizá haya un centinela en ese puente. En tal caso, yo no podría serles de mucha utilidad, a causa de mi mano. Tendrían ustedes que encargarse del centinela.

Peter miró a John. Desde que escaparon del campo habían evitado toda violencia. Ningún prisionero fugado empleaba la violencia a no ser que estuviera a la vista de la libertad completa. Se jugaba demasiado en ello.

—¿Es seguro que podremos partir si pasamos el puente? —preguntó Peter.

—Completamente seguro —dijo Sigmund.

—¿No tenemos más remedio que ir a la isla? —preguntó John—. ¿No puede recogernos el bote en otro sitio?

—Es imposible. Y tendremos que hacer callar al centinela, porque si no daría la alarma. Nos detendrían las patrullas navales. El único sistema posible es el que les he dicho a ustedes.

Peter volvió a mirar a John:

—¿Tienes alguna preparación para los *commandos*?

—Asistí a un curso sobre ello —dijo John—. Ya nos arreglaremos. Cogeremos un par de ladrillos por el camino.

—Es preferible una bolsa de tierra.

—Utilizaremos un calcetín lleno de tierra —dijo John.

Dejaron el tren en una pequeña estación y se dirigieron hacia el puente. Por el camino cada uno de ellos se quitó un calcetín y lo llenó de grava que había a un lado de la carretera.

Siguieron carretera abajo sin hablar, aplastando al andar las hojas secas y rodeados por los suaves olores de los últimos días de otoño. De lejos les llegaba un leve aroma a madera quemada y sobre ellos se agitaban con la brisa las últimas hojas secas aún no desprendidas de los árboles. Peter tenía la misma sensación que antes de iniciar un vuelo, una mezcla de miedo y de anticipación de lo que podía ocurrir. La situación en que ahora se hallaba era nueva para él y no sabía cómo reaccionaría.

—Allí está —dijo Sigmund.

Se había parado en seco y agarraba a Peter por un brazo. Ante ellos veían el barranco y la dura silueta del puente.

—Avanzaremos a gatas por esa zanja —murmuró Peter.

—Mientras que ustedes se encargan del centinela, yo iré a donde están los botes —les dijo Sigmund—. Cuando lo hayan matado, crucen el puente. Yo estaré esperándoles. Verán ustedes los botes a la derecha de la carretera. Los otros guardias están del lado de allá de la isla y no pueden ver los botes. Procuren no hacer ruido.

Por la zanja se acercaron al puente.

Cuando llegaron al puente se detuvieron. La zanja terminaba en seco en el comienzo del puente y era sustituida por un enrejado de acero, expuesto a la luz de la luna y sin protección alguna.

—No podemos entrar en el puente sin que nos vea —murmuró Peter.

John acercó la boca al oído de Peter:

—Volveré atrás por la zanja y atraeré su atención. Voy a procurar que te dé la espalda y así tú puedes golpearle por detrás.

—Muy bien.

John se arrastró por la zanja en dirección contraria a la que habían traído. Cuando se halló fuera de la vista del centinela salió a la carretera y anduvo despacio hacia el puente. Cuando comprendió que el centinela lo veía empezó a dar traspiés.

—*Halt! Wer ist dort!* —El centinela les daba el alto.

—*Hilfe!* —dijo John, fingiendo que no podía sostenerse en pie y llevándose la mano a un costado.

Peter, escondido en la zanja, vio que el centinela preparaba su fusil y miraba con gran atención a la carretera. El soldado avanzó solo un paso.

—*Wer ist dort!* —repitió.

John siguió dando traspiés hasta que estuvo frente al sitio donde Peter se había agazapado en la zanja. El centinela dio otro paso hacia adelante.

—*Hilfe!* —gimió John. Se dejó caer de rodillas como si no pudiera resistir más.

El centinela avanzó hacia él muy despacio con el rifle a bayoneta calada apuntando hacia John. Este volvió a gemir y cayó cuan largo era, con las

manos extendidas en el suelo.

El centinela estaba junto a él con la espalda vuelta a Peter. «Ahora», pensó Peter. Salió de la zanja, pero resbaló en la grava al saltar. El centinela oyó este ruido y se volvió; y en aquel instante John se arrojó a las rodillas del soldado.

El centinela levantó el rifle y le dio a John un culatazo en la cabeza en el mismo momento en que Peter le asestaba un golpe con el calcetín lleno de tierra. Pero esta arma improvisada resultó demasiado grande, había metido demasiada cantidad de tierra. Por eso se desvió y fue a dar entre el borde del casco y el cuello de la guerrera.

Peter se lanzó contra él, agarrándolo por el cuello y derribándolo, pero quedó debajo de él. Se retorció con furia y consiguió salir de debajo del soldado. Aferrándose a él desgarró el alto cuello del uniforme. Estaba enloquecido; quería sujetarlo por el cuello, ahogar el grito que se estaba formando en aquella garganta alemana. Logró clavar sus dedos en el cuello del soldado, pero era un cuello muy carnoso y Peter no podía encontrar la tráquea.

El alemán gruñía y trataba desesperadamente de llegar al revólver que tenía en el cinturón. Cuando sintió los dedos de Peter en su garganta, olvidó el revólver y se defendió a patadas y clavando las uñas en el rostro de Peter. Luchaba ahora silenciosamente en defensa de su vida, dispuesto a matar para no ser matado.

Y Peter estaba como loco. Una niebla roja le nublaba la vista. No soltaba el cuello del alemán. Luchaba con fría furia como si estuviera sumergido en aguas profundas, defendiéndose también él a patadas, rodando con su enemigo por la carretera, poniendo todas sus energías en evitar que el hombre gritara. Los dedos de Peter resbalaron por el sudor del cuello y sintió que el alemán se le escapaba. Entonces logró agarrar otra vez su cuello. Sentía que las manos del hombre le arañaban la cara ferozmente mientras sus tacones golpeaban repetidamente el suelo metálico del comienzo del puente. Ahora se hallaba Peter encima del hombre, sentado a horcajadas sobre él, y sus dedos, engarfiados sobre la tráquea, apretaban, apretaban, apretaban...

El alemán se debatía cada vez con menos energía. Se le iba hinchando el rostro y Peter sintió cómo se aflojaban los músculos y la resistencia de su enemigo. Siguió sentado sobre él algún tiempo y sin dejar de apretar los pulgares. Por fin lo soltó y se puso en pie. Le temblaban las rodillas y le escocía la cara en los sitios donde el alemán le había desgarrado la piel.

El cuerpo del centinela quedaba tendido en la carretera con la cabeza torcida en un ángulo forzado y la boca abierta, como si todavía se esforzara por respirar.

John seguía donde había caído. Tenía el pelo manchado de sangre ennegrecida. Peter le soltó el cuello de la camisa y lo sentó en el suelo. Cogiénolo en brazos, lo arrastró hasta el centro de la carretera. John se quejó y, abriendo los ojos, se cogió la cabeza con las manos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Te dio un culatazo en la cabeza —dijo Peter—. Lo he matado.

—¿Dónde está?

—Allí.

Peter ayudó a John a levantarse y, entrando en el puente, se dirigieron lentamente hacia donde estaban los botes. Peter, abatido por la emoción pasada y temblándole todavía las rodillas, pensaba: «No necesitaba haberlo hecho. No tenía que haberlo matado. Podía haberme detenido antes de que muriera». Pero sabía sobradamente que nada podía haberlo detenido. De ningún modo habría podido controlarse en aquellos momentos.

Al salir del puente oyeron que los llamaban en voz baja; y allí estaba Sigmund junto a uno de los botes.

—Necesito que me ayuden los dos para sacarlo del fango —dijo el danés.

Con el agua hasta los tobillos empezaron a remolcar el bote. Al resbalar sobre el fango la pequeña embarcación producía algún ruido y los tres esperaron oír de un momento a otro un disparo o el alto de un centinela. Una vez que el bote estuvo flotando, subieron en él.

—Yo llevaré el timón —les dijo Sigmund—. Ustedes se ocupan de la vela y luego se tumban en el fondo.

Peter y John izaron la vela. Había una ligera brisa que impulsó al bote.

Peter, tendido en el fondo del bote, percibía un fuerte olor a pescado y agua salada y escuchaba el chapoteo de las olas que golpeaban los costados de la embarcación. Sentíase manchado por el contacto del soldado alemán. Todavía podía sentir la grasa del sudor de aquel hombre en sus manos. Se las limpió en sus pantalones y procuró no pensar más en el centinela. Llegarían a Suecia por la mañana.

Hacía frío en el fondo del bote. Peter temblaba en sus ropas empapadas en sudor.

OceanofPDF.com

CONCLUSIÓN

Dos días después estaban sentados Peter y John en el despacho del cónsul británico en Göteborg. Se habían afeitado y bañado y tenían seca la ropa, pero esta era aún la misma. Todavía no estaban libres del todo. No lo estarían hasta que se hubieran cambiado de traje, hasta que hubieran salido de tiendas y recorrido las calles libremente como los demás transeúntes. No estarían libres hasta que escaparan de este hombre que les hacía preguntas, que procuraba comprobar la veracidad de la historia que le contaban y que, evidentemente, todavía los miraba con prevención.

—Bueno, creo que ya está casi todo —dijo—. Supongo que ahora querrán ustedes dar una vuelta por la ciudad.

—Tenemos que hacer algunas compras —dijo Peter.

—Pondré a disposición de ustedes a mi secretario. Él los acompañará.
—Tocó un timbre que había sobre la mesa.

Peter miró a John y luego al cónsul:

—Ya nos las arreglaremos nosotros solos —dijo.

—No hablan ustedes el sueco. —El cónsul tenía interés en no dejarlos solos—. Será mejor que vayan ustedes con mi secretario.

Se produjo un silencio hasta que a John se le ocurrió preguntar:

—¿Sabe usted algo del teniente aviador Rowe?

—¿Philip Rowe? Sí, llegó aquí hace una semana. ¿Lo conocen ustedes?

—Se escapó con nosotros —respondió Peter—. Era el tercer hombre del túnel.

—Creo que sigue en esta ciudad. Haré que venga.

El cónsul cogió el teléfono.

—No le diga que estamos aquí —dijo Peter—. Dígale solo que venga.

El cónsul sonrió:

—Quieren ustedes darle una sorpresa, ¿eh?

La sonrisa fastidió a Peter. Ya no le importaba que fuera o no una sorpresa. Aquel hombre lo había estropeado.

Cuando llegó Philip, venía vestido impecablemente. Todo lo que traía era nuevo y estaba más limpio que nunca. Al principio no los vio. Luego, al reconocerlos, hizo una mueca de asombro.

—¡Dios mío! —exclamó—. De manera que, por fin, lo conseguisteis. ¿Dónde diablos habéis estado todo este tiempo?

Peter explicó brevemente cómo habían llegado hasta allí y luego preguntó a Phil:

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Vine directamente. Fuí en tren hasta Danzig y la misma noche embarqué en un barco sueco. Me dejaron en Göteborg.

Entonces llegó el secretario para acompañarlos a sus compras.

—¡Qué diantre! Podemos ir solos perfectamente —dijo Philip, que había recobrado del todo su personalidad libre—. No necesitamos ninguna ayuda. Vamos, chicos, conozco los mejores sitios. Lo primero que necesitamos es un vaso de *schnapps*.

Cayendo de lleno sobre las blancas almohadas y las morenas cabezas que descansaban sobre ellas, la luz eléctrica se interrumpía en arco hacia la mitad de las camas. Más allá de este pequeño charco de luz, el resto de la habitación estaba iluminado suavemente por el difuso resplandor rosado de la pantalla de la lámpara. De la calle, detrás de las espesas cortinas, llegaba el tranquilizador sonido de un tranvía eléctrico que se dirigía hacia Birgerjarlsgatan.

El reloj de la iglesia, al otro lado de la calle, dio las campanadas de las cinco. Los dos hombres, vestidos con pijamas de seda roja, se movieron inquietos en sus blandos colchones.

John se incorporó:

—¡Pete! ¿Estás despierto, Pete?

—Sí —dijo Peter—. No sé qué me pasa que no puedo dormir.

—Están demasiado blandos los colchones —dijo John—. Se hunde uno demasiado.

—No es la cama; es la langosta de la cena. Me encuentro mal. Creo que voy a devolver en seguida.

John alcanzó la botella de cristal que había en la mesilla de noche y llenó un vasito:

—Toma, bebe esto. —Le temblaba la mano al tenderle el vaso a su amigo. Una poca agua se derramó sobre la cama.

—Gracias. —Peter bebió con mucha sed—. He tenido un sueño horrible. Y me queda mala impresión.

—Es la comida. No estamos acostumbrados a ella.

—Soñé que nos cogían otra vez. Nunca he tenido un sueño tan real en mi vida. Me parecía que todo estaba sucediendo de verdad. Nos habían llevado otra vez al campo y yo me paseaba por allí sin que nadie me reconociera. Me sentía muy solo y, aunque trataba de entablar conversación con los compañeros, ninguno me reconocía. Entonces me vi disfrazado de muchacha y corriendo como un diablo. Las faldas me dificultaban la carrera y, de pronto, apareció ante mí Robbie con los brazos abiertos. Llevaba aquel *sweater* caqui y no hacía más que mover la cabeza y sonreír y decirme: «Nunca lo haréis; es una pérdida de tiempo».

—Pues yo todavía no puedo creer que lo hayamos conseguido —dijo John—. Sigo preguntándome si estoy soñando y voy a despertarme y encontrarme con que Nig está agitando aquella lata sobre mi cabeza. ¿Recuerdas aquella canción que inventó? Yo solía cantármela a mí mismo mientras trabajaba en el túnel. —Y tarareó en voz baja:

*Peter Howard ist kaput,
Clinton ist vernichtetgut,*

*Nigel spricht durch seinen Hut;
Arbeit, immer Arbeit!*

Peter se rio:

—Lleva razón; estoy *kaput* y el viejo Nig seguirá hablando a través de su sombrero. ¿Cómo seguía la canción?

—No puedo recordarla. Era una cosa complicadísima sobre todos nosotros y las discusiones que teníamos. El buen Nig era muy objetivo en estas cosas.

—Me gustaría que hubiera venido con nosotros.

—Es verdad.

—¿Qué tal resultó tu cena? —preguntó Peter.

—Bastante bien. Yo fuí el único que no iba con *smoking*. Pero estuvieron todos muy amables y disculparon lo de la etiqueta.

—Eras la figura de la noche, el hombre que se había escapado de Alemania.

—Sí, ya sé; fue una especie de espectáculo. Y tú, ¿dónde has estado?

—Fuí al cine con una de las chicas de la Legación. Vi una película llamada *Spitfire*. Era como para entristecer a cualquiera.

—¿Lloró la chica?

—No, pero yo sí.

—Yo vi una película titulada *Slumper Skorda* —en inglés se llama *Randon Harves*— y lloré como un chiquillo.

—Ya me figuro —dijo Peter—. Pronto venceremos esas debilidades. Volveremos a hacernos indiferentes y duros.

—Ojalá no.

—El buen Phil no se ha endurecido todavía —dijo Peter—. Se ha bañado hoy tres veces, se ha cortado el cabello, le han dado masaje en la cara y le han hecho la manicura. Luego se compró una camisa de seda y alguna ropa interior también de seda. Disfrutaba con todo como un niño chico. Me asomé a su habitación cuando subí aquí y tenía el colchón en el suelo y estaba dormido tranquilamente sobre él. —Bostezó—. Compadezco a su mujer si Phil insiste en dormir en el suelo cuando vuelva a casa.

John se rio:

—Es el típico prisionero de guerra. Supongo que cuando vuelva a su casa encenderá una fogata en su huerta e insistirá en hacerse allí las comidas. Me lo figuro cocinando legumbres en latas viejas y dividiendo cada comida en raciones exactamente iguales... o abriendo un túnel debajo de la valla de su huerta para poder salir de casa sin que se entere su mujer.

—Tenemos que desaprender muchas cosas después de tres años y medio.

—¡Tres años y medio! —exclamó John después de un silbido—. Phil es un excelente muchacho. Nunca lo he visto desanimado desde que lo conozco.

—Lo que le ocurría es que se ponía sentimental —dijo Peter—. Se pasaba muchas horas en su litera releendo viejas cartas de su mujer y mirando sus fotografías. Si creía que alguien lo observaba las escondía en seguida. Me alegro de que haya salido. Me alegro más por él que por nosotros, en cierto modo.

—Tu mujer murió en un bombardeo aéreo, ¿no, Pete?

—Sí.

—Muchas veces me he preguntado por qué tenías tantos deseos de escapar.

—Por nada determinado. Aquello tenía que acabar antes o después. Me parecía estar viviendo en un paraíso de tontos.

—¿A qué te refieres?

—Hombre, a que la vida en el campo de prisioneros resultaba demasiado fácil. Ahora comprendo por qué algunos se hacen frailes. La cosa resultaba bastante agradable mientras mantenía uno la cabeza bien metida en la vida del campo. Era una vida sencilla y la mayoría de los muchachos podían hacer lo que querían.

—Como el viejo Ford. Era completamente feliz. Odiaba a su mujer y le horrorizaba que la guerra pudiera terminar.

—En fin, para nosotros ha terminado todo aquello. La vida se nos va a complicar de nuevo. No sé si me dejarán volar otra vez.

—¿Por qué no?

—Creo que no le dejan a uno volar después de haber sido hecho prisionero. Supongo que será por si vuelven a capturarlo a uno.

—En efecto, resultaría un poco molesto. Me figuro que me enviarán al Extremo Oriente.

—De todos modos, tendría que aprender de nuevo a conducir un avión. Ahora todos los tipos han cambiado. Resultaré anticuado. Tendré que empezar otra vez por el principio.

—Primero, me tomaré unas vacaciones —dijo John. Echó hacia atrás la ropa de la cama y saltó como un crío sobre el colchón—. Me vendría bien una mujer. Deberíamos haber ido a aquel burdel de la Kleine Oder Strasse.

—Es verdad. Me pesa no haberlo hecho; lo siento más que nada.

—Podían habernos pescado si hubiéramos entrado en aquella casa —dijo John—. Ya nos ocuparemos de arreglar eso esta mañana. Le pediremos al agregado militar que nos busque un par de nenas. Después de todo, se han preocupado por equiparnos de todo. Nos han comprado trajes y útiles de aseo, nos han dado dinero y nos han presentado a la mejor gente. Nos han instalado en este hotel. Es natural que ahora nos proporcionen un par de chicas. Supongo que se darán cuenta de que eso es lo que más necesitamos. A ver si convenzo a uno de esos muchachos de la Embajada.

—Se van a quedar desconcertados —dijo Peter—. Enviarán un despacho cifrado al Ministerio de la Guerra pidiendo instrucciones.

—O también pudiera ser que nos enviaran en seguida a Inglaterra. No sé qué juego se traen con nosotros. Me figuré que iban a enviarnos allá en seguida.

—Solo llevamos aquí unas cuantas semanas. Hay que darles tiempo.

—Les diremos que se den prisa. Vosotros los aviadores sois todos iguales. Parece como si fuéramos a quedarnos aquí hasta el final de la guerra.

—¡Lo que me revienta es la comida de este país! Tengo la impresión de que me han vuelto del revés el estómago. Mañana compraré magnesita. ¿Me das un poco más de agua?

John le dio otro vaso. Peter se lo bebió, volvió a tumbarse en la cama y se quejó.

—¿Te molesta mucho? —le preguntó John.

—Es infernal.

—Es posible que la comida de la prisión nos haya hecho bastante daño y nos dure todavía.

—No, por Dios, aquella comida era sana; precisamente por venir en latas nos la daban ya medio digerida. Pronto nos acostumbraremos a los alimentos naturales. De todos modos, creo que la del campo de prisioneros no nos ha dañado el estómago para siempre. Lo malo fueron las patatas y las porquerías que comimos en Alemania al escaparnos.

—Sobre todo, el pescado crudo que ponían en el *stamm*.

—No hablemos de eso, me da náuseas. ¡Si por lo menos hubiera sido pescado fresco!

—Desde luego que no lo estaba.

—No me hace gracia hablar de todo eso —dijo Peter—. Me voy a dormir. Buenas noches.

—A dormir, angelito. —John no conseguía descansar. Por fin, dijo—: Demontre, voy a poner el colchón en el suelo. —Tiró el colchón al suelo entre las dos camas y se envolvió sobre él en las mantas, como solía hacerlo en el campo y se tendió de espaldas apoyando la cabeza en las manos cruzadas—. Cuando venía para acá pasé por el muelle. Había allí atracado un barco que va a zarpar para Alemania. Estuve a punto de subir a bordo y colarme de polizón y regresar a Alemania.

—Sigmund regresó hoy. Hay que tener redaños para hacerlo. ¡Volver allá después de estar en un país neutral!

—¿En dónde se ha marchado?

—Sabe Dios.

—Esos chicos son tan reservados.

—Petersen nada tenía de reservado.

—Era un demonio —dijo John.

—A nosotros nos parecía terrible, pero seguramente no estaría tan en peligro como nosotros creíamos. Al fin y al cabo, Petersen se hallaba entre su gente, no estaba en un país extraño.

—Sí, ya sé, pero a mí me asustaba.

—A mí también. Por eso estuve tan grosero con él. Ahora siento remordimientos cuando me acuerdo de aquello. El buen hombre hacía todo lo posible por sacarnos de Alemania y yo amenazándolo con dejarlo sin

sentido. Le rogué a Sigmund que le llevara una nota, pero me dijo que no era prudente escribir nada. Me prometió que se lo explicaría de palabra.

—Te advierto que me divertí bastante durante la fuga. Aquello tenía interés y emoción. Entonces podíamos decir que estábamos viviendo porque la verdad es que la gente no vive la mitad del tiempo; no, en realidad no vive. Creo que únicamente al sentirse perseguido vive uno realmente.

—Sí, pero no solo cuando están cazándolo a uno, sino cuando es uno mismo quien caza —dijo Peter.

—Me gusta sentirme perseguido. De eso he sacado más energías que de ninguna otra cosa. Me refiero a esa sensación de que cada minuto era importante, de que todo lo que uno hacía contribuía a inclinar la balanza de un lado o de otro. Podíamos robar, mentir y hacer todas las trampas que se nos antojasen, y teníamos la convicción de que todo ello era legítimo. Un prisionero que se escapa es la persona más privilegiada del mundo. Es como un rey, no puede cometer nada malo.

—Hasta que lo cogen.

—A nosotros no nos cogieron.

—No, porque tuvimos una suerte formidable. La verdad es que podían habernos cazado una docena de veces. He estado viviendo peligrosamente una temporadita. Me ha costado el sueño. Voy a bañarme.

Cuando volvió al dormitorio encontró a John dormido y con el brazo metido debajo de la almohada.

Peter se despertó cuando la doncella entró con la bandeja del desayuno. Se quedó estupefacta cuando vio a John acostado en el colchón sobre el suelo. Todo lo que hacían aquellos ingleses desde que llegaron era raro. Habían llegado sin equipaje. Ni siquiera traían pijamas y vestían del modo más estrafalario. Siempre estaban bañándose, dos o tres veces por día y pedían el desayuno en la cama a la hora de almorzar. ¡Y qué desayuno!: *porridge*, huevos fritos con tocino, bizcocho de pasas, crema, tostadas y mermelada. De pronto, habían aparecido con pijamas y batas de seda. Además, usaban el teléfono hasta para llamar a la habitación de al lado, y la primera mañana que pasaron en el hotel subieron y bajaron en el ascensor seis veces

seguidas. Parecía como si en la vida hubieran usado un teléfono ni un ascensor. Se conducían como salvajes que ven una gran ciudad por primera vez.

Pasando con dificultad sobre el improvisado lecho de John dejó la bandeja en la mesilla de noche.

—Buenos días —le dijo Peter. Y le gritó a John—: *Raus! Raus! On appel, bitte, mein Herr!*

«Dios mío —pensó la doncella—, ¿qué clase de ingleses serán estos? Cuando no están escandalizando con sus carcajadas, se ponen a hablar en alemán, y se acuestan en el suelo cuando se les antoja. Seguramente se emborrachan tanto que no pueden subirse a la cama. Además, en pleno invierno, ¡con todas las ventanas abiertas!». La doncella, con un gesto despectivo, salió de la habitación.

Peter descolgó el teléfono:

—Buenos días. ¿Puede ponerme con el teniente Rowe, por favor?... *Ich bin Hauptmann Zimm. On appel, bitte, mein Herr!... Ach, so?... Ja... Befehl is befehl... Jawohl, mein Herr! Heil Hitler.* —Colgó el teléfono y se volvió hacia John—: Dice que nos vayamos al infierno.

John comía su *porridge*.

—Ahora llama para pedir un baño.

—Yo no —dijo Peter—. A no ser que esté el conserje que habla inglés. Usaré el baño de la habitación de Phil.

—Ya lo utilizaste ayer —le recordó John.

—Bueno, tú hablas el sueco mejor que yo; de modo que pídelo tú.

—Yo no hablo sueco en absoluto.

—Quiero decir que hablas mejor alemán. Es el mismo idioma.

—Son dos idiomas muy distintos.

—A mí me suenan igual. Creo que los suecos no se entienden entre ellos con esas palabras. Parecen estar diciendo siempre *Jag, nej y cak*.

—Bien, hombre —concedió John—. Llamaré yo.

Tres días después los enviaron a Inglaterra en avión. Desembarcaron en un aeródromo en la región de Midlands y estaba lloviendo. Eran las cuatro de la mañana y no los esperaban.

Después de aguardar dos horas los condujeron ante el oficial del servicio secreto que estaba de guardia en el aeródromo. No parecía tener ningún interés por aquel asunto. Les tomó la graduación, los nombres y los números. El oficial alemán que había interrogado a Peter cuando lo capturaron había estado más cortés.

—¿Podemos comer algo? —preguntó John.

El oficial estaba desconcertado. Lo habían despertado cuando aterrizó el avión y todavía no se había sacudido el sueño por completo.

—Encontrarán ustedes algo en el comedor de los aviadores. Volveré a llamarles por la mañana.

En el comedor de la «república» les dieron tocino frío y patatas en platos de aluminio. El cabo de guardia estaba fastidiado porque Peter y John no traían sus cuchillos y tenedores.

En un dormitorio atestado encontraron unas camas vacías. Se acostaron y en seguida se durmieron. Media hora después un soldado despertó a Peter.

—El Mayor desea verle, señor.

—¡Si ya lo he visto!

—Me dijo que volviera a llamarle, señor.

Peter empezó a ponerse una bata.

—Me permito aconsejarle, señor, que se vista usted adecuadamente. Es muy posible que el Mayor le hiciera alguna reconvención.

Peter estaba ya tan acostumbrado a obedecer toda clase de órdenes que tomó aquello con calma. Pronto se vio frente al Mayor. Este se hallaba sentado a su mesa de despacho y tenía a su lado un capitán. Servicio de Inteligencia. A Peter le pareció que el capitán era un individuo bastante gris.

El capitán le preguntó a Peter su graduación, nombre y número.

—Ya me los tomaron antes.

El Mayor murmuró algo sobre la pérdida de los documentos. Parecía demasiado viejo para estar levantado tan temprano. A Peter le dio lástima. Dijo su graduación, su nombre y su número.

—¿Qué tiempo ha estado usted prisionero? —preguntó el Mayor.

Peter se lo dijo.

—¿Cómo lo ha pasado allí?

Parecía, por su tono, que estuviera charlando con un amigo que acabara de sacarlo de la cama. Peter se preguntó qué debía decir. Podía describir los húmedos barracones, malolientes, de tantas vidas como encerraban; las filas y filas de literas dobles, el arrastrarse de los zuecos sobre el circuito mientras los prisioneros sucios y barbudos formaban cola para recibir su ración de caldo y legumbres a mediodía. Podía describir el circuito, las muchas figuras solitarias, encorvadas, con los ojos fijos en el suelo, que vagaban lentamente y que se negaban a reconocer la existencia de la alambrada; hombres encerrados en sí mismos, solitarios a pesar de la proximidad de un millar de semejantes. Pero ¿qué iba a decir del compañerismo, del buen humor que había entre ellos y la feroz alegría que experimentaban cada vez que se burlaban del enemigo? ¿Qué iba a decir del hogar que cada hombre se había hecho en el pequeño espacio de su litera, los rústicos estantes sobre el lecho, los libros, aunque pocos, las fotografías y tantos regalos hechos sin ningún motivo por los que tenían tan poco? ¿Y de cómo se sinceraba cada uno con sus compañeros y era aceptado por su personalidad auténtica y no por lo que tenía o representaba? ¿Qué podía decir de la decencia y el buen ánimo de casi todos ellos? Las palabras no servían para comunicar lo que él sentía de aquella familia desgraciada, gloriosa, discutidora, generosa, indomable, aquella familia que él había dejado atrás.

—En muchos aspectos no lo pasé del todo mal. Los muchachos eran excelentes personas.

—¿Cómo lo trataron a usted los alemanes?

Podía haberle contado que Alan fue tiroteado y que le atravesaron el vientre cuando escalaba la alambrada; y las raciones de hambre, las restricciones estúpidas y mezquinas. Pero también podía hablarle de los guardias tolerantes y amables, hombres que habían dejado a sus familias en casa y a los que aterrorizaba la Gestapo y la posibilidad de ir al frente ruso. También podía haber contado que había allí un matón, un *Feldwebel*, que era un tipejo, pero que lo mismo podía haber nacido en Inglaterra que en Alemania.

—No eran demasiado malos —dijo—. Había algunos decentes.

—He oído decir que tenían ustedes un campo de golf —intervino el capitán.

¡Un campo de golf...! Peter empezó a indignarse. Miró la cara tranquila del capitán, que no sabía lo que era ser un prisionero. Un campo de golf. Recordó a los prisioneros andrajosos empujando con toda seriedad unas pelotas hechas con mil trabajos con bastones fabricados con el metal fundido de las jarras de agua. Se volvió al Mayor:

—Me gustaría retirarme, señor. Partimos por la mañana temprano. A propósito: ¿podría usted dejarnos algún dinero?

—Antes de salir de Suecia tenían que haberles dado a ustedes dinero inglés —dijo el Mayor.

—Solo nos dieron dinero sueco.

—Aquí no podemos proporcionarles dinero.

Se produjo un breve silencio. Habló el capitán del Servicio Secreto:

—¿Tienen ustedes un libro de cheques?

—¡No sea idiota; acabamos de salir de un campo de prisioneros!

El capitán se volvió hacia el Mayor. Había resuelto el problema:

—Creo que podemos fiarnos de ellos, señor. Después de todo, *son* oficiales.

OceanofPDF.com



ERIC WILLIAMS (Reino Unido, 1911 - 1983), fue un piloto de la RAF en la Segunda Guerra Mundial. Fue hecho prisionero de guerra y escribió varios libros sobre sus fugas de los campos de prisioneros de guerra.

Al final de la guerra, en el largo viaje por mar a casa, Williams escribió *Goon In The Block*, un libro breve basado en sus experiencias. Cuatro años más tarde, en 1949, lo reescribió como una narración en tercera persona mucho más larga bajo el título *El caballo de madera*. Incluyó muchos detalles omitidos en su libro anterior, pero cambió su nombre a «Peter Howard».

OceanofPDF.com

Notas

[1] Para mayor propiedad, conservamos en la traducción las medidas inglesas. Recuerde el lector que la pulgada equivale a 2,53 centímetros; el pie, a 30,47 cm; y la milla terrestre, a 1 kilómetro, 609 metros. (N. del T.).
<<

[2] Modismo; en versión libre: estupendo; buen asunto; esta ha salido bien...
(N. del T.). <<

[3] Literalmente, bastante rubio; por error de Nigel al traducir el modismo *fair enough*, bastante acertado. (N. del T.). <<

[4] *Senior British Officer*: autoridad inglesa dentro del campo para cuestiones internas. (N. del T.). <<

[5] Aunque sea más apropiado en castellano la denominación *potro* que *caballo* para ese aparato auxiliar de los gimnastas, es preferible conservar el término *caballo* como más adecuado a la idea «caballo de Troya». (N. del T.). <<

[6] Cuatro litros y medio. <<

OceanofPDF.com